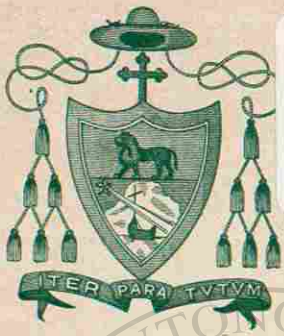
P. BUTIÑÁ

POMBAL
Y
MALAGRIDA

BX3719
.P6
B8

005767



1080016507

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POMBAL Y MALAGRIDA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POMBAL Y MALAGRIDA

PERSECUCIÓN ANTI-JESUÍTICA

EN

PORTUGAL

ENSAYO HISTÓRICO

POR EL P. FRANCISCO BUTIÑÁ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BARCELONA

IMPRENTA DE FRANCISCO ROSAL Y VANCELL, HOSPITAL, 115

1902

LIBRERIA DEL SAGRADO CORAZON
QUERÉTARO-MEX.

42811

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX3719
.P6
B8





APROBACIÓN DE LA ORDEN

IMPRIMATUR

Barcinone 2 Februari 1902

Aloisius Adroer, S. J.

Praep. Provinciae Aragoniae

APROBACIÓN DEL ORDINARIO

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obra titulada **Pombal y Malagrida**, escrita por el P. Francisco Butiñá, S. J., mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma y á la sana moral.

Barcelona 1.º de Marzo de 1902.— *El Vicario General*, **Ricardo Cortés.** — *Por mandado de Su Señoría*, **Lic. José M.ª de Ros**, *Scrio. Con.*

005767

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

¿Quién es el P. Gabriel Malagrida? ¿Quién es Sebastián José de Carvallo, primer Marqués de Pombal? ¿Qué hizo aquel para que se le arrebatase el honor y la vida, y expirase quemado en una hoguera? ¿Qué motivos tuvo el Nerón de Portugal para desahogar su furor en un pobre misionero del Marañón? Preguntas son estas á que satisface por completo la presente obra, conocida ya de los eruditos con el título de Vida del P. Gabriel Malagrida, *obra de oportunidad indiscutible en los aciagos tiempos que atravesamos.*

Porque, no hay que dudarlo: hoy que rotos los diques de la justicia y veracidad históricas, hombres sin conciencia ni pudor venden sus plumas al sórdido interés y á la impiedad desvergonzada; hoy que gran parte de la prensa pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riódica cumple como nunca, con celo digno de mejor causa, la célebre consigna: Miente, miente; que algo queda; *y en su consecuencia propálanse por todas partes las más groseras calumnias contra las órdenes religiosas y señaladamente contra la Compañía de Jesús; es muy conveniente, y aun diríamos necesario, volver por los fueros de la verdad y justicia villanamente ultrajadas, y rebatir, siquiera sea con la simple exposición de los hechos, las torpes acusaciones y calumnias infames fraguadas por hombres interesados en la ruina y destrucción del Catolicismo.*

Tal es el blanco á que mira la publicación de la presente obra. Pónense en ella á la vista del lector los brillantes ejemplos del esclarecido Apóstol del Brasil, poco ó nada conocidos en nuestra España, y se exponen á la vergüenza pública la perfidia y mala fe, la fiereza y crueldad de los enemigos de la religión católica, cuando sin trabas ni temores pueden oprimir á los hijos sumisos de la Iglesia. Quiera Dios que con su lectura abran algunos ilusos los ojos, y se convenzan con mayor fuerza de que los alardes de humanidad y de filantropía, en que se escudan los opresores de la Compañía de Jesús, no son otra cosa, sino paliativos para encubrir su odio al Catolicismo y sorprender mejor la candidez de los incautos.

Las fuentes donde hemos bebido cuanto aquí se afirma, son ya casi todas del dominio público, bien que se pudieran enriquecer aún con otros documentos inéditos. Además de las obras

en castellano, que de ello tratan, hemos consultado especialmente las siguientes publicaciones extranjeras.

Histoire de Gabriel Malagrida par le P. Paul Mury. — Clément XIII et Clément XIV par le P. Ravignan.—Documents inédits concernant la Compagnie de Jésus, publies par le P. Auguste Carayon, vol. IX-X.—Anecdotas do ministerio do Marques de Pombal. — Memoria do Marques de Pombal.—Saggio sul processo del fu P. Gabriele Malagrida. — De tribus in lusitanos Jesu socios publicis judiciis dissertatio.

Fuera de esto hemos tenido presentes varios manuscritos, entre ellos la relación de la muerte del Mártir, hecha por Fr. Vicente, ermitaño de S. Pablo, testigo presencial de la ejecución del P. Malagrida. En sus oportunos lugares copiaremos al pie de la letra lo que de estos ú otros tomáremos para no disminuir ni quitar nada de su sencillez y verdad.

No se han añadido notas para evitar confusión y porque basta abrir las obras citadas para encontrar en todas sus páginas la comprobación de los hechos, que afirmamos. Nos hemos extendido más en la historia del P. Malagrida que en la del Marqués; lo primero por ser aquel la primera figura de este trabajo, y lo segundo, porque á nuestro intento bastaba acerca de Carvallo apuntar lo que está clara y naturalmente enlazado con las crueldades, que Pombal cometió contra los indefensos hijos de S. Ignacio.

Aprovéchate, benévolo lector, como deseamos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las enseñanzas, que de aquí se desprenden, y habremos conseguido lo que nos propusimos para gloria de Dios, honra de nuestro Héroe y bien de tu alma.

P. D. *Corría la impresión á su término, cuando llegó á nuestras manos la obra portuguesa* Perfil do Marques de Pombal, *compuesta por el distinguido literato* Camillo Castello Branco. *Grata fué nuestra sorpresa al ver confirmados nuestros juicios sobre el Nerón lusitano por tan afamado publicista, de ideas tan opuestas á las nuestras, puesto que en ellas se manifiesta racionalista y anticatólico. Quiera Dios conducirlo á buen camino y hacerle conocer que solamente la Iglesia católica es maestra infalible de la verdad, y que nada engrandece tanto al hombre como el rendir su entendimiento á la divina revelación, de la que ella es intérprete y depositaria. Por nuestra parte á la misma Iglesia católica, apostólica, romana, sujetamos cuanto aquí escribimos, acatando de todo en todo las prescripciones por ella publicadas, señaladamente el decreto de nuestro santísimo P. Urbano VIII para escritos de esta naturaleza.*

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

PARTE PRIMERA

		PÁGS.
Capítulo I.	Estado de Europa en tiempo del P. Malagrida.	1
» II.	Primeros años del P. Gabriel Malagrida.	14
» III.	Vocación y entrada de Gabriel en la Compañía de Jesús.	28
» IV.	Estudios y magisterio del P. Malagrida: su embarque para el Marañón. .	39
» V.	Reseña histórica de la misión del Marañón hasta la llegada del P. Gabriel..	53
» VI.	Primeros trabajos del P. Gabriel en América.	66
» VII.	Edificante celo del P. Malagrida entre Tobajares, Caicases y Guaranís. . .	76
» VIII.	Peligros del P. Malagrida en medio de los Guaranís..	86
» IX.	Expedición del P. Malagrida á los Barbados.	96
» X.	Huye de los Barbados el P. Malagrida y es nombrado profesor del Colegio de S. Luis.	109

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulo XI.	Nueva excursión á los Barbados.. . .	119
» XII.	Vuelve al profesorado el P. Malagrida.	136
» XIII.	Misiones del P. Malagrida por el Maranón y Bahía..	145
» XIV.	Misiones del P. Malagrida en Bahía y sus alrededores..	157
» XV.	Prodigios, con que el Señor ilustraba las predicaciones del P. Malagrida. .	170
» XVI.	Trabajos apostólicos del P. Malagrida en Pernambuco..	183
» XVII.	Excursiones apostólicas del P. Malagrida por la provincia de Pernambuco..	199
» XVIII.	Vuelta del P. Malagrida á S. Luis y su embarque para Lisboa.	213
» XIX.	Viaje del P. Malagrida á Portugal y su llegada á Lisboa.	228
» XX.	Muerte de Juan V, y advenimiento de José I al trono: su ministro José de Pombal.	240
» XXI.	Vuelta del P. Gabriel á la América y nuevas fundaciones.	253

PARTE SEGUNDA

Capítulo I.	Vuelta del P. Malagrida á Portugal: sus visitas á palacio.	275
» II.	Muerte de la Reina y retiro del P. Malagrida á Setúbal.	283
» III.	Terremoto de Lisboa.	298
» IV.	Destierro del P. Malagrida á Setúbal. .	309
» V.	Libelos infamatorios. Breve de visita de las Casas de la Compañía.	326
» VI.	El P. Malagrida defiende á sus calumniados hermanos, perseguidos con nuevas intrigas por Pombal. . . .	347

Capítulo VII.	Atentado de 3 de setiembre de 1758. .	357
» VIII.	Prisión del P. Malagrida y otros compañeros. Ejecución de algunos presuntos reos de regicidio..	369
» IX.	Cárceles de Junqueira.	387
» X.	Solicitud de Pombal por expatriar á los Jesuítas, y sentenciar á muerte al P. Malagrida.	401
» XI.	Nuevas acusaciones y proceso del P. Malagrida.	416
» XII.	Prosigue la materia del capítulo pasado.	428
» XIII.	Ejecución del P. Malagrida.	438
» XIV.	Los perseguidores y los hermanos del P. Malagrida.	453
» XV.	Expulsión de la Compañía de España, su extinción..	470
» XVI.	Nuevos atropellos de Pombal; su caída.	483
» XVII.	Interrogatorio y sentencia de Pombal..	497
» XVIII.	Muerte de Pombal..	509

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POMBAL Y MALAGRIDA

ENSAYO HISTÓRICO

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

Estado de Europa en tiempo del P. Malagrida

Antes de referir las acciones y pintar el carácter del insigne varón y esclarecido mártir, P. Gabriel Malagrida, sacrificado por la saña de los enemigos de la Compañía de Jesús, creo conveniente y oportuno trazar á grandes rasgos el cuadro que presentaba Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, y dar alguna noticia de las aciagas circunstancias, por que atravesó entonces la Iglesia, nuestra madre. Dispuso la divina Providencia en sus consejos sapientísimos que viviera nuestro Héroe en época de incredulidad é hipocresía, para que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brillando en medio de tales tinieblas, cual portento de viva fe y de celo apostólico por la propagación y sostenimiento del Catolicismo, demostrara á la faz del mundo que la Iglesia Romana era, como lo ha sido siempre, fecunda en varones eminentes, y que la Compañía de Jesús era la misma, que había engendrado y á sus pechos robustecido al Apóstol de las Indias, S. Francisco Javier.

Mas este mismo brillo refulgente dando en ojos á los incrédulos é impíos, provocaba más su furor y enemiga, por lo cual en diabólico consorcio coligados juraron derrocar el baluarte de la fe y dar muerte á sus más acérrimos y aguerridos defensores. El plan estaba á lo masónico y con infernal astucia combinado, y las probabilidades de éxito henchían sus corazones de orgullo. En todas partes encontraban auxiliares poderosos y todas las dificultades se allanaban á su impulso.

Por un lado, dentro de los muros mismos de la Iglesia, los Jansenistas, cubiertos con el manto de austera santidad, le hacían guerra, tanto más cruda y terrible, cuanto con señales de santidad y de mortificación más disfrazada, de suerte que, vestidos con pellico de pastor y deslumbrando con el resplandor de una moral excesivamente severa y de una disciplina insoportable, desviaban á no pocas ovejas de los pastos de eterna vida: por otro lado, fuera del seno de la Iglesia los filósofos proclamaban teorías, que halagaban las pasiones, apellidando hasta la saciedad progreso,

tolerancia, libertad de conciencia, y otros derechos de este jaez; publicando, en fin, con el mayor descoco obras las más inmorales, cínicas é impías, trastornaban las ideas de piedad y de justicia, y pervertían dolosamente los corazones de los incautos. Por último, dentro y fuera, jansenistas y filósofos favorecidos y coadyuvados por gran número de hombres de gobierno, magistrados, jurisconsultos y publicistas, la atacaban sin tregua ni cuartel, prosiguiendo sin cejar en la obra destructora emprendida contra la Esposa del Cordero sin mancilla; y habríanla infaliblemente destruido y borrado de la faz de la tierra á no protegerla su divino Fundador segun la infalible promesa de que no prevalecerán jamás contra ella las puertas del abismo.

Uno de los más osados é impíos conspiradores contra el Catolicismo, y que con mayor encono, pertinacia y virulencia más refinada lo perseguía, era Voltaire. Desgraciadamente se difundían sus enseñanzas subversivas por Alemania, Francia é Italia, y por todas partes encontraban eco seductor, empezando á resonar en el ánimo de algunos españoles afrancesados y descreídos, y de no pocos ambiciosos portugueses.

Decía Federico II de Prusia, amigo íntimo de los enciclopedistas: *Si tuviera que castigar alguna provincia, la sometería al gobierno de filósofos.* Y el Señor, que castigar intentaba las iniquidades de la tierra y acrisolar el oro puro de paciencia, de que había enriquecido á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su divina Esposa, permitía en sus inescrutables juicios que las heréticas máximas de los ateos y novadores se inoculasen en los ánimos de los que tenían en sus manos el gobernalle de la cosa pública, y encontraran cabida en aquellos, que más debieran velar contra su difusión y arraigo.

No dormía en esto la Iglesia militante: á los odios y desdenes de sus enemigos oponía élla su caridad y celo inquebrantable, á la perfidia y contumacia sus rayos y anatemas, á la infernal astucia su prudencia cristiana, á los errores encubiertos la clarísima luz de las verdades católicas, de manera que exasperados los discípulos de Jansenio por los reiterados golpes, con que los hería y desbarataba el vigilante Sucesor de Pedro, orgullosos y pertinaces echaban mano de las armas más infamantes prometiéndose de este modo socavar la eclesiástica gerarquía y convertir en montón de ruinas la cátedra infalible de la verdad. No pueden oirse sin horror los motes, con que la denostaban. *Aplastemos al Infame*, gritaban los librepensadores; *humillemos á la Prostituta*, respondían los Jansenistas. Y estos, estos eran tristemente los nombres inmundos, con que llamaban á nuestro Redentor divino y á su querida Esposa la Iglesia Romana; estos el odio y encono, que á mediados del siglo XVIII se fomentaban contra lo más santo y sagrado de nuestra Religión augusta.

Para llevar á cabo su empresa sin estruendo ni fuertes sacudidas, para conseguir con ma-

yor facilidad la ruina de la Sede Apostólica, resolvieron ante todo reducirla al más completo aislamiento, quitando de su paso á cuantos pudieran salir á la defensa. Entre estos, segun su pensar, ocupaba la delantera la Compañía de Jesús, á la cual consideraban como aguerrido escuadrón de Alabarderos del Pontificado. Trazaron, pues, su plan de batalla, y ocuparon sus respectivos puestos para armarle celada y conducirla al precipicio: mas persuadidos de que les era de todo en todo imposible introducir en sus filas la indisciplina y la desunión, concibieron el diabólico proyecto de inmolarla por mano del mismo sumo Sacerdote, vicario de Jesucristo.

Daban ya sus esperanzas por cumplidas y gloriábanse de la victoria. Escribía Voltaire á Helvecio: *Una vez hayamos destruido á los Jesuitas, poco nos costará derrumbar al Infame!* Que este era el blanco, al cual asestaban sus tiros los enemigos, así exteriores como internos de la Iglesia, confiésanlo ellos mismos sin rebozo, y lo mismo escriben los historiadores, algun tanto imparciales, de aquellos calamitosos tiempos. Oigamos al protestante Schoell describir la conspiración jansenística y masónica, urdida á mediados del siglo XVIII.

«El reinado de este Pontífice, Clemente XIII, cayó en época desastrosa para el poder eclesiástico: jansenistas y filósofos, ó mejor, entrambas facciones, tendiendo á un mismo fin, trabajaban con tal armonía, que hubiera podido creer cualquiera que se habían concertado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el logro de sus planes. Los jansenistas bajo la apariencia de ardiente celo religioso, y los filósofos afectando sentimientos de filantropía y rodeándose con la aureola de las luces del siglo, procuraban de consuno destruir la autoridad pontificia. Y tal fué la ceguera de muchos hombres, por otra parte prudentes, que hicieron causa comun con una secta, á la que ellos mismos detestaran si hubiesen conocido sus intenciones. Esta clase de aberraciones no es rara; cada siglo tiene la suya, y su poder es tan fuerte, que pocos se hallan dotados de bastante energía para precaverse de su influencia.» Dígalo en nuestros tiempos la asquerosa lepra del catolicismo liberal.

«A mediados del siglo xviii los revolucionarios, que maquinaban la destrucción de las monarquías, querían ante todo derribar el poder eclesiástico, pues sabían muy bien que, de mucho atrás, los intereses de este ligados andaban con las glorias de aquellas, de las cuales había sido enemigo en los siglos de ignorancia. Mas para derrocar el baluarte de la Iglesia era preciso aislarlo, quitándole el apoyo de esta falange sagrada, dedicada por voto á la defensa del trono pontificio, es decir, de los Jesuitas. Tal fué, en realidad, la verdadera causa del odio, que concibieron contra la Compañía de Jesús. Las imprudencias, que cometieron algunos de sus miembros, diéronles armas para hacer terrero de su orden, y la guerra contra los Jesuitas se hizo popular, ó mejor dicho, aborrecer y perseguir á un Instituto, cu-

ya existencia estaba íntimamente unida con la Religión Católica y con el trono, fué título bastante para tener derecho de llamarse filósofo.»

«Clemente XIII y su ministro confidencial, el cardenal Torregiani, habían penetrado las dañadas miras de los adversarios del orden público, y á ellas se opusieron con todas sus fuerzas; pero todos sus conatos fueron insuficientes para salvar la vida de la Compañía de Jesús.»

El protestante Leopoldo Ranke, en su Historia del Papado, sostiene el mismo juicio que el citado escritor y confiesa igualmente que la causa de la encarnizada guerra contra los Jesuitas fué porque «en medio de los progresos del espíritu nuevo permanecieron inquebrantablemente adheridos á las doctrinas de ortodoxia y de sumisión á la Iglesia, y condenaron sin distinciones ni ambajes las teorías filosóficas, las ideas jansenistas y las creencias protestantes, opuestas á dichas doctrinas..... Durante el conflicto de estas dos contrarias tendencias en el promedio del siglo xviii ministros reformadores se apoderaron del timón de los negocios públicos en casi todos los estados católicos... personificando en sí la guerra contra la Iglesia, guerra tanto más inevitable, cuanto que los Jesuitas penetraban y contrariaban sus proyectos ya por su docta resistencia ya por su influjo en los círculos más elevados de la sociedad.»

Para corroboración de las mismas verdades,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así como para que se conozca mejor el espíritu y sentimientos de los enemigos de la Iglesia, vamos á citar otros testimonios, en la materia irrecusables. El famoso Pablo Scarpi en la sexagésima quinta de sus cartas, estampadas en Venecia en 1673, escribe que para destruir la religión católica no había medio más indispensable que destruir el crédito de los Jesuitas. Estos perdidos, decía, Roma perdida, y perdida Roma, la Religión se reformará por sí misma.

Thierry de Viaixnes, discípulo de la Compañía, y despues monje apóstata en Holanda, en la advertencia preliminar á la moral de los Jesuitas, dice: «Es preciso atacarlos ya de frente, denunciarlos en forma á la Iglesia y que las órdenes de San Benito, de Santo Domingo, de los canónigos regulares, de los Carmelitas, de los Padres del Oratorio, en una palabra, de todos los que siguen la doctrina de San Agustin y de Santo Tomás, (que este era el manto con que querían cubrirse ¡hipócritas! las heregías del pasado siglo), se reunan y, con todas estas fuerzas adunadas, asalten la secta Jesuítica y la destruyan completamente.»

Iguales ideas propalaba el abate San Cirán, cabeza del Hugonotismo reformado ó Jansenismo, el cual, cubierto con piel de oveja, en carta á un caballero, citada por Jurieu en el espíritu de M. Arnald, decía que los Padres Jesuitas eran á la Iglesia asaz dañosos, por lo que era preciso y necesario exterminarlos. A lo mismo exhortaba ahincadamente al señor de Prieres, hijo degenerado del Cister.

Por último, aunque con temor de hacernos pesados, trascribiremos un fragmento de una carta manuscrita, fecha en Lisboa el 23 de Setiembre de 1761, poco despues del martirio de nuestro Atleta. Dice así:

«Con que, amigo, dóblanse y permiten los Jesuitas que pase el huracán esperando en Dios y en el beneficio del tiempo. Y pues V. S. me dice que los trata y ama, nada recele, y tenga en ellos confianza. Y para su paz y sosiego le daré una noticia y es la que sigue: En el año 1747 se forjó en Lóndres, oficina á propósito para el asunto, un proyecto de destruir del todo la Religión católica sin reparar en que no prevalecerán contra ella todas las puertas del infierno.»

«Añadióse que no era esto posible sin arruinar antes la Compañía de Jesús: para esto aplicaron los medios, y uno de ellos era malquistarles con los príncipes eclesiásticos y seculares, usando de todos los opinables artificios. Presentóse al parlamento, quien lo aprobó como asaz justificado, y encargáronse algunos de la ejecución sin haber dejado piedra por mover para el asunto. Pusiéronse multiplicadas las minas en Roma, Viena, París, Madrid, Lisboa, etc. Algunas evaporáronse, conocida la malignidad de la pólvora, pero otras dieron lumbre y su estallido.»

«Los que más han cooperado son los janse-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nistas ó calvinistas mitigados, que han revuelto el mundo, no perdonando á intrigas ni á gastos para salir con la idea, llevando adelante la falsedad y la ira de Pascal, Arnau y San Cirán con otros, de modo que se afirma en París que si los Jesuitas se hicieran jansenistas, por no ser lo que son ellos, se harían estos católicos. Háganlo así: alléguense los jansenistas á la silla de S. Pedro, y los Jesuitas los abrazarán y admitirán con todos los católicos.» Hasta aquí la epístola manuscrita de aquel tiempo, conservada en el archivo de la Provincia de Aragón.

Que se había tramado por los masones, ó sociedades análogas, esta ó parecida conspiración contra los hijos de san Ignacio, cosa era que, aunque se llevaba secreta, traspiraba al exterior. Ya en 1740 el señor Conde Cristiani, que en nombre de la soberana de Austria gobernaba la Lombardía, recibió una carta misteriosa, en que le ofrecían 40,000 escudos, si se comprometía á promover la destrucción de la Compañía de Jesús. ¡Loor á varón tan esclarecido, que rechazando con nobleza el tentador ofrecimiento de aquellos hipócritas fariseos, avisó de ello al M. R. P. General para precaverle en lo posible contra tan terrible lance! Tambien el señor Marqués de Malaspina tuvo confidencias especiales, en que se le daba parte de conventículos secretos, donde se tramaba sériamente contra el reposo y la vida de los indefensos Jesuitas.

En Madrid mismo, ya antes que D. Juan V

terminara en 1750 su carrera mortal, hallándose Pombal en espléndido convite, á que asistieron altos empleados de las principales córtes de Europa, dió solemne palabra de no cejar un punto hasta ver la completa ruina de los Jesuitas en Portugal, y en el fervor de las copas y de los brindis exclamó: *que era absolutamente imposible que los ministros reales tuvieran influencia en las córtes, mientras en palacio tuvieran tan alto valimiento confesores Jesuitas.* Ya se entiende que la influencia, por aquellos comensales pretendida, no era para ocuparse en el bienestar y prosperidad de los pueblos, sino para trabajar en la ruina del Catolicismo. Así lo asegura la obra latina citada en el prólogo.

Y, en realidad de verdad, con tan satánico y persistente empeño triste era el cuadro, que ofrecían los reinos, donde acampaban amenazadores los enemigos del nombre de Jesús. En España Roda, amigo y corresponsal de los jansenistas, los ministros Wall, Campomanes y más tarde Aranda, imbuidos en preocupaciones filosóficas; en Francia Choiseul y la cortesana Pompadour, instigadores de los parlamentos antijesuíticos; en Nápoles Tanucci, adicto á los novadores; en Parma Dutillot, adepto de los sofistas franceses; en Alemania Van-Swieten y Febronio, enemigos de la Iglesia Romana, todos arteros y astutos, ocupando los primeros puestos, aprestaban sus armas para salir al campo y acometer sin huelgo y á escala abierta la destrucción de la gran obra de S. Ignacio de Loyola.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero debía oirse el primer grito de ataque, y representarse el primer acto de este drama diabólico en un rincón de la península Ibérica, siendo Pombal el primer actor, y el incansable P. Malagrida la primera víctima. Portugal, una de las más antiguas y más florecientes provincias de la Compañía de Jesús, Portugal, donde el nombre de Jesuita era sinónimo de Apóstol, Portugal estaba destinado á ser el teatro, donde principiara á ponerse en escena esta lastimosa y sangrienta tragedia, en la que sucumbiese uno de los principales y más afamados adalides de la Compañía, compendio de sus glorias y de sus infortunios.

En esta preclara provincia empezó su apostolado el incomparable S. Francisco Javier y en ella terminó el suyo el P. Gabriel Malagrida, otro de los más esclarecidos Apóstoles de su época. De ella salieron los fundadores del colegio de Goa, semillero de mártires y de obreros evangélicos: á ella pertenecían los celosos compañeros del Apóstol de las Indias; ella fué la que mandó al cultivo de aquellos campos á los PP. Antonio Criminal, italiano; y á Nuño Ribeira y Melchor Gonsalvez portugueses, los primeros mártires de la Compañía: de ella partieron Pedro Correa y Juan Sousa, los primeros que en el Brasil confirmaron con su sangre la doctrina del Evangelio. Quiénes sino los Jesuitas de esta provincia fueron los primeros, que evangelizaron el Japón y llevaron la luz de la fe á las playas de la China? Melchor Nuñez Barreto, que siendo superior de

los Jesuitas destinados al Japón, penetró en el Celeste Imperio, hijo suyo era. A ella tambien cupo la gloria de ver escogido de entre sus hijos al Patriarca de Antioquía y al director é intérprete de la primera legación japonesa ante el Sumo Pontífice. Ignacio de Acebedo, capitán y caudillo de los mártires del Brasil, y Juan de Britto, apóstol del Maduré, elevados á la gloria de los altares, en ella nacieron y en ella recibieron el celo, que les mereció la palma del martirio.

Largo y por demás fatigoso sería enumerar uno por uno los imperecederos héroes, y gloriosos hechos, que ennoblecieron esta provincia así en Europa como en Asia, Africa, América y Oceanía; y esta gloria, que en cierta manera trascendía y redundaba en honra y prez de todo el reino lusitano, se eclipsó por las calumnias, intrigas y tiranía de un ministro impío portugués, del marqués de Pombal, primer verdugo de la Compañía en la persecución y conspiración tramada para destruirla en aquel siglo de acerbidad y de luto. La vida y virtudes del P. Malagrida, vivo reflejo del espíritu, que animaba á los Jesuitas en Portugal y á la Compañía toda, pondrá de manifiesto la iniquidad, encarnizamiento y despotismo de sus perseguidores. Voy, pues, á describir la série cronológica de sus hechos más gloriosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II.

Primeros años del P. Gabriel Malagrida.

La pequeña villa de Menaggio, sita en la orilla occidental del pintoresco lago de Como en Italia, fué cuna de nuestro Héroe, nacido en 17 de setiembre del año del Señor 1689. Sus padres, Santiago Malagrida y Angela Rusca, eran espejo de cristianos esposos tanto por la paz é íntima unión, en que vivían, cuanto por el religioso esmero con que gobernaban la familia. Por medio de la severidad amable y de los atractivos temibles, con que inspiraban á sus hijos, fundado sobre la caridad cristiana, un honrado porte, conseguían educación tan discreta, que entre sus patricios y conocidos se citaba por norma, y con ella se atrajeron las bendiciones del cielo en el buen logro de sus familias, haciendo prueba de la verdad de aquella sentencia: *Quien educa al hijo, en él será alabado.*

Para que se entienda la buena fama de saber y discreción, de que gozaba Santiago, baste consignar que, amado por sus conciudadanos cual inteligente y caritativo médico, habíase grangeado por sus méritos, solicitud y talento la estimación de sus compatriotas más distinguidos. Eduardo Farnesio, duque de Parma y Víctor Amadeo, duque de Saboya,

se honraban con su amistad y su trato. El primero, siempre que por sus negocios ó mero solaz pasaba por Menoggio, buscaba gustoso la hospitalidad de nuestro médico; y el otro, habiendo fundado en Turín una universidad para promover las ciencias y las letras, deseoso de comunicar esplendor á los estudios, que allí debían establecerse, quería poner á nuestro Doctor al frente de la cátedra de medicina. Pero Santiago, encariñado con la vida retirada, y temiendo con fundamento perder entre los honores la felicidad, de que disfrutaba en medio de sus parroquianos, agradeció urbano el obsequio y rehusó el brillante cargo, que se le ofrecía, prefiriendo permanecer en el rincón oscuro. En este valle de duelos nadie es más feliz que el que con menos se contenta, y desgraciado del rico y poderoso, que alberga en su alma la víbora de la ambición ó de la codicia, porque nunca saboreará las dulzuras de la paz, bien mucho más estimable que los preciados tesoros del mundo.

La paz cristiana era la recompensa y honorarios del edificante desprendimiento y solícita caridad de Malagrida, el cual mayores y mucho más sólidos consuelos recogía del cuidado de los dolientes que de las caducas riquezas y de los huecos honores los sedientos esclavos del siglo. Veíasele no raras veces satisfecho y diligente visitar enfermos pobres, no poco distantes de la villa, complaciéndose en prodigar sus desvelos al alivio de los miembros pacientes de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Igual era la paz é interna tranquilidad, en que vivía su esposa, habiendo bendecido el cielo su religioso enlace con diez hijos, cuatro hembras y seis varones, de los cuales Gabriel fué el cuarto. Prevenido por la Divina Providencia con un natural dócil y amable, adornado de las mejores cualidades para recibir las impresiones de la gracia, formaba las delicias y encanto de sus padres. No descuidaron estos el cultivo de tan buenas disposiciones. Merced á los desvelos y solicitud de la fervorosa Angela desarrollábanse de manera los gérmenes de piedad y de virtud, que el Altísimo había sembrado con el bautismo en aquel tierno corazón, que ya en sus infantiles años las flores de sus virtudes recreaban con su aroma á cuantos le contemplaban. Con su dulzura y modestia se ganaba los ánimos y edificaba á todos con su fervor cada día creciente. No era caprichoso ni desasosegado, como suelen los niños criados en regalos y abundancia; no enojaba á nadie, ni de nadie se quejaba, antes apacible, sufrido y manso se guardaba de lastimar ni amargar á nadie ni con gracias ni con desgracias, aunque le dieran para ello motivo.

No contento con obedecer las menores insinuaciones de los que tenían alguna autoridad, mostrábales en todas ocasiones tal deferencia, respeto y cariño, que complacido su padre de ver en Gabriel un modelo de sumisión y obediencia, se lo proponía como tal á sus hijos mayores y no sabía llamarlo con otro nombre sino con el de Angel de la familia. Puesto en pri-

meras letras manifestó gran afición al estudio aplicándose á él aun con más delirio que otros de su edad al juego. En la escuela reprendía con pueril severidad á sus pequeños amigos la traviesa inquietud, compañera de los tiernos años: y si alguna vez en la calle ó en casa se mezclaba en los entretenimientos inocentes de otros niños de su edad, lejos de incurrir en las pequeñas faltas á que los lleva su vivo é inquieto humor, brillaba entre todos por su candor y compostura. Su más grata diversión consistía en arreglar altares, imitar las ceremonias de la Iglesia é invitar á los chicos á orar en su capilla. Estos juegos santos eran sus gratos é inofensivos desahogos, tan apetecidos de aquella edad.

Llegado á los nueve años, quisieron sus padres dedicarle á estudios más sérios y darle educación correspondiente á su clase. En todos tiempos y lugares ha sido la crianza de la juventud uno de los puntos de mayor trascendencia no menos para los estados que para las familias y para los individuos. Por esto los enemigos jurados de la religión y de la prosperidad maciza de los pueblos han minado siempre este importantísimo alcázar del orden, y han trabajado sin tregua para arrancarlo de la custodia de los ministros del santuario, y entregarlo á pedagogos impíos y profesores incrédulos, dispuestos á plantar en el tierno corazón de los jóvenes la duda y la irreligión.

Convencido Santiago de la gravedad é importancia de este negocio, del cual penden así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la paz del hogar doméstico, como la seguridad de los reinos, quiso poner á su querido Gabriel en manos de maestros, que además de ilustrar su virgen entendimiento con las luces de las humanas ciencias, al mismo tiempo formaran su corazón en el santo temor de Dios, nutriéndole con las saludables enseñanzas del Evangelio. Para ministerio tan sagrado nadie mejor que aquellos, que han recibido de Dios la facultad de enseñar, y muy en especial los que á él se consagran por vocación divina sin otra retribución que la riquísima que el Señor les tiene preparada en el cielo. Gracias á la paternal providencia del Altísimo, en Como florecía por entonces en virtud y letras un colegio dirigido por los religiosos de Somasca, y á él mandó Santiago á su inocente angelito, como á puerto seguro de salud y libre del mundanal contagio.

Puesto el joven escolar en tan grato recogimiento procuró, ya desde los principios, hermanar la aplicación al estudio con la cultura de todas las virtudes. Ayudábanle á ello los maestros, que viendo la dicha de su discípulo en haber logrado por suerte una alma buena, y por su claro ingenio y feliz memoria muy capaz de su cristiana educación, se aplicaban á ella con mayor esmero aprovechándose de su docil voluntad para que se le imprimiesen las buenas costumbres. Es sentimiento de Séneca que el niño se debe gobernar ahora sirviéndose de riendas para contener su natural impetuoso, ya apretando los acicates para impelerlo á la virtud: mas no necesitó de frenos que le retrageran del mal quien, aun sin saber á dónde, corría diligente al bien. Usaron solamente de aquellas dos blandas espuelas, el consejo y la doctrina, pues bastaba descubrirle el camino para creerse obligado á correrlo. Era tal el ardor, con que se entregaba á las letras aquella alma cándida y pura, que ya parecía rayar en pasión. Con permiso de los superiores pasaba gran parte del tiempo de recreo en hojear libros; y tal vez yendo de paseo se llevaba consigo sus autores favoritos á fin de aprovechar en el estudio algunos cortos ratos hurtados á tan honesto solaz.

Suelen con frecuencia los jóvenes, aún los más aplicados, perder en las vacaciones lo que durante el curso aprendieron á fuerza de aplicación y trabajo constante. Distraidos en frívolos pasatiempos, por no decir peligrosos, en lo que menos piensan es en destinar algun tiempo á los ejercicios de piedad, y alguna hora al repaso de las materias estudiadas y adquisición de otros conocimientos útiles. Gabriel no descuidaba ni lo uno ni lo otro. Como fuera de favorecerle el ingenio, no le hurtaban los momentos ni divertían los juegos y vanos entretenimientos, que suelen llevarse las mejores horas de aquella edad, de aquí resultaba que en medio de las delicias y descanso de la familia, sabía encontrar largos ratos, que consagrar á la oración y al estudio con no menos notable provecho de su alma que edificación de los que le trataban. Uno de sus mayores placeres y es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parcimientos durante las vacaciones era conferenciar con sus amigos sobre las matérias, que en tiempo de curso habían estudiado en el colegio.

Con esta vida tan concertada y serena desenvolviéronse y se perfeccionaron de suerte los talentos de que Dios le había enriquecido, que presto hizo raya entre sus más aventajados condiscípulos con indecible contentamiento y gozo de sus cristianos Padres. También se hacía amar con predilección de sus maestros y superiores, que se gozaban tanto en el buén logro de sus religiosos desvelos, como en la modestia, sumisión y aprovechamiento de su alumno. Siempre que se trataba bién de cumplimentar algun distinguido personaje, que visitara el establecimiento, ó bién de pronunciar algun discurso para la apertura de alguna academia, dábase por lo comun la preferencia á nuestro Escolar, como á uno de los más aptos para semejantes ejercicios.

Era costumbre en aquel colegio representar durante el curso algunos dramas religiosos ya para entretener útilmente á los alumnos, ya para procurar este solaz á los padres de los niños. Cierto dia habíase de poner en escena una tragedia interesante, y el concurso debía ser numeroso y escogido: faltaba ya poco para su ejecución, cuando el que tenía el papel de protagonista cayó enfermo. En este apretado lance acudió el superior al joven Malagrida encargándole que se dispusiera cuanto antes á reemplazar al doliente. El actor improvisado

se preparó con tal diligencia, y se penetró tan bién de su papel, y supo interpretar con tal maestría los sentimientos del santo personaje por él representado, que dejó á los concurrentes admirablemente sorprendidos y prendados no menos de su candor angelical que de su habilidad y destreza.

Crecía con los años el esplendor de las dotes con que el Señor había embellecido su alma, sin que ni sus adelantos le hicieran altivo, ni enfadoso las lisonjas que le decían, ni vano las ceremonias y crianzas con que los suyos y los estraños le honraban. Así salían bien librados y fructuosos los sudores, de los maestros y directores, que se esmeraban en cultivar alma tan bién dispuesta y preparada para el celestial rocío. Empeñábanse aquellos activos y celosos profesores ya en imbuir juntamente á sus colegiales con las letras en las máximas de nuestra santa religión, ya en prevenirlos con tiempo contra las asechanzas y peligros del mundo, ya en aficionarlos á ejercicios de piedad, y especialmente á la frecuencia de los santos sacramentos, trato íntimo con Dios y filial amor á la Vírgen sin mancilla, todo lo cual, como simiente escogida la buena tierra, así recibía con tanto aprovechamiento nuestro estudiante, que por su devoción, adelantos y sólidas virtudes era reputado cual dechado y pauta de sus condiscípulos. Quién con los debidos encomios podrá expresar ora la tierna devoción, con que honraba á la Santísima Reina de los cielos, ora el celo con que pregonaba sus glorias, ora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cultos y obsequios, con que á élla acudía en todas sus necesidades?

Para testimonio de sus relevantes disposiciones hé aquí lo que de él escribía un digno sacerdote, que había sido compañero del joven Malagrida:

«Gabriel era de ejemplar conducta, y en sus estudios literarios obtuvo éxito felicísimo. En todas las clases dió claras pruebas de talento extraordinario, y llevó siempre considerable ventaja sobre sus émulos y competidores. Tan joven, como era, alentaba ya en su ánimo pensamientos del martirio. El mismo me lo aseguró un dia. Como estuviera yo á su lado en el salón de estudio, y hubiese notado que estando con la cabeza apoyada en una de sus manos, se la mordía hasta el punto de arrancarse sangre, preguntéle una vez: ¿qué significaba costumbre tan extraña y peregrina? y él me respondió con sencillez infantil que de esta suerte se quería avezar á los padecimientos y prepararse á obtener un dia la palma del martirio.» Tales eran las llamaradas, que ya desde sus tiernos años se levantaban de su corazon, abrasado en el fuego del amor divino.

Esta era, ciertamente, la gloria que le estaba reservada, pero no entre hordas de salvajes é infieles conforme ansiaba su espíritu de apóstol, sino en medio de un país católico y por las maquinaciones de un ministro, que pasar quería plaza de ferviente cristiano. Para conseguir del cielo gracia tan envidiable, disponíase Gabriel con acopio de todas las virtu-

des, y el Señor le favorecía con especiales auxilios. No fué por cierto el menor su vocación á vida más perfecta. En el mismo colegio de Como, donde tan hondos cimientos de santidad había humildemente labrado, fué donde sintió inflamarse en vivos deseos de meterse en religión, por la cual había de arribar al suspirado triunfo. ¡Admirables son los caminos y trazas de la divina Providencia! Aquello mismo, que parecía ser obstáculo para llevar al edificante mancebo á estado de mayor recogimiento, fué reclamo y eficaz medio de que se valió el Todopoderoso para libertarlo de las embravecidas olas del siglo y llamarlo al puerto seguro de la vida religiosa. He aquí como prendieron en su alma estas llamas.

Hallóse presente el joven Malagrida en los últimos momentos de un observante religioso del colegio, en que estudiaba: otro individuo de la misma Comunidad, que contra el moribundo guardaba criminal resentimiento, olvidándose del hábito que vestía y de la perfección que profesaba, ciego de coraje lanzó contra el paciente sentidas injurias, capaces de llevar la perturbación á ánimos menos dispuestos y aumentar la amargura del agonizante. Mas el edificante religioso, recordando que Jesús perdonó á los que entre ludibrios y dicterios le habían crucificado, á las acerbísimas é intempestivas expresiones del colérico no respondió sino con su paciente y edificante silencio; y sin conmoverse ni alterarse un punto, conservando siempre su semblante sereno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

é inalterable, y sonriéndose dulcemente, pintada en su rostro la paz de la buena conciencia, durmió el sueño de los justos pidiendo perdón por sus enemigos.

Con este lamentable espectáculo, que nos pone á la vista hasta donde puede llegar la fragilidad humana, y los excesos tristísimos á que conducen pasiones mal reprimidas, aun en los mismos religiosos que caminan á la perfección, conmovióse tiernamente el pecho de nuestro Joven, el cual como paloma cándida no tuvo ojos para ver otra cosa sino el consolador y edificante ejemplo dado por el paciente religioso en los umbrales de la eternidad. Hasta entonces había tenido Gabriel horror tan grande á la muerte, que no podía oir hablar de ella sin estremecerse; mas con esta ocasión y dulce dechado se le desvanecieron casi completamente tales temores y aprensiones. *¡Oh! ¡qué hermosa muerte!* exclamaba con frecuencia enternecido: *¡Oh, qué dulce es, qué consolador el fin de una vida consagrada sin reserva ni regateos al divino servicio! ¡Ah, que tanta tranquilidad de corazón, tan desusado señorío de las propias pasiones, perlas son que no se cogen con facilidad en medio del turbulento y cenagoso mar del siglo! Al claustro, al claustro tiene que acogerse quien desea segura y eficazmente adornarse con ellas.*

Entre tanto iba nuestro Escolar consolidando sus planes, y su vida parecía entre sus condiscípulos una ajustada copia del original, que nos dibujó S. Ambrosio en el mozo Tobías, respetable no por las canas de la cabeza sino por el candor de las costumbres siempre venerables. Su compostura regulada por las reglas de las más extricta modestia, su apacible seriedad, que le conciliaba junto con el amor el respeto, el desprecio de juveniles recreos, en que la del tiempo suele ser la pérdida menor, aunque tan grande, el cuotidiano recurso á la oración, en que gastaba muchos ratos sin parecer largos á su devoción, la frecuencia de sacramentos, cuya virtud ajaba las lozanías de las pasiones, y finalmente todo su porte severo y agradablemente humano le grangeó tal autoridad sobre sus compañeros, que todos le amaban y respetuosamente temían.

A unos refrenaba con la dulzura de sus consejos, á otros con sus ejemplos promovía, y si alguno más licencioso se deslizaba en acción ó palabra menos compuesta, al momento recibía su aviso. Por esto entre sus conocidos se introdujo aquel lenguaje, que usaban los amigos de S. Bernardino de Sena, cuando les cogía en alguna falta. *Cuenta*, decían, *que viene Gabriel;* y á su vista todos se componían y cambiaban de conversación. Así preparaba el Señor á su Siervo para retirarle de este mundo corrompido.

Otro incidente vino á confirmarle en sus generosos y santos deseos. Teniéndose que representar una pieza dramática por los alumnos del colegio, habían encomendado á nuestro estudiante el papel de rey; cuando estando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un dia ensayándose vestido ya con el rico traje de monarca, fijó por casualidad los ojos en un devoto crucifijo. Su vista trocó su corazón de bueno en mejor. Aquel tan sensible contraste de lo que el mundo estima y de lo que nos enseña Jesús, la locura del uno por todo lo que es fausto y esplendor, y la paz del otro en la humildad y oprobios, el hambre del primero por las delicias y regalos y la sed del segundo por las cruces y persecuciones, el afan de aquel por las riquezas y comodidades, y el contento de este en la desnudez y pobreza, y sobre todo la imagen del Salvador, desnudo, clavado en cruz, empañado con inmundas salivas, coronado de penetrantes espinas, aheleados sus divinos labios, cubierto su cuerpo de cardenales y heridas, conmovieron lo más profundo de su alma, infundiéndole vivo desprecio de todos los bienes, que ama el mundo. y amor intenso de la cruz, del mundo tan desdeñada.

¿Qué es, pues, el mundo y todos sus encantos, sino farsa y comedia, que con un abrir de ojos se disipa, señaladamente cuando la muerte viene á correr el telón de todos sus hechizos? Solo lo eterno, que misericordiosamente nos ganó Jesús con su muerte, le parecía digno de nuestra estima. Esto no obstante, en la hora convenida presentóse Gabriel al escenario á desempeñar, lo mejor que supo, su cometido, no por los aplausos de los espectadores, que se los prodigaron á porfía, sino por cumplir la voluntad de Dios, manifestada por los

Superiores. Pero desde aquel momento ni su corazón pudo desenclavarse de los piés de Jesús crucificado, ni admitió más pensamientos que de consagrarse sin dilación ni reserva al servicio del Señor, muerto por nosotros en ignominiosa cruz.

La floreciente y ejemplar religión de Somasca, á la cual se inclinaba hasta por gratitud, ya que en ella era donde con la instrucción literaria había adquirido la verdadera y sólida devoción; fué igualmente la primera que más atrajo sus afectos y simpatías, y la primera en que pidió ser admitido. Mas consultado el negocio con su padre espiritual, el M. R. P. Santiago Espínola, director de espíritu de aquel colegio, aunque alabó y aprobó su vocación, no así la elección del Instituto por los crecidos gastos, que consigo llevaba la recepción del hábito, superiores á lo que Gabriel podía prometerse de sus buenos padres, agobiados con tantos hijos. Guardábale el Señor para la Compañía de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Vocación y entrada de Gabriel en la Compañía.

Durante el corto tiempo que le restaba de colegio, en lo que más se esmeró el ferviente Escolar fué, sin olvidar las letras, en hacer nuevos progresos en la santidad y tratar seriamente del acierto en la elección de estado; porque, como es la verdad, tenía éste por uno de los más importantes negocios de la vida, puesto caso que de él depende la mayor ó menor santificación de nuestras almas, y casi casi nuestra condenación ó salvación eterna. Y no iba ciertamente fuera de camino, porque con ser axioma católico y dogma de nuestra santa religión, que sin los auxilios de la divina gracia, que previene, acompaña y avalora nuestras buenas obras, no podemos hacer cosa de cimiento para la consecución de la gloria, es también cierto que Dios nuestro Señor, aunque á ninguno niegue las gracias necesarias para salvarse; sin embargo, como sapientísimo y próvido Gobernador del universo, distribúyelas en número, peso y medida conforme las reclama el recto y cabal desempeño de los cargos, á que segun sus eternos planes y designios nos llama. Por esto reconocía el siervo de Dios en la vocación el anillo de oro, del cual

penden para nosotros la cadena de todos los tesoros celestiales, y sin cuyo sostén ponemos á riesgo la bienaventuranza.

Resuelto, pues, á renunciar para siempre al mundo, cifraba todo su bién y dicha sólida en conocer la voluntad de Dios en negocio de tanta monta, y á esto dirigía todas sus oraciones y suspiros. No paraba aquí, ni se encerraba dentro de estos límites su cuidado, sino que, deseoso de tener alguna garantía de firmeza en sus buenos propósitos, y temeroso por demás de resfriarse en sus ardientes ansias con su vuelta á los aires envenenados del siglo, antes de partir de tan grato recogimiento, trató de unirse más estrechamente con Dios recibiendo las órdenes menores, permitidas en sus cortos años. Otorgósele sin dificultad ninguna la gracia suplicada; y desde entonces agradecido no dejó pasar ocasión de ejercitar el celo que abrasaba ya su alma, y de hacer con buenas obras cierta y segura su vocación al apostolado. Asistir con reverencia á las funciones del templo, servir al altar con devoción y compostura, enseñar á niños y á pobres la doctrina cristiana, visitar y consolar enfermos, tales eran sus gratas ocupaciones y los oportunos medios, que á la oración juntaba para investigar y conseguir el beneplácito divino.

Vez hubo, y no una sola, en que condescendiendo con su dorado sueño, se le permitió en su mocedad subir á la cátedra del Espíritu Santo para dirigir á los fieles la palabra; y lo hizo con tal fervor, unción y energía, que dió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bién á conocer los singulares carismas, con que el Señor, especialmente benéfico, suele cuidar de los que escoge para pregoneros de su gloria. El arcipreste de Menaggio, D. Nicolás Tedeschi, que le oyó, aun en la avanzada edad de ochenta y cuatro años recordaba complacido el discurso, que predicó Malagrida en alabanza del Iman de sus amores, la Virgen María.

Concluidas las materias de humanidades y filosofía, que se enseñaban en aquellas aulas, y habiendo recibido las lecciones de teología escolástica en las clases de los RR. PP. Dominicos, residentes en aquella misma ciudad, pasó Gabriel á Milán con el fin de seguir los cursos de teología moral en el colegio Elvético. Aquí como allí su continuo y principal empeño reducíase á juntar y hermanar la ciencia con la virtud, pues estaba en la íntima convicción de que la ciencia sin la virtud hincha y desvanece, y la virtud sin la ciencia puede exponer á peligrosos alucinamientos y precipicios, y que sin estas dos alas es imposible que el escolar llegue á la perfección que de él exige el Todopoderoso.

Su ingenio nacido para estas letras, la aplicación con que se entregaba al estudio, la viveza con que se expresaba en sus discursos, la erudición muy superior á sus años, pero muy igual á su capaz entendimiento, pronto le merecieron el comun crédito, distinguiéndole entre sus condiscípulos como estrella de brillo incomparable. Nada de cuanto explicaban sus profesores le parecía inútil é impertinente; y

bastaba que se lo propusieran para aplicarse á ello con asiduidad y constancia esperando que, como venido de Dios, algun dia le serviría de instrumento eficaz para promover la salud de las almas.

Mas si grande era su estudiosidad y ahinco por la consecución de las ciencias sagradas, mayor era todavía su afán y solicitud por el cultivo de la santidad verdadera. De dia en dia tomaban en su alma mayores creces el amor de las virtudes macizas y el más generoso menosprecio de las vanas preocupaciones del mundo. En la comunicación familiar con Dios, contemplación de las virtudes angélicas y consideración de las perfecciones de los santos había descubierto un venero inagotable de dulzura, que embriagaba su corazón: y aquí era donde se inflamaba más en la estimación del retiro y crecía en el aprecio del estado religioso, puerto defendido de las tempestades del mundo, jardin de la Iglesia regado con las incesantes corrientes de la divina gracia, morada deliciosísima del orden y de la paz, verdadero paraíso donde, sin temor de hielos ni de escarchas, crecen lozanas las flores de todas las virtudes.

Ya no dudaba Gabriel que el Señor le quería en este estado, despreciable á los ojos del mundo, penoso á las fuerzas de la carne, y felicísimo segun los juicios de Dios; por lo cual, dócil y pronto á la voz del cielo, que fuertemente le llamaba, ansiando romper las ataduras que todavía le tenían aprisionado al siglo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escribió cuanto antes á sus padres, pidiéndoles permiso y la bendición para dar cima á su generosa empresa.

Fácil era á los suyos conjeturar y de ahí temer que aquel constante tenor de vida, tan santamente ajustado, no era para la tierra, sino para el cielo de la religión: no obstante, recibida la carta y conocida la resolución de su querido Hijo, sintieron tenerse que separar de prenda tan amante y tan tiernamente amada: pero, como fieles cristianos, lejos de oponerse á la voluntad de Dios que nunca jamás debe ceder á la de los hombres, concedieron resignados á Gabriel la facultad anhelada, rogando al mismo tiempo al Señor que le encaminase en tan grave y trascendental asunto. Lo propio continuó haciendo el Aspirante, sobre todo hallándose indeciso y perplejo respecto de la religión que escoger debía. Muchas eran las que armaban á su genio y aspiraciones, y muchas las que cautivaban su corazón por sus obras apostólicas: mas balanceando aun entre varias, despues de maduro examen, resolvió cortar el nudo siguiendo el dictamen de su piadoso y prudente confesor, el cual, escuchadas las razones y sentimientos del penitente, le aconsejó entrase en la Compañía de Jesús.

Grandes y terribles eran las calumnias, que contra este Instituto habían levantado en todos tiempos los enemigos de la Iglesia, y que entonces con especialidad encontraban eco en numerosos libelos difamatorios que contra ella publicaban y difundían jansenistas y filósofos.

Pero esto en vez de arredrar al joven Malagrida, le infundía nuevos brios para seguir el consejo de su director. Escrito está: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia;* y si es esta, ó los delitos y culpas que calumniosamente le imputan, la causa de las nunca interrumpidas persecuciones contra el Instituto de S. Ignacio, demuéstralo á las claras la sola consideración, de que sus enemigos no son otros sino los encarnizados enemigos del Catolicismo, los filósofos, ateos, masones y perturbadores de la paz pública basada en la religión y en la justicia. Para Gabriel la razón potísima de amar y abrazar la Compañía de Jesús, era conocer claramente que Dios le quería en ella, por lo cual sin titubeos ni dilaciones corrió gozoso á alistarse en sus filas.

El dia 27 de setiembre de 1711, fiesta de la Impresión de las Llagas del glorioso S. Francisco de Asís, entró Gabriel Malagrida en el noviciado de Génova, teniendo á la sazón la edad de 22 años. Luego que puso los piés en los umbrales de aquella escuela de virtud, reconoció que era la morada de paz y de fervor, donde con los edificantes ejemplos, que en torno suyo admirase, adquiriría su alma las virtudes propias de un novel y valiente soldado de Jesucristo: y como el bullicioso estrépito de los cuidados mundanales guarda en tales casas tan alto silencio, fácil le fué percibir bién las hablas divinas, que clara y dulcemente le invitaban por medio del ejerci-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

cio de la perfección religiosa á la más elevada comunicación con el Altísimo, donde bebiera sin medida las celestiales aguas, que despues á manera de sagrada nube había de esparcir en su predicación apostólica.

Comenzó su carrera tomando por pauta á los angélicos S. Estanislao de Kostka y S. Luis Gonzaga; y con las fuerzas, que le comunicaba la divina gracia, copió en sí los heróicos ejemplos, que aquellos nos legaron. Como ellos procuraba señalarse así en la guarda de la vida comun, en que está la mejor y más práctica mortificación del religioso, como en los ejercicios de humildad, silencio, abnegación y modestia, que con aquella concuerdan. Y aunque durante su noviciado fué siempre uno de los más aventajados en los conocimientos místicos, que formaban el alimento de su alma, no obstante para el acierto púsose por completo en manos de los superiores, como en brazos de la divina Providencia, dejándose siempre y en todo gobernar por sus reglas y consejos, como niño ignorante é inexperto. La claridad y franqueza con su maestro de espíritu era su primera regla de conducta; y en consonancia á esto descubríale á menudo toda su alma, dábale cuenta de los menores hechos de su vida, comunicándole las dificultades, con que tropezaba en el divino servicio, y abriéndole siempre los más recónditos senos de su conciencia.

Para enfervorizar más su espíritu y estimular su celo á la mayor gloria de Dios leía con particular fruición y preferencia las vidas y

gloriosas hazañas de los primeros adalides de la Compañía, y nunca cerraba el libro sin sacar alguna máxima que rumiar, ó algun recuerdo de ejemplos, con que se confirmase en los santos pensamientos de seguir de cerca los esclarecidos y virtuosos pasos de tales campeones de la Fe. Por de pronto á imitación suya procuró asemejarse á Jesús crucificado, domando su naturaleza con entera mortificación de sus pasiones. Tomando á la letra la regla, que manda *buscar intensamente en el Señor nuestra mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles*, armado de santo rigor, declaró á su cuerpo encarnizada guerra, y se la hizo como bisoño en los imprudentes arrojos, pero como muy veterano en las señaladas victorias, que contra su carne ganaba.

Animado de este espíritu de penitencia ayunaba tres veces la semana, ceñía áspero cilicio, tomaba largas y recias disciplinas, y llevó tan lejos las maceraciones corporales, que fué preciso que los superiores, atemperando á las fuerzas del cuerpo los fervores del espíritu, le fueran á la mano, y pusieran término y modo á tantas austeridades reprimiendo sus piadosos excesos. Con rendida obediencia mortificó el novicio estos mismos afanes de mortificarse defiriendo á la primera insinuación de su prudente maestro: pero no aflojó en nada ni cejó un ápice en la mortificación interior de sus afecciones ni en la abnegación de su propia voluntad, sin las cuales los más sangrientos ri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gores no sirven sino para cebar el orgullo y amor propio.

Otras lides se le preparaban para su ferviente corazón más terribles y arriesgadas: puesto que viendo claramente el demonio en el observante novicio los efectos maravillosos de la gracia, y de lejos lo que aquella planta habia de fructificar en la Iglesia é ilustrar la Compañia, envidioso de sus glorias y adelantos, y adivinando la cruda guerra que habia de moverle, y el gran número de almas que habia de arrancar de sus vergonzosas cadenas, acometióle con rabia é insistencia empeñado en robarle el tesoro de la vocación y sacarle para siempre del religioso asilo de fervor y de santidad. Ya á la descubierta, ya disfrazado en ángel de luz, por un lado poníale delante de los ojos la dulce alegría de sus padres y hermanos, cuando con ellos vivía; por otro exagerábale el sentimiento, que todos habían tenido al desprenderse de miembro de la familia tan querido: á vueltas ponderábale las devociones y obras de celo que practicaba en el siglo; no pocas veces pintábale con deslumbrantes colores el gran bién, que podia conseguir trabajando en pro de las almas entre parientes y conocidos; y siempre y por todos flancos promovía en su imaginación exaltada fantasmas ya tristes, ya halagüeños, con que le robaba la paz, y excitaba con fuertes empellones á volver al tempetuoso mar del mundo.

Mas el atribulado novicio, amaestrado ya en la táctica, que S. Ignacio expone en los santos

Ejercicios, á que por espacio de un mes se retiran los jóvenes de la Compañía, capaz ya de discernir los movimientos del espíritu bueno y del malo, al instante penetró los dañados embustes del padre de la mentira, y corriendo á descubrir su angustiado corazón al médico de su alma, sintió renacer en él la tranquilidad algun tanto perturbada. Pretendia el astuto enemigo nada menos que robarle, con la gracia inestimable de la vocación, la prenda de salud eterna; pero el valiente Hermano luchó con denuedo contra los asaltos y ardides del dragón infernal, y coronado de tantos laureles cuantas fueron las batallas, prosiguió su noviciado con nuevo aliento y más esforzados brios sin flaquear un punto en su empresa.

He aquí lo que en loa de nuestro Hermano atestiguó el P. Jerónimo María Doria de la provincia de Milan, connovicio suyo: «El hermano Gabriel, escribía dicho Padre con fecha 22 de diciembre de 1761, el hermano Gabriel se mostró desde los primeros dias de su llegada lleno de fervor santo, que lejos de entibiarse con el tiempo, recibió mayores incrementos de dia en dia. Una vez me abrió confidencialmente su pecho y manifestóme una fuerte tentación, que había tenido con motivo de sus padres, á quienes amaba tiernamente. Pero cuanto más violentas habían sido las acometidas, tanto más enérgicos fueron los medios empleados para resistirlas. Queriendo, pues, que su victoria fuera más completa y estable y su sacrificio á Dios más grato, tomó la firme reso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lución de pedir á los superiores le mandaran á las misiones de Indias, á fin de que lejos de sus parientes no pensara en otra cosa sino en extender la divina gloria. Puedo asegurar con juramento que, en todo el tiempo que viví con él, observé en Gabriel virtud más que ordinaria, por lo cual nuestro maestro de novicios nos lo recomendaba cual modelo digno de imitacion.» Hasta aquí el P. Doria.

Tal era, en efecto, el concepto y estimación que de las virtudes del joven Malagrida tenían cuantos le trataban. Y porque cosas mayores nos aguardan, concluyo este capítulo diciendo que terminados los dos años de noviciado, hechas á satisfacción las pruebas por el Santo Fundador prescritas, tuvo el inefable consuelo de ligarse con Dios por los votos simples de religión, resuelto á vivir y morir en la Compañía de Jesús defendiendo como valiente soldado el reinado de Jesucristo.

CAPÍTULO IV.

Estudios y magisterio del P. Malagrida. — Su embarque para el Marañón.

Hechos los votos religiosos del bienio, á saber: los de pobreza, castidad y obediencia, fuele preciso dejar el noviciado y volver á los estudios repasando por de pronto las humanidades, que con tan feliz éxito había cultivado en el seminario de Como. Partió, pues, para su nuevo destino de aquella escuela de abnegación y desprendimiento, de su corazón tan querida, mas no sin llevarse consigo, como rico tesoro, que debía guardar hasta la muerte, el fervor adquirido en la cuna de la vida religiosa. Puesto otra vez entre libros, pero muy atento á la observancia de su regla, dió tales muestras de doctrina y gusto literario, que elevó mucho el encubrado concepto, que todos tenían formado de su estudiosa habilidad, mas con tal sencillez y modestia que se echó bién de ver no se habia entibiado en él en grado ninguno el amor de las virtudes sólidas con el fervor de los estudios, frio pretexto de almas tibias, poco celosas de su espiritual aprovechamiento.

Escribe el mismo P. Doria: «Siempre que volví á ver al P. Malagrida, como siempre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lución de pedir á los superiores le mandaran á las misiones de Indias, á fin de que lejos de sus parientes no pensara en otra cosa sino en extender la divina gloria. Puedo asegurar con juramento que, en todo el tiempo que viví con él, observé en Gabriel virtud más que ordinaria, por lo cual nuestro maestro de novicios nos lo recomendaba cual modelo digno de imitacion.» Hasta aquí el P. Doria.

Tal era, en efecto, el concepto y estimación que de las virtudes del joven Malagrida tenían cuantos le trataban. Y porque cosas mayores nos aguardan, concluyo este capítulo diciendo que terminados los dos años de noviciado, hechas á satisfacción las pruebas por el Santo Fundador prescritas, tuvo el inefable consuelo de ligarse con Dios por los votos simples de religión, resuelto á vivir y morir en la Compañía de Jesús defendiendo como valiente soldado el reinado de Jesucristo.

CAPÍTULO IV.

Estudios y magisterio del P. Malagrida. — Su embarque para el Marañón.

Hechos los votos religiosos del bienio, á saber: los de pobreza, castidad y obediencia, fuele preciso dejar el noviciado y volver á los estudios repasando por de pronto las humanidades, que con tan feliz éxito había cultivado en el seminario de Como. Partió, pues, para su nuevo destino de aquella escuela de abnegación y desprendimiento, de su corazón tan querida, mas no sin llevarse consigo, como rico tesoro, que debía guardar hasta la muerte, el fervor adquirido en la cuna de la vida religiosa. Puesto otra vez entre libros, pero muy atento á la observancia de su regla, dió tales muestras de doctrina y gusto literario, que elevó mucho el encubrado concepto, que todos tenían formado de su estudiosa habilidad, mas con tal sencillez y modestia que se echó bién de ver no se habia entibiado en él en grado ninguno el amor de las virtudes sólidas con el fervor de los estudios, frio pretexto de almas tibias, poco celosas de su espiritual aprovechamiento.

Escribe el mismo P. Doria: «Siempre que volví á ver al P. Malagrida, como siempre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de él oí hablar, me confirmé más y más en la opinión de que era un religioso perfecto.» Buenas pruebas dió de ello durante toda su vida, enteramente ajustada á las menores prescripciones del Instituto. Aplicado de nuevo al repaso de las buenas letras, persuadido de que nada podía hacer más agradable al Todopoderoso que vacar á ellas con todo ahinco para hacerse apto instrumento de la divina gloria, entregóse con tal afán al estudio, que presto adquirió cuanto le faltaba para enseñar con provecho y lucimiento aquellas materias.

No pocas veces el ardor de los estudios agosta y marchita el verdor de la devoción; mas Gabriel tomó tales ayudas de costa para impedir lance tan calamitoso, que ántes los estudios le servían de acicate para correr veloz por la senda de la perfección religiosa. Para conservar fresco este espíritu no abandonó jamás las santas prácticas, aprendidas en el noviciado ni respecto á la oración y trato con Dios, ni respecto á la mortificación continua de sus pasiones y sentidos.

Con la licencia, que en la Compañía suele concederse, salía Gabriel á la portería á comer con los pobres, y fijando los ojos en el más desarrapado y sucio, á aquel escogía por compañero de plato para sazonar con aquella salsa la frugal comida. En la mesa era edificante su templanza, porque fuera de tomar comunmente lo peor de cuanto le ofrecían, dejaba siempre algo para los pobrecitos de Jesucristo. Como le sirvieran cierto dia un plato de pescado y él

lo dejara intacto, como en casos análogos tenía de costumbre, habiendo advertido el superior que Gabriel no comía, mandóle tomar de aquel pobre, bién que para él esquisito sustento; y el observante Escolar, que no ignoraba ser á Dios más acepta y agradable la obediencia que no los sacrificios, accedió sin repugnancia á la voluntad del amante Padre, ofreciendo al Señor el aroma de virtud tan preciosa en la comida de aquel regalo. Con tan edificante porte proseguia su escolasticado el siervo de Dios: así iba á terminar su repaso, atesorando riquezas de nuevos merecimientos, y disponiéndose cual convenía para la augustísima dignidad del sacerdocio.

No puede con palabras explicarse el contentamiento y alegría espiritual de Malagrida al oir de labios de los superiores el encargo de que se preparase para recibir las órdenes sagradas. Revestido ya del indeleble y divino carácter, era de notar como trataba de revestirse también de justicia y santidad para celebrar devotamente su primera Misa. Toda oración le parecía corta y ténue toda penitencia para disponerse á subir al altar santo y hacer descender de los cielos y tener en sus manos el Pan vivo y causador de eterna vida. Al compás de estos afectos era su agradecimiento por tan inmenso beneficio. El corazón no le cabía en el pecho henchido de amor y gozo indecibles; mas el celo que le abrasaba, le hacía suspirar por mayores bienes, bién que no tenía lindes el que gozaba; y estos bienes no eran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros sino pobrecitas y extraviadas ovejas, que llevar á los piés del Pastor divino.

Temprano con todo vió satisfechas sus aspiraciones el novel sacerdote, porque poco despues de ordenado *in sacris*, salió junto con el P. Mariani á misionar en uno de los pueblos de la diócesis de Como. Era de ver la alegría con que, campanilla en mano, iba por las calles y plazas juntando el auditorio y echando saetillas para mover á penitencia. En esta salida evangélica fué su primera ocupación enseñar con mucha llaneza á los niños la doctrina cristiana, sin que se desdeñara de bajarse y medirse con la edad y cortos alcances de los que se llegaban á oirle; y luego, en los sermones de verdades eternas, que se le señalaron, manifestó las dotes de unción y elocuencia, de que el Señor le había adornado, sin que hiciera caudal ninguno de los aplausos, que se le rendían. En tanto si grande era su consuelo al dar comienzo á sus excursiones apostólicas, mayor, si cabe, fué el que inundó su alma al tocar los copiosos frutos, con que el cielo bendijo sus esfuerzos y oraciones.

Pero su corazón de apóstol ambicionaba mayores conquistas; otro era el norte de sus aspiraciones; otros y más vastos los campos, que se ofrecían á su vista y excitaban con mayor viveza su celo ardiente.

Cerrada la misión japonesa, donde sin sacerdotes ni altares permanecían miles de fieles firmes y constantes en la fe á pesar de las continuas y sangrientas persecuciones, con que

los tiranos pretendían sofocarla; cerrada, digo, la puerta de misión tan gloriosa, regada con la sangre de tantos héroes de la Compañía y de otras órdenes religiosas, muchos celosos operarios volvían sus miradas á las fértiles é incultas regiones de las Américas, ansiando ir también á regarlas con sus generosos sudores y con su sangre.

Los pueblos de Italia, decía Gabriel á menudo, *no carecen de obreros que la cultiven, ni de medios para recoger copiosa mies de salud eterna; por el contrario, más allá de los mares; cuántas y cuántas tribus y extensas provincias y dilatados reinos yacen aun sumidos en las tinieblas de la idolatría!* El feliz resultado, la abundante cosecha, que conseguían sus infatigables hermanos en aquellas incultas tierras, era en efecto consolador y capaz de inflamar y enardecer á todo pecho algun tanto amante de la extensión del reinado de Cristo.

En el Paraguay, á través de mil contratiempos y borrascas levantadas por parte de los indios y mucho más por la criminal malicia de los europeos, habian los Jesuitas llegado á formar numerosas reducciones, ó pueblos, célebres en toda la cristiandad por su cultura y adelantos materiales, que no solo por la inocencia y fervor, que en ellos florecían. Mas algunos españoles, codiciosos é inhumanos, como tenían los ojos puestos en la tierra y los corazones en la vanidad y en el oro, contraviniendo las órdenes terminantes de Felipe III, salían armados en busca de indígenas, como á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caza de fieras para robarles la libertad, y esclavizarlos en desdoro de la religión y ruina de las misiones. Lloraban aquellos Pastores dislates tan crueles é indignos, pero sus lamentos y sus quejas se estrellaban en la dureza de corazón de aquellos mercaderes de carne humana, y les atraían nuevos ódios y más encarnizadas persecuciones. Por el inquebrantable tesón y celo ardiente, con que el P. Luis de Montoya abogaba por la libertad de sus amados neófitos, sus émulos le persiguieron con detracciones las más atroces, y no pararon hasta verlo arrojado de su querida misión, donde habia reengendrado en Jesucristo á más de cinco mil infieles. Amargo era el cáliz, que hasta las heces y en silencio apuraban aquellos celosos Jesuitas, al contemplar desiertos sus campos y esterilizados sus trabajos por la crueldad de unos cuantos europeos, que con injustas vejaciones compelían á los indios á esconderse de nuevo en sus lóbregas selvas. Valor, y valor invencible era menester para no descorazonar en presencia de tales reveses y no desistir de tan caritativo empeño.

Pero ¿quién pondrá valladar á corazones inflamados en celo divino? Animados aquellos misioneros con los esclarecidos ejemplos del P. Luis de Montoya luchaban denodadamente contra todos los obstáculos, y á precio de fatigas y privaciones inauditas, y no pocos á costa de su vida, penetraban en aquellos densos bosques en busca de errantes idólatras, no para quitarles la libertad, sino para llevarles la de

hijos de Dios, y con ella repartirles el pan de la civilización cristiana.

Numerosas eran las reducciones, que entre tantos sinsabores habían ya formado, cuando nuestro celoso Apóstol, el P. Gabriel Malagrida, trataba de cruzar los mares para ir en ayuda de sus hermanos en la enseñanza de aquellas gentes. Las doce de los Chiquitos contaban veinte mil indios convertidos, diez mil las quince de Chaco, y más de veinte mil las treinta y dos de Guaranis, cuyo sostén y perfeccionamiento costaba incalculables sacrificios. Pocos años ántes que los hijos de S. Ignacio fueran arrancados de entre sus amados neófitos por el despotismo de Cárlos III, vieron todavía aquel suelo teñido con la sangre de los PP. Narciso Patzí y Antonio Eruaso, martirizados, en ódio á la fe, por los bárbaros infieles.

Con estos ejemplares encendíase el P. Gabriel en ardientes ánsias de padecer por Cristo; al leer los trabajos y hazañas de sus hermanos en las Américas su ánimo, no sufría prórogas, anhelando la realización de los propósitos hechos en el tiempo del noviciado. La organización de aquellos pueblos le entusiasmaba; sus resultados opimos le aguijaban sin respiro á procurar el mismo bien á otras partes, donde no habían penetrado aun las luces de la fe católica. Cuando recordaba que de las reducciones paraguayas tenía cada una sus escuelas, en las que además de leer y escribir se enseñaba á los indios la música con sumo primor, hasta llegar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á salir maestros y á celebrar los divinos oficios con armonías, esplendor y solemnidad, de que se habrían gloriado muchas catedrales de Europa, sentía enardecerse su espíritu y se consideraba trasportado ya en medio de los salvajes, obrando por el Evangelio iguales maravillas. Y en verdad ¿qué pecho bién nacido no se electrizara con centellas tales?

En todos aquellos pueblos había no solo oficiales de justicia y de policía, que velaban por la guarda del buen orden y de las leyes, sino tambien militares, ginetes é infantes, distinguidos no menos por su arrojo en los peligros que por su virtud y disciplina. En todas las reducciones estaban abiertos talleres de escultores, pintores, doradores, albañiles, sastres, tegedores, cerrajeros, de las artes todas y de todos los oficios útiles. Al llegar los niños á la edad de ser aplicados al trabajo, se los llevaba á los obradores, y allí se los destinaba al oficio, á que los observaban más inclinados ó mejor dispuestos. ¿Y quiénes fueron sus primeros maestros? Conviene que se publique para los que no lo sepan: fueron los mismos Jesuitas, los cuales no pocas veces gobernaban el arado, manejaban el escoplo, jugaban la lanzadera para animar con su ejemplo á los indios al trabajo. De esta suerte y bajo la dirección y planos de los misioneros levantaron iglesias, que pudieran rivalizar en solidez y belleza con las buenas de España y competir con las mismas por la riqueza y buen gusto de los ornamentos, labrados por los mismos indios.

La mendicidad estaba prohibida: y por un lado para estimular su natural pereza y remediar su imprevisión y prodigalidad tenían un depósito ó silo, llamado *Posesión de Dios*, de donde se les prestaba sin lucro, pero con obligación de devolverlo en tiempo de la cosecha; y por otro cabo, para castigar su desidia é incuria, se los obligaba á trabajar en los campos de reserva en compañía de otros más diligentes y de probidad conocida.

Estas y otras ventajas, estos y otros adelantos, que sería prolijo contar, deseaba el P. Malagrida junto con la fe llevar á otros pueblos todavía sin cultura cristiana ni civil. Con este objeto escribió al M. R. P. General Miguel Angel Tamburini, suplicándole encarecidamente que le mandase á las misiones del nuevo Mundo para la salud eterna de aquellos pobres, que yacían aun en las sombras de la muerte. Alabó el R. Padre su apostólico celo; y aunque por entonces no le permitió partir á aquellos lejanos países, dióle, sin embargo, esperanzas de que algun dia vería colmados sus ardientes votos.

Mientras tanto nombráronle profesor de humanidades en el colegio de Bastida en Córcega, y el obediente Padre correspondiendo al punto á la indicación de los superiores, emprendió el camino de aquel semillero de ciencia y de virtud. Es la enseñanza uno de los cargos que la Compañía de Jesús ha tomado siempre y en todas partes con mayor empeño por creerlo el medio más apto para la regene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ración de los reinos. ¿De dónde viene el malestar y corrupción cada dia creciente de nuestro siglo, sino de haber penetrado en los colegios y universidades profesores ateos y corrompidos? Con mayor razón que San Bernardo con su discípulo el papa Eugenio III pudiéramos lamentarnos y exclamar: *Levanta los ojos de tu consideración y contempla las regiones, si no están ya más secas para el fuego que doradas para la miés. Cuántas que hubieras creido cargadas de fruto, miradas con detención, no tienen más que espinas! ¿Qué digo? Ni espinas siquiera: son árboles añosos y carcomidos, pero infructíferos, á no ser por ventura de bellotas y vainucas, pasto de cerdunos animales.* ¡Y todo esto por la mala educación de la juventud!

Penetrado, pues, Malagrida de la trascendencia de su cargo, lo desempeñó con tal celo, cual si fuera la única senda para el cumplimiento de la voluntad divina. Amaba á sus discípulos como prendas, que le había confiado el Altísimo, y con el cebo de adelantos literarios les infundía nuevos estímulos, que los movían á correr á la cumbre de la virtud. De las mismas materias, que trataba en clase, tomaba el inteligente maestro ocasión y pié para encarecerles ora la necesidad de velar contra los engaños y lazos del enemigo, ora los grandes precipicios, á que conducen las malas compañías, ora las dulzuras y paz de la buena conciencia; y sin convertir la cátedra de humanidades en púlpito sagrado, sin mermar en nada el amor y entusiasmo por las letras, sabía con

suma oportunidad introducir las razones, que hacen amable la virtud y odioso el vicio.

En cuanto á la aplicación al estudio, que sabía infundir en sus discípulos, baste decir que bajo su acertada dirección y contínuas vigilias hicieron estos tales progresos, que muchos de ellos, durante el curso, llegaron á componer dramas no despreciables, entre otros una tragedia latina titulada *Aman*, quedando satisfechos superiores y alumnos del saber, método y actividad incansable de tal catedrático.

Esto no obstante, el pensamiento de las misiones ultramarinas le seguía por todas partes: su corazón, más que en el colegio, vivía en los eriazos de las Américas, por lo cual no pudo descansar hasta haber renovado sus ruegos é instancias con el M. R. P. Tamburini para que le enviase á las ansiadas playas: y tales fueron sus demandas, que por último recabó la gracia por tanto tiempo suspirada, recibiendo la orden de juntarse con los misioneros, que debían salir para el Marañón dispuestos á sembrar allí la semilla del Evangelio. Indecible fué el júbilo, que embriagó á Malagrida con la facultad alcanzada. No se hartaba de bendecir al Señor por tan señalado beneficio, y no sufriéndole el corazón diferir el logro de sus ánsias, se embarcó en Génova con rumbo á Lisboa con el fin de estar allí presto para hacerse cuanto ántes á la vela y encaminarse á tan apartadas regiones, pertenecientes entonces al dominio de Portugal.

Con la regencia de D. Pedro y en el reinado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su digno sucesor D. Juan V, el protector de las ciencias y de las artes y á la par bienhechor ilustre de las Iglesias, por lo que mereció de Benedicto XIV el renombre de *Fidelísimo*, parecían renacer en Portugal las glorias de Juan III, y florecer en todo el país frutos de prosperidad y de bonanza. En lo interior se embellecía la capital con edificios no menos útiles que grandiosos: en lo exterior volvía aquel reino decaido á recobrar su autoridad é influjo, y á ver sus colonias bendecidas del cielo. Allí afluían de todas partes las riquezas de manera que, segun asegura el cardenal Pácca, se podían aplicar á aquel pequeño rincón de la península ibérica las palabras de la Escritura dirigidas á Salomón: *Que en su tiempo la plata vino á ser tan trivial como las piedras.* Pues de las monarquías, lo mismo que de los individuos, se puede entender aquello del divino Maestro: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se dará por añadidura.* O mejor aquello: *La justicia levanta las naciones; mas el pecado rebaja los pueblos hasta la miseria.* No hay que dudarlo; nos lo enseña la historia, maestra de la vida: con la religión florecen los pueblos en dicha y prosperidad verdaderas; sin ella las riquezas fomentan la inmoralidad y los conducen á su ruina.

La época, pues, en que el P. Malagrida partió al Marañón, era para Portugal época de bonanza, por lo que podía prometerse toda protección y apoyo de parte del fidelísimo Príncipe; y en efecto, con estas halagüeñas promesas y esperanzas zarpó animoso á mediados del año 1721, tomando rumbo para el puerto de S. Luis, capital de aquel distrito.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Reseña histórica de la misión del Marañón hasta la llegada del P. Gabriel.

Entre tanto que nuestro Héroe prosigue su derrotero emulando, como es de creer, las virtudes y el celo, que el glorioso San Francisco Javier desplegó en su viaje para las Indias, vamos á dar una ligera idea del campo, que ha de servir de teatro á su apostólico ardimiento. Hé aquí la descripción, que de él nos hacen testigos de abono, entre otros el P. Matías Rodriguez, uno de los compañeros del P. Gabriel en la evangelización de aquellos bárbaros.

Toda la provincia del Marañón está situada en la zona tórrida y se extiende á lo largo de la linea sobre una extensión de 450 leguas. A no ser la fresca brisa, que á veces sopla del Océano, la permanencia en estas regiones sería insoportable á causa de los calores excesivos. No se recoge allí ni trigo, ni vino, ni aceitunas: salva la caña de azúcar y los cocos, no se encuentran sino frutos silvestres, por lo comun insípidos.

El país, en gran parte, está cubierto de bosques tan espesos, que no es posible penetrar en ellos sino machete en mano y á costa de esfuerzos increibles. Hállanse con todo, de vez en

cuando, vastas sabanas cubiertas de crecida yerba, pasto de numerosos ganados de búfalos, que por allí vagan. En estas vírgenes selvas se elevan árboles de fabulosas dimensiones: algunos hay que miden veinte palmos de diámetro con su correspondiente altura. Los indios fabrican con ellos largas barcas, en cuya construcción todo el arte consiste en vaciarlos, y, en vez de calafate, llenar las rendijas y hendiduras con gran cantidad de corteza de ciertos ramos machacada y reducida á masa pegajosa.

En cuanto á bestias fieras no tiene este país nada que envidiar á los desiertos del Africa. Tropiézase por do quiera con tigres, leones, panteras y otros fieros animales, que hacen presa de cuantos sufren la desgracia de extraviarse por aquellos montes y llanuras. Así en los bosques y vertientes de los rios, como en las vegas de los muchos, que les tributan sus raudales, se hallan serpientes de magnitud tan desmedida, que semejan vigas de pino con su corteza, miden más de ocho varas de longitud y devoran bueyes y caballos enteros. La mordedura de otras, aunque mucho más pequeñas, causa irremisiblemente la muerte. De aquellos culebrones, cuyo gaznate era de bastantes ensanches para engullir una ternera, encontrábase no raras veces alguno aletargado y tendido al sol con las astas de algun venado hechas bigoteras por habérsele quedado la cornamenta atravesada en la boca, al tragarlo.

Las llanuras están atravesadas por lagunas y rios considerables. El mayor de todos estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es el de las Amazonas, que recorre el trecho de unas 3,000 leguas, mide en su desembocadura 80 de ancho, y conserva sus aguas dulces más allá de 40 leguas mar adentro. Estos lagos y rios crían tambien en su seno animales no menos fieros que los de las selvas, de los cuales y de los más notables uno es el caiman, especie de cocodrilo, á que los naturales del país llaman Jacaré.

Los indios, que moran en aquellas comarcas, conservan apenas figura de hombre: sin más vestido ni abrigo que pieles de fieras, viven dispersos y errantes por los montes y cañadas, alimentándose por lo general de la caza ó de la pesca: sostienen unos contra otros tenaces, duros y sangrientos combates, y ¡ay de los vencidos! porque los atan á unos postes, los engordan por algun tiempo como á viles animales, y al fin, en sus horribles festines, acompañados de danzas y de aullidos frenéticos, los matan y hacen servir de pasto á su voracidad inhumana. «El indio, dice el P. José Gumilla, tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza y piés de miedo: su vientre para beber y su inclinacion á embriagarse, son dos abismos sin fin.»

Con esta gente se las tenía que haber el Padre Malagrida; este era el país destinado á su apostólico cultivo. Cuando en tiempo de Juan III, rey de Portugal, se dividió la costa del Brasil en provincias llamadas *capitanías*, el Marañón, que abrazaba desde el cabo San

Agustin hasta la orilla del Oyapoc, situada más tarde en la Guayana francesa, tocó al gobierno del célebre historiador de las Indias, el Tito Livio portugués, Juan de Barros. Pero ni éste, ni sus hijos, ni su propio sucesor, Luis Mello de Silva, pudieron penetrar en aquellos bosques impracticables. Los primeros, que allí arribaron con intento de reducir á vida civil y cristiana á los pobres infieles antropófagos, fueron los PP. Francisco Pinto y Luis Figueira.

Con este fin salieron en 1607 de Pernambuco, guiados por algunos indios cristianos del Brasil, y despues de un año de penosísimo viaje, durante el cual perdieron á uno de los guías, víctima de una mordedura de serpiente cascabel, llegaron á vista de la tierra prometida. Pero este era el paso más terrible y arriesgado. Para tocar á su término era preciso atravesar tribus, que cruel y bárbaramente devastadas por los lusitanos, esperaban ocasión oportuna de vengarse de sus opresores. ¿Cómo salir airosos de tan arriesgada empresa? Volver atrás, además de cobardía, era perder en un momento los sacrificios de tan larga jornada; pasar adelante era, sobre peligroso, temerario. En estos apuros, despues de haberlo encomendado á Dios, y detenidamente meditado, creyeron los Padres prudente enviar adelante algunos indios, ya por tener más conocimiento de la tierra y con sus moradores la aceptación y familiaridad, que granjea la semejanza, ya para ablandar con presentes aquellos pechos salvajes y conciliarse con donativos su benevo-

005767

lencia. Como lo resolvieron, así lo practicaron: mas los bárbaros, que salidos de sus rancherías estaban ya al acecho, al vér que los nuestros adelantaban, salen de su celada, caen sobre ellos con grandes aullidos y espantosa gritería, descargan una lluvia de envenenadas flechas, matando á los enviados, y á estacazos acaban con el Padre Pinto, que durante treinta años seguidos se había consagrado á la reducción de los brasileños. Con muerte tan gloriosa coronó el Señor sus apostólicas fatigas!

El P. Figueira, que providencialmente se había retirado á un bosque vecino, salvóse de la ferocidad de los indios á través de inopinables trabajos. No le arredraba la muerte, que ántes sentía por el mártir envidia santa; pero, como tampoco quería tentar á Dios exponiéndose sin provecho á un desastre seguro, hallando por otra parte cerrados todos los pasos á la esperanza de feliz éxito para su bizarra empresa, salió de la espesura del monte y trató de poner en salvo la vida. Mas antes quiso cumplir con un deber de fraternidad y de misericordia. Dirigióse al lugar de la catástrofe, y despues de haber dado sepultura con gran veneración al ensangrentado cadáver, y recogido alguno de los instrumentos del martirio como trofeos de victoria; por entre barrancos, sin senda ni elección, tornóse á Pernambuco, no sin haber antes hecho voto de volver al Marañón en la primera oportunidad, que le deparase la Providencia. Otros eran, empero, los destinados á precederle en esta gloria.

Ocho años más adelante Gaspar de Sosa intentaba la conquista de aquellas comarcas. Aprestadas con este fin nueve veleras naves con cuatrocientos soldados veteranos y trescientos flecheros, escogidos de entre los más diestros neófitos, salieron con rumbo á las ansiadas costas bajo la dirección del valiente capitan D. Alejandro de Mora. Acompañaban á los expedicionarios los PP. Manuel Gómez y Diego Núñez, ambos de la Compañía, ya para el auxilio espiritual de la tripulación, no menos que de sus amados indios, ya tambien para dar principio á la reducción de los infieles por medio de la mansedumbre evangélica.

Despues de una feliz travesía llegaron á la pequeña isla, larga de solos unos mil pasos, sita en la confluencia del rio Marañam ó Mearim con el de las Amazonas; mas la encontraron ocupada por piratas franceses calvinistas, que habían aportado allí el año 1612. Abandonada sin embargo á la primera intimación de rendimiento, vino sin dificultad ni resistencia á poder de los portugueses, que, prorumpiendo en gritos de júbilo y entusiasmo, hincados de rodillas dieron gracias al Dios de los ejércitos por tan prósperos principios, como por entonces felizmente se estilaba.

No se contaban por esto ya seguros, antes recelosos de la ferocidad de sus enemigos, y temiendo alguna emboscada, tomaron prudentes medidas para defenderse de cualquier ataque. Por de pronto mandaron á algunos de probada honradez y valor reconocido á explo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rar el terreno, los cuales, á través de mil azares y peligros, habiendo examinado la desembocadura llamada *Para*, es decir, mar, encontraron que toda la costa se hallaba enteramente desierta y abandonada. Cerciorados, pues, de que no corrían riesgo ninguno, creidos que si se retardaba la ejecución, se retardaba el acierto, escogieron sitio á propósito y allí levantaron un fuerte castillo, que sirviera á la vez de punto de partida y de resguardo á la colonia, que fundar querían.

Tampoco dormían en el ócio nuestros Padres. Mientras los aguerridos portugueses dedicándose á las artes de la paz, acarreaban y preparaban materiales y consagraban sus fuerzas á la construcción de fosos, bastiones y otros reparos, valiéndose los misioneros de los indios ya bautizados para atraer á los indígenas infieles, é internándose en el país, empezaron á sembrar por los alrededores la semilla del santo Evangelio con tan lisonjeros auspicios, que no pocos salvajes, prendados de la santidad y belleza de la religión católica, pedían con instancia ser iniciados en su doctrina. ¡Triste suerte la de aquellos infelices! Cuando más atareados andaban en aprender las verdades cristianas confiando ser pronto regenerados en Cristo, viéronse entonces con dolor privados de sus buenos maestros.

Habíase cumplido el plazo, despues del cual tenían estos que volver al Brasil por orden de los superiores; y aunque vivamente sentían tener que dejar aquellos campos en yerba, y con

peligro de llenarse de cizaña por fraude del enemigo, bien á pesar suyo despidiéronse de los catecúmenos, dándoles esperanzas de que volverían á no tardar y les conferirían el santo bautismo. Allí dejaban tambien el corazón acongojado por la salida. La mayor satisfacción, que consigo llevaban, era no solo haber abierto por el sacramento de la regeneración las puertas del cielo á tiernos niños, cuya vida peligraba, sino tambien haber plantado en muchos lugares la enseña de la cruz, y sobre todo haber contraido relaciones con numerosas tribus, que solicitaban entrar en el gremio de la Iglesia. Tan consolador suceso habia tenido la excursión apostólica de los PP. Gómez y Núñez, hambrientos de comunicar á los infieles los tesoros de la fe católica.

Un estorbo vino impensadamente á aplazar el logro de sus vehementes anhelos: porque el rey de España, á cuyo dominio había pasado el reino de Portugal, movido de siniestros informes y calumniosas delaciones, prohibió á los Jesuitas poner las plantas en aquel país, y confió más tarde á los religiosos de otra orden el encargo de roturar aquellas barrancas. No permite el Señor que por mucho tiempo triunfe el engaño y la mentira; tarde ó temprano brilla la verdad con su esplendor. Así tan pronto como tomó las riendas de estas colonias D. Diego de Mendoza, examinando por sí mismo la verdad de los hechos, al momento descubrió la hilaza de las mal urdidas calumnias; y habiendo escrito al consejo de Indias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

informando sobre la falsedad de las acusaciones, obtuvo la facultad de encomendar nuevamente á los Padres de la Compañía el cultivo espiritual de los marañones. Allá fueron en realidad con esta comisión el P. Benito Amadeo y el P. Luis Figuiera, que tanto había padecido al pisar la primera vez aquel ingrato suelo, aunque por de pronto tuvieron que consagrarse tan solo al cultivo de los europeos.

Los colonos portugueses, que en gran número se habían establecido ya en estas regiones, alarmáronse con su venida, porque consideraban la presencia de los Jesuitas, cual poderosa traba, que les impedía uncir los indios al yugo de ominosa esclavitud, como hasta entonces, con suma injusticia y sin miga de cristiandad, lo habían ejecutado. Por esto, ciegos de avaricia, buscan fútiles pretextos y se amotinan pidiendo á voz en cuello la expulsión de los dos pobres hijos de la Compañía, pero con robusta mano fueron sujetados por el digno Gobernador, que conocía á fondo las crueles é interesadas miras de los revoltosos.

¡Bendito sea Dios! ¡Cómo cambian las cosas! Presto se oyeron cantos de alegría, donde antes lúgubres endechas. Al palpar los lusitanos con su propia experiencia el celo, caridad y buenos oficios de los misioneros pródigos de la vida, trocaron su desprecio en admiración, su aversión en benevolencia y su desvío en indecible entusiasmo: llegaron á amarlos como á sus más cariñosos padres.

¿Vivían igualmente contentos los misioneros?

Fundamento hay para dudarlo, porque las ganancias espirituales no correspondían á sus especulaciones y desvelos. Pluguiese á Dios que las cuentas que acá se hacen los hombres á sus solas, se las pasasen allá en el libro de la vida, y que los seguros de conciencia, que acá se finge cada uno, asegurasen el capital para aquel espantoso dia: mas motivos hay para temer que muchas de las partidas, que acá tenemos nosotros por llanas, las borrará el Señor de la hacienda y no las querrá pasar en cuenta limpia. Estos eran los temores que respecto de muchos indianos alimentaban aquellos Padres. Además, como los religiosos franciscanos seguían usando del privilegio anteriormente obtenido de evangelizar los indios con exclusión de otros cualesquiera ministros, veían aquellos contra sus ardientes aspiraciones circunscrita la esfera de su celo á solos los europeos. Por esto rebosó su alma en santo gozo, cuando unos seis años más tarde, en 1640, los de la Compañía tomaron nuevamente el cuidado de aquel majuelo. La vendimia de trabajos no fué corta: y por refresco tras acerbos sinsabores presentóse otro contratiempo mayor.

En cuanto los portugueses volvieron á recobrar la independencia, todavía no habían pasado un año en pacífica posesión de sus cargos, cuando á velas desplegadas llegan los holandeses, invaden el Marañón, y apoderados de su territorio trabajan sin respiro en borrar de allí todas las señales de catolicismo. No se miró con indiferencia tan atrevido insulto. Rehechos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algun tanto los católicos, excitados portugueses é indígenas con las vivas instancias de los PP. Conto y Amadeo, levántanse apellidando independencia y religión, y sacuden el yugo de los herejes, recobrando en 1644 aquellas tierras para el dominio lusitano. Así hermanados iban el amor de la religión y la gloria de la patria!

Aquí, como en todas las Américas, por el sórdido y codicioso empeño con que los conquistadores reducían los indios á penosa servidumbre, hollando las órdenes terminantes de los católicos monarcas, entorpecíanse en sumo grado los progresos del Evangelio, y á veces en un solo dia se esterilizaban por completo los sudores en largos años vertidos por apostólicos varones. ¡Condición lamentable que vinieran los tropiezos, de donde se debían recibir auxilios! Esto no obstante, firmes los nuestros en la brecha, á pesar de repetidos golpes y contrariedades, proseguían su obra de civilización por las luces del catolicismo, y, aunque paulatinamente, iban todos los años ganando terreno y acorralando al enemigo con incremento de la pequeña grey, formada con los idólatras reengendrados en Cristo.

En 1653 el P. Antonio Vieira, orador ilustre y afamado jurisconsulto, provisto de amplios poderes para impedir la trata de esclavos, embarcóse con otros compañeros en Lisboa para ir á mezclar sus caritativos sudores con los de los Apóstoles del Nuevo mundo. Es ya de presumir como sería recibido por los

traficantes de sangre humana: á su llegada trataron de amedrentarle con gritos amenazadores: mas él impávido comenzó sus evangélicas tareas y el Omnipotente bendijo sus fatigas. Por su mediación y esfuerzos numerosas rancherías se acogieron á la vivificante sombra de la santa Cruz, y los Nheengaitas, enemigos encarnizados de los blancos ó europeos, hicieron las paces con los lusitanos.

Comprendía muy bien el P. Antonio que no se daria por vencida la desapoderada codicia de los esclavizantes, los cuales no dejaban piedra por mover con ánimo de volver á sus injusticias sanguinarias. No tardaron en cumplirse sus presentimientos. Aquellos mismos, que habían de apellidar libertad para oprimir á la Compañía, defensora de los pobres indios, no pudiendo sobrellevar en paz que, por obra de ella, recibiera merma su lucro execrable, alzáronse contra los Jesuitas y los arrojaron con violencia de Para. Por supuesto que el Padre Vieira con su valor y desinteresado celo fué uno de los que más concitaron las iras del populacho, y por ellas vióse con los demás hermanos en religión preso y extrañado del país en incómodo barquichuelo. ¡Así defendían aquellos héroes la religión y la justicia contra los embates del infierno!

Es verdad que esta medida tiránica é inhumana fué reprobada por Alfonso VI, el cual tan pronto como supo la triste nueva, expidió un edicto mandando que sin rémora se devolviese la misión á los hijos de S. Ignacio; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los culpables quedaban impunes y con mayores humos, por lo cual veinte años despues se cometían los mismos atropellos y más atroces iniquidades. ¿Qué habían de hacer los perseguidos en vista de tantas y tan inícuas vejaciones? Sabían que la obra de evangelizar á los pueblos es obra de Dios; y que por tanto debía de pasar por el crisol de la adversidad, y se había de consolidar con el peso de la cruz: así continuaban sus trabajos entre los aplausos de los unos y dicterios de los otros, descansando tranquilos en las manos del Señor.

No faltaban tampoco buenos patricios, que salían á la defensa de los oprimidos y trataban de poner coto á tamaños desmanes, pero casi siempre, á violencias del odio y de la malicia, vanamente y sin fruto. Gomez Freire de Andrada, comprobada por centésima vez la inocencia de los Jesuitas, creyendo haber hallado remedio eficaz, ordenó que á imitación de las reducciones del Paraguay el gobierno así espiritual como temporal de aquellas tierras corriera todo á cargo de los Padres. Pero era ya tarde. Una medida tan laudable, que en sus principios tal vez habria sido fecunda en buenos resultados, en aquellas circunstancias, lejos de atenuar la gravedad del mal, vino á aumentarla y á recrecer los sinsabores.

¿Quiénes, sino varones animados de apostólico denuedo, no se habrían acobardado al encontrarse con tan fieros y contumaces enemigos? Y á pesar de los pesares, con muchos años de paciencia y no menos sacrificios de mártires generosos, empezaban á recogerse frutos abundantes de bendición tanto entre los naturales del país, como entre los europeos colonizadores; y entonces fué cuando, despues de largo y penoso viaje entre los misioneros, que llegaban de refresco á aquellas costas, vino en 1721 el apostólico varón Padre Gabriel Malagrida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI.

Primeros trabajos del P. Gabriel en América.

Arribado el Siervo de Dios al Marañón, como á su tierra prometida, hubiera deseado penetrar sin dilación en las incultas selvas, y anunciar á los idólatras el santo Evangelio: pero ni estaba todavía dispuesto para tales trabajos, por ignorar la lengua de los salvajes, ni era tampoco aquel el campo, á que por entonces le destinaron los superiores; porque de los misioneros, que allí residían, parte recorrían el interior del país en busca de indios con el noble afan de repartirles en medio de los bosques, por donde andaban dispersos, el pan de la divina palabra, y con ella atraerlos á cristiana vida, y parte se consagraban casi exclusivamente á la cultura de los colonos europeos que, más ciegos que aquellos, no necesitaban menos del rocío de la gracia. Por lo general, componíase esta raza de gente allegadiza de todos los pueblos de Europa, gente sin temor de Dios, que habiendo abandonado su patria á caza de tesoros inciertos, con presentarse adornados con barniz de civilización, ocultaban almas tanto ó mucho más negras que las de los infelices indios idólatras. De ellos el que no estaba sumergido en el fango de vicios los más

vergonzosos, trataba por lo menos de enriquecerse por todos los medios justos é injustos, y eran muy contados los que mirasen con interés y empeño el grande é importantísimo negocio de la salvación eterna.

Dotado el P. Malagrida de superiores cualidades para la predicación, inflamado en ardentísimo celo de la gloria divina, fué destinado por la obediencia al cultivo de esta porción de la mística viña, juntamente con el P. Luis María Bucharelli, hermano del célebre P. Francisco María, que á 11 de Octubre de 1732 fué, por la fe, martirizado en el Tonkin. Bien pronto brilló la esplendente caridad de nuestro Héroe en medio de tan densas tinieblas. Su expedición para todos los ministerios y su infatigable amor al trabajo parecían multiplicarle para bien de las almas. La asistencia al confesonario, á enfermos, á moribundos, á cárceles, á hospitales, á consolar afligidos, á resolver casos, á responder á consultas, á instruir ignorantes, á componer paces, tareas eran en que sin cesar se ejercitaba, y que hubieran absorbido el tiempo de muchos obreros; pero su habilidad pronta para todo, su enemistad declarada al ócio, y sus casi continuas vigilias se lo daban muy cumplido, y le dejaban aun muchas horas para su amado retiro, en que gozar á solas de su Dios. Mas no bién había puesto en San Luis feliz remate á la primera de sus misiones apostólicas, en que hizo sensible demostración del fuego de caridad, que ardía en su alma, cuando fué nombrado predicador del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colegio de Para, población edificada unos cién años atrás en el lugar, donde, segun queda ya dicho, levantaron los primeros exploradores un castillo al pié de doscientas leguas distante de San Luis.

Sin demora dispúsose el Siervo de Dios para tan larga jornada. Tenía para ello que atravesar un país fragoso, cubierto de bosques casi intransitables, cruzado de numerosos rios y torrentes impetuosos, infestado de animales fieros y ocupado por salvajes más feroces que las bestias mismas. Pero el hombre de Dios, sediento de trabajos por el nombre de Jesús, y confiado en la divina Providencia, emprendió su camino con un bordón en la mano, y su saquillo á las espaldas, guardador de su breviario y de los ornamentos necesarios para el santo sacrificio de la misa. Nadie confió en Dios y salió confundido. Así el P. Malagrida, puesta toda su confianza en el cielo, se atrajo las divinas bendiciones, y, libre de todo riesgo, llegó prósperamente al término de su viaje en el promedio del año 1722.

Repuesto ya de las fatigas consiguientes á tan penosa expedición, ansioso de llevar adelante la tela de santas obras, entretegiendo unas buenas con otras mejores, avaro del tiempo, lo primero que hizo fué trazarse un plan de vida en armonía con las nuevas ocupaciones, á que le destinaba la obediencia. Sabía el P. Gabriel que el medio más eficaz para hacerse apto instrumento del apostolado no es solo el esplendor y atavío de dones naturales, por más que

cautiven y encanten, sino más bién la íntima unión con Dios, fundada en cuantiosos y aquilatados tesoros de divina gracia. A esto dirigía todos sus esfuerzos y suspiros; y por esto mismo todo el tiempo que le dejaban libre sus deberes y obras de misericordia, lo gastaba recogido en su aposento, dedicando parte á la oración, parte al estudio y en especial al de las lenguas del país para disponerse á la predicación de aquellas gentes.

Con el aroma de tantas virtudes, que por más que humildemente encubría, trascendían siempre, presto se cautivó la voluntad de todos. Los nuestros mismos acudían á su pobre aposento, unos á consultarle en los negocios más árduos y espinosos, otros á comunicarle su corazón como á padre y director de sus almas. Aquí, como en todas partes, asíduo en el confesonario, pronto siempre á correr al alivio y consuelo de los dolientes, dispuesto en todas ocasiones á dirigir al pueblo la divina palabra, haciase todo á todos para ganarlos á todos para Jesucristo, y todos encontraban en su trato dulce paz y sólido provecho. Unos hallaban en él prudente resolución de sus dudas, otros acertado consejo en las empresas, este consuelo en sus fatigas, aquél seguridad en sus temores, todos alivio en sus duelos y pesares. A los pecadores daba aliento para romper sus cadenas, á los tibios fervor y diligencia para correr por lo más escabroso de las virtudes, y á los justos nuevos brios para trepar á la cumbre de la perfección cristiana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas de entre todas sus ocupaciones religiosas ninguna como la educación de la juventud conmovía más vivamente sus entrañas de caridad. No pudiendo sufrir sin profunda pena que los inocentes jóvenes, y mayormente los alumnos del colegio, anduvieran los dias festivos vagando por las calles con peligro de menoscabar la pureza de sus almas, trató de reanimar una Congregación, años ántes establecida, á fin de que, reunidos en tales dias, no solo huyeran de semejantes riesgos, sino que también oyeran santas instrucciones, con que se alimentara su espíritu. Esta bellísima planta trasportada de Roma al suelo americano, y que en los colegios de Europa producía ya sazonados frutos, prosperó considerablemente en Para y señaladamente desde que confiaron su riego al P. Malagrida. ¡Cuánto sentía no poder juntar á los jóvenes todos de aquellos contornos y formar con ellos generación nueva reformando así todas las colonias!

No perdonaba fatiga, ni sacrificio, que tendiera al bien de sus congregantes. Reunialos todos los dias prescritos, y con exhortaciones llenas de fuego y de unción, acomodadas á su capacidad, inflamaba sus tiernos corazones en amor y sólida devoción á la Reina de los cielos. Uno de los encargos, que más ahincadamente les hacía, era la fuga de cuanto pudiérales ajar la candorosa y delicada flor de la castidad, poniéndoles á menudo ante los ojos los ejemplos de S. Estanislao de Kostka y de S. Luis Gonzaga, y excitándoles á seguir las

huellas de estos preclaros modelos y patronos de la juventud. *Hijos mios*, les decía, *ya que sois semejantes en la edad á estos purísimos Santos, trabajad por parecérosles también en la virtud y candor angelical. ¿No eran ellos como vosotros de carne corruptible? ¿No adoraban por ventura al mismo Señor? ¿No venerais por Madre á la misma Santísima Virgen, á quien ellos tanto amaron? Pues, ¿por qué no habeis de ser, á semejanza de ellos, obedientes, castos, aplicados, humildes, santos?*

¡Oh! Si los padres de los niños le hubieran secundado en sus apostólicos desvelos, qué pronto se habrían palpado felices consecuencias! Mas sumidos por desgracia en la materia y corrupción, descuidaban y áun menospreciaban la cultura del espíritu. Al remedio de esta cancerosa llaga se dirigían los caritativos afanes del P. Gabriel, confiando que por medio de la católica crianza de la juventud, grabando indeleblemente en los tiernos corazones las máximas eternas, publicando por los lábios de los niños inocentes las maravillas del Criador, llevaría la reforma al interior del hogar doméstico, y de aquí á los pueblos y ciudades.

Esta medicina, sin embargo, como harto lenta, no dejaba satisfecho su corazón. Había tocado, como con las manos, la asquerosa corrupción, que en aquellos lugares andaba á faz descubierta, y sentía su alma de vivo dolor herida y lloraba en la soledad de la oración la diabólica esclavitud del vicio, en que se revolvía la mayor parte de la gente adulta. ¡Infeli-

ces! ¡De qué les servían sus arcas repletas de tesoros, si eran estos para ellos cadenas de oro, con que el demonio los tenía tristemente aprisionados! Anhelando el Padre aplicar algun medicamento, ó por lo ménos atajar el mal en su carrera, concertóse con el P. Arnolfini, varón de sólidas virtudes, para dar una misión ruidosa y arrancar á tantos infortunados de las fauces del infierno.

Convenidos en el plan, ejecutáronlo sin tardanza. A imitación del apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, recorría el celoso Padre toda la ciudad, invitando á son de campanilla y con sentidas saetas de desengaños, á que concurrieran los fieles á conseguir la divina misericordia. Atraido el pueblo por tal convite, así como por la novedad del espectáculo, acudía en tropel al templo para escuchar ansioso al nuevo enviado de Dios. Entonces el ardoroso misionero, aunque no hablaba todavía con facilidad, ni corrección, la lengua portuguesa, arrebatado de estro apostólico pintaba con tan vivos colores la gravedad del pecado, el inminente peligro, que corren los culpables de caer en las inextinguibles llamas del infierno, la terribilidad de aquel tremendo juicio, donde se descubrirán públicamente los secretos de las conciencias, que los llantos y lamentos de los oyentes ahogaban su voz y no resonaban en todo el concurso sino ayes lastimeros. Los efectos confirmaron la sinceridad de aquellas lágrimas. Despues del sermón hombres y mujeres, pobres y hacendados corrían á los piés del

ministro de Dios confesando con gran dolor sus pasadas culpas. Estas consoladoras escenas se repetían todos los dias, y, al cabo de los ocho de misión, el vecindario parecía haber cambiado completamente de semblante. Habían cesado las blasfemias, cerrádose las casas de juego y de perdición, reconciliádose enemistades, atajádose los escándalos, deshecho los fraudes, y reinando en todas partes la paz y el buen ejemplo, se recogían dulces frutos de contrición y de enmienda.

De Para salió el P. Malagrida á misionar por los lugares vecinos, obrando en todas partes los mismos cambios é iguales conversiones. Estos halagadores resultados, en vez de apagar, encendían más y más su insaciable sed del bien de las almas. Ni el hambre, ni el cansacio, ni los desprecios, ni obstáculo ninguno era bastante á menguar su ardor. No le espantaban los senderos, erizados de abrojos y espinas, interrumpidos por sombríos bosques, cortados por impetuosos ríos; no le amedrentaban los rugidos de leones, ni los aullidos de panteras, ni los silbos de las serpientes: no le arredraban las calumnias y dicterios y amenazas de gente descreida; todo lo superaba por amor de Jesucristo.

Como hubiera llevado sus apostólicas escursiones hasta Costa, población misérrima, distante obra de cién leguas de Para, habiendo llegado sin otro viático que su confianza en Dios, no encontró, ni para sí, ni para su compañero, más albergue que una triste choza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abierta á todos los vientos, ni otra cama que el duro suelo, expuestos á las picaduras de mosquitos, alacranes y otras repugnantes sabandijas. Y para colmo de dicha segun Dios, ó de males conforme al mundo, juntarse debe á esto la miseria, á que se vieron reducidos. Escribía él mismo diciendo: *A duras penas encuentra mi compañero un mendrugo de pan mendigado de puerta en puerta. Por lo que á mí toca me paso dias enteros sin probar bocado.* Y entre tantas calamidades, recordando que su Señor, su capitán, su príncipe, su Dios nació pobre, vivió pobre, murió pobre y se preció de pobre, que si predicó fué pobreza y si buscó discípulos fueron los más pobres, vivían en su pobreza contentos, ansiando la salvación de aquellas almas, que costaron á Jesús la vida.

Gran fábula debe de ser aquella de que el amor es ciego, ó á lo más se entenderá del mundano, que ciega á sus cautivos; porque el divino es tan lince, que descubre las divinas trazas donde otros no ven sino casualidades, y reconoce finezas de cariño donde el siglo llora quebrantos. Así nuestros misioneros besaban gozosos las divinas manos, que les regalaban con astillas de su cruz, apercibiéndoles para pruebas sin comparación más duras, y dábanse por bien pagados con sacar un alma de la culpa. ¡Y quién podrá contar las muchas, que ponían en buen camino!

En habiendo vuelto de sus excursiones, volvía el P. Gabriel á sus ministerios domésticos. Empero, fomentar la virtud entre sus queridos congregantes, idear nuevos medios para conservar frescos los frutos de la misión, aplicarse con empeño creciente á la lengua de los indios, aunque eran estos afanes, que entretenían su actividad, no satisfacían las aspiraciones de su celo. Llenáronse estos á su placer, cuando habiendo aceptado el Señor benigno sus ruegos, le abrió la puerta de sus esperanzas con enviarle á evangelizar infieles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

Edificante celo del P. Malagrida entre Tobajares, Caicases y Guaranis.

Andaba el Padre caritativamente embebido en mejorar y afervorar con mil industrias santas los moradores de Para, cuando recibió orden de los superiores de que se pusiera inmediatamente en camino, y volviera de nuevo á San Luis. Llamábalo la obediencia para encomendarle la misión de los indios Tobajares. Recibida tan grata nueva, al instante arregló su hatillo el obediente obrero, y se dispuso á repetir el largo y penoso camino de la capital con mayor regocijo que si fuera á tomar posesión de un dilatado imperio. Y ciertamente que ninguna incumbencia podían encargarle ni más conforme á sus apostólicas inclinaciones, ni por largo tiempo más vivamente deseada. Por esto, colmada el alma de gozo indescriptible, tomó el Siervo de Dios su bordón en la mano, colgóse su pobre burjaca, y emprendió á pié descalzo la vuelta de San Luis.

Llegado á la capital, y recibidas para el nuevo cargo las instrucciones oportunas, quedábale todavía que andar no corto trecho, puesto que los Tobajares distaban aun cosa de veinte

leguas, y tenían sus ranchos á la orilla izquierda del Itapicuru, ó mejor, tenían aquí el centro ó núcleo de esta nueva misión, constituida por tres rancherías, entre las cuales sobresalia la de los Tupinambas.

Puesto ya de asiento entre sus ansiados hijos, cual si se viera acosado de multitud hambrienta de párvulos, que á gritos le forzaban á partirles pan, así se daba prisa en desplegar todo su celo y actividad por ganar para el reino de Jesús aquellos corazones sumidos hasta entonces en la más burda ignorancia y en la tiranía de indómitas pasiones. Gran repuesto de paciencia era menester para cristianizar pueblos tan embrutecidos; y ésta, merced á su mortificación continua y frecuente riego de la gracia, no faltaba á nuestro Apóstol. Con ella acogía siempre á todos sus neófitos, y sin manifestar jamás hastío ni desagrado por sus modales groseros, por su ignorancia supina, ni por sus pesadas y numerosas impertinencias, agotaba todos los recursos de su caridad verdaderamente paternal para inspirarles sentimientos de humanidad y amor de la vida civil y cristiana.

Holgábase de verse rodeado de todos ellos; y cuando así los tenía, respirando siempre amabilidad y dulzura, unas veces les explicaba los principales puntos del catecismo, otras les hacía repetir las preces del buén cristiano, algunas les pintaba con símiles y ejemplos, ajustados á su rudeza, las eternas recompensas del justo, y los castigos perdurables del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pecador, y siempre los despedía más encariñados con la vida por él tanto y tantas veces recomendada. Estas impresiones, sin embargo, aunque halagüeñas, como recibidas en naturales frívolos é inconstantes, se les borraban pronto: y repetidas veces el incansable misionero en pago de sus privaciones y sacrificios no recibía otra retribución sino ingratitud, desdenes y ultrajes. Pero ¿qué importaba todo esto á aquel corazón magnánimo? Con el recuerdo de que en la balanza de la redención pesaba cada una de aquellas almas tanto cuanto la sangre y la vida de Jesús, ligeras y dulces le parecían todas las penas á trueque de lograr una siquiera para el divino servicio.

Sobre la misma ribera del Itapicuru, próximos á las tribus catequizadas por el P. Malagrida, vegetaban los indios Caicaises, pueblo feroz, en alma y cuerpo supeditados á los hechiceros, que ponían insuperable obstáculo á su conversión al Catolicismo. Largo tiempo hacía que se habían sujetado al dominio de los portugueses, pero despreciando todos los tratados, hollando solemnes compromisos, devastaban con el mayor descaro y osadía las vecinas aldeas, tronchaban arboledas frondosas y destruían preciosos plantíos, cultivados por los colonos con grandes sudores y fatigas. Tal era su arrojo y crueldad, que los portugueses se vieron en la precisión de escarmentarlos persiguiéndolos con las armas en la mano, y solamente á costa de supremos esfuerzos los obligaron á desistir de su bárbaro empeño,

y á esconderse en el fondo de sus barrancos.

A pesar de tanta ingratitud, terquedad y rebeldía, seguían los nuestros su obra moralizadora, y, superando inopinables estorbos, los PP. Tabares y Francisco Cardoso metiéronse animosos en los ranchos de ellos, intentando sujetar sus indómitas cervices al suave yugo del Evangelio: y gracias á los sacrificios y trazas de estos incansables obreros, los Caicaises no solo empezaron á mostrarse hastiados de la vida nómada, que miserablemente traían, sino que, perseguidos por otros bárbaros enemigos, renovaron también sus tratados de paz y guerra con los europeos, y pidieron con nuevas instancias misioneros, que los doctrinaran en la religión divina. Esto era lo que por otra parte negociaban los lusitanos, y así, como es de suponer, accedióse con gusto á la propuesta de aquellos, para cuya ejecución fueron incorporados en la misión de los Tobajares, y por lo mismo puestos á cargo del infatigable P. Gabriel.

No se puede con palabras explicar la rudeza y embrutecimiento de estos indios, solo comparables con la paciencia y destreza de su nuevo Padre. Sumidos en la más crasa estupidez parecían no haber conservado siquiera noción alguna de la existencia de Dios, y haber perdido el conocimiento de los preceptos más obvios de la ley natural. Quien quiera menos inflamado, que el P. Gabriel, en el amor de las almas, hubiera abandonado, como incapaces de instrucción, aquellos entendimientos oscureci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos por los vicios más vergonzosos y degradantes: pero su misma ceguedad y miseria de ellos atizaba más el celo de sus catequistas. ¡Pobres Caicaises! ¿Cómo habrían salido de tan densas tinieblas sin el auxilio de tanta caridad? Desnudos, sin morada fija, sin recursos para mañana, vagaban como las fieras de sus bosques, de cuya carne se alimentaban.

El primer cuidado del P. Malagrida, al tomar bajo su cargo á aquellos infelices, fué imponerse en los modismos de su tosca y bárbara lengua. Luego, como sabía ya por experiencia que había de penetrar más presto en sus corazones la voz del cariño, que el resplandor de la verdad, trató de ganar su confianza, conduciéndose con ellos con maternal dulcedumbre, y llevándoles presentes, que conocía serles gratos y de estima. Una vez vencidos sus recelos y cautivada su atención, visitábalos con frecuencia en sus propias chozas, prodigaba sus cuidados á los enfermos, reservábales algunas golosinas, que para ellos mendigaba, y á veces se quitaba de la boca para regalarles lo poco, que le restaba para sostener sus fuerzas. Con esta caridad y desprendimiento constante, y con otros numerosos ardides, que le sugería su celo industrioso, conquistóse poco á poco la voluntad y querer de los bárbaros, acabando por obtener que le escucharan con gusto y les empezara á parecer bien la verdad y darles en rostro sus groseros errores.

Dueño ya del campo, y viendo que á pocos lances se habían mostrado ya rendidos y tan

deseosos de su remedio, no permitía el amante Pastor treguas ni reposo á su celo. Buscaba con la mayor asiduidad ocasiones ahora de arrancar tantas y tan venenosas yerbas de supersticiones, ahora de sembrar con buen acuerdo la semilla de las verdades evangélicas, solicitando siempre el rocío fecundo de celestiales auxilios para conseguir el suspirado incremento. No se hizo éste de esperar y copioso; porque, á medida que la fe iba arraigando, veíase con la mansedumbre cristiana dulcificarse la bárbara fiereza, desaparecer la pereza nativa con algún amor al trabajo; la caridad reemplazar al sórdido egoismo, y á la luz de la verdadera religión disiparse las tinieblas de la gentilidad. Tan abundantes fueron y bien logradas las bendiciones de la gracia, que al poco tiempo quedaban pocos en la comarca que no hubieran sido regenerados en las fuentes del bautismo. Pero todo esto era llover en la mar. Así como á medida del lucro crece en el avaro el amor del dinero, y como cuanto más se acerca á la cumbre, más se ensancha el horizonte; así crecía en el ánimo del Padre la sed de más almas, cuanto más se dilataban sus conquistas; y no bien había ganado para el Evangelio á los Caicaises, cuando proyectaba ya extender la esfera de su apostolado con nuevas reducciones..

A unas catorce jornadas de navegación desde San Luis por el lecho del rio Codo, afluyente del Itapicuru, habitaban entre los lindes lusitanos los Guaranis, gente desalmada é indó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mita. A estos quería rendir al catolicismo nuestro P. Malagrida, bien que ya otro le había precedido, y no sin gloria, en esta empresa. Era este el P. Juan Villar, Jesuita portugués, á cuya intrepidez y caridad apostólica se debió que salieran de sus fragosas barrancas para fijar su vivienda en sitio menos inculto. Mas como después de breve tiempo se presentara la viruela y causara entre los reducidos algunas víctimas, los indios amedrentados y tal vez seducidos por los hechiceros, siguiendo el hilo de su gente, quemaron sus chozas, abandonaron á su pastor, y volvieron á las antiguas madrigueras en el fondo de sus bosques. ¡Cuántos trabajos esterilizados! Pero por la divina misericordia no perdidos del todo; porque como la semilla de la nueva ley había echado en aquellos bárbaros corazones hondas raíces, no pudiendo con facilidad arrancarlas, ni menos dar á completo olvido las dulzuras de una vida algo más culta, que habían saboreado, bien que en corto plazo, ya no encontraban en las selvas los hechizos y encantos, que antes los fascinaban; por lo cual, después de algunos años, echando siempre de menos los consuelos perdidos, enviaron diputados á D. Bernardo Pereira de Barredo, gobernador del Marañón, con ánimo de reanudar la quebrantada alianza.

Convino el capitán con las pretensiones de los enviados, pero á condición de que aprestaran treinta indios flecheros para ir á combatir á los Barbados, tribu sanguinaria y osada,

causadora de gravísimos daños á los colonos portugueses. Aceptaron los Guaranis las proposiciones, y como en prueba de su buen ánimo, además de haber hecho al gobernador las más lisongeras promesas de su futura sumisión y respeto, invitaron al P. Villar á que tornase á sus rancherías para proseguir la obra comenzada. Con tan gratas palabras no se hicieron de rogar ni el uno ni el otro, sino que D. Bernardo se apresuró á organizar cuanto antes la expedición militar destinada á someter á los fieros Barbados, y el P. Juan á disponer sus asuntos para volver á sus amados neófitos. Todos de consuno, como si cualquiera dilación fuera crímen inexcusable, aprestaron lo necesario para emprender el camino. Iban con la caravana, junto con el destacamento militar, algunos indios cristianos y otros catecúmenos, todos los cuales se embarcaron animosos.

El viaje fué inmejorable y al parecer agradables los auspicios. A su llegada, áun antes de dar fondo, fueron recibidos por los salvajes, que allí aguardaban, con trasportes de alegría capaces de infundir aliento al más descontentadizo. Mas desgraciadamente entre los diputados Guaranis, enviados á San Luis, se encontraba uno de los Barbados, á quienes se intentaba embestir. Este, vuelto á su país, descubrió á los caciques los planes, que contra ellos se habían urdido, y los incitó á ponerse en insidiosa celada, caer sobre los portugueses y pasarlos á todos á cuchillo. Fueron los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

expedicionarios para tomar tierra, y los Guaranis desaparecieron como por ensalmo, dejando solo al Padre con los que había traido.

Por los consejos de aquel pérfido pusiéronse en emboscada, junto con muchos Guaranis, los más aguerridos Barbados, desde donde espiaban la marcha de los nuestros. Cuando los vieron en lugar estratégico, y creyeron que los portugueses estaban menos apercibidos, dado el santo y seña, lanzáronse sobre ellos con furia salvaje y sed de sangre. El P. Villar, que había sido el primero en saltar á tierra, iba á dirigirles palabras de paz, pero un golpe de macana ahogó su voz y le tendió muerto en el suelo. La mayor parte de los compañeros experimentaron la misma suerte, sucumbiendo en aquel encuentro: tan sólo pudieron escapar con vida unos cuantos, que se habían guarecido en sus barcas. Los asesinos, ébrios todavía de rabia y coraje, se cebaron en los cadáveres, arrojando al rio el del bendito mártir, después de haberlo brutalmente desnudado.

Dios le glorificó, cual con tales adalides suele hacerlo; puesto caso que, tres dias adelante, se le encontró incorrupto en medio de otros cadáveres entrados ya en putrefacción; y, ¡cosa portentosa! se le encontró rodeado de aves carnívoras, y de gran multitud de peces voraces, que los indios llaman *piraña,* ó peces diablos, y ninguno osó tocar los preciosos restos del mártir; y lo que es más todavía, su cabeza brillaba orlada de una aureola luminosa, sangre fresca manaba de sus heridas, y despedía

grata fragancia, que llenaba el ambiente. Su martirio tuvo lugar el veintisiete de Agosto de 1719.

Prontamente vengó el cielo la muerte de su fiel Siervo. Una epidemia terrible sembró el luto y la consternación, llevándose la mayor parte de los niños Guaranis y Barbados; y el desdichado, que se atrevió á manchar sus manos con la sangre del Ungido del Señor, vióse cubierto y comido vivo de inmundas sabandijas, y acabó sus dias en medio de padecimientos tan espantosos, que sus mismos parientes no pudieron menos de reconocer en ellos las divinas venganzas. Así fué que, sea por el sobresalto en que vivian, sea por temer la justa indignación de los portugueses, los asesinos se internaron más en los bosques, y no pararon hasta establecer sus tiendas á orillas del río Iguara.

Próximos á sus ranchos vivían los Caicaises, catequizados con tanto esmero por el P. Malagrida; vecindad molesta, pues se veían sin cesar inquietados por aquéllos y hechos blanco de una guerra cruel é implacable. Temiendo con esto el Misionero que los indios no se le desbandasen por huir de las vejaciones enemigas, concibió el proyecto de poner término á situación tan azarosa y no menos á la persecución de sus caros hijos ganando á la vez para Jesucristo á sus fieros perseguidores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

Peligros del P. Malagrida en medio de los Guaranis.

No se le ocultaba al celoso Apóstol la doblez, inconstancia y ferocidad de los indios Guaranis, pues la sangre del P. Villar, todavía fresca, bastaba para convencerle de cuán poco podía fiar en sus promesas y ofrecimientos. Mas como la caridad no conoce escarmiento, ni los trabajos, ni la muerte arredraban su ánimo, cuando se atravesaba por medio el bien de las almas; persuadido de que el acierto y buen éxito estriban no pocas veces en la prontitud, con que se aplican los medios, puso inmediatamente manos á la obra, resuelto á no volver un paso atrás en la empresa proyectada. Principió, pues, por conciliarse el afecto de los bárbaros, añadiendo á las caricias, que ablandan la voluntad y el querer, todas las industrias que le dictaba su celo.

Al fin y al cabo, con su mansedumbre, con sus generosos donativos, y con su perseverante oración parecía haber conquistado los ánimos de los salvajes, puesto caso que le invitaron á ir á sus rancherías para exponerles las verdades de nuestra santa fe. A esto había dirigido sus constantes esfuerzos, por lo cual te-

miendo que se le escapara la ocasión, sin perder momento partió á los Guaranis, acompañado de unos veinte Caicaises, en quienes tenía mayor confianza.

Hiciéronle los salvajes un acogimiento inesperado: corrieron con grandes alaridos, de que usan indiferentemente cuando pelean y cuando cortejan, á esperarle: llamábanle con el dulce nombre de Padre y le acompañaban como en triunfo con grandes demostraciones de júbilo. Vinieron sin armas presididos por su cacique, ó reyezuelo, que ceñía corona de variedad de plumas bien matizadas y llevaba su bastón con empuñadura y contera de plata. Seguían á éste varios jefes, todos con coronas de vistosas plumas, de ellas unas armadas bajo cintillos de plata, y otros con otras figuras del mismo metal. Toda la ranchería, como de gran fiesta, le condujeron alegres á la choza, que le tenían dispuesta, convidándole á tomar algún descanso de las molestias del camino.

¿Quién no creyera en la sinceridad de tales demostraciones? El mismo P. Malagrida, aunque conocía á fondo la deslealtad de sus hospitalarios indios, estaba bien lejos de figurarse, ni por barruntos, hasta donde llegaba su perfidia. Así fué como creido que todos aquellos agasajos nacían de corazones benévolos, llegada la noche, entregóse al corto sueño, que solía tomar, sin miedo ni recelo ninguno, antes confiado y lleno de lisongeras esperanzas se durmió echando planes sobre la futura cris-

tiandad. Gracias que velaba por él el ángel tutelar de aquellas reducciones.

Muy adelantada la noche, cuando juzgaron que así el buen Pastor como las fatigadas ovejas dormían ya profundamente, los cabezas de las familias Guaranis tuvieron concejo para deliberar sobre el comportamiento, que debían seguir con el Siervo de Dios. Unos opinaban por escuchar sus doctrinas sin comprometerse en nada; otros, volubles como veleta de torre, querían que se le arrojara de sus barrancas. En este conflicto de pareceres levántase el más anciano de la asamblea, y tomando la palabra les recuerda una por una las injurias, que hasta entonces habían recibido de los Caicaises patrocinados por el Misionero, y excitándoles á vengar los agravios, termina diciendo: *Llegó el momento de tomar satisfacción cumplida! Mañana, al despuntar del dia, cuando estén todos dormidos aún, caeremos sobre ellos y daremos á todos muerte sin perdonar á uno siquiera.* Sus planes fueron aprobados por unanimidad, y se disolvió la reunión partiendo cada uno á su choza á prepararse para el asalto.

A los primeros albores de la mañana, estando el P. Malagrida recogido en oración, oye repentinamente gran ruido y una voz misteriosa, que le decía: *Levantáos, huid, corred al momento, que está en riesgo vuestra vida!* Levántase á tales voces y mirando en torno suyo no vé á nadie. ¿De dónde habían salido aquellos gritos? No dudaba el Padre ser aquel un aviso del Angel custodio: sale al instante de su choza, cuando tropieza con los neófitos Caicaisianos, todavía catecúmenos, que se dirigían precipitadamente á su tienda clamando: *¡El bautismo! ¡El bautismo! ¡Ahí vienen los Guaranis! ¿No oís los gritos de muerte?...* No bien habían resonado tales clamores, cuando los enemigos armados de flechas y macanas se precipitan sobre la choza del Misionero con alaridos aterradores; y embistiendo á los indefensos Caicaises, descargan sobre los inocentes sus mazas tendiéndoles por el suelo moribundos, bañados en su propia sangre.

A vista de tan lastimoso espectáculo corre el P. Gabriel en busca de agua, y sin curarse del peligro que le amenaza, vuelve á sus infortunados hijos cubiertos de heridas y á punto de espirar, muévelos á dolor de sus culpas, y derramando sobre cada uno de ellos el agua regeneradora, franquéales la entrada del cielo por medio del santo bautismo. Apenas había acabado de bautizar la última víctima, cuando los sicarios arrojándose furiosos sobre el buen Pastor, le arrancan los vestidos dejándole casi desnudo, y con bejucos y ramas flexibles le atan al tronco de un árbol. Entonces, abandonándole solo por breves instantes, corren inmediatamente á la choza del Padre, y arrebatan cuanto había, profanando el cáliz y demás ornamentos sagrados, que el P. Gabriel había traido para celebrar los divinos misterios.

Con este feroz triunfo los pechos de aquellos salvajes rebosaban de júbilo: iba el uno con la estola al cuello, cubierto el otro con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casulla, quien con una manga de alba, quien con alguno de los girones, que se habían repartido. Devastada la tienda, dando todos aullidos y saltos salvajes, vuelven precipitados á donde tenían atada la víctima. Aquí en medio de danzas frenéticas al compás de cánticos, graznidos descompasados, daban vueltas en torno del Misionero, el cual, amarrado á su dulce cruz, aunque penetrado de sentimiento por la triste escena, que tenía á la vista, oraba tranquilo y contento, y con los ojos levantados al cielo daba gracias al Dios de las victorias por haberle juzgado digno de su cáliz y de morir á gloria de su santo nombre.

Cuando los salvajes estuvieron rendidos de tanto danzar y de tanto gritar, se reunieron por segunda vez para decidir la suerte del prisionero. Todos, ébrios de coraje y como excitados por las furias infernales, á una voz pidieron su muerte y á la vez eligieron al más valiente y robusto de todos ellos para ejecutar la sentencia. El matador, desnudo, con el cuerpo horriblemente embadurnado de rojo, con la cara negra como un diablo, de la que se destacaban sus dos centelleantes ojos, con un penacho de abigarradas plumas en la cabeza y una enorme macana en las espaldas, se dirige con aire amenazador hácia el mártir, paséase pausadamente en torno de él, y haciendo chocar con gran ruido unas sartas de piezas de madera, que llevaba atadas á sus talones y muñecas, daba de cuando en cuando gritos espantables, anunciando á la víctima haber llegado su última hora.

Mientras tanto el glorioso Atleta respirando alegría, seguía con los ojos clavados al cielo, y ofrecía al Todopoderoso el sacrificio de su vida, haciéndole repetidas gracias por la palma del martirio, por tanto tiempo apetecida y de su corazón tan ambicionada. Además, en aquellos momentos críticos, emulando la caridad del divino Maestro, rogaba fervorosamente á Dios por sus verdugos, y le pedía con instancia que abrieran los ojos á la luz del Evangelio aquellos; que desgraciadamente los tenían cerrados aun á la natural. Por su parte, lleno de santo orgullo y celeste paz, esperaba tranquilo el golpe supremo.

Por último el salvaje, quitándose la maza de las espaldas, se acerca al Héroe, y después de haberle ignominiosamente motejado y afrentado con mil dicterios, levanta el brazo, é iba á descargar el golpe fatal, cuando sale repentinamente una vieja indiana, se le echa encima, y asiéndole fuertemente del brazo: *Detente*, le dice; *guárdate de sacrificar al Enviado del Grande Espíritu! Su muerte te sería funesta. Yo conocí, no ha mucho, al infeliz que mató al primer* Ropanegra, *que vino á nuestras barrancas: y yo misma vi morir al matador en medio de los más horribles tormentos, roído por gusanos!*

A estas palabras detúvose el salvaje, y dejó pavoroso caer en el suelo su macana. La india entonces corrió á los príncipes de la tribu, y les persuadió á que hicieran marchar al *Padre prieto* ó *Ropanegra*, así llamaban á los Jesui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas, sino querían atraer sobre sí y sobre sus hijos los castigos más horrendos. Escucharon atentos los jefes Guaranis recordando las desgracias, que les había acarreado la muerte del P. Villar; y cortando las ligaduras, con que le tenían aprisionado, le condujeron á la ribera del Itapicuru, donde habiéndole metido en una pequeña y mala canoa, le abandonaron sin compasión á merced de la corriente.

El invicto Confesor, bien que arrastrado precipitadamente por el ímpetu de las aguas, no podía apartar los ojos de aquella tierra inhospitalaria, y sobre todo no podía borrar de su imaginación la extraña y providencial escena, que acababa de acontecer. Transido de pena lloraba por la pérdida, no tanto de sus compañeros, como de la palma del martirio, que le parecía haber ya tocado como con las manos. Seguía embebido en estos pensamientos, llevado ya á una parte ya á otra por impulso de la corriente, cuando, á larga distancia de los Guaranis, de súbito oye salir del bosque contiguo al rio una voz llorosa, que repetía: Padre!... Padre!...

Con grandes esfuerzos se pudo acercar á la orilla y pararse: entonces mirando en dirección de donde salía la voz, descubrió al través del espeso ramaje una figura humana, que descendía arrastrando por la pendiente del monte á la orilla del rio. Era un niño Caicaisé, que había seguido al Padre en la expedición para ayudarle la misa. ¡Pobrecito! En la terrible matanza de los neófitos había recibido una

fuerte herida en la cabeza, y los asesinos lo habían dejado por muerto tendido entre los demás cadáveres; pero habiendo recobrado los sentidos, se aprovechó de la algazara y tumulto en el asalto de las prendas sagradas, y se escapó sigilosamente al bosque, desde el cual alcanzó á divisar al P. Malagrida arrastrado por el rápido curso del Itapicuru. Reconocíolo al instante el buen Pastor, y gozoso de poder salvar la vida de aquella tierna oveja, la hizo entrar en su canoa con grandes muestras de cariño, lavóle blandamente las heridas y se las vendó con algún girón del vestido, que todavía le quedaba.

El joven indio, tan débil y desangrado como estaba, cogió una percha, que le sirviera de remo, y dirigió la fusta con tal maestría que al cabo de tres días arribaron á los ranchos de los Caicaises. El Pastor y el corderito, pálidos y desfigurados, más parecían salidos de la tumba, que hombres vivos. El P. Malagrida había pasado cuatro días sin otro alimento que un bocado de tasajo, seco como una tira de cuero, de suerte que las mandíbulas se le habían cerrado y fué necesario abrírselas con instrumento de hierro. En cuanto al pobre rapazuelo, no pudiendo resistir á tantos males y dolores, sucumbió á los pocos días de su llegada.

Tras tantas y tan amargas peripecias, otra escena ocurrió en el desembarque mucho más dolorosa para el compasivo y amante corazón del Apóstol. Luego que los Caicaises supieron la bárbara carnicería, que los Guaranis habían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho de los padres, hijos, ó allegados de ellos, se entregaron á la más triste y desgarradora desesperación. Agrupáronse de tropel en torno de la vivienda del afligido Misionero, y allí mesándose los cabellos, hiriéndose de vivo dolor, pedíanle á voces y con lastimeros alaridos que les devolviera las víctimas, que había conducido á la muerte. *Vuélvenos á nuestros padres*, le gritaban entre lágrimas y sollozos, *vuélvenos á nuestros esposos, á nuestros hermanos, á nuestros hijos!... ¿Para esto has venido?... Tú los perdistes, sí! Tú los llevastes al matadero!... Infelices! Y qué será de nosotros?...* Las lágrimas y gemidos interrumpían sus quejas y lamentos, dejando atravesado el corazón del buen Pastor, y sumido en un mar de amargura para él harto más acerbo que el más sangriento martirio.

Mas rehaciéndose su acongojado espíritu y sacando fuerzas de flaqueza, procuraba consolar á todos con suma bondad y dulcedumbre; y llorando con los que lloraban, mezclando sus lágrimas con las de las huérfanas y viudas, no paró hasta ver serenado su dolor y endulzada su tristeza. Tal es la tierna é interesante anécdota, cuyos pormenores nos dejó escritos el mismo P. Malagrida.

Calmada la tempestad, sin desmayar un punto al contemplar humanamente malogradas las fatigas de expedición tan penosa como querida, continuaba fertilizando con nuevos sudores y desvelos el campo de la pequeña grey, que le estaba confiada. Iba poco á poco,

con indecible paciencia y constancia inalterable, aficionando á los Caicaises y Tobajares al trabajo, á las ventajas de la vida cristiana y civil, á la frecuencia de Sacramentos y á todas las obras de piedad, recomendadas por la Iglesia. Cultivada aquella viña con tanta diligencia y esmero, empezaba ya á rendir el suspirado incremento. En todos los estados y condiciones florecían flores bellísimas de virtudes; á todas horas y en todas partes se recogían ya sabrosos frutos de caridad evangélica. Este consolador espectáculo mantenía al P. Gabriel en sus acariciados planes de nuevas conquistas; y su corazón, como refinada dinamita, no necesitaba sino un pequeño choque para barrer todos los obstáculos que se le pusieran delante. ¿Quién podrá atajar sus pasos al ofrecérsele nuevas ocasiones de llevar la doctrina de salud eterna á otras tribus sepultadas aún en las sombras de la muerte?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IX.

Espedición del P. Malagrida á los Barbados.

Con nuevas y repetidas expediciones, malogradas unas, y coronadas otras de felices resultados, á costa de privaciones y sacrificios increibles, la religión católica prosperaba en las orillas de las Amazonas y de sus caudalosos tributarios. El P. Richler, apenas desembarcado en el Marañón, vuela á evangelizar las gentes del Ucayala, permanece allí diez años, sin otro alimento que yerbas y raices silvestres, y al fin después de haber labrado sin fruto por otros cinco á los Xiberos, ocultos en inaccesibles y escarpados montes, recibe de manos de estos infieles la corona del martirio.

Estos combates, á las veces tan estériles como gloriosos, en vez de extinguir enardecian el celo de otros campeones esclarecidos, que animados del mismo espíritu y de iguales esperanzas penetraban en los bosques en son de guerra al infierno y con el fin de arrancar á los infieles de la triste cautividad, en que yacian. Con este ánimo emprendió también el P. Malagrida sus excursiones á paises, no explorados aún, ó á lo más visitados con ningunos ó escasos frutos por alguno de los Jesuitas. Así aconteció que, habiéndosele ofrecido

proporción de internarse en las barrancas de los Barbados á fines del año 1725, la aprovechó sin demora con santo ardimiento.

Los Barbados, llamados así por dejarse crecer la barba contra la costumbre de los demás indios, tenían sus cavernas en medio de una extensa selva no lejos del Meary, y á unas nueve jornadas de la desembocadura del mismo rio. Era el pueblo más belicoso de todos los circunvecinos, y tenía en horror, mucho más que los otros, cualquiera linaje de vestido, que cubriera su desnudez. Su principal y más preciado adorno consistía en una bolita de piedra, que por medio de un anillo suspendían del labio inferior, agujereado á propósito para este fin.

Tiempo hacía que los portugueses deseosos de domeñar la fiereza de estos indios, enemigos importunos y arteros, habían intentado en varias ocasiones someterlos á su yugo, pero siempre había sido sin provecho, y á veces sin provecho ni honra, por haber sido ignominiosamente rechazados. Mejor suerte logró la cáridad del P. Tavares, el cual, sin más aparato de armas que la mansedumbre evangélica, ni más ayuda de costa que su ilimitada confianza en el Señor, no solo consiguió meterse entre aquellos lobos carniceros, llegando á fraternizar con ellos, sino que también, más afortunado que sus predecesores, los determinó á salir de sus madrigueras y á trasladarse á las márgenes del Itapicuru.

Hasta estos Barbados se había difundido la

fama del incansable celo é industriosa caridad del P. Malagrida, por lo cual, movidos á viva curiosidad de conocer al renombrado *Ropanegra*, enviáronle algunos de sus jefes á manifestarle cuánto se complacerían en verse por él visitados. En cuanto recibió el Padre la grata nueva de su llegada de ellos, recogió todos los espejuelos, cuchillos, abalorios y otros objetos de quincalla, que sabía ser de gran estima entre aquellos gentiles, y, cargado con estos presentes, fuése á agasajar á los enviados. Grande fué la alegría, que con aquellos donecillos y otras demostraciones de aprecio sintieron los Barbados, y no menos el alborozo del P. Gabriel, el cual, aprovechando aquella insólita oportunidad, puso en juego toda su apostólica elocuencia para convencer aquellos toscos entendimientos de lo grosero y absurdo de su idolatría y de la grandeza y verdad de la religión católica, de los dulcísimos y eternos bienes, que eslabona la fe, y de los amargos y perdurables castigos, á que conduce la infidelidad, acabando por excitarles á seguir las huellas de los Tobajares y Caicaises que, para felicidad propia y de sus hijos, adoraban y servían al único y verdadero Dios, como fervientes cristianos.

Con interés y agrado estuvieron oyendo los infieles la doctrina y proposiciones del Apóstol; mas, le invitaron á que los visitara en sus rancherías de ellos, prometiéndole que sería cordialmente acogido por los naturales y bien escuchadas sus enseñanzas. Fundamento había para poner en duda tan laudables disposiciones, pero como el celo raras veces escarmienta, venciendo generoso las miras y prudencia de la carne, aceptó el Padre los ofrecimientos de la comisión, y se comprometió á devolverles la visita en un plazo no lejano. No era poco lo que el ingénuo Misionero se prometía, que por más que balancease entre la esperanza, que le sugerían las promesas de los diputados, y el temor de las pretéritas perfidias, todavía quería arriesgarse á realizar sus benéficos planes.

Fué, pues, á despedir contento á sus visitantes, los cuales, como al renovar una y muchas veces sus ofertas, hablaran muy á medida de los deseos, que él mismo alimentaba, le dejaron enteramente satisfecho y henchido de consoladoras ideas. No sosegó ya su corazón ardiente, solícito de llevar cuanto antes la buena nueva á aquella raza infeliz: encarga, pues, los Tobajares y Caicaises á otro Padre de la Compañía, y él parte al colegio de San Luis á pedir autorización é instrucciones de los superiores para tentar la reducción de los Barbados. Obtenida ya la venia suplicada, arregló sus preparativos para su proyectado viaje. Hizo ante todo gran provisión de dijes y otras chucherías, de que se pagan los indios, luego partió á la reducción de Maracú, situada á veinte leguas de la capital, con objeto de tomar cuatro robustos indios Guajajáras para remeros, y por último ganó para su arriesgada expedición á un joven Barbado, educado en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colegio del Marañón, que debía servirle de intérprete del idioma de aquellas tribus por no serle aun bien conocido. A esta anhelada empresa agregóse además un intrépido portugués, que quería acompañar en ella al valiente Misionero.

Aprestado ya lo conveniente y dispuestos para la marcha, se embarcaron en una ligera canoa y, á fuerza de remos, subieron por el rio Pindaré hasta llegar á la desembocadura del Meary, que en él afluye. Tomando entonces el rumbo por este último, siguieron remando hasta encontrarse con los Barbados, que debían salir á recibirlos, según lo convenido. Habían pasado ya nueve dias de navegación siempre en acecho por si descubrían á los que buscaban; pero nadie se presentaba, hasta que entrando en el dia décimo vieron bajar de un monte próximo á unos cuantos encargados de estar allí á la mira, y avisar á sus paisanos la llegada del Extranjero. En cuanto se les comunicó la nueva y divisaron el arribo de la canoa, al instante montes y valles resonaron con gritos de júbilo y algazara; y á vista de sus señales gran parte de la tribu bajó corriendo á la orilla á saludar al Misionero con grandes demostraciones de afecto y amistad.

Atracada la barca, todos, aun sin esperar que el Padre los invitase, todos á porfía saltaron á bordo, y echándose sobre los objetos, que encontraban, se los repartieron con gran alegría sin pedir permiso á nadie, ni perdonar siquiera á una corta provisión de sal, que se

comieron con extraña fruición y delicia. El Padre Malagrida, haciéndose del desentendido, se lo consentía todo, no sin poner á cobro los ornamentos sagrados, que llevaba para celebrar los divinos misterios, y que de seguro se habrían también repartido á su gusto y placer. Después de este acontecimiento inesperado, sin desconcertarse un punto por aquella rapacidad y violencia, suplicóles con amabilidad que así á él, como á sus compañeros, los llevasen al alojamiento que les tuviesen preparado.

Allá los condujeron, con sus alaridos de costumbre, por entre breñas, malezas y espinas, habiendo llegado á las rancherías después de seis horas de camino intransitable. Concurrieron á su llegada los indios, que no habían salido á la orilla, los cuales con la esperanza de algún donecillo sitiaron á los recién venidos, y en especial al Padre, á quien rodeaban una tropa de viejos, mujeres y niños. Inútil fué decirles que con todo lo que traían, se habían alzado los demás: disgustados y mohinos partieron á sus ranchos y al otro día arrastrando en su descontento á toda la tribu, desaparecieron todos, habiéndose ido á poner sus tiendas en otro paraje alejado.

Quedaron el Padre y sus compañeros solos en aquel desierto, sin tienda ni hogar, en medio de inmensos bosques. Desprovistos de comestibles, expuestos á todas las intemperies del tiempo, en peligro continuo de perecer devorados por las fieras, no tenían á dónde volver los ojos. Pero su confianza en Dios todo lo po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día. En tanto hacían diligencias para averiguar el paradero de los fugitivos; y una vez encontrados, se reunieron en consulta para deliberar sobre el partido, que debían seguir. Habían de malograr, por lo menos sin tentar el vado, tantas fatigas y tantos sinsabores de viaje tan largo y anhelado? Habiendo el P. Malagrida manifestado que, por su parte, estaba resuelto á no desistir de su plan apostólico, que no era menos que el de libertar aquellos pobrecitos del cautiverio del demonio, todos los demás prometieron también no abandonarle jamás en sus desvelos, contribuyendo no poco á hacerle más llevaderas las penas de aquella soledad.

Resueltos á no cejar en su demanda, buscaron donde guarecerse de las inclemencias del clima; y no habiendo hallado choza dispuesta para abrigarse de la lluvia y del viento en medio de aquellos bosques, levantaron con troncos y ramas una pequeña barraca, donde el mismo Padre se arregló un altar para ofrecer allí el divino sacrificio. Es inenarrable el esfuerzo y consuelo, que recibía su corazón en la oblación de la Víctima incruenta. Al tomar en sus manos la Hostia pura, santa é inmaculada, sacrificada en la cruz por la salud del mundo, al gustar la sangre divina vertida para la eterna vida no menos de los indios que de los demás mortales, recordando que tal vez era la primera misa ofrecida en aquellas soledades, sentíase inundado de consuelos indecibles y confortado de nuevo vigor, con que sobrellevar todas las amarguras y privaciones del Apostolado, asaz más desabridas de lo que la pluma puede expresar.

A los rigores del hambre, que pronto experimentaron, juntábanse los tormentos, que les daban un enjambre de gruesos mosquitos, que de dia y de noche los perseguían sin concederles descanso ni reposo. Su miseria era tal, que para todo alimento no tenían por lo comun otra cosa sino algunas yerbas y raíces silvestres mojadas en agua. En los principios salían los indios remeros á caza y algunas veces le traían algo: mas pronto se le cegó esta fuente, porque, cansados de esta vida de privaciones y trabajos, partieron un dia al rayar del alba, y no comparecieron más. Conjurábanse contra el Siervo de Dios todos los males y contratiempos, yendo cada dia de bien á mal y de mal en peor; pero él sufría inmóvil los embates de la tempestad, fiel y constante en el cumplimiento de sus promesas, cada dia más celoso de la divina gloria y del bien de las almas, y cada dia más enérgico y animado en perfeccionar su obra.

Con la fuga de los Guagájaras quedó solo con el intérprete Barbado y su inseparable portugués, los cuales, como no entendían en la caza, le dejaron, como á ellos mismos, sin más alimento ni remedio que comer raíces, si no quería morir de hambre. Cuando á vueltas ni raíces siquiera, ni yerbas comestibles encontraba, y sentía desfallecer sus fuerzas con tan riguroso ayuno, iba á mendigar una li-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mosnita á los salvajes, de los cuales no raras veces en lugar de socorro recibía injurias, ultrajes y denuestos.

Vagaba en cierta ocasión por el bosque, yendo en busca de algun fruto ó raíz selvática, cuando se encontró con un Barbado desollando una pieza de caza, que acababa de matar. Acércasele el P. Malagrida, y con toda humildad y dulzura le pide por amor de Dios un pedazo de carne, diciéndole que hacía ya dos días que no había comido bocado. A lo cual el salvaje, sin dignarse responderle ni una sola palabra, llama á su perro y le echa una buena ración.

¿Por qué, le dice el Padre, *por qué lo das al animal, y me dejas á mí perecer de miseria?*

¿Por qué? contestó el indio. *Es que el perro me ayudó á cazar, y tú no vienes á mí sino para comer.* Así apreciaban los pobres infieles los desvelos, sinsabores y privaciones imponderables, á que se sujetaba el Misionero para llevarles á ellos el alimento del alma, y librarles, aún á precio de su vida, de la muerte eterna.

Sin embargo, estos principios y aberraciones nada tienen de extraño, ni deben causar sorpresa, si tomamos en consideración las densas tinieblas de la estupidez é idolatría, en que yacían sumidos: lo raro, lo singular y absurdo es que los modernos políticos, vanagloriándose de las luces del siglo, raciocinen como salvajes, y quieran aplicar la misma regla á la Iglesia católica, y matar de hambre á sus ministros sagrados, cuando les consta que á ella

deben, no solo haber salido de las negras sombras de la barbarie, sino también todo lo más grande, noble y civilizador, de que pueden enorgullecerse. Mas apartemos los ojos de tales injusticias é ingratitudes y sigamos los brillantes ejemplos de caridad, con que nuestro Héroe, aleccionado por la Iglesia santa, pagaba, en medio de sus penas y quebrantos, las injurias y desaires.

Fijada allí su rústica vivienda, no se puede con pocas palabras decir el contentamiento y alegría espiritual, que experimentaba su alma, cuando se veía desnudo de toda humana comodidad, y puesto en la mayor pobreza y desamparo, porque le parecía que entonces comenzaba á ser partícipe del cáliz del Señor, que á tanta pobreza se sujetó para enriquecernos á todos con tesoros celestiales. Estos quería comunicar á aquellos ciegos, enemigos voluntarios de la luz. Para conseguirlo del cielo, dióse á hacer vida anacorética, en que como ermitaño del yermo pasaba dias y noches en silencio, oracion, lágrimas, ayunos y otras mortificaciones, á que le convidaba la soledad, siempre con la mira de la conversión de los idólatras.

Interrumpiendo con todo su vida solitaria, seguía visitándolos frecuentemente; y usando de mil artes y caritativas mañas, que le inspiraba su celo, y tomando pié de cualquier incidencia ú objeto, les hablaba con gran fervor de las bellezas del Cristianismo, y los instruía insensiblemente en los principales dogmas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra santa fe. Pero, por desgracia, todo era predicar en desierto: duros como las peñas no querían reblandecerse al ardiente fuego de caridad; por lo cual, de sus apostólicos afanes no recogía el Misionero otros frutos ni consuelos, sino enviar al cielo algunos angelitos, á quienes bautizaba en peligro de muerte con la seguridad de que volarían á la gloria á interceder por sus obcecados progenitores. Pero al remate, ni aun esta pequeña derrota pudo sufrir el enemigo, antes bramando de rabia por ver escapársele aquellas inocentes víctimas, se aprovechó de la misma muerte de ellos para excitar contra el buen Pastor furiosa borrasca.

Había entre los Barbados gran número de hechiceros, predecesores y padres de nuestros brujos ó espiritistas, los cuales ejercían gran influencia y dominio sobre aquellos pueblos supersticiosos. Cuando enfermaba algun niño ó bien adulto, acudían los ensalmadores á la choza del doliente, y allí parte con ceremonias ridículas, gritando como energúmenos en torno del enfermo, parte chupando en diferentes regiones del cuerpo con pretensión de extraerles el mal, alardeaban devolver la salud á los pacientes. ¿Qué hacían los embaucadores después que el Padre hubo establecido su residencia, próxima á los ranchos de ellos? Para mejor encubrir su ignorancia supina y acrecentar entre los salvajes su pernicioso prestigio, enseñóles el enemigo del humano linaje á acusar al ministro de Dios de todas las muer-

tes de los niños, que bautizaba: movióles á propalar que el agua misteriosa, que derramaba sobre la frente de los párvulos, era veneno con que les quitaba la vida. Esta calumnia, aunque mal tramada, produjo en aquellos malfadados el efecto, que el enemigo se prometía, y los padres empezaron á esconder al celoso Apóstol sus hijos enfermos y á mostrarle todos los días mayor desconfianza y desvío.

Fuera de esta persecución tan sensible para su corazón amante, como perniciosa á las criaturillas, procuró el infierno arrebatar al Misionero la única conquista, que entre aquellos infieles había hecho para Jesucristo. Como quiera que un joven Barbado, hallándose á punto de espirar, hubiera recibido de manos del activo Padre el santo bautismo, después de recobrada la salud, habíale quedado tan afecto y agradecido, que no acertaba á separarse de su lado. Los padres del indio, instigados por los hechiceros, hicieron todo lo posible para separarle de su comunicación; mas viendo que eran infructuosos todos sus avisos y amonestaciones, no solo se lo prohibieron terminantemente, más aun, llegaron á amenazarle con la muerte, si desobedecía á sus mandatos.

A esta tan sensible pérdida agregósele otra todavía más lamentable. El joven intérprete, que desde San Luis había acompañado al apostólico Varón para imponerle en el idioma de los Barbados, vióse también obligado á abandonar á su querido Pastor, y tornar al se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no de su familia. Hízolo el pobre conminado con terribles castigos, con lo cual el inquebrantable P. Malagrida quedó sin otro compañero que su fiel portugués, el cual se tenía por dichoso en poder compartir con el Padre sus padecimientos y privaciones.

Con estos reveses sufridos por el ministro de Dios, cantaban los hechiceros triunfo creidos que los abandonaría avergonzado de su derrota: mas notando con ira y con estupor que, á pesar de todas las contrariedades, seguía el buen soldado de Jesucristo impertérrito en la brecha, llevaron más adelante su inquina, y resolvieron quitar de en medio aquellos dos huéspedes importunos. Reunido con este fin todo el pueblo en asamblea, propusieron su trama y pidieron su aprobación y auxilios: y aquellos felones, queriendo pagar la abnegación y celo del Apóstol, á quien ellos mismos habían llamado, con la más negra ingratitud, dieron consentimiento unánime, comprometiéndose vilmente á atentar contra la vida de quien así se exponía para darles la eterna.

CAPÍTULO X.

Huye de los Barbados el P. Malagrida y es nombrado profesor del colegio de San Luis.

Decretada la muerte del Misionero, trataron los bárbaros de ponerla cuanto antes en ejecución, haciendo sus aprestos y ceremonias acostumbradas. Durante tres noches consecutivas se dispusieron para el terrible atentado. Con los cuerpos horriblemente pintorreados de rojo y de negro, la cabeza engalanada con corona de abigarradas plumas, después de comilonas y embriagueces, danzaban al són de cantos y gritos frenéticos, acompañados de adufes y matracas, que en el silencio de la noche resonaban por aquellos bosques, valles y cañadas de un modo capaz de poner espanto á varones menos impertérritos que nuestro Apóstol. Ignorante este de la traición armada contra su vida, no sabía á qué atribuir aquellos alaridos feroces y trasportes salvajes de alegría: con todo nada de bueno auguraba de pechos tan sanguinarios, ingratos y empedernidos.

Presto se le descifró el enigma. El tercero dia muy de mañana vió venir á todo correr hacia su cabaña á los dos jóvenes Barbados, cuyos padres impedían su trato. *Huye, Padre!* le gritaban medio llorosos, *Huye, que te quieren*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no de su familia. Hízolo el pobre conminado con terribles castigos, con lo cual el inquebrantable P. Malagrida quedó sin otro compañero que su fiel portugués, el cual se tenía por dichoso en poder compartir con el Padre sus padecimientos y privaciones.

Con estos reveses sufridos por el ministro de Dios, cantaban los hechiceros triunfo creidos que los abandonaría avergonzado de su derrota: mas notando con ira y con estupor que, á pesar de todas las contrariedades, seguía el buen soldado de Jesucristo impertérrito en la brecha, llevaron más adelante su inquina, y resolvieron quitar de en medio aquellos dos huéspedes importunos. Reunido con este fin todo el pueblo en asamblea, propusieron su trama y pidieron su aprobación y auxilios: y aquellos felones, queriendo pagar la abnegación y celo del Apóstol, á quien ellos mismos habían llamado, con la más negra ingratitud, dieron consentimiento unánime, comprometiéndose vilmente á atentar contra la vida de quien así se exponía para darles la eterna.

CAPÍTULO X.

Huye de los Barbados el P. Malagrida y es nombrado profesor del colegio de San Luis.

Decretada la muerte del Misionero, trataron los bárbaros de ponerla cuanto antes en ejecución, haciendo sus aprestos y ceremonias acostumbradas. Durante tres noches consecutivas se dispusieron para el terrible atentado. Con los cuerpos horriblemente pintorreados de rojo y de negro, la cabeza engalanada con corona de abigarradas plumas, después de comilonas y embriagueces, danzaban al són de cantos y gritos frenéticos, acompañados de adufes y matracas, que en el silencio de la noche resonaban por aquellos bosques, valles y cañadas de un modo capaz de poner espanto á varones menos impertérritos que nuestro Apóstol. Ignorante este de la traición armada contra su vida, no sabía á qué atribuir aquellos alaridos feroces y trasportes salvajes de alegría: con todo nada de bueno auguraba de pechos tan sanguinarios, ingratos y empedernidos.

Presto se le descifró el enigma. El tercero dia muy de mañana vió venir á todo correr hacia su cabaña á los dos jóvenes Barbados, cuyos padres impedían su trato. *Huye, Padre!* le gritaban medio llorosos, *Huye, que te quieren*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

matar! Huye! vén con nosotros y procuraremos salvarte por más que hayamos de morir contigo. Saltáronle al Padre las lágrimas al encontrar tanto y tan inesperado reconocimiento y amor tan fino en entrambos neófitos. Con esto, lleno el Padre de compasión y ternura, procura persuadirles que vuelvan de nuevo á sus familias, librándose de la muerte, á que se arriesgaban por salvarle á él la vida. Empero los buenos mancebos se pusieron á llorar, y con sollozos y lágrimas le suplicaban que no desechase sus ofrecimientos.

Padre querido, le dicen, *queremos subir contigo al cielo! Ven, huyamos: tenemos tiempo todavía!*

Pero ¿á dónde, hijos mios? les contesta el buen Pastor. *¿No veis que estamos rodeados por todas partes de enemigos? A cualquier punto, donde vayamos, caeremos en su poder: no podemos escapar.*

Entonces uno de los neófitos echándose al cuello del Padre, tómale el Crucifijo que llevaba pendiente, y le dice: *Hé aquí nuestro guía! Toma esta cruz, llévala enarbolada con la imagen vuelta á los asesinos, y la cruz los encandilará los ojos y hará que nos dejen pasar sin hacernos daño ninguno.* Al oir el P. Malagrida de los labios del jovencito respuesta de tanta y tan celestial confianza, crée reconocer en ella la voz de Dios. Enhiesta, pues, la enseña de nuestra redención, pónese en camino, seguido de su fiel portugués, y de los dos indios mancebos, que hacían de guías.

Escapáronse al bosque con gran sigilo, y tomaron rumbo hácia el rio Meary, desde donde esperaban encaminarse con mayor facilidad á las plantaciones de los colonos europeos. Pero al poco tiempo los dos guías perdieron la senda, enredándose en medio del bosque, como en laberinto sin salida. Entre tanto llegó la hora señalada por los bárbaros para sacrificar á los dos extranjeros. Con sus gritos y algazara de costumbre, armados de enherboladas flechas y gruesas macanas, cayeron sobre la choza de los huéspedes, y la encontraron desierta y vacía. Rugiendo entonces de rabia y despecho, trascurridos unos momentos de indecisión y sorpresa, se lanzaron en todas direcciones en persecución de los fugitivos.

Seguian estos sin norte, errantes por entre las malezas de las selvas, en medio de las mayores angustias. Los gritos desaforados y espantosos del enemigo, mezclados con los rugidos de panteras y leones, se iban acercando, y les hacía temer á cada instante caer en manos de sus perseguidores. El terror y sobresalto por un lado, por otro cabo las malezas, que desangraban sus desnudos piés, les atajaban los pasos de arte que los dos indios mozos, por otra parte acostumbrados á semejantes penalidades, habrían perdido el aliento, á no haberlos esforzado con sus ejemplos y palabras el invicto P. Malagrida. Por fin, á vueltas de tres días de agonía de muerte incesante, á pesar de haber seguido opuestos senderos, se en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contraron con el rio Meary, que les podía conducir al término deseado.

Mas para esto era preciso navegar por su alveo caudaloso: y ¿cómo acometer tan difícil empresa, hallándose, como se hallaban, en tan espantosa soledad sin barca ninguna, ni tampoco instrumentos con que labrarla? Para obviar estos inconvenientes cortaron, como pudieron, árboles jóvenes, desgajaron gruesas ramas, y entrelazando unas con otras, formaron dos informes almadias, sobre las cuales se abandonaron los cuatro á merced de la corriente, que se los llevó con rapidez increible. Bogaban de esta suerte, cuando repentinamente resonaron terribles alaridos y aullidos amenazadores en la ribera. Eran los Barbados, en cuyo poder habrían caido los fugitivos con haber tardado unos momentos más á echarse al agua. Bramando los bárbaros de ira, dispararon contra la almadia sus flechas, pero en vago, porque gracias á la impetuosa velocidad del rio, pronto los cristianos se vieron á cubierto de los tiros y perdieron de vista á los perseguidores.

Libres ya del inminente riesgo, que habían corrido, prosiguieron su rápida navegación bendiciendo al Todopoderoso por haberlos libertado del furor de sus enemigos. Con todo, no habían llegado todavía al extremo de sus males. Al trasmontar del dia las almadias chocaron fuertemente con un grande tronco, que flotaba en medio del rio, y deshecha con el choque la endeble y mal trabada embarcación, ca-

yeron los cuatro al agua. Felizmente los jóvenes indios eran excelentes nadadores; sin ellos el P. Malagrida se había anegado sin remedio; pero los diestros neófitos le cogieron, y sano y salvo lo sacaron á la orilla. Agradecido el náufrago Apóstol á la especial providencia, con que el Señor le gobernaba, internóse buen trecho dentro del bosque, y allí, mojado como estaba, se postró de rodillas al pié de un árbol y se recogió en profunda oración, que á pesar de sus fatigas y quebrantamiento prolongó hasta la mañana.

Jamás, decía más tarde hablando de aquella venturosa noche, *jamás el Señor me colmó de tantos consuelos y favores como en esta noche faustísima. Engolfado en la contemplación de su bondad inmensa, que me había salvado de tantos peligros, me pareció ver un ligerísimo alazán, ricamente enjaezado, y á punto de lanzarse á la carrera. Creí reconocer en este símbolo que Dios me llamaba á otras correrías apostólicas por países, todavía no visitados por los misioneros del Evangelio. Al mismo tiempo me pareció oir una voz, que me aseguraba llegaríamos presto al término de nuestras fatigas.* Los resultados justificaron la verdad de la visión, confirmada por un prodigio de la divina gracia.

Los compañeros del Siervo de Dios en habiendo tomado sobre el duro suelo un corto descanso, y después de haber reparado las fuerzas un tanto desfallecidas comiendo algunas raíces silvestres, construyeron otra alma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia por el estilo de la primera, y la botaron igualmente al agua. En ella entraron, como anteriormente, los cuatro viajeros, y se entregaron al impulso de la impetuosa corriente. Navegaban felizmente con santa alegria, cuando, después de breve tiempo, al llegar á un recodo, se encontraron con una canoa, provista de tantos remos, cuantos eran los remeros. Maravillados de tal hallazgo y coincidencia abordaron la ribera: averiguaron si había en la arena pisadas, que indicasen la dirección de los dueños de aquella navecilla; y, como no descubriesen ni rastro siquiera de huellas humanas, dieron gritos, á que solo contestaron los ecos de aquellas prolongadas selvas. Aguardaron buen rato, volvieron á vocear, y, como anteriormente, solo el eco les respondía. Con esto saltaron á la barca, que les había deparado la divina Providencia, y llenos de religioso reconocimiento y entusiasmo emprendieron de nuevo su rumbo.

Unidos los remos al impulso de la corriente, volaba por el seno del rio la canoa, magistralmente dirigida por los jóvenes Barbados. Seguian todos gozosos, hablando de la protección paternal, que el cielo les dispensaba, cuando uno de ellos dió un grito de placer. ¿Qué nuevo acontecimiento le causaba tal alborozo? Había divisado á lo léjos las plantaciones portuguesas, á la orilla del Meary, y con tales trasportes de alegría lo anunció á sus compañeros de infortunio para hacerles partícipes de su dicha y contento.

Llegados á ellas, fueron recibidos con sentidas aclamaciones de gozo por aquellos colonos, los cuales creidos de que el P. Malagrida habría sido víctima de los pérfidos Barbados, lloraban ya su temprana muerte. Allí se quedaron los huéspedes, aceptando agradecidos los obsequios, que les prodigaban los caritativos labriegos. Mas tan pronto, como sintieron ya restauradas las quebrantadas fuerzas, se embarcaron en una canoa más cómoda y ligera, que les ofrecieron los colonos; y emprendido su derrotero á la capital, arribaron buenos y salvos después de feliz travesía.

El inesperado arribo del P. Gabriel al colegio de S. Luis fué dia de regocijo y de espansión santa. Padres y Hermanos, todos le rodeaban ávidos de oir de su boca sus derrotas y triunfos, sus duelos y alegrías, sus humillaciones y sus glorias, sus persecuciones y conquistas; todos le preguntaban, y á todos satisfacía, alentando á todos á tomar á pechos el cultivo de aquella viña, que les había sido confiada.

Por su parte, pasadas algunas semanas de reposo, en que más que las fuerzas corporales procuraba rehacer las espirituales, estimulado por su caridad ardiente despulsábase por la salud eterna de los pobres infieles, y no pudiendo resistir á la llama, que ardía en su pecho, fuese al Superior, y arrojándose á sus piés, le pidió su bendición para tornar á sus excursiones apostólicas. Pero el Superior creyó de mayor gloria de Dios emplear sus servicios en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otro ministerio de la casa, y puso á su cargo enseñar las bellas artes á los jóvenes Jesuitas. El generoso Apóstol, avezado ya á ofrecer todos sus afectos en aras de la obediencia, harto más grata al Eterno que la sangre de las víctimas, sacrificó magnánimo sus más queridas ocupaciones, y se consagró con todas sus fuerzas al cumplimiento de su cometido.

Sabemos ya el brillo y habilidad con que en Europa había desempeñado este papel, y así no hay que decir que, con igual lustre, erudición y laboriosidad, lo desempeñaba en América, ni menos que, al mismo paso de iniciar á sus discípulos en los principios de la elocuencia, poesía y estética, sabía inflamarlos en ardoroso celo por la divina gloria y en vivas ansias de ir á evangelizar á tantos pueblos, que ignoraban aun la buena nueva de gracia y salvación. No fueron estériles sus palabras, ni golpes en vago sus exhortaciones, sino semilla fecunda, que trasformó aquellos corazones en corazones de apóstoles, los cuales debían regar más tarde, con sus férvidos sudores, campos todavía no roturados de la divina heredad.

Su edificante actividad, sin embargo, no se limitaba al estrecho ámbito de su clase. En el confesionario, en la cátedra sagrada, á la cabecera de los enfermos, en las cárceles, en las plazas y calles desplegaba su inagotable caridad; y, no contentándose con adoctrinar á los habitantes de San Luis, salía cual alazán brioso todos los domingos á recorrer los pueblos vecinos para instruirlos en la divina ley. Sigámosle en una de sus correrías.

El sábado por la tarde, al fin de su clase de literatura, emprendía su ruta á pié descalzo y sin más provisión que el pan de la Providencia; y después de seis horas de penosa marcha, pasadas en la meditación ó en santas conversaciones, solía llegar al término de su viaje, entrada ya la noche. Dirigíase al momento á la iglesia, donde le aguardaban ya los portugueses ó indios préviamente avisados, y les hacía una fervorosa plática disponiéndoles á la penitencia. Luego después, sin admitir huelgo ni descanso, encerrábase en el confesionario para oir á los penitentes, y por lo comun no se retiraba sino hasta la media noche.

Como quiera que al dia siguiente había de celebrar el santo Sacrificio, le era preciso quedarse en ayunas, pasando en oración la mayor parte de la noche. En alboreando la aurora, volvía nuevamente al tribunal sagrado, de donde no se levantaba sino para decir misa. Llegada la hora oportuna, volvía de nuevo, primero á dirigir la divina palabra á los fieles, ya para instruirles debidamente en el conocimiento de la divina ley, ya para apercibirlos para la sagrada comunión, y, después, celebraba con gran fervor los divinos misterios, y repartía á los dispuestos el pan eucarístico.

Solamente un celo ardiente, como el del Padre Malagrida, era capaz de soportar tantos trabajos y fatigas, sin tomar, hasta cerca de la una de la tarde, alimento ninguno, y este muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medido y apenas suficiente para reparar las fuerzas, agotadas con tantos afanes. Para remate feliz y correspondiente á tantos desvelos, emprendía otra vez, á pié descalzo, la vuelta del colegio, á donde llegaba al anochecer con el cansancio, que es fácil adivinar. A este talle gastaba todos los dias de descanso nuestro infatigable obrero. ¿Y qué diremos de su vida doméstica?

En lo que toca á su conducta privada era de los primeros del colegio en la observancia regular, haciendo caso de perfiles, que á los tibios parecen naderías ú ociosidades, y tomando con gran empeño menudencias, que pudieran ser tenidas por nimiedades de quien no sabe entender que manda el Señor guardar con demasía sus preceptos. Además de tanta solicitud y afán, dentro y fuera de casa, en promover el divino servicio, como si nada fuese haber dado por segunda vez solemne misión durante el curso á los moradores de la capital, al llegar las vacaciones mayores soltó la rienda á su caridad inflamada, y en vez de reposo salió en busca de más almas, evangelizando las aldeas de Tapuytapera, Icatu, Itapicuru, Najatuba y Meary. De esta suerte, sin curarse de las comodidades de la vida y cerrando con ellas, mezclaba las vigilias de la clase con los cuidados del apostolado el virtuoso Maestro, durante el año escolar de 1727. ¿Quién con esto podía negar ya su especialísima vocación á los ministerios evangélicos?

CAPÍTULO XI.

Nueva excursión á los Barbados.

En medio de sus tareas literarias, tan santamente combinadas con sus apostólicas correrías, emprendidas con ardiente sed de reanimar el fervor cristiano entre los europeos avecindados en el Marañón, alimentaba el P. Malagrida su favorito anhelo de ir á llevar el pan de eterna vida á los infieles idólatras, errantes por aquellos incultos desiertos. Con santo é impaciente afán aguardaba ocasión oportuna de volver á las tribus nómadas, y no tardó á ofrecérsele á medida de sus deseos. Vencidos los Barbados por los portugueses en combate decisivo, imploraron la paz con los vencedores, y en prenda y testimonio de su buena fe pidieron con reiteradas súplicas algun *Ropa-negra*, que los doctrinase la verdadera religión.

Olvida el amor fácilmente los agravios: y con este fino amor, echando el P. Gabriel en olvido todas las penas y sinsabores, que había tenido que sobrellevar de parte de aquella tribu feroz é ingrata, apresuróse á ofrecerse á los Superiores para tan arraigada empresa, y lo suplicó con tan viva y celosa insistencia, que no pudieron al fin dejar de acceder á sus ofre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medido y apenas suficiente para reparar las fuerzas, agotadas con tantos afanes. Para remate feliz y correspondiente á tantos desvelos, emprendía otra vez, á pié descalzo, la vuelta del colegio, á donde llegaba al anochecer con el cansancio, que es fácil adivinar. A este talle gastaba todos los dias de descanso nuestro infatigable obrero. ¿Y qué diremos de su vida doméstica?

En lo que toca á su conducta privada era de los primeros del colegio en la observancia regular, haciendo caso de perfiles, que á los tibios parecen naderías ú ociosidades, y tomando con gran empeño menudencias, que pudieran ser tenidas por nimiedades de quien no sabe entender que manda el Señor guardar con demasía sus preceptos. Además de tanta solicitud y afán, dentro y fuera de casa, en promover el divino servicio, como si nada fuese haber dado por segunda vez solemne misión durante el curso á los moradores de la capital, al llegar las vacaciones mayores soltó la rienda á su caridad inflamada, y en vez de reposo salió en busca de más almas, evangelizando las aldeas de Tapuytapera, Icatu, Itapicuru, Najatuba y Meary. De esta suerte, sin curarse de las comodidades de la vida y cerrando con ellas, mezclaba las vigilias de la clase con los cuidados del apostolado el virtuoso Maestro, durante el año escolar de 1727. ¿Quién con esto podía negar ya su especialísima vocación á los ministerios evangélicos?

CAPÍTULO XI.

Nueva excursión á los Barbados.

En medio de sus tareas literarias, tan santamente combinadas con sus apostólicas correrías, emprendidas con ardiente sed de reanimar el fervor cristiano entre los europeos avecindados en el Marañón, alimentaba el P. Malagrida su favorito anhelo de ir á llevar el pan de eterna vida á los infieles idólatras, errantes por aquellos incultos desiertos. Con santo é impaciente afán aguardaba ocasión oportuna de volver á las tribus nómadas, y no tardó á ofrecérsele á medida de sus deseos. Vencidos los Barbados por los portugueses en combate decisivo, imploraron la paz con los vencedores, y en prenda y testimonio de su buena fe pidieron con reiteradas súplicas algun *Ropa-negra*, que los doctrinase la verdadera religión.

Olvida el amor fácilmente los agravios: y con este fino amor, echando el P. Gabriel en olvido todas las penas y sinsabores, que había tenido que sobrellevar de parte de aquella tribu feroz é ingrata, apresuróse á ofrecerse á los Superiores para tan arraigada empresa, y lo suplicó con tan viva y celosa insistencia, que no pudieron al fin dejar de acceder á sus ofre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cimientos. Lleno de cristiano júbilo, como quien veía satisfechas sus nobles aspiraciones, dispuso al momento su viaje con grande surtimiento y provisión de donecillos para los infieles. Acompañábalo, además del P. Jerónimo Pereira, una pequeña escolta de portugueses juntamente con el joven intérprete, que le siguió en la expedición primera. Embarcados todos en una remera canoa, subieron por el Pindaré á la confluencia del Meary.

Aquí pasó el Misionero algunos dias en casa del capitán del distrito, Sr. Pineiro de Morales, el cual le recibió con tan extraordinaria veneración y benevolencia, que fuera de los obsequios verdaderamente filiales, con que le distinguía, enriqueció la prevención de dijes con muchos objetos de gran estima entre los Barbados. Despedíase ya agradecido de su buen huésped, cuando éste le salió con una pretensión tan tierna como inesperada, pues quería que le acompañase en la excursión un hijo todavía muy joven, que tenía.

¿En qué piensa V.? le dijo el P. Malagrida. *¿Cómo podría resistir ese tierno niño tantas fatigas y privaciones en despoblado, bajo todas las inclemencias, en medio de bosques, donde no se halla otro alimento que frutos silvestres, y á veces aun estos faltan? Nó: no admitiré jamás semejante sacrificio; y tendría por delito imperdonable exponer á la muerte un joven de tan pocos años y de tan bellas esperanzas.*

No obstante tal negativa, sobreponiéndose el generoso capitán al cariño natural de padre, le

aseguró que se tendría por dichoso con ver á su hijo querido compartiendo los trabajos de varón tan apostólico. Por otra parte, el jovencito José, anticipándose á los deseos de su padre, arrojóse á los piés del Misionero y le dijo: *Padre, lléveme V. consigo á los Barbados. Se lo suplico por amor de Jesús. Comeré lo que ellos coman; y, aun cuando me quiten la vida, no me espantan, que así moriré por Jesucristo.* Con tanta unción lo dijo y volvió á rogárselo con tanta ternura, que, vencido el P. Gabriel, lo admitió gustoso en su compañía.

Los dias, que permanecieron en aquella reducción, fueron dias llenos ya por el tiempo que emplearon en bien de las almas, ya por el aroma de religiosas virtudes, que esparcieron en todas partes. Llegado el dia de emprender de nuevo la marcha, preparado todo cual convenía, imploraron primero la protección de María, estrella de los mares, amparo de los débiles y guia del peregrino, y luego, metiéndose alegres en la canoa, tomaron rumbo rio arriba en el mismo Meary, donde, dos años atrás, se había visto á riesgo de sucumbir.

Los Barbados, prevenidos ya, estaban en guardia: por lo cual, no bien distinguieron á lo lejos la embarcación, que conducía al Misionero, cuando todos ellos atronaron los aires con alaridos de alegría, trasportes, que tomaron nuevas creces tan pronto como descubrieron en la nave al P. Malagrida, que tenían conocido. Cuando hubo éste desembarcado, gran número de infieles se agruparon en torno suyo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como en demanda de algun regalito: mas sea porque con las adversidades y descalabros se hubieran más humanizado, sea por respeto á la escolta de portugueses, cuyas armas habían entre ellos conquistado gran prestigio y renombre, nadie se atrevió á tocarle ningún objeto, como en el anterior desembarque, antes todos le miraban con gran veneración y deferencia.

El Padre, con todo, llevando la sonrisa y caridad en el semblante, empezó generoso á repartir donecillos, con lo cual todos se animaron y alargaban sus manos para recibir alguna prenda. Dábales jovial el P. Gabriel á uno un cuchillo, á otro un espejo, á aquel abalorios, á este un pañuelo, á esotro un cacho de vidrio; y todos contentos con su suerte corrían como chicuelos mostrando su regalo, y pregonando con roncas voces su júbilo y satisfacción. ¿Cómo no aprovechar tan buenas disposiciones y coyuntura para sembrar en aquella tierra la simiente del Evangelio? Por esto el incansable Operario se apresuró á explotar tan oportunas condiciones, empezando desde luego á anunciarles la buena nueva, y á invitarles para otras reuniones.

Con el fin de instruirlos convenientemente á tiempos idóneos, procuró al instante establecerse en medio de sus rancherías, y, con ayuda de sus compañeros, levantar allí, con ramas y céspedes, dos chozas, para que le sirvieran una de capilla y otra de morada; y después, para que los indios conocieran su ánimo y resolución de permanecer estable y fijamente entre

ellos, despidió la barca y los remeros al Marañón, quedándose con solos seis compañeros y el joven intérprete. Puesto ya todo en debido orden, arregladas su capilla y pobre ermita, se entregó sin reserva á cultivar y endulzar las fieras costumbres de su nueva grey. Su actividad multiplicaba sus esfuerzos; y merced á ella, á su generosidad, paciencia, dulzura y caridad ingeniosa los que hasta entonces se habían mostrado rebeldes, crueles y sanguinarios, los que esquivos resistían á los desvelos del Misionero y atractivos de la divina gracia, dejaban no ya solo vencerse por las bondades del Padre, sino que también le buscaban con agrado y veneración para ser instruidos en las verdades de la fe católica.

Con la educación cristiana hasta las fisonomías parecían recibir color más apacible, y más agradable aspecto las chozas, y más grato verdor y lozanía los mismos campos con la nueva dicha, que les traía la religión. En su Pastor encontraban los indios todos corazón de padre amante, pero con especialidad los tiernos niños, en quienes cifraba firmes esperanzas de un porvenir venturoso, y á quienes labraba con mayor esmero por fundar en ellos las bases sólidas de una fervorosa cristiandad. Bello espectáculo ofrecía al cielo y á la tierra el celoso Pastor, rodeado de inocentes ovejuelas, suspensas de sus labios, escuchando con infantil avidez las enseñanzas de eterna vida, que les exponía con paciencia, sencillez y claridad admirables!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se sabía que más encomiar, si la paz con que mil veces repetía una misma verdad para grabarla en la infiel memoria de aquellos rapazuelos, ó la destreza con que les hacía entender los misterios santos, por medio de comparaciones adaptadas ya á su génio bárbaro, ya á la rudeza de sus entendimientos medio embrutecidos. Con estas caritativas industrias, ganando á los adultos por medio de los párvulos, presto recogió sazonados frutos de bendición.

¡Qué cambios obraba la gracia divina! Por una parte haciase ya á los indios pesada la vida nómada, y la civil, que ántes aborrecian, agradable; por otra, eran despreciados los hechiceros y sus ensalmos, y tenidos en estima los ministros de Dios y sus católicas máximas, de suerte que gran número de adultos y niños, suficientemente preparados, recibieron el santo bautismo, y con el tiempo se llegó á la pretendida meta, es decir, á formar una cristiandad floreciente en aquellas regiones ántes tan refractarias.

Pero ¿quién podrá formarse cabal concepto de los trabajos, disgustos, y hambres, que sufrió y de los terribles peligros que corrió hasta llegar á tener aquellos campos dorados para la miés? Con ánimo de allegar nuevos infieles y aumentar con ellos su reducción florida, emprendió varias veces arriesgadas excursiones, teniendo que andar por caminos cortados por grandes lagos é impetuosos torrentes, llenos unos y otros de fieros caimanes. Para atravesar estos lagos y torrentes no había otros puentes que fuertes bejucos ó enredaderas, prendidos á los árboles de una y otra orilla á guisa de puentes colgantes, suspendidos á veces sobre espantosos abismos. Queriendo, en cierta ocasión, pasar un rio por uno de tales puentes, sea por haberse resbalado, sea porque se le rompiera el bejuco, cayó rodando al fondo el intrépido Apóstol, habiendo debido la salvación á un esforzado neófito, que se lanzó inmediatamente al agua para librarle del inminente peligro de ahogarse.

Otra vez partió con dos indios y dos portugueses á explorar terreno con el mismo fin. Apenas había llegado á la mitad de su viaje, cuando, sin saber por qué, desaparecieron los indios sin que volvieran á presentarse. Casi al mismo tiempo vieron los expedicionarios venir corriendo hacia ellos á un neófito que les trajo la alarmante noticia de que los infieles de una tribu vecina se habian levantado en armas para dar la muerte al Misionero y á los que le acompañaban. La fuga era el único medio de evadir el furor de los enemigos, cuyos alaridos se oían ya. Pero, ¿á dónde podían huir? Para colmo de su desgracia se encontraron al paso con un lago invadeable y sin puente. Podían pasarlo á nado únicamente, pero se hallaba infestado de caimanes y otros animales fieros, capaces de intimidar al indio más arrojado. En tal peligro ó conflicto de perecer asesinado por los salvajes ó devorados por las fieras, los dos portugueses, como si oyeran la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

promesa del salmo: *Andarás sobre el aspid y basilisco, y hollarás al leon y al dragón*, tomaron al Misionero y se arriesgaron á pasar á nado la laguna, llevándole uno del un brazo y otro del otro. Solo á especialísima providencia de Dios se debe atribuir haber salido salvos é ilesos de aquella tentativa, ya que con haber tocado varias veces con los piés á voracísimos caimanes, nadaron por en medio de ellos, como por entre una manada de corderos. Con lo cual, y gracias á su arrojo y denuedo, pudiéron burlar las asechanzas de sus perseguidores y devolver al Pastor á su redil querido para llevar á su perfección la obra comenzada.

Mayor, si cabe, fué el riesgo, en que se vió al pasar otro lago semejante. Contratóse con dos indios para que le trasportasen, y habiéndoselo cargado á las espaldas, se metieron en el agua: pero hallando en esto mayor dificultad de la que creían, quisieron ensayar otro modo. Ataron para ello al Padre de piés, manos y por en medio del cuerpo á una larga percha, y tomándola uno por una extremidad y otro por la otra, lo pusieron sobre sus hombros, y se metieron otra vez en el lago: empero aun así marchaban con gran embarazo, llegándoles á veces el agua hasta el cuello, y por lo tanto bañando al pobre Viajero, aun contra su voluntad.

Habían llegado ya casi al medio, cuando los conductores, tentados por la codicia, se pararon y amenazaran al Misionero con sumergirlo

y abandonarlo de aquella suerte, si no les prometía duplicarles el precio convenido. ¿Qué remedio tenía sino ceder á sus injustas pretensiones y comprar así la vida, que aquellos salvajes no habrían tenido escrúpulo en acabar de una manera tan bárbara é inhumana? No se mostró resentido por tan indigno comportamiento, ántes gozoso por aquella pequeña cruz, lleno de paciencia inalterable, volvióse á sus rancherías á dar nueva reja á sus campos con fundadas esperanzas de granada y copiosa miés.

Así afanaba enteramente confiado, cuando se presentó en el horizonte una nubecilla, presagio de fiera tempestad, capaz de arruinar todo su cultivo. En medio de tan lisonjeros prenuncios de prosperidad y bonanza para el perfeccionamiento de los Barbados, estalló encarnizada guerra entre esta tribu y la vecina de los Acroas, una de las más salvajes del Marañón. Llamábanlos los portugueses con el nombre de *Gamellas*, á causa de un pequeño vaso circular, que llevaban pendiente del lábio inferior á guisa de arracada. El mayor placer de estos infelices era la comida de carne humana. Para hartar este cruel y brutal apetito, no solo se abalanzaban por cualquier fútil pretexto contra otras tríbus en són de guerra; sino que también, aun sin pretexto ninguno, salían á los bosques á caza de sus semejantes, y todos los que por infortunio caían en sus manos, eran asesinados sin compasión, asados y devorados. Con fruición particular cebábanse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la carne de los blancos ó europeos por encontrar en ella gusto más sabroso. Así, desgraciado del portugués que era presa de los antropòfagos Acroas! Fuerza le era morir, y ser descuartizado y comido por aquellas fieras, dotados apenas de un vislumbre de razón.

Habiendo, pues, los Barbados proyectado y resuelto poner fin á tan monstruosas crueldades, pusiéronse todos en armas, y habiendo llamado en su auxilio á una pequeña manga de lusitanos, partieron en busca del enemigo formando un ejército en número de unos seiscientos hombres. Unióse á ellos el P. Malagrida, el cual, como anteviese que el combate había de ser sangriento de una y otra banda, llorando ya como buen pastor la pérdida de tantos, que iban expuestos á morir sin haber recibido aun el santo bautismo, desplegó toda la energía de su elocuencia y el fuego todo de su ardiente caridad para inducir á los suyos á que, antes de venir á las manos, ensayasen todas las vías de conciliación y ofrecieran al enemigo la paz bajo condiciones honestas y ventajosas. Para consuelo del Misionero accedieron á sus instancias y consejos: pero todo fué inútil.

Después de tres dias de marchas forzadas por sendas escabrosas y difíciles, descubrieron el campo de los Gamellas: éstos á su vez habían también percibido á lo lejos el ejército contrario, y con sus gritos frenéticos y acostumbrados alaridos tomando sus armas, les salieron al encuentro. Estaban los dos ejérci-

tos acampados uno enfrente del otro, esperando cada cual la señal del combate, cuando el P. Gabriel se avanza en compañía de su intérprete, y, Crucifijo en mano, ofrece á los Acroas la paz en nombre de los suyos.

En esto, señalando á Jesús crucificado como á su estandarte invicto, les dice: *Este Dios, cuya imagen contempláis, descendió de los cielos para traer al mundo la verdadera paz, y por vosotros y nosotros dió su sangre y su vida. En nombre de este mismo Dios vengo á anunciaros la paz!... Aprended á conocerle, alabarle y adorarle. Abandonad los bosques por donde andais errantes como fieras, llevando una vida miserable. Venid presurosos, venid al redil de Jesucristo, donde hallareis pastos de salud y eterna vida. Rechazais su paz?*

A esta propuesta de paz respondieron los Gamellas arrojando una lluvia de flechas, á cuyos golpes caen heridos gran número de portugueses y Barbados. Poco faltó para que el caritativo Pastor no pereciera víctima de perfidia tan bárbara, dado caso que una flecha dió sobre su cabeza, resbala en el sombrero y de rebote hiere á un indio, que estaba guarecido á sus espaldas. Aprovechándose entonces el enemigo de la turbación, que su descarga había producido en nuestro campo, precipítase con furor y arrojo sobre sus adversarios, que huyen á la desbandada: mas los portugueses, firmes en su puesto, dirigen contra los atrevidos un fuego nutrido de arcabucería, matan á gran número de ellos y ponen á los demás en pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipitada fuga con aliento y entusiasmo de los Barbados. Los Acroas, que jamás habían visto ni oido armas de fuego, no sabían en dónde esconderse, asustados con el estruendoso trueno de las descargas y el relampaguear de los nuevos rayos. Pero vueltos en sí del espanto, animados de sus jefes, vuelven con nuevos bríos á la carga, armados de sus terribles macanas. Entonces el P. Malagrida, parte por compasión de tantas almas, que caían precipitadas en el infierno, parte porque veía la imposibilidad de resistir á tan gran hueste de ciegos y temerarios enemigos, aconsejó á los portugueses batirse en retirada. Obedecieron estos al instante, aunque muy á disgusto de los Barbados, que, reanimados ya, estaban resueltos á vencer ó morir en la refriega y no abandonaron el campo sin desahogar su ira. Para consolarse en algun modo de su retirada, cogieron un cadáver de los Gamellas, y después de haberle denostado y cubierto de los más repugnantes ultrajes, como en desquite y venganza lo descuartizaron horriblemente.

En tanto que los nuestros retrocedían con el debido orden y firmeza, el buen Pastor, á corta distancia de los bárbaros atropellos con el muerto, se ocupaba en plantar un palo, de cuyo extremo colgó una cesta llena de donecillos para hacer comprender á los contrarios que, si los lusitanos querían penetrar en sus barrancas, no era para robarlos, sino para enriquecerlos, no para hacerles guerra sino para llevarles la verdadera paz, no para quitarles la

vida sino para libertarlos de la muerte eterna.

Vueltos los Barbados á sus ranchos no podían llevar con resignación revés semejante, por lo cual, fuera de sí de coraje y atribuyendo su mala fortuna á cobardía de los portugueses, no cejaron hasta verlos alejados de sus tierras. Trabajo costó al P. Gabriel no solo apagar aquellas centellas de rebeldía, sofocar los crueles y salvajes instintos, que con tal descalabro volvían á renacer en sus corazones, sino tambien conseguir que tornaran con paz y tranquilidad á sus haciendas ordinarias. Para sosegar sus ánimos perturbados corría de una choza á otra con afecto religiosamente paternal; y entre otros motivos, con que los serenó, fué aquella solemne promesa, en que ilustrado por luz celestial les aseguró que nunca jamás se verían hostigados por sus crueles é implacables enemigos. La realidad de los resultados confirmó sin sombra de duda la verdad de la profecía.

Por lo demás tampoco fué infructuosa la expedición guerrera, porque con el roce así de los Barbados, como de las tribus cristianas, fuéronse poco á poco amansando los Acroas, salieron al fin de las selvas, é hicieron alianza con los portugueses, pidiendo misioneros, que los iniciaran en la religión cristiana. Para este fin fué enviado á sus rancherías el P. Antonio Machado, que vivió en medio de aquellos infieles, educándolos con heróica paciencia desde el año 1751 hasta que los Jesuitas fueron arrojados de aquellas colonias por los pérfidos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amaños é inhumanas persecuciones del impío marqués de Pombal.

El P. Malagrida continuó aún por espacio de dos años tan del todo consagrado al cultivo de sus neófitos Barbados, que parecía no tener otro que hacer, ni otra aspiración en la tierra. ¿Y quién podrá con humanas expresiones describir las penalidades y privaciones, á que para ello se sujetaba? Hé aquí como su biógrafo y compañero de fatigas, el P. Rodriguez, nos pinta la vida que el buen Pastor llevaba entre los salvajes:

«Renuncio, dice, á contar los pormenores de todo lo que este venerable Religioso sufrió durante su permanencia entre los Barbados. Creo que habría hecho vida más tranquila y sosegada en medio de las fieras de las selvas que entre ese pueblo corrompido y perverso sobre toda ponderación. Su habitación era una miserable choza, abierta á todos los vientos, é infestada de nubes de mosquitos, que no le permitían descansar ni de dia ni de noche. Sobre todo una especie de estos insectos, llamado *Pium*, á la simple vista casi imperceptible, causaba con sus picadas dolores insufribles.»

Estas y otras más acerbas incomodidades llevábalas el P. Gabriel con santa paciencia y hasta con alegría envidiable. A los que se dolían de las heridas, que le hacian estos enjambres de verduguillos, les decía: *Qué quereis? Estas pequeñas criaturas han sido puestas en el mundo para ejercitar nuestra virtud, y con sus*

aguijones meternos en el alma el pensamiento de Dios.

Es la vida del justo una alternativa ó mezcla de flores y espinas, de trabajos y consuelos; y los consuelos así espirituales como sensibles tampoco faltaban al Siervo de Dios en aquellos desamparos; y no fué, por cierto, de los menores la edificante muerte de los dos mozos, á quienes debió la vida en su primera excursión á los Barbados. Como en premio de su caridad heróica entrambos murieron en la flor de su mocedad, y entrambos igualmente dando muestras de la más sólida y tierna devoción.

El primero llamado Gabriel, como el Padre, que le había reengendrado en Jesucristo y criado á sus pechos con la leche de santa doctrina, y alimentado con el pan de sus ejemplos en la senda de la virtud, vióse atacado y en pocos dias arrebatado de fiebre maligna. En medio de su delirio y de los ardores, que le abrasaban, manifestaba gozo inefable, efecto de la segura confianza, que acariciaba, de volar presto al cielo, y juntarse allí con los ángeles á cantar las divinas alabanzas. Durmió el sueño de los justos en brazos de su Padre espiritual, que no pudo contener las lágrimas de puro consuelo en ver morir un ángel en medio de aquellas selvas, foco de corrupción y desventura.

El otro, llamado Pablo Oliva, había ido al colegio de S. Luis la víspera de S. Juan Bautista. Era allí costumbre, como antiguamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se estilaba y se estila aun en muchos pueblos de España, hacer en dichas vísperas grandes hogueras en medio de las plazas, y entretenerse la gente moza en saltar del uno al otro lado al través de las llamas. Esta diversión, resto de la sencillez primitiva, gustaba en extremo á nuestro joven salvaje, quien, como era en sumo grado ágil y atrevidillo, desafió á algunos otros jóvenes á quien daría mayor salto.

Menudeaba ya los saltadores: Pablo retrocediendo, toma su empuje, corre con todas sus fuerzas á salvar las llamas; pero al mismo tiempo salta del lado opuesto y con igual violencia otro niño, y chocando los dos en medio de la hoguera, caen extendidos en el fuego. Al segundo le sacaron de las llamas casi ileso; pero no sucedió así con Pablitos, el cual fué extraido no solo cubierto de terribles quemaduras, sino que también herido con el choque empezó á arrojar bocanadas de sangre. En brazos agenos fué trasladado á la cama, y allí olvidando sus llagas y dolores, hizo llamar al momento al P. Jerónimo Pereira, su confesor, para con una buena confesión disponerse á morir cual ferviente cristiano.

Ocho dias vivió todavía, ó mejor estuvo agonizando, no sin dejar á los circunstantes admirables ejemplos de resignación y de paciencia. A ratos lúcidos repetía: *Creo bien que no merezco gozar de la bienaventuranza, pero como el Señor es tan bueno y misericordioso, espero con toda confianza que me la concederá. Con todo ardor deseo volar cuanto antes al cielo!* Algunos

momentos antes de exhalar su alma, como pareciese sobrecogido de terror misterioso, el confesor le preguntó: *¿Qué tienes, hijo mio? ¿Qué te pasa? Ah!* contestó. *No vé V., Padre, á ese mónstruo que me quiere tragar?* Animólo el ministro de Dios y le hizo pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María, con los cuales serenóse el enfermo, y entregó su espíritu al Criador.

Al oir el P. Malagrida referir esta bella muerte, exclamaba: *No basta haber visto subir estos dos angelitos al cielo para dar por bien empleados todos los trabajos, que aquí he padecido?* Tal era el celo, que consumía á este incansable Apóstol, tal la generosidad, con que se sacrificaba por el bien y salvación de aquellas almas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

Vuelve al profesorado el P. Malagrida.

A principios del año 1730 fué de nuevo llamado nuestro Apóstol al colegio del Marañón para encargarse de la enseñanza de teología. Si bien es verdad que, por lo que á él decía, hubiera preferido mil veces más permanecer en medio de sus neófitos rodeado de espinas y abrojos que ir á gozar de las comodidades y dulzuras del colegio; con todo, como la voluntad de los superiores era para él la voluntad expresa de Dios, y esta pesaba en su corazón infinitamente más que las razones humanas, obedeció al punto sin dilación ni réplica, y dejando la naciente cristiandad al cuidado del celoso P. Juan Tavares, á pié se volvió á San Luis, conforme se lo habían ordenado.

Luego que estuvo puesto de asiento en su nuevo destino, el mismo apostólico varón, que poco tiempo antes cifraba sus delicias en enseñar, balbuciendo con los niños, los rudimentos de la doctrina cristiana, se consagraba despues, con gran fama de santidad y de saber, no solo á exponer la sagrada teología á nuestros estudiantes, sino también á informar en la elocuencia y poesía á los alumnos del colegio, intentando sacar de cada uno de ellos algun novel apóstol, que propagara por regiones desconocidas la luz del Evangelio. Estas y otras múltiples ocupaciones, capaces de absorver la actividad de un ministro harto laborioso, en los cinco años, que los ejerció, dejaban todavía tiempo al P. Malagrida para compartir con ellos su celo inagotable en bien de los prójimos. Entre las varias obras apostólicas, que más llamaban su atención, descollaba la Congregación de la Santísima Virgen, compuesta de los discípulos más conspícuos en piedad y aplicación, que en otro tiempo había dirigido con no menos lustre que acierto.

Eran estos mancebos bajo el gobierno del P. Gabriel pequeños apóstoles, que con sus conversaciones y ejemplos todo lo llenaban del aroma de sus virtudes. Los domingos y dias festivos congregábanse primero en la capilla del colegio, donde el Padre les hacía una corta exhortación y los ensayaba para diálogos catequísticos; luego con el estandarte de la Virgen salían recorriendo pausadamente en procesión las principales calles de la ciudad, cantando las letanías; despues llegados á alguna plaza se paraban y ponían en círculo alrededor del venerable Apóstol, el cual principiando bien con la explicación del catecismo á los niños, y gente adulta, que se le allegaba, ó bien preguntando con claridad y donaire á los congregantes anticipadamente instruidos para responder con unción y desenfado, terminaba con sermón moral al pueblo, que apiñado le escuchaba con reverencia y recogimiento: por úl-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timo con igual pausa y edificación volvíanse al colegio, de donde se despedían alegres y satisfechos.

Así aprovechaba el P. Gabriel los cortos ócios, que le dejaban sus importantes cargos de profesor, prefecto de estudios, consultor del colegio y de la provincia y padre espiritual de la casa. En tiempo de vacaciones, en que al parecer tenía derecho de dar alguna tregua á sus incesantes desvelos y fatigas, entonces era cuando por contar con más tiempo disponible, se le veia correr con indescriptible afán los pueblos circunvecinos, especialmente aquellos donde la rotura de vida y estrago de costumbres se hacía más notable.

Legó S. Ignacio á la Compañía de Jesús una batería de gran alcance y precisión, que rinde con seguridad á los piés de Cristo á cuantos se ponen á tiro para dicha de sus almas. Hablo del librito de oro de los santos Ejercicios, tan recomendado por los soberanos Pontifices, como alabado de los santos posteriores á su santo Autor. Platicándose en él con celestial acuerdo los varios modos de orar y de examinar la conciencia, los medios para curar los vicios y desarraigar los malos hábitos, las reglas para reformar las costumbres, el esfuerzo, con que han de mortificar las pasiones, el cuidado con que han de cultivar las virtudes, la solicitud, con que han de atender á las obligaciones de su estado, y las disposiciones y frecuencia con que han de recibir los sacramentos, pónense los ejercitantes todos, eclesiásticos y seglares,

mancebos y adultos, sabios é indoctos, hombres y mujeres, los que quisieren elegir estado y los que ya lo tienen, pónense, segun expresión del venerable Fr. Luis de Estrada cisterciense, como en noviciado para cumplir cada uno sus deberes y procurar con acierto perfecta vida.

Amaestrado el P. Malagrida en la táctica divina de los santos Ejercicios, manejando en todas sus excursiones y en todas partes y con toda clase de personas estas armas de acerado temple, ganaba para Dios los más rebeldes corazones, haciendo reverdecer por do quiera la piedad ya marchita y casi extinguida, y recogiendo abundante cosecha de conversiones. Estas fructuosas correrías, aunque templaban algun tanto el hambre y sed de justicia, que devoraba el pecho del P. Gabriel por atraer convidados á la mesa del gran Padre de familias, distaban mucho de saciar de todo en todo su espíritu emprendedor y sus ardientes ansias de extender la divina gloria.

De continuo le parecía estar resonando en sus oidos aquella voz misteriosa, que por primera vez oyó en medio de las selvas, cuando á través de tantos riesgos se salvó de la persecución de los Barbados. *Corre*, le decía esta voz, *corre á caza de más almas, que por ellas dí yo la vida*. Repetidas vueltas pidió á los superiores autorización para seguir esta voz misteriosa y ocuparse exclusivamente en sus tan gratas como penosas misiones; pero atravesábase de por medio la falta de sujetos idoneos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para reemplazarle; y los superiores, á pesar de sus vivos deseos de complacerle y dar pábulo al fuego de su santo celo, se veían obligados á retenerle en la enseñanza de la teología y de la retórica.

Al cabo para calmar sus ardores y aquietar sus ansias quiso tentar otro recurso. Escribió al M. R. P. General Francisco Retz, y exponiéndole los encendidos deseos de los superiores inmediatos, que eran pálido reflejo de los suyos, le suplicó con reiteradas instancias accediera á sus fervientes votos, y mandara alguno, que le sucediera en el profesorado y le dejara á él desocupado para ocuparse únicamentc en correr en busca de almas perdidas ó extraviadas. En tanto que aguardaba la respuesta de Roma, no cejaba un ápice ni en sus estudios para imponer perfectamente á sus discípulos en las materias correspondientes, ni en su empeño de promover el fervor y la piedad entre sus amados congregantes, ni menos en el celo de predicar las verdades eternas, é instruir á los ignorantes, y ejercitar en los santos ejercicios los pueblos vecinos de Para.

Gente era aquella, que pecaban á sueño suelto, tan desmedrosos de los vicios, que no aguardaban á que los vicios acometieran á ellos, antes ellos les salían al encuentro; pero sobre todos campeaban los odios y enemistades. Por esto de entre los vicios, que el Siervo de Dios perseguía con mayor porfía y tenacidad, uno era la cizaña de discordias y rencores, que por cualquiera futilidad prendían en los corazones

de aquellos aldeanos de carácter vengativo. Cuando sabía que alguno de los fieles, fuera indio, fuera europeo, dejaba anidar en su alma afectos de odio y de venganza, buscábale cual padre amoroso, y con santas industrias y con pláticas, llenas de fuego de caridad, no desistía hasta haberles arrancado la promesa de reconciliarse, y como prenda de perdón darse públicamente en la Iglesia ósculo de paz ante la imagen de Jesús crucificado.

Predicaba un dia en la misma capital del Marañón sobre la remisión de las injurias; muchos de los oyentes, heridos de la divina gracia por las convincentes razones del hombre de Dios, se levantaron súbitamente de en medio del auditorio pidiendo á voces perdón á sus enemigos. Hallábase en el templo uno, que había recibido de sus deudos agravios terribles, el cual, tiernamente conmovido con aquel espectáculo edificante, bien que fuera él el injuriado, se adelantó á su ofensor y le propuso hacer públicamente las paces para quitar los escándalos de sus discordias y enemistades. Con pena de los circunstantes rechazó el ingrato la propuesta, á vista de lo cual indignado santamente el P. Malagrida, enardecido de impetuoso celo, y, á lo que se opina, movido de celestial impulso, desde la cátedra del Espíritu Santo habló al culpable de esta manera:

¿Y qué es eso, hermano querido? Qué es eso? No quieres perdonar á tu prójimo para que Dios te perdone? Con fuerte y dulce acento re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pitió varias veces la misma pregunta; y encontrándole todas contumaz en su odio, duro como pedernal, *Pecador,* le gritó con voz atronadora, *pecador, rehusas escuchar á tu Dios, que te invita con el perdón, mientras tienes tiempo: dia vendrá, y lo tienes á las puertas, en que tendrás que rendir cuentas al Juez Soberano y entonces recibirás el castigo merecido.* Justos juicios del Altísimo! Al dia siguiente el infeliz murió de un tiro de arcabuz, disparado por mano desconocida. Es lo cierto que en este asesinato imprevisto reconoció todo el mundo no solo la mano del justo Juez castigando al delincuente empedernido, sino también el dón de profecía, con que ilustrara el Omnipotente á su humilde Siervo, abriéndole el secreto de lo porvenir y conciliándole grande veneración y estima.

Si todos los pecadores hallaban siempre benigna acogida en el corazón del P. Malagrida, aquellos que se encontraban sin pasto espiritual, sumidos en negras tinieblas de muerte, excitaban más vivamente su compasión y caridad evangélica. Y no era corto el número de los que en aquellas tierras yacían en tanta desgracia, porque fuera de los grandes centros de población, como San Luis y Para, regados continuamente con la lluvia de la divina palabra, cerca de las tribus salvajes, en medio de las maniguas é incultas selvas de la vasta diócesis del Marañón, vegetaban en completa aridez y sequedad, diseminadas acá y acullá, caravanas de negros y mestizos, esclavos fugitivos, ladrones y delincuentes, gente sin fe ni temor de Dios, que se habían escondido en lo más solitario de los bosques para sustraerse del rigor de las leyes y entregarse sin freno ni medida á todo linaje de vicios y desórdenes.

Para estos infortunados no había una alma compasiva, que fuera á franquearles las sendas de las divinas misericordias, ni á sacarles de aquella tanto más triste cuanto más ominosa degradación. A este consuelo, tan dulce como trabajoso, aspiraba el P. Gabriel tiempo hacía acosado de abrasadora fiebre de prodigar á aquellos pobres desamparados los frutos de la religión: pero sus ocupaciones se lo impedían, y tenía que contentarse con dirigir al cielo fervientes oraciones, cuyo feliz despacho no se hizo esperar por mucho tiempo.

Casi olvidado andaba de la súplica presentada al M. R. P. General, cuando recibió carta, en que se le concedía facultad de emprender sus anheladas excursiones, dejando encargado á los superiores coadyuvasen al celoso Misionero en la difícil y enojosa tarea de la propagación de la fe entre gentes tan embrutecidas. Estos eran también los deseos de ellos: pero, ¿cómo sacar al intrépido Varon de los importantes destinos, que desempeñaba? Sea por la abundante miés, que blanqueaba ya en todas partes y consumía gran número de obreros, sea por la gran penuria de ministros hábiles, y copia de reducciones, no se encontraba á mano sujeto capaz de reemplazarle en la clase de teología, ni menos compañero digno que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le siguiese en sus expediciones, sin el cual habría sido temeridad imperdonable acometer empresa sembrada de tantos peligros.

Para zanjar entrambas dificultades proveyó la divina Providencia remedio oportuno. En cuanto á la primera el P. Manuel de Sylva, que compartía con el P. Gabriel la enseñanza de teología, se ofreció expontáneamente á dar las clases de mañana y tarde: y por lo que á la otra mira, el P. Juan Rodriguez Cueto, administrador de la diócesis del Marañón en la vacante de la sede episcopal, quiso por sí mismo acompañar al Operario incansable y visitar así á las necesitadas ovejas.

Rebosaba el virtuoso Apóstol en santa alegría al considerarse ya próximo á volver á sus caras misiones de cristianos relajados, que no cautivaban menos que las de los infieles sus justos y laudables desvelos. Hé aquí, pues, una nueva carrera, abierta á las fatigas de nuestro Obrero; hé aquí un nuevo y extensísimo campo propuesto á su cultivo, en el cual entró bajo los auspicios de su glorioso Patriarca, el 31 de julio del año del Señor 1735, fiesta del Fundador de la Compañía de Jesús, el insigne San Ignacio de Loyola.

CAPÍTULO XIII.

Misiones del P. Malagrida por el Marañón y Bahia.

Recibida la suspirada carta, y arreglados todos sus negocios y trebejos, embarcóse el Padre Malagrida en una ligera canoa, y á fuerza de remos subió por la corriente del Itapicuru. De paso y para tomar vitualla visitó y reanimó con sus pláticas las cristiandades, que él mismo había fundado dejando en todas partes gratos recuerdos de su paternal visita. Quince dias gastó en su penosa navegación, despues de los cuales llegaron á los Guaranis, que su celo había arrancado de las sombras de la gentilidad, y que tan profundamente llevaba grabados en su alma, no ya por las penalidades y disgustos, que le costaron, pues de estos tenía en todas partes miés copiosa, sino por haber estado allí á punto de coger la palma del martirio.

Estas fueron las últimas rancherías, que encontró ántes de penetrar en las regiones incultas y desiertas, que dividen el distrito de San Luis de los partidos de Bahía. Al partir de allí, sobre una extensión de unas 450 leguas ya no se topa sino con escabrosas montañas, cubiertas de bosques prehistóricos, á través de los cuales debe el viajero abrirse paso solo por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le siguiese en sus expediciones, sin el cual habría sido temeridad imperdonable acometer empresa sembrada de tantos peligros.

Para zanjar entrambas dificultades proveyó la divina Providencia remedio oportuno. En cuanto á la primera el P. Manuel de Sylva, que compartía con el P. Gabriel la enseñanza de teología, se ofreció expontáneamente á dar las clases de mañana y tarde: y por lo que á la otra mira, el P. Juan Rodriguez Cueto, administrador de la diócesis del Marañón en la vacante de la sede episcopal, quiso por sí mismo acompañar al Operario incansable y visitar así á las necesitadas ovejas.

Rebosaba el virtuoso Apóstol en santa alegría al considerarse ya próximo á volver á sus caras misiones de cristianos relajados, que no cautivaban menos que las de los infieles sus justos y laudables desvelos. Hé aquí, pues, una nueva carrera, abierta á las fatigas de nuestro Obrero; hé aquí un nuevo y extensísimo campo propuesto á su cultivo, en el cual entró bajo los auspicios de su glorioso Patriarca, el 31 de julio del año del Señor 1735, fiesta del Fundador de la Compañía de Jesús, el insigne San Ignacio de Loyola.

CAPÍTULO XIII.

Misiones del P. Malagrida por el Marañón y Bahia.

Recibida la suspirada carta, y arreglados todos sus negocios y trebejos, embarcóse el Padre Malagrida en una ligera canoa, y á fuerza de remos subió por la corriente del Itapicuru. De paso y para tomar vitualla visitó y reanimó con sus pláticas las cristiandades, que él mismo había fundado dejando en todas partes gratos recuerdos de su paternal visita. Quince dias gastó en su penosa navegación, despues de los cuales llegaron á los Guaranis, que su celo había arrancado de las sombras de la gentilidad, y que tan profundamente llevaba grabados en su alma, no ya por las penalidades y disgustos, que le costaron, pues de estos tenía en todas partes miés copiosa, sino por haber estado allí á punto de coger la palma del martirio.

Estas fueron las últimas rancherías, que encontró ántes de penetrar en las regiones incultas y desiertas, que dividen el distrito de San Luis de los partidos de Bahía. Al partir de allí, sobre una extensión de unas 450 leguas ya no se topa sino con escabrosas montañas, cubiertas de bosques prehistóricos, á través de los cuales debe el viajero abrirse paso solo por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medio del hacha ó del machete. Separánlas difíciles barrancos y horribles simas, escarpadas cañadas, y llanuras inmensas, heridas en verano por los rayos de un sol abrasador, y en invierno inundadas por un sinnúmero de impetuosos torrentes. En medio de estos desiertos no alientan sino fieras carnívoras y algunos indios todavía más fieros y voraces, que espían el paso de algun caminante extraviado é indefenso para darle muerte con emponzoñadas flechas y devorar sin remisión sus carnes despues de bien asadas.

Avezado nuestro Apóstol á arrostrar tales riesgos, lejos de acobardarse á su vista, cobraba con ellos nuevos brios; y así marchaba tranquilo y sereno por aquellos fúnebres bosques, cual si atravesara la región más amiga y hospitalaria, entreteniéndose á la contínua con Dios, y olvidando en la oración las fatigas del viaje. Recorrido el lecho del Marathoan, uno de los afluyentes del Parnahiba, dobló hácia Arobis; de aquí se dirigió á Piracuruca, morada de los indios Horoas, llegando de esta suerte hasta Mocha, aldea la más considerable y de mayor importancia, que se encuentra en aquellas vastas llanuras. En todas partes salían á su paso celosos hermanos, que regaban con sus constantes sudores aquellos campos, y en todas partes tenían que lamentar que los ministros del Evangelio tropezaran con los mismos obstáculos así de parte de los indios, como por la malicia de los europeos.

Estos aferrados á su comercio cruel é inhu-

mano persistían, por vil interés, en reducir á los indígenas á triste servidumbre; y aquellos, temerosos de perder la libertad é independencia, no se atrevían á salir de sus barrancas para abrazar la religión católica, única que, sin sombra de mercantilismo, puede infundir en el corazón humano sentimientos de verdadera libertad é imperecedera nobleza.

Un año ántes el humano Juan V había resuelto poner fin á tales injusticias y tropelías, y al mismo tiempo había mandado al Marañón al Sr. D. Eduardo de los Santos con el encargo de que examinara detenida y escrupulosamente la cuestión y le remitiese luego los informes recogidos. Veinte meses gastó este íntegro y prudente magistrado en recorrer residencias y casas de la Compañía, interrogar á los caciques de las diferentes tribus, consultar á los capitanes de los diversos distritos é instruirse sobre los datos suministrados por personas competentes é imparciales; y al cabo escrutinio tan minucioso y exámen tan prolijo dieron por resultado el más brillante testimonio en pró de los indios y en confirmación de la justicia de los Jesuitas en sus reiteradas quejas.

Hé aquí un pequeño fragmento de la relación de sus gestiones dirigida al monarca lusitano. «La execrable barbárie, dice, con que se reduce á vil esclavitud á los pobres indios ha degenerado ya en costumbre de tal suerte que se mira como acto meritorio. Todo cuanto se dice contra este uso, ó mejor abuso, inhumano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es recibido con repugnancia y se olvida con tanta presteza, que por lo mismo los Padres de la Compañía, en cuyas entrañas encuentran los infelices asilo y protección, ó por lo menos hallan conmiseración en su aflictiva suerte, se hacen más que los de ninguna otra orden el blanco del odio de hombres codiciosos.»

Esta relación tan enérgica como verdadera encontró eco en el piadoso ánimo del monarca portugués; pero la tempestad, que parecía amainar en el reinado de Juan V, se levantó más imponente y furiosa, cuando, treinta años más tarde, los especuladores de sangre humana, que por miras políticas y anticatólicas más tarde habían de apellidar libertad, hallaron en el marqués de Pombal poderoso patrono para dar suelta á su codicia por largo tiempo comprimida. Pero volvamos á nuestra historia.

La reputación y fama de celo y santidad, que al P. Gabriel habían conciliado sus trabajos apostólicos, se habían difundido y esparramado por todos aquellos pueblos, y le comunicaban ascendiente poderoso para declamar con provecho contra tan abominables abusos. Así lo hacía en efecto el Apóstol de la buena nueva, con lo cual numerosos traficantes renunciaban á su comercio ilícito para buscar. laudable empleo á sus capitales, y otra ocupación honesta, con que atender á las necesidades de la vida. Los mismos habitantes de las selvas, atraidos por el rumor de las maravillas que de él se decían, sin temer las fatigas y penalidades de viajes costosos, fueron en gran

número á Moicha para oir y admirar al Santo, como ellos lo llamaban.

A su llegada salióles á recibir el Siervo de Dios, saludóles con dulzura y apacibilidad, y como quien hubiera escuchado sus conversaciones, les dijo sonriendo: *No: yo no soy santo, como os figurais: soy un pobre pecador*. Estas palabras, lejos de amenguar ni desvanecer la opinión, que de él se habían formado, los confirmaron más en ella, puesto que ya no podían dudar que el Varón apostólico había leido los secretos de sus corazones, y así, al volver á sus chozas, no se hartaban de bendecir al Señor por haberles dado á conocer á un Santo.

Gracias á tan crecida veneración, con que todos le honraban, y no menos á las elocuentes y encendidas exhortaciones, con que los animaba al seguimiento de Jesucristo, recogía en todas partes frutos copiosísimos. Despues de haber evangelizado las dos más remotas provincias del Marañón y por tanto las más necesitadas del pasto de la divina palabra, es decir, despues de haber recorrido misionando los distritos de Parahiba, trataba ya de volver sobre sus mismos pasos al punto de su partida, cuando con cruz y estandarte alzados comparecieron comisionados de los moradores de las costas de S. Francisco, que venían en buscu del renombrado Misionero. Apersonados con èste, el jefe de la pequeña expedición tomó la palabra, y exponiendo con sencillez y energía la gran necesidad del cultivo espiritual, que padecían los pueblos de la provincia de Bahía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le suplicó por amor de Jesucristo tuviera piedad de ellos, y fuese á predicarles las regeneradoras máximas de la santa fe católica.

Duro lance para el corazón de nuestro infatigable Apóstol! Si él no hubiera escuchado sino las voces de su alma, difiriendo por algun tiempo el cumplimiento de sus propósitos en la cultura de las tribus salvajes, habría volado al instante á regar con la apetecida lluvia aquellos áridos campos y á sembrar en todas partes la semilla de sólida bienandanza: pero ignoraba en esta parte la voluntad de los superiores, y como hijo de obediencia no quiso aventurar resolución ninguna sin haber antes consultado á los que para él eran oráculos de Dios sobre la tierra.

Una coincidencia providencial le proporcionó medio seguro para conseguirlo. Habiéndose encontrado en el camino con el P. Francisco Camello, que se dirigía á San Luis, entrególe una carta, en que despues de referir á sus hermanos los resultados felices de sus primeras empresas, y de darles cuenta de sus nuevos grandiosos proyectos, pedía el deseado permiso de salvar los límites del obispado del Marañón, y llevar más allá sus apostólicas correrías. En cuanto aguardaba contestación, dirigióse á pié hacia las costas de S. Francisco predicando en su paso, como en otro tiempo el Bautista por las orillas del Jordán, la penitencia á los fieles, que salían á su encuentro. En estas saludables tareas encontróle el P. Camello de vuelta de San Luis, trayéndole todas las

facultades, que pudiera ambicionar su corazón, hambriento de la divina gloria.

No escondió por cierto el talento bajo tierra, difiriendo algunos dias granjear con él bajo razón ó pretexto de reposar algun tanto de sus fatigas, sino que se apresuró á gananciar cuanto antes con él para aumento del celestial tesoro. El trabajo era su descanso; y padecer por Jesús, su sólido gozar. Como quiera que la fama de su santidad y caritativos trabajos se difundiera por todas partes, y penetrara en los pueblos más remotos y escondidos, numerosos curas le enviaban comisionados suplicándole se dignara ir á apacentar sus ovejas con la divina enseñanza; y al rumor ó aviso de su llegada salían en procesión á recibirle, estrechándole á que expusiera á sus feligreses las máximas de eterna vida.

Con todos condescendía gustoso sin que le espantara ni tener para ello que viajar por sendas casi impracticables, ni verse expuesto á todas las injurias del tiempo, ni pasar muchas noches en despoblado sin pan y sin abrigo, ni descansar en el duro suelo con los vestidos empapados en agua. Satisfecho y gozoso por tales incomodidades, en alas de su abrasado celo, en compañía del mismo P. Camello recorrió los pueblos de Tacobina, Tucos, Aguafria, Tucan y otras aldeas diseminadas por la provincia de Bahía misionando en todas ellas con ardor verdaderamente apostólico. Empleaba el tiempo en predicar, catequizar niños y adultos, confesar penitentes, reconciliar ene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mistades, deshacer amancebamientos, revalidar matrimonios, entablar obras de caridad; y en medio de tantos trabajos y empresas nunca le faltaba tiempo para vacar á la oración y á la penitencia.

En viendo que se iba aproximando á la capital, dió luego parte de su llegada al R. P. Miguel de Costa, visitador general del Brasil, que por entonces se hallaba en el seminario de Belén, cerca de Bahía. Por carta llena de atención y delicadeza, despues de avisarle su arribo, poniase á sus órdenes y le decía tenerse por dichoso en ser contado entre sus más afectos y obedientes hijos. El P. Costa, que por la fama y otros conductos, hacía ya largo tiempo estaba enterado de las virtudes y milagrosa vida del Siervo de Dios, luego de recibida la noticia partió á su encuentro junto con los Padres Manuel Franco y Vicente Gomez, y le recibió en sus brazos con aprecio y ternura de cariñoso padre. Siete meses de incesantes desvelos, trabajos é incomodidades llevaba el Padre Malagrida; y el cuerpo fatigado y las fuerzas quebrantadas parecían demandar alguna tregua y alivio. Por esto el caritativo rector del colegio de Belén le constriñó á permanecer allí para tomar algun descanso, lo que aceptó agradecido nuestro Misionero con la esperanza de poder presto reanudar, con nuevos brios, sus gratas excursiones.

Ignoramos los pormenores de estas largas y penosas correrías, y en especial los prodigios de caridad, de que fueron testigos aquellos

pueblos solitarios. Solo dos hechos se pudieron librar del olvido, con que su humildad encubría las mayores hazañas y sacrificios. El primero lo contó el mismo P. Malagrida confidencialmente al P. Cayetano Diaz, y el otro fué público y notorio, habiendo resonado su fama por todo el país.

Hablando en cierta ocasión el P. Diaz con el P. Gabriel, y advirtiendo que éste, contra lo que comunmente acontece, tenía la barba enteramente blanca y los cabellos rubios, preguntóle con fraternal confianza: cómo se había obrado cambio tan peregrino? Y el venerable Anciano contestóle sencillamente con la siguiente anécdota. Andaba yo errante cierto dia por una vasta selva con el corazón y el pensamiento fijos en Dios, cuando de repente oí tristes gemidos y lastimeros ayes, capaces de enternecer el pecho más duro: levanté los ojos y con horror y asombro ví á una alma en pena bajo figura humana. Preguntéle qué deseaba de mí? y con voz conmovedora y del otro mundo suplicóme tuviera compasión de su aflictiva suerte, y con mis sacrificios y oraciones procurase darle alivio y libertad de los tormentos terribilísimos, en que era purificada. Accedí gustoso á su plegaria, exigiéndole al propio tiempo alguna señal de lo que decía.

Ay! Ay! exclamó el finado: ruégote por Dios que no ceses de implorar en mi favor la clemencia del Eterno; y en prueba de mi gran necesidad sepas y advierte que encanecerá repentinamente tu barba, cuando yo tenga la di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha de volar al cielo libre de las atroces amarguras, en que estoy sumida. A estas palabras desvanecióse el espectro. Como los ruegos é instancias de esta alma no podían ceder sino en gloria del Altísimo, procuré cumplir cuanto antes sus encargos, y poco tiempo despues ví de súbito y con asombro que mi barba, ántes rubia como los cabellos, se me había vuelto blanca como la nieve. Con esto, persuadido de que Dios infinitamente misericordioso había libertado de las llamas del Purgatorio, comunicándole la eterna vida, á aquella alma venturosa, troqué mis súplicas y sufragios en cánticos de acción de gracias á la divina Bondad, que así aceptó los pobres ruegos de su humilde Siervo.

En otra ocasión al tiempo, en que los abrasadores rayos del sol del mediodía, convidan á los mortales á buscar descanso y refrigerio en la fresca sombra, el P. Malagrida se había recogido debajo de la copa de frondoso árbol, y puesto de rodillas rezaba devotamente el divino oficio, cuando salvajes gritos y alaridos vinieron impensadamente á turbar su recogimiento. Examinó la causa y vió que se dirigían hácia él una turba de hombres conduciendo á un energúmeno, cuyo furor apenas con todas sus fuerzas podían reprimir.

Es cosa ya sabida, confirmada por la historia de todos tiempos, y experimentada por los misioneros de todos los países y de todas las épocas, que allí donde no reina la fe católica, allí ejerce el demonio su tiránico é infernal imperio, vejando á sus propios adeptos con maneras las más aflictivas y casi desconocidas á los que por la divina gracia vivimos en países sólidamente cristianos. La esplendorosa luz de la fe ahuyenta el dominio de Satán, las tinieblas de la infidelidad son hechizos que lo atraen: por esto con pena observamos que, á medida que se vá enfriando la fe, extiende su maléfica influencia el espiritismo, resucitando las supersticiones gentílicas destruidas desde siglos atrás por la virtud de los Apóstoles contra los espíritus malignos.

De esta virtud gozaba al parecer este Varón de Dios dado caso que al llegar la turba con el energúmeno, donde estaba el Misionero y clamar: *Libertad al infeliz; os lo rogamos por amor de Jesús,* al instante se conoció la virtud que del Hombre apostólico trascendía. A su vista espumajeaba de rabia el poseso, rechinaba de dientes, movía con tal rapidez los ojos que parecían iban á saltar de sus órbitas arrojando centellas: tomaba á las veces impulso para acometer al P. Malagrida, mas otras tantas se sentía rechazado como por mano invisible. Entonces movido el Siervo del Señor por instinto divino imperó al demonio que abandonara su presa; y apenas hubo proferido algunas palabras conminatorias, cuando empezó Satanás á clamar por boca de su víctima: *Basta! basta: voy á salir!—Eres el padre de la mentira,* repuso el Exorcista, *no daré fe á tu dicho hasta que hayas presentado garantía indudable de tu promesa.—La garantía que te doy,* respondió el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demonio furioso, ES QUE NO CESARÉ DE PERSEGUIRTE HASTA LA MUERTE. Y en habiendo prorumpido en tales clamores, se fugó dejando salvo al endemoniado.

Con cuanta fidelidad cumpliera Lucifer sus crueles amenazas, permitiéndolo así Dios para gloria de su Apóstol, lo dirá la presente historia á quien hasta el fin la leyere. El astuto y capital enemigo del humano linaje no parará hasta que encuentre un ministro adicto, que mande dar al Padre ignominiosa muerte y quemar en hoguera su cadáver, así como también incesante será la guerra, que el ardoroso Misionero hará al demonio, que tan fiero despecho cogió por sus continuas pérdidas y derrotas.

CAPÍTULO XIV.

Misiones del P. Gabriel en Bahía y sus alrededores.

Sobre los confines de las provincias del Marañón y de Bahía, á la extremidad oriental de una bahía magnífica, que mide ocho leguas de largo y seis de ancho, se eleva la opulenta ciudad de S. Salvador, llamada comunmente Bahía, nombre tomado de la bahía, á cuya entrada se halla construida la población. Esta, hoy dia capital de todo el Brasil, era por su posición y excelentes circunstancias emporio de todos aquellos pueblos, centro de un comercio floreciente, oficina de los principales cargos así eclesiásticos como civiles, y mansión de las primeras dignidades del país: pero la abundancia de todos los bienes de la tierra, como en otra edad en las ciudades de Pentápolis, había casi casi sufocado el pensamiento y mucho más la sed de los bienes del cielo. En vano con mirada escudriñadora buscaba el Apóstol entristecido el preciosísimo tesoro de la virtud: en todas partes encontraba entronizado el vicio, triunfante la rotura de costumbres, la religión postergada y dominante glacial indiferencia sobre el importantísimo negocio de la salvación. Por esto, compadecido y lloroso, aprestóse á la batalla contra el infierno para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demonio furioso, ES QUE NO CESARÉ DE PERSEGUIRTE HASTA LA MUERTE. Y en habiendo prorumpido en tales clamores, se fugó dejando salvo al endemoniado.

Con cuanta fidelidad cumpliera Lucifer sus crueles amenazas, permitiéndolo así Dios para gloria de su Apóstol, lo dirá la presente historia á quien hasta el fin la leyere. El astuto y capital enemigo del humano linaje no parará hasta que encuentre un ministro adicto, que mande dar al Padre ignominiosa muerte y quemar en hoguera su cadáver, así como también incesante será la guerra, que el ardoroso Misionero hará al demonio, que tan fiero despecho cogió por sus continuas pérdidas y derrotas.

CAPÍTULO XIV.

Misiones del P. Gabriel en Bahía y sus alrededores.

Sobre los confines de las provincias del Marañón y de Bahía, á la extremidad oriental de una bahía magnífica, que mide ocho leguas de largo y seis de ancho, se eleva la opulenta ciudad de S. Salvador, llamada comunmente Bahía, nombre tomado de la bahía, á cuya entrada se halla construida la población. Esta, hoy dia capital de todo el Brasil, era por su posición y excelentes circunstancias emporio de todos aquellos pueblos, centro de un comercio floreciente, oficina de los principales cargos así eclesiásticos como civiles, y mansión de las primeras dignidades del país: pero la abundancia de todos los bienes de la tierra, como en otra edad en las ciudades de Pentápolis, había casi casi sufocado el pensamiento y mucho más la sed de los bienes del cielo. En vano con mirada escudriñadora buscaba el Apóstol entristecido el preciosísimo tesoro de la virtud: en todas partes encontraba entronizado el vicio, triunfante la rotura de costumbres, la religión postergada y dominante glacial indiferencia sobre el importantísimo negocio de la salvación. Por esto, compadecido y lloroso, aprestóse á la batalla contra el infierno para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer renacer la piedad en los corazones, y restaurar el reino de Jesucristo.

Mucho ántes que el apostólico Varón habia ya llegado la fama de sus bellas cualidades, heróicas virtudes, proezas extraordinarias y apostólicas conquistas. Así cuando á principios de diciembre de 1736 se propagó el rumor de que el Siervo de Dios iría pronto á visitarles, todos los vecinos sintieron revivir en sus almas desconocido entusiasmo, y resolvieron recibirlo como sus méritos y trabajos parecía demandarlo. Así lo hicieron en verdad. Enterados de la hora de su arribo, todo el pueblo en masa le salió al encuentro y acogió festivo con aclamaciones de veneración y de alegría.

Solia el Padre llevar en sus excursiones una imagen de la Sma. Vírgen María, á quien amaba con amor tiernamente filial; y al ver tan numerosa concurrencia, que habia salido á recibirle, mostróles al instante la prenda de sus amores, que fué por todos saludada con respeto y entusiasta devocion. En tanto organizóse expontáneamente una edificante procesión, y colocada la venerada estátua en andas improvisadas, adornadas con flores y hojas silvestres, fué llevada en triunfo á la iglesia de la Compañía de Jesús. Fué inefable el consuelo, que experimentó el ferviente Misionero, al contemplar á su dulce y querida Madre honrada por todo el pueblo, y presagiar en aquellos obsequios frutos de bendición y arrepentimiento para las almas extraviadas.

Tan bellas y halagüeñas disposiciones parecían ocasión oportuna para dar comienzo á la misión, que tenía proyectada, sin embargo su prudencia y celo religioso le dictó otra cosa. Como el Siervo de Dios estaba íntimamente convencido que si el misionero no atiende, cual corresponde, á la santificación de su alma, no solo se encuentra con las armas enmohecidas en lo más recio del combate, sino que también, segun enseña S. Pablo, corre en riesgo de ser contado entre los réprobos, mientras á los otros abre las sendas de la vida; por esto, y para cumplir con las ordenanzas de la Compañía, al llegar á la capital prefirió ante todo vacar á los ejercicios de S. Ignacio por espacio de ocho dias con el objeto de afilar, como él decía, sus armas espirituales en la oración y en la penitencia.

Prevenido con tan vigoroso refuerzo, lleno ya del Espíritu divino, inauguró la misión exhortando al crecido auditorio á no desperdiciar aquellos preciosos dias de salud y de gracia, que á manos llenas les ofrecía la divina Misericordia; y al remate exhibiendo el conocido retrato de María. *Hé aquí,* les decía, *la imagen de nuestra Señora, que desde las lejanas tierras del Marañón se ha dignado venir á esta ciudad para reconciliaros á todos con su divino Hijo, y hacer oir palabras de perdón á los pecadores arrepentidos. Escuchadla, pues, y cumplid todos lo que ella os digere.*

Concluida con gran fervor la plática preparatoria y ordenada una numerosa y devota pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesión, hizo llevar á la catedral la célebre y venerada estatua de María. Púsose el Misionero, Crucifijo en mano, al frente del inmenso cortejo, seguía una larga fila de sacerdotes y de fieles, que cantaban las alabanzas de la Virgen, y cerraba la marcha la mencionada Imagen, llevada como en triunfo por calles y plazas. En llegando al templo, y ordenado el crecidísimo concurso, subió el P. Malagrida al púlpito y comentó aquellas oportunas palabras de S. Pablo: *Somos enviados del Altísimo, y os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios.* No fueron estériles sus ruegos é invitaciones; el auditorio cada dia en aumento y harto más numeroso de lo que se esperaba, los llantos y sollozos, con que se terminaba la función, publicaban claramente el efecto, que producían en los corazones las verdades eternas, predicadas con la sencillez y elocuencia del Varón apostólico.

Por fin la ciudad había cambiado completamente de aspecto: la piedad sólida había ahuyentado la fría indiferencia y la hipocresía, la cristiana liberalidad había sufocado la sórdida codicia, la buena fe y actividad industriosa habían destruido los dolos y engaños, y la modesta simplicidad había desterrado el lujo corruptor y desmedido. A tales extremos llevaba ya el loco afán de lucir ricos trajes sobre todo á las mujeres, que si no podían presentarse en público brillantemente engalanadas con nuevos y ridículos vestidos, se abstenían los dias de fiesta de cumplir con el precepto de la santa misa. Las declamaciones del Siervo de Dios contra ese vano fantasma y fútiles pretextos hicieron en gran parte desaparecer los respetos humanos; y numerosos pródigos y pródigas, tornando en su acuerdo, volvieron á la casa del celeste Padre de familias resueltos á conducirse como hijos fervientes y agradecidos, á despecho de todos los dicterios y preocupaciones del fanatismo antireligioso. Entre las ruidosas conversiones, que se obraron con los divinos auxilios, dos hay que merecen particular mención.

Un hombre endurecido había resistido á todos los impulsos de la gracia; y ni ruegos, ni sermones, ni ejemplos, ni amenazas le podían alejar del lado de su combleza, ni arrancar del cieno, donde estaba metido, tiempo hacía, hasta los ojos. Probó el Padre todos los resortes de su celo para doblegar aquel pecho de bronce, y tampoco surtió efecto alguno su acendrada caridad. Viendo, pues, frustrados todos sus recursos, é impotentes todos sus esfuerzos para reducir aquella fiera, un dia, despues del sermón, habiendo pedido por el desdichado, empezó públicamente á azotarse por él tan sin piedad, que la sangre chorreaba de sus espaldas y con los golpes saltaba hasta salpicar el suelo de la Iglesia. A este espectáculo no pudo resistir el pecador, sino que rendido y prorumpiendo delante del auditorio en amargo llanto, corrió á derrocarse á los piés del Misionero, pidiendo con fuertes sollozos perdón de sus culpas y de su dureza pasada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El otro hecho pasó con una mujer, que de largo tiempo atrás vivía separada de su marido. Herido éste por los sermones del venerable Apóstol, determinó poner término al escándalo, y suplicó al P. Malagrida negociase la reconciliación con su esposa. Aceptó el Misionero el caritativo encargo, para cuyo cumplimiento habiendo hecho una visita á la mujer, le propuso los deseos de su consorte de ella, y la exhortó á cumplir con su deber, pero todo fué en vano; puesto que ni siquiera la más insignificante respuesta pudo conseguir de la obstinada. En esto, sacando el Padre el Crucifijo, se lo pone á la vista, y la conjura por amor del Señor, que murió por ella, á que mire por la salud de su alma, merecedora por su obstinación de las eternas penas del infierno: mas ella, sorda á las voces de la conciencia, proseguía endurecida de la misma suerte.

Desesperanzado ya el P. Gabriel de vencer la terquedad de aquella desventurada criatura, volvió las espaldas para partirse; pero, en abriendo la puerta, ocurrióle acudir antes á la Madre de las misericordias, y oró de esta manera: *Virgen María, refugio de pecadores, socorred á esta desgraciada, que ciega y precipitadamente se derroca en su eterna ruina.* La mujer oyó hablar al Padre sin entenderle, y quiso saber lo que había dicho. *Digo,* contestó él con tono inspirado, *digo que, si no mudas de conducta, irremisiblemente te precipitas en las llamas inextinguibles del abismo.—Eso nó!* exclamó la mujer temblorosa. *Eso nó! Cueste lo*

que cueste, yo quiero salvarme! Perdón! Padre mío, perdón! Ya quiero convertirme al Señor. Escuchó entonces lo que el Misionero le propuso, y, movida á penitencia, resolvió y prometió cumplir en adelante con mayor paz y fidelidad los deberes de buena esposa.

Admirables y consoladores son los cambios, que en los pueblos se verifican por efecto de buenas misiones y santos ejercicios; pero, si no hay alguna institución ó sujeto, que trabaje con asiduidad y constancia para la conservación de los frutos, que se recogieron, y de las flores, que despuntaron, pronto se agostan estas, y son aquellos devorados por el gorgojo, viniendo todo á perecer, y aun á parar en más lastimoso estado que antes. Así, para perpetuar y consolidar lo comenzado, instaló el Padre Malagrida en la capilla del buen Jesús la congregación del Corazón sacratísimo, medio el más á propósito para sostener é inflamar en el fuego del divino amor las almas enamoradas de la virtud.

Grandes eran las promesas, que por medio de la Bta. Margarita de Alacoque había hecho pocos años antes el Salvador á los devotos de su Corazón deífico, inefables los dones, que ofrecía para ganar almas á cuantos promovieran su culto, halagüeños los resultados, que en todas partes producía la instalación de sus congregaciones; por esto el ferviente Misionero las promovía en todas sus correrías, y á todos con gran eficacia y con preferencia á los que deseaban hacer progresos en la senda de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la perfección, recomendaba esta devoción tiernísima, reservada con especial providencia para reanimar el fervor en los tiempos de frialdad, é indiferentismo, que, por desgracia, empezaban ya en el siglo de nuestro celoso Apóstol.

Entre las muchas personas, que su inflamado celo arrancó de las garras del infernal dragón, contábanse gran número de mozuelas, que hasta entonces habían vivido presa de los más escandalosos desórdenes, hechas señuelo de livianos, redes de Satanás y despeñadero de muchas almas. Con el fin de poner á estas pobrecitas Magdalenas al abrigo de los engaños y seducciones del siglo, concibió el proyecto de construirles casa, donde se pudieran recoger, y llorar en la soledad sus culpas pasadas y rehabilitarse, con la penitencia, de su vida criminal. Mas, ¿cómo llevar á cabo designio tan costoso un varón pobre y casi odioso á muchos ricos del país? Por esto cuando el superior oyó los planes que aquel le proponía, si bien alabó sus deseos, por abundar en iguales sentimientos, no pudo, sin embargo, dejar de hacerle observar que, no contando con fondo ninguno cierto para asegurar la subsistencia de las míseras arrepentidas, se exponía á no poder terminar felizmente empresa de tanta gloria de Dios, y á lo mejor verse en la aflictiva precisión de abandonarlas.

Contra tan sólida dificultad respondió el Padre que disponía de los tesoros de la divina Providencia, con cuyos recursos, y casi sin

otros fondos, había levantado Santa Teresa de Jesús tantos y tan florecientes monasterios, y el Patriarca S. Ignacio, casas de refugio para semejantes mujeres, tan despreciadas y abandonadas de todo el mundo. Esto no obstante, para que nadie pusiera nota en su vida, y no incurrieran en tacha de temerarios, acordaron entrambos á dos escribir al M. R. P. General y dejar la decisión del negocio enteramente en sus manos.

Obróse conforme á lo convenido; y á su tiempo contestó el M. R. P. Retz, en carta fecha en Roma, empezando por alabar al P. Malagrida del celo, con que trabajaba por la salvación de tan infelices criaturas, obra á S. Ignacio tan cara no menos que á los varones más eminentes de la Compañía en los tiempos de su mayor gloria. *Apruebo*, añadía, *los designios de V. R. sobre la construcción de una casa de refugio para esas jóvenes abandonadas: pero antes funde V. R. un convento, donde se reciban solamente doncellas con dote; y mediante los recursos de esa casa le será á V. R. más fácil la realización de su primer proyecto.*

La respuesta del M. R. P. General fué para el venerable Misionero riquísimo panal de miel, con que el Señor le regalaba en medio de sus amarguras, y penetrante acicate, con que le aguijaba á nuevas y utilísimas empresas. En esta mostró bien claro su talento y envidiable actividad, dando luego acertado principio á sus caritativos proyectos. Merced á crecidas limosnas, libremente ofrecidas por fami-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lias pudientes y compasivas, pronto vió concluida buena parte del edificio material proyectado: tampoco faltaron elementos para el edificio espiritual, puesto caso que más de veinte doncellas de la primera nobleza de la ciudad solicitaron ser recibidas en el nuevo convento, y consagrarse allí sin reserva ni regateos al culto divino. ¿Quién podrá con humanas palabras expresar el gozo, que con tales resultados bañaba el corazón del celoso Emprendedor? Dábase con esto por colmadamente pagado; pero á estas dulzuras añadía el Señor nuevas gracias y bendiciones celestiales.

El dia en que las devotas vírgenes se encerraron en su arca santa, lo fué para todo Bahía de fiesta y regocijo. Gran número de personas de lo más granado y distinguido del país no solo acompañaron hasta el convento á las esposas de Jesucristo, sino que también las apadrinaron en función tan solemne, en la cual el P. Malagrida les hizo un fervoroso y patético sermón dando á las novicias el parabién de su triunfo sobre las vanidades del siglo, y animándolas á seguir constantes á su amante y celestial Esposo en el camino comenzado. Luego después declaróse cerrada la clausura, y se inauguró la observancia religiosa conforme á las reglas de las Ursulinas, escogidas con acuerdo del mismo Padre.

Plantadas aquellas aromáticas y bellas flores á la vera de las corrientes de las aguas, no tardaron en dar frutos tempranos y de buena sazón. Presto las devotas vírgenes con sus oraciones atrajeron sobre sus paisanos el fresco rocío de divinales gracias, y con el grato olor de sus virtudes edificaron la ciudad toda, que no cesaba de bendecir al Dios de las misericordias por tan señalado beneficio. Era el entusiasmo de arte que, gozosos algunos sacerdotes por tan felices auspicios, escribían á su prelado deshaciéndose en loas del Siervo de Dios hasta el punto de aplicarle aquellas palabras del Apocalipsis: *He visto á Gabriel, al ángel de la fortaleza!* Y ciertamente que la poseía en alto grado, porque ninguna dificultad era capaz de arredrarle en lo que emprendía, ántes su actividad parecia recibir nuevos medros á médida de los obstáculos, que se oponían á sus planes.

Los grandes cuidados y desvelos continuos con que el P. Malagrida trataba de llevar adelante esta utilísima fundación, no fueron bastantes á hacerle interrumpir el curso de sus apostólicas misiones. Todos los pueblos limítrofes de Bahía, como Maragogipe, Cachocira, Aguafría, Inhambupe, Villanova y otros muchos, recibieron los benéficos raudales de la santa misión, á la que seguían, en todos los lugares, los saludables frutos de reforma, que se pretendían. Como las iglesias eran por lo comun demasiado reducidas para dar cabida al sinnúmero de oyentes, que de muchas leguas á la redonda acudían á escuchar al autorizado Apóstol, érale preciso predicar en campo raso, y aun así érale casi imposible poder cómodamente nutrir á tantos fieles, hambrientos de la divina palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El arzobispo de Bahía, Excmo. Sr. D. José Fallas, de la esclarecida orden de Claraval, promovido á aquella sede en 1738, satisfecho con ver la piedad restaurada, los abusos reprimidos, el vicio avergonzado y en triunfo la virtud por donde quiera que hubiera pasado el activo Misionero, no solo engrandecía al Altísimo por tan señalados favores, que consideraba como propios, sino que también no cesaba de repetir que se tenía por afortunado con los auxilios de tal Obrero, cuyos eran los portentos de caridad, que se obraban en toda su vastísima diócesis. También se gozaba el humilde Padre en palpar las bendiciones, con que el cielo daba incremento á su cultivo; y en contemplando á Jesús reinando en los corazones, y en viendo glorificado su santo nombre por sus vigilias y diligencias, henchido de suavísima satisfacción entonaba himnos de gracias al Omnipotente.

No se crea, sin embargo, que por todas partes pisara flores de dulzura: encontraba también, y en abundancia, cardos y espinas, con que el Señor suele depurar la virtud de sus siervos y acrisolar su humildad y paciencia. Duras fueron las humillaciones, á que tuvo que sujetarse, y para él mucho más terribles que todas las persecuciones, que el infierno le concitaba. De entre ellas no fué la menor la siguiente, para su filial corazón acerbísima. Hacía ya largo tiempo que trabajaba por las aldeas colindantes con Cachocira, cuando el R. P. Viceprovincial le escribió mandándole que al momento partiera á Bahía, donde necesitaba de su concurso. Pasó el tiempo que era menester para estar ya de vuelta el Padre, y sin embargo no comparecía. Con esto el Superior, que se creía seguro de haber mandado la carta orden, empezó á concebir serias dudas sobre la obediencia y por ende sobre la ponderada virtud del Misionero,

Unos dos meses trascurrieron aún sin que se presentara el P. Malagrida, después de los cuales habiendo vuelto al colegio, fuése al instante á visitar al R. P. Viceprovincial para rendirle cuenta y razón de sus expediciones y trabajos. Recibióle éste, no ya con frialdad, sino con aire severo y desdeñoso, y le preguntó: *por qué no hâbia obedecido con toda prontitud á sus órdenes terminantes?* A esta dura reprensión, abajando el P. Gabriel modestamente los ojos, contestó respetuosamente que no se acordaba haber recibido orden ninguna: con todo, movido de profunda humildad, arrojándose á los piés del Superior, pidióle rendidamente perdón de sus descuidos y se ofreció á recibir la penitencia, que se dignase imponerle. Mas, ¡glorificado sea Dios, que vela por los suyos! algún tiempo después, revolviendo el Superior papeles viejos, encontró entre ellos traspapelada la carta, que juzgaba haber remitido. Reconocido su yerro, sintió vivamente haber dudado siquiera un instante de la sólida virtud del Misionero. Así afligía el Señor á su Siervo, en medio de las ovaciones y triunfos, para comunicar nuevo esmalte á sus virtudes y más embellecer su eterna corona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XV.

Prodigios, con que el Señor ilustraba las predicaciones del P. Malagrida.

Como entre los idólatras, que yacen en las densas tinieblas del gentilismo, ejerce Lucifer con mayor violencia su tiránico dominio, obrando á veces portentos para no soltar de la cadena á sus infelices esclavos al brillar entre ellos los resplandores de la fe; así el Omnipotente manifiesta allí, por medio de sus enviados, su imperio soberano, confirmando con maravillas superiores la pureza y verdad de su doctrina. Por esto enseña S. Agustín que los milagros los hace el Todopoderoso no para los fieles, que poseen ya el don preciosísimo de la fe, sino para los infieles, á fin de que, llevados por el esplendor de los prodigios, que más fácilmente penetran por los sentidos al corazón, lleguen á la consecución de tan importante gracia y tesoro. Y por esto mismo también cuando entre cristianos se duda de la verdad de algún milagro, no se buscan nuevos milagros, que lo garanticen, sino la santidad de la doctrina por él apoyada, de suerte que tomándolo y tocándolo con este contraste, pronto se discierne de su verdad, porque si la moneda no fuera buena y el oro de ella no fuera fino y

de ley, presto se echará de ver en el toque, que el demonio, cual rufián y monedero falso, anda de por medio para ilusionar con sus prestigios á los incautos.

Escogido, pues, nuestro Apóstol para predicar el Evangelio, ya entre gente bahuna é idólatra, ya entre cristianos ignorantes y embrutecidos, estuvo adornado con dones extraordinarios, que autorizasen sus enseñanzas y comunicaran mayor eficacia á sus palabras. Veamos algunas de las maravillas, con que el Señor se dignó glorificar las virtudes y predicaciones de su Siervo.

Tienen los justos en el cielo, donde están revestidos de claridad, brillando como estrellas en perpétuas eternidades, cada uno su auréola correspondiente á sus merecimientos. Place á veces al Señor clarificar así en la tierra á sus mejores servidores. De nuestro Héroe se sabe que estando una vez predicando en Maragogipe en la iglesia de nuestra Señora del Rosario, fué visto repentinamente circundado de celestes resplandores, y que á la manera, como pintan á S. Francisco Javier, apóstol de las Indias, con el corazón hecho un incendio, así borbollaban del pecho del P. Gabriel abrasadoras llamas, símbolo de la caridad, que en él ardía. Otro dia predicaba sobre la Pasión del Redentor en la parroquia de Aguafría, y, con los ojos arrasados en lágrimas, mostraba á los oyentes la imagen de Jesús crucificado, cuando, con dulce sorpresa, todo el pueblo admiró como se elevaba de la cabeza del predicador

un globo de fuego, que, remontándose por los aires, se desvaneció, arrojando en todas partes luces brillantísimas.

Casi ordinario era el hecho siguiente. Cuando en las misiones hacía el sermón del infierno, ponderando la acerbidad de las inextinguibles llamas, solía con frecuencia poner la mano en la llama de una vela, y, después de largo rato, la sacaba sin quemadura ni lesión. En Coim, blasonando cierto incrédulo de que en aquello nada había de miraculoso, se burlaba de las ceremonias del Misionero, y para poner de manifiesto el embuste, como él decía, aseguró que así él como los demás podían hacerlo por medios artificiales. Pasó más adelante; publicó estos medios, de que, según su dicho, se valía nuestro Héroe, y quiso además en abono de su calumnia poner públicamente un dedo en la llama de una candela. ¡Castigo de Dios! A pesar de los untos y reactivos, de que se había prevenido, lo sacó horriblemente quemado, y poco faltó para que á consecuencia de su impiedad no perdiera todo el brazo, con lo cual pudo convencerse, aunque á gran costa, que si el Padre no sentía del fuego lesión ninguna, no era por artificios, que usara á guisa de saltabancos, sino por celestial providencia, con que el Todopoderoso abonar quería sus predicaciones.

Fuera de la gracia de milagros, adornaba también al caritativo Ministro de Dios otro dón no menos precioso, cual es el de penetrar los secretos de las conciencias y contemplar los

sucesos venideros. En Maragogipe á un pobre pecador, que vino á derrocarse á sus plantas para salir de la esclavitud de la culpa, le descubrió uno por uno todos los pecados, que una criminal vergüenza le hacía encubrir al médico del alma. Al oir el penitente su historia, que creía del todo secreta, quedó de tal suerte aturdido, que, no pudiendo pronunciar palabra, se levantó y fué á echarse á los piés de otro confesor, con el cual después de haberle referido cuanto le acababa de acontecer, desahogó completamente su conciencia, haciendo confesión general de todas sus culpas. Era cosa ya sabida que varias veces saludaba con su propio nombre, y descubría su vida y hazañas á personas, á quienes jamás había visto ni conocido.

En el sermón de la muerte no solo recomendaba la importancia de estar siempre dispuestos por la incertidumbre de la hora y demás circunstancias, que rodearán la nuestra, sino que también pronosticaba con frecuencia el número de oyentes, que dentro de cierto plazo moriría, y siempre salían verídicas sus predicciones. Predicando en cierta ocasión en Villanova, sita no lejos de Bahía en la misma ribera de S. Francisco, paróse en medio del sermón, é interrumpiendo el hilo del discurso, exclamó con voz fatídica: *Pecadores, haced penitencia: dentro de cuatro años ejercerá la muerte entre vosotros estragos terribles: aprovechad el tiempo que os resta. En este mismo templo, donde ahora estamos reunidos, no encontraréis enton-*

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces lugar suficientemente capaz para inhumar tantos cadáveres.

Hablaba en estos términos en 1738, y el año 1742, tiempo prefijado por el Varón de Dios, el rio de S. Francisco salió de madre, rompió sus diques arrastrando cuanto se oponía á su paso, é inundó todo el país. Al retirarse las aguas dejaron en todas partes el suelo cubierto de limo pestilencial, del cual desprendiéndose miasmas palúdicos y epidémicos sembraron la consternación y la muerte, arrebatando la vida á las tres cuartas partes de la población. ¡Felices ellos si, renunciando los placeres del siglo, se hubieran aprovechado de las saludables amonestaciones del Apóstol!

Si de tan portentosos dones pasamos al poder, que el P. Malagrida ejercía sobre los espíritus de las tinieblas, hallaremos no poco de que admirarnos y bendecir al Dador de tales gracias. En la isla de Itaparica, que se levanta en la gran bahía de S. Salvador, moraba una negra, poseida de tres malignos espíritus, que le infundían tal furor y comunicaban tal fuerza, que rompía como palitos gruesas cadenas de hierro, con que pretendían sujetarla, y hacía retemblar desde los cimientos la casa, en que la encerraban. Lleváronla al P. Gabriel, y á la primera conminación de éste huyeron los príncipes del abismo, dejando libre y sana á la que hasta entonces había sido juguete de su tiranía. Con otra mujer de Bahía, que por consecuencia de pacto hecho con Satanás, había quedado posesa y sufría en todo su cuerpo hor-

ribilísimos tormentos, contentóse el Padre con poner al cuello de la paciente una reliquia de S. Francisco Javier, y al instante la dejaron los demonios, dando espantosos aullidos.

Más instructivo es aun el caso que vamos á referir. Durante la misión, que predicó el Varón apostólico en Aguafría, incurrió una joven en la terrible desgracia de hacer confesión sacrílega. Por dos veces, en medio de los remordimientos de su conciencia, se le apareció la Madre de las misericordias, diciéndole: *Confiesa tus pecados á mi Siervo, ó sino recibirás terrible castigo.* Después del segundo aviso, resuelta á salir de tan infeliz estado, fuése á la Iglesia para descargar por una buena confesión todo el peso de su alma; pero la maldita vergüenza otra vuelta le cerró los labios, dejándola sumida en mayor tristeza y agonía. Por tercera vez la clementísima Señora se dignó amonestar á la sacrílega doncella, encaminándola á otro piadoso sacerdote que la recibiera con caridad y dulzura: pero tampoco esta vez surtieron efecto los maternales avisos de María con la desventurada esclava de la culpa.

En castigo, pues, de tan sacrílega terquedad apoderóse el demonio de la doncella, y en la misma iglesia empezó á atormentarla de arte, que á poco tiempo la redujo al extremo de la vida. Sus padres, compadecidos de sus agudos y prolijos dolores, creyéndola enferma y temiendo que iba á perecer por consunción, presentáronla al P. Malagrida á fin de que la sanara con sus oraciones. A la primera mirada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descubrió el Siervo de Dios la causa de los padecimientos de la joven, y sin otra diligencia se dirigió desde luego al espíritu maligno y le preguntó: *Quién te permitió entrar en el cuerpo de esta moza?—La que preside á tus misiones,* respondió el espíritu infernal por boca de la infeliz. En esto hincóse el Misionero de rodillas, y después de corto rato de oración, se levantó, y pronosticó á la doncella que, sin verse completamente libre de sus padecimientos, tendría el consuelo de hacer una confesión sincera, y de acercarse en paz á recibir más á menudo los santos sacramentos, todo lo cual se cumplió como el Padre lo predijo.

A este dominio, y á las gracias de profecía y de penetración de espíritus, hay que añadir el dón de curaciones, por el cual sanaba milagrosamente á los enfermos. Citaremos solo algunos hechos. Tal era su virtud prodigiosa, que para recobrar la salud algunos dolientes, desahuciados ya de los médicos, bastóles solamente tocar algún objeto que hubiera pertenecido al venerable Operario. Un oficial real estaba en Bahía agonizando y á punto de espirar, cuando su familia desolada, perdida ya toda esperanza en los remedios humanos, acudió al amparo del Padre Gabriel. Corrió éste al momento á consolar á los pobres afligidos, é imponiendo las manos sobre el moribundo, rezó algunas preces, y lo entregó completamente sano á sus hijos y esposa.

En la misma ciudad curó de igual manera á otro hombre, que estaba ya con un pié en la

sepultura. Movido de agradecimiento el favorecido postróse á los piés del Benefactor para rendirle tributo de gracias, por lo cual turbado y confuso el humilde Religioso exclamó: *No hagais tal, hijo mío: que no soy yo quien os ha curado, sino vuestra fe.*

Guiado el Misionero por su profunda humildad, con tanto empeño esquivaba las humanas alabanzas, que de tales dones suelen seguirse, con cuanto las buscan y mendigan los vanos y orgullosos, porque sabía bien que, aunque los encomios no dan ni quitan la virtud, sirven con todo á muchos de materia de vanidad y engreimiento con menoscabo de la divina gloria. Por esto, en medio de tales portentos obrados por su caridad, nada temía tanto como pasar plaza de taumaturgo. Esto no obstante, los prodigios se multiplicaban cada dia por obra de su valimiento y eficacia de sus oraciones. En Inhambupe restituyó la salud á un enfermo con solo darle á beber un vaso de agua, sobre el cual había hecho la señal de la cruz. Igual remedio se aplicó á sí mismo una vez que, cayendo de caballo, se quebró una pierna, habiendo luego podido proseguir á pié su camino sin molestia ninguna.

A las veces para más acrecentar el prestigio del celoso Misionero el mismo Señor hacía ostentación del poder de su brazo contra los que rehusaban prestar oidos á sus insinuaciones. Había en Iguarípe una mujer, tropiezo de la juventud, piedra de escándalo para los sencillos, lazo visible del espíritu malo, á quien ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

avisos ni escarmientos, ni promesas ni amenazas, ni regalos ni castigos aprovechaban para arrancarla de su vida licenciosa y diabólica. Noticioso el P. Malagrida de tales desórdenes, valiéndose de una amiga de ella le invitaba á que fuera á escuchar sus pláticas, y le sugería eternas máximas para moverla, por una dolorosa confesión de sus culpas, á declarar rompida guerra á sus liviandades. No rechazaba la infeliz tan cariñosas invitaciones, empero así á una como á otra siempre contestaba con la respuesta del perezoso: *Mañana!... Todavia hay tiempo... Mañana...* Oh! Y á cuántos engaña el enemigo haciéndoles diferir para mañana su conversión!... Mira, dice el sabio, que no tardes en volverte al Señor y no lo alargues de dia en dia, porque súbitamente vendrá sobre tí su ira, y en el dia de la venganza te destruirá.

Mañana! dicen. ¿Y quién nos ha prometido el dia de mañana? Dios promete perdón al arrepentido, pero á nadie asegura ni una hora siquiera para arrepentirse, como avisa San Agustin. Para la desgraciada mujer no llegó el dia de mañana, que se prometía, porque hiriéndola improvisamente la muerte, le atajó los pasos en la misma noche, en que diera largas y dilaciones con la comun excusa, y en ella tuvo que comparecer, sin auxilio ninguno de la Iglesia, ante el justísimo Juez, tal vez cargada con horrendos crímenes, dejando dudosa su eterna salvación.

Lloraba el P. Malagrida la impenitencia de

esta alma, cuando el Señor, que suele mezclar lo dulce con lo amargo, vino á templar su pena con indecible consuelo. Al entrar en el pueblo de Inhambupe, recibió la visita de un venerable anciano, que se presentó á suplicarle con vivas instancias fuera á hospedarse en su modesta casa. Era Pedro Diaz, que así se llamaba, cristiano el más ejemplar de aquellas aldeas, temeroso de Dios, y de arraigados hábitos de virtud. Aceptó el Padre el expontáneo y cordial ofrecimiento, que parecía traido por Dios para aliento y paz del virtuoso anciano, porque al otro dia sorprendido por un accidente repentino, desahogando su corazón con el ferviente Huésped, que no le abandonó un momento, durmió en sus brazos el sueño de los justos. Cuán cierto es que la muerte es el eco de la vida!

Otras muchas gracias y maravillas se refieren del religioso Misionero, que no ceden ni en grandeza ni en importancia á las concedidas por el Altísimo al insigne taumaturgo del Brasil el venerable P. Anchieta. Hé aquí algunas, de que harán zumba los impíos, pero que recordaban con fruición los pueblos, que las habían presenciado. Predicaba en Bahía la clausura de una misión, cuando una paloma de limpidísima blancura fué á posarse sobre su cabeza, al mismo tiempo que una luz insólita y deslumbradora difundía sus rayos sobre el auditorio, que atónito contemplaba uno y otro súceso. En tanto que esta corría á oriente, donde fué á extinguirse, aquella, después de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haber descrito tres círculos en el aire, primero se paró sobre la estátua de S. Ignacio, y después descendió, por segunda vez, sobre el predicador, y por remate, remontándose y revoloteando, desapareció, perdiéndose de vista.

En Boyneba, distante unas treinta leguas de S. Salvador, mientras el Padre dirigía con gran fervor la palabra á un inmenso concurso, presentóse igualmente una nube de parleros pajaritos, que cerniéndose sobre el auditorio, publicaban con sus gorjeos las glorias del Criador y celebraban, á su manera, al Dios de las misericordias, anunciadas por el Misionero. Estos hechos, en sí naturales, eran interpretados por la gente sencilla como pruebas tangibles, con que el Señor abonaba las enseñanzas del P. Gabriel; y á tales juicios prestaban su fundamento otros acontecimientos, no tan fáciles de explicar por las leyes ordinarias.

Vamos á poner fin á este capítulo citando otro hecho de esta categoría. Estando misionando en Seragipa del Rey ante numerosa muchedumbre en campo raso, estalló de repente un violento huracán, y densos y tempestuosos nubarrones suspendidos sobre el auditorio amenazaban descargar sobre él copioso diluvio. Con esto empezaban ya á removerse los asistentes para buscar abrigo contra la tempestad inminente: mas el Padre les hizo señal de que permanecieran tranquilos, que para ellos nada había que temer. Cosa maravillosa! Mientras llovía á torrentes en todos los alrededores, no cayó ni una gota siquiera entre los

oyentes. Y no paró aquí el prodigio: en la estremidad de la llanura, donde estaban los fieles congregados, había una colina, de donde se desprendían copiosos raudales, formados por la lluvia, é iban á invadir el concurso, cuando súbitamente como guiados por un poder invisible tomaron otra dirección con asombro de cuantos lo presenciaron.

Estos, y otros muchos acontecimientos más ó menos portentosos, con frecuencia repetidos, henchían al pueblo de entusiasmo y religiosa veneración por nuestro Apóstol, á quien á boca llena llamaban con el glorioso calificativo de santo. Cuando se presentaba en público, al pasar por las calles, personas de todos estados, edades y condiciones corrían á besarle los vestidos; y aun no faltaron quienes con sumo respeto aplicaron sus labios en las pisadas del Evangelizador de la paz. A más llegaba todavía la estima, en que le tenían; pues algunos más atrevidos y menos discretos le cortaron, á hurtadillas, pedazos de la sotana para conservarlos como preciosa reliquia. Resistíase la humildad del ferviente Religioso á semejantes demostraciones y era el primero en condenar estos piadosos excesos, como lo publicaba el rubor, de que se cubría su rostro, cuando al advertirlos no podía estorbarlos. Pero con esta humilde desaprobación en vez de mermar, se acrecentaba su ascendiente sobre los fieles, y las personas más distinguidas de la ciudad se creían honradas en extremo en poderle rendir las más expresivas muestras de veneración y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aprecio. El mismo virey del Brasil, Don Andrés de Mello, conde de los Algarbes, no solo se complacía en invitar de vez en cuando á su mesa al modesto y mortificado Obrero, sino que también le escribía á menudo con gran confianza y finas señales de su estimación sincera en todos los negocios árduos y espinosos, que se le ofrecían.

CAPÍTULO XVI.

Trabajos apostólicos del P. Malagrida en Pernambuco.

La fama de las conversiones y milagros obrados por el P. Gabriel salvando los lindes de la diócesis de S. Salvador, había llegado á oidos de D. Luis de Sta. Teresa, carmelita descalzo, obispo de Pernambuco, por lo cual santamente envidioso del gran bien de sus vecinos, y deseoso de procurar para sus ovejas los pastos de salud, que tal vigor comunicaban, invitó á nuestro Misionero á que pasara á evangelizar á sus pueblos. Grande era la distancia que separaba Pernambuco de Bahía, pues se contaban mas de cien leguas de mal camino; pero mayor era el ansia de labrar y rendar la viña del Señor, que movía al incansable Apóstol; y así, accediendo á los ruegos del religioso Prelado, hacia fines de junio de 1741, partió, á pié descalzo, por entre aquellos abrasadores arenales, armado con el crucifijo y la Virgen de las misiones.

Por todos los lugares de su tránsito, como nube llena llevada por el soplo divino, iba regando aquellos campos con la lluvia de la divina palabra, y haciendo reverdecer á su paso la sólida piedad y la práctica de las virtudes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aprecio. El mismo virey del Brasil, Don Andrés de Mello, conde de los Algarbes, no solo se complacía en invitar de vez en cuando á su mesa al modesto y mortificado Obrero, sino que también le escribía á menudo con gran confianza y finas señales de su estimación sincera en todos los negocios árduos y espinosos, que se le ofrecían.

CAPÍTULO XVI.

Trabajos apostólicos del P. Malagrida en Pernambuco.

La fama de las conversiones y milagros obrados por el P. Gabriel salvando los lindes de la diócesis de S. Salvador, había llegado á oidos de D. Luis de Sta. Teresa, carmelita descalzo, obispo de Pernambuco, por lo cual santamente envidioso del gran bien de sus vecinos, y deseoso de procurar para sus ovejas los pastos de salud, que tal vigor comunicaban, invitó á nuestro Misionero á que pasara á evangelizar á sus pueblos. Grande era la distancia que separaba Pernambuco de Bahía, pues se contaban mas de cien leguas de mal camino; pero mayor era el ansia de labrar y rendar la viña del Señor, que movía al incansable Apóstol; y así, accediendo á los ruegos del religioso Prelado, hacia fines de junio de 1741, partió, á pié descalzo, por entre aquellos abrasadores arenales, armado con el crucifijo y la Virgen de las misiones.

Por todos los lugares de su tránsito, como nube llena llevada por el soplo divino, iba regando aquellos campos con la lluvia de la divina palabra, y haciendo reverdecer á su paso la sólida piedad y la práctica de las virtudes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agostadas con el hálito abrasador del siglo. En habiendo llegado á Penedos, sito en la ribera de S. Francisco, como quien deseaba tomar huelgo para proseguir con mayores bríos su viaje, dió por espacio de quince dias los ejercicios de S. Ignacio, obteniendo copiosa miés de conversiones. Iba también por el camino recogiendo limosnas para llevar á feliz término el convento principiado en Bahía; mas habiéndose encontrado durante el retiro con dos mozas, que á causa de su extremada miseria se hallaban en riesgo evidente de perderse, no titubeó en repartirles generosamente doscientos escudos, mendigados en el espacio de tres meses, que llevaba trascurridos desde su salida. *Dios me los devolverá!* respondía el generoso Varón á quien tildaba su caridad, que primero es el edificio espiritual de las almas, que no el material de los cuerpos; y su confianza en la Providencia no salió fallida.

Bien claro se vió haber sido esta inspiración celestial por el modo, con que le reintegró el Altísimo. Estaba un dia el Padre recogido en su aposento después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa, cuando oyó que llamaban á su puerta. Levantóse á abrir y se encontró con un mancebo, el cual saludándole con toda cortesía y amabilidad, le entregó cierta suma para que la invirtiese en alguna obra pía. Aceptóla el Misionero agradecido; y habiendo entrado para poner el cartucho sobre la mesa, volvió á la puerta con ánimo de despedir al joven. Mas con gran sorpresa había desaparecido el bienhechor sin que nadie supiera darle de él razón ni noticia; y con mayor sorpresa aun, examinado el cartucho halló en oro la precisa cantidad de doscientos escudos, la misma que él había entregado á las doncellas desamparadas.

Quien así miraba por la salvación y pureza de las almas, no podía contemplar con indiferencia la deterioración y ruina de la casa de Dios. Por esto, al pasar por el pueblo de Poxim, edificado en los confines de la diócesis de Pernambuco, en viendo la Iglesia del lugar abandonada y en estado ruinoso, no pudo sufrirlo en paz y sin manifestar públicamente su pena. Para encontrar algún consuelo á su pesar, reunió á los principales vecinos, y les propuso la restauración del templo. Emprendida la obra, aunque sin notables fondos ni grandes auxilios, se puso al frente de los trabajos como peon y como alarife. Con la máxima de que en la casa de Dios mucho más que en los palacios de los reyes, por humildes y bajos que parezcan, todos los oficios son grandes y nobles, tenía á gloria bien llevar grandes piedras á cuestas, bien amasar cal y arena, bien servir á los albañiles en otras faenas igualmente penosas. A términos llegó su diligencia que, animados los moradores con tales ejemplos de humildad y actividad cristiana, contribuyeron también con sus esfuerzos y caudales, y al poco tiempo tuvo el Apóstol el consuelo de ofrecer en el recinto de la renovada Iglesia el incruento sacrificio de la misa y anunciar la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palabra de Dios á crecido auditorio con no escaso fruto de las almas.

De Poxim se dirigió el Padre al pueblo de Alagoas. Avisado el vecindario con anticipación de la llegada del célebre Misionero por D. José Gregorio, alcalde pedáneo de la población, acudieron á recibirle de todos los contornos en tan gran número, que se temía faltaran víveres para tanto gentío: mas por especial providencia del Señor todos los almacenes estaban mejor provistos que de costumbre. Así nadie tuvo que lamentar privación ninguna, ni pesar, á no ser por los quebrantos del P. Malagrida.

Pródigo de su vida, fuera de alimentar á un inmenso auditorio con el maná de su doctrina, se sacrificaba sin consideración ni reserva al consuelo de las almas, que heridas de la divina gracia buscaban la tranquilidad en el tribunal de la penitencia. Tales fueron los piadosos excesos cometidos en esta parte, que, llevado por los instintos de su ardiente celo, agotó sus fuerzas naturales, y cayó enfermo abrasado de fuerte calentura. Entonces se conoció el alto aprecio, en que todos le tenían. De todas partes se elevaban plegarias al cielo por la salud del doliente; todos querían saber, y á todas horas, del estado del Padre, y todos á competencia se ofrecían á velarle y servirle como buenos hijos. Escuchó el Señor las preces de las ovejas á favor del buen Pastor, el cual apenas se sintió algún tanto restablecido, cuando volvió á emprender las interrumpidas tareas, recogiendo en todas partes igual cosecha y obrando por do quiera no pocas maravillas.

En Alagoas ó Lagunas, con solo aplicar unas gotas de agua bendita, libertó del demonio á una energúmena, que no habían podido curar con repetidos exorcismos. Pero el prodigio celebérrimo, aseverado por centenares de oculares testigos, prodigio, cuya fama, pasando los mares, resonó en la misma córte de Portugal y en todo el reino, fué el que obró en el astillero de la misma población.

Acababa de construirse allí un gran navío: mas habiendo intentado botarlo al agua, lo hicieron con tan mala suerte que se les ladeó sobre un flanco y les quedó varado metido dentro del lodo de arte que, con todos los esfuerzos y maniobras, no lo pudieron enderezar. Sentía y lloraba el dueño del barco tan pronta pérdida, por lo cual después de haber tentado todos los arbitrios para ponerlo á flote, desesperado ya de todo humano remedio, resolvió recurrir al Siervo de Dios, famoso ya por sus portentos.

Avistóse al efecto con el P. Gabriel y le suplicó que fuera á bendecir con la imagen de la Virgen el buque encallado. Recibiólo el Misionero con la dulzura y benignidad acostumbradas, procuró consolarlo en su aflictiva desgracia, pero rastreando que, con sus invitaciones, trataba nada menos que de conseguir por su medio un milagro de la divina Omnipotencia, rehusó constantemente acceder, alegando que era un infeliz pecador, y que su presencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en lugar de aprovechar, dañaría á la consecución de aquel favor extraordinario. Algo desconcertado y aun descorazonado quedó el pretendiente con respuesta tan humilde, pero iluminado como de un rayo de luz superior volvió á su empeño, apelando á un inocente artificio para triunfar de la humildad del Misionero.

Acostumbraba el P. Malagrida concluir sus misiones con una solemnísima procesión, en que acompañaba en triunfo por calles y plazas la devota imagen de nuestra Señora de las misiones. Aprovechando el dueño del barco esta coyuntura, entendióse con los que debían ordenar y dirigir el cortejo triunfante y obtuvo de ellos que, para burlar la resistencia del Hombre de Dios y sorprender oportunamente su modestia, harían pasar la procesión por enfrente del astillero. A su debido tiempo cumplieron los encargados fielmente su promesa, y el P. Gabriel, cuando menos lo pensaba, llegó con su devota Imagen ante el navío medio sepultado en el lodo y arena. En esto toda la tripulación con el capitan á la cabeza fueron á echarse á las plantas del Siervo de Dios y á voces y con lágrimas imploraron el auxilio de la Virgen Santísima y suplicaron humildemente al P. Malagrida que subiera sobre el puente del barco con la imagen milagrosa de la Reina de los mares. Conmovido el Varón apostólico con este inesperado y tierno espectáculo, subió á bordo, púsose en recogida oración, y después, habiendo rezado en alta voz algunas preces,

que repetía el pueblo, bendijo el barco con la sagrada imagen de María. Descendió luego de bordo el P. Gabriel y ordenó á los marineros que probaran nueva tentativa con la segura esperanza de feliz resultado.

Obedecieron con toda prontitud, poniendo á toda prisa todos los aparejos; y después que con algunas cuerdas atadas convenientemente se esforzaron en enderezar el pesadísimo leño, observaron con estupor que con suma facilidad se levantaba del fango la grandísima mole y como por sí misma se ponía á flote, deslizándose hasta la mar adentro. En vista de este suceso naturalmente inesperado, llorando unos de devoción, otros fuera de sí de júbilo y todos llenos de religioso entusiasmo, prorumpieron en gritos clamando: *Milagro! Milagro!...* y ensalzando á voces á nuestro Apóstol cual nuevo taumaturgo del Brasil. Aconteció este portento el año 1742.

Concluida la misión de Alagoas ocho meses después de su salida de Bahía, prosiguió el rumbo á Pernamburco desplegando en todo su trayecto su celo ejemplarísimo. Encontróse en el camino con el cristiano é inteligente Gobernador de la provincia Sr. D. Antonio Ribeiro Seyte, el cual suspendiendo la visita, que estaba practicando en el distrito de su mando, quiso acompañar al devoto Misionero hasta el término de su viaje. Esta piadosa determinación y comunicación fué para el magistrado verdadera mina de bendiciones, puesto que más tarde, estimulado con los recuerdos de sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fervientes pláticas, se rindió al llamamiento divino, y repudiando al mundo con noble desprendimiento, vistió el hábito de S. Francisco para consagrarse al servicio de Dios, infinitamente más digno de nuestros homenajes que todos los monarcas del orbe. Con viaje tan religiosamente amenizado, en compañía de tan noble y piadoso caballero, á principios de marzo del año arriba dicho llegó el P. Gabriel al fin de su jornada.

Al dia siguiente, después de un corto descanso, se disponía el atento Operario á ir á palacio para ofrecer sus respetos y obediencia al Ilmo. Sr. Obispo, por quien había sido invitado: pero el humilde Pastor le tomó la delantera yendo en persona al Colegio de la Compañía tan pronto como supo la llegada del insigne Misionero. Aquí el buen Prelado, después de haberle abrazado con paternal ternura, y manifestado con trasportes de alegría el consuelo de su alma por contar con su cooperación para la reformación de su diócesis, expúsole largamente el lastimoso estado de su grey por lo que al negocio de la salud eterna decía.

Por efecto de un malhadado encuentro entre el Ilmo. Sr. Obispo y el Gobernador general de la provincia, habíase dividido la ciudad en dos encontrados bandos; y á tanto había llegado la inquina y enemiga de uno y otro, que el mismo Prelado hasta entonces no había osado presentarse en público en varios cuarteles de la ciudad por temor de ser insultado. Ex-

puestas las tristes circunstancias, por que atravesaba Pernambuco, el religioso Pastor suplicó con vivas instancias al incansable Obrero dirigiera sus esfuerzos y trabajos á unir con los vínculos de caridad las ovejas descarriadas. No era menester tanto para interesar aquel corazón hambriento de la justicia, y estimularle á beneficiar con pecho y presteza aquel suelo ingrato: bastábanle las luces de la oración y las fuerzas de la penitencia, de que solía armarse, para acometer animoso la difícil tarea, confiado siempre en las bendiciones del Altísimo.

Como esta populosa ciudad estaba dividida en dos partes, llamadas la una Olinda, y villa de Recife la otra, dividió el P. Malagrida en dos tandas sus ejercicios apostólicos; y empezando por la última la obra de regeneración cristiana, fué escuchado con tal aceptación y contentamiento, que así en las calles como en las familias el objeto de las ordinarias conversaciones no era otro sino la santa misión, que iba á inaugurar el Santo, como ellos decían. Bien lo demostraron desde el comienzo, pues mucho antes de la hora señalada para dar principio, crecida concurrencia de personas de todas categorías, seglares, clérigos y religiosos de diferentes órdenes, se dirigieron al Colegio en busca del Misionero y lo acompañaron ostentosamente á la Catedral.

Aguardábale aquí de pié el Ilmo. Sr. Obispo, el cual después de haberlo conducido al coro con muestras de satisfacción y estima, su-

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bió al púlpito, y en una tierna plática exhortó á sus ovejas á aprovecharse de la gracia, que el cielo les enviaba, mandándoles Operario tan celoso y tan lleno de virtud divina; y luego volviéndose al P. Malagrida, que escuchaba arrodillado y confuso en medio del coro, le mostró el Santo Cristo diciéndole: *Hé aquí, Padre mio, la enseña de nuestra salud; predicad á Jesús y á Jesús crucificado.* Entonces el Padre se adelantó hasta el umbral de la puerta para ser entendido de la gran multitud, que había quedado fuera sin poder penetrar, y animó á todos á que asistieran asíduos á los ejercicios de la misión y obedecieran con docilidad los movimientos de la gracia.

El otro dia por la mañana el ilustre Prelado hizo la apertura de la misión en la Iglesia de los oratorianos, y por la noche predicó el Misionero en el templo de la Compañía ante inmenso concurso, presidido por el mismo ilustrísimo Sr. Obispo. Durante ocho dias continuaron entrambos desenvolviendo las verdades eternas, propias de estos ejercicios, habiéndose notado con admiración que, aunque el Padre tratase por la noche las mismas materias, de que hablaba el celoso Pastor por la mañana, siempre no obstante las presentó con grata novedad bajo diferente forma, sin repetir jamás lo que al amanecer se había dicho.

Es que el P. Gabriel estaba lleno de la ciencia de los santos, y admirablemente cortado para la vida apostólica. Reunía para ello todas las cualidades apetecibles: exterior venerable,

locución fácil, expresión viva, acento agradable, gesto insinuante y tal unción cristiana, que cautivaba los corazones. Poseíase, por lo comun, con tal vehemencia de la gravedad del asunto, que, tomando una entonación correspondiente al objeto, ya hacía retemblar al pecador, conmoviendo lo más profundo del alma, ya llenaba de santa suavidad el pecho, infundiendo á los tímidos segura confianza. Así fué como la villa de Recife cambió completamente de aspecto con tan saludable cultivo, habiendo contribuido no poco al feliz resultado el ejemplo del Comandante superior, que con toda su familia se acercó públicamente á la sagrada mesa, de la que, por largos años, había pasado tristemente retraido.

No fué menos halagüeño el éxito obtenido en la parte llamada Olinda. Allí, entre las numerosas conversiones, señalóse la de un pecador público y endurecido, que fomentaba en su pecho ódio mortal contra otro conciudadano. Felizmente vencido por la divina gracia, no solo renunció á sus vengativos planes, más aun prometió á los piés del confesor pedir públicamente perdón al enemigo para reparar, en algún, modo el escándalo público. Convinieron, pues, el P. Malagrida y su penitente, con la debida anticipación, que la conciliación tendría lugar en la iglesia: por lo cual, al fin del sermón invitó el Padre al arrepentido á perdonar al adversario; mas el pecador, acometido por los humanos respetos, cual si completamente se hubiera olvidado de su promesa, no se atre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vió á salir en público conforme á lo anteriormente concordado.

Interpelóle el predicador segunda y tercera vez, pero en vano. Trasportado el Siervo de Dios de celo extraordinario, puso la mano sobre la llama de una antorcha, según solía en casos extremos, y con voz aterradora exclamó: *Oh! y el más desventurado de los hombres, y así te escondes? Piensas, infeliz, huir con esto las miradas de Dios, que penetra lo más recóndito del corazón humano? Escóndete, ocúltate, atiza la llama de tu ódio, que mi mano arderá en este fuego hasta que se apague en tu alma el del rencor.* Aterrado el pecador, pálido y tembloroso, salió de entre la muchedumbre, y, dirigiéndose al púlpito para confesar su falta, con voz conmovida pidió perdón á su enemigo, con grande edificación de los oyentes admirados; así del arrepentimiento y lágrimas del penitente, como de la caridad del Padre, que de esta suerte quería arder por su hermano vengativo. A la admiración sucedió presto el asombro, porque asombrados quedaron todos al observar que sacaba de las llamas enteramente ilesa la mano, que con tanta generosidad metiera en ellas para ablandar la obstinación del rencoroso.

Menos ruidoso, pero no menos consolador para su devoto corazón, fué el hecho siguiente, ocurrido en Pernambuco, según el mismo Padre nos dejó escrito con estas palabras: «Todo cuanto voy á referir certifico ser verdadero, y, si para ello es necesario, estoy pronto á prestar juramento sobre los santos Evangelios. A

principios de esta semana, últimos de agosto de 1742, el R. P. Provincial D. Manuel de Sequeira, últimamente aportado á estas playas, me trajo carta del M. R. P. General, en la cual, entre otras cosas, escritas de su puño y letra, me recomendaba que, en mis sermones, exhortase al pueblo á poner su confianza en los merecimientos y protección del V. P. José Anchieta; porque puede ser que así, añadía, el Señor haga brillar su misericordia con algún beneficio señalado, y quizá con algún milagro, que pueda figurar en el proceso de beatificación de este glorioso Taumaturgo. Por lo que á mí toca, hacía ya largo tiempo que suspiraba por el instante, en que me fuera dado venerar en los altares á este gran Siervo de Dios, y sentía que, después de haber obrado tantos milagros en vida, tuviera todavía necesidad de otros después de su muerte.»

«Lleno de estos sentimientos, no cesaba de encomendar este negocio á Dios en mis oraciones. Lo ocultaré? Lo diré para mi confusión. Saliendo ayer jueves, al anochecer, con el H. Manuel López, para ir á casa del tesorero mayor, encontré en la plaza, cerca de palacio, á un niño tullido de todos sus miembros de modo que no podía andar sino arrastrando, como vil animal: á su vista me sentí inspirado á invocar por el infeliz la protección del venerable Padre, pero la vergüenza me detuvo y pasé de largo.»

«Esta mañana volví á encomendar al Señor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el negocio en mi oración, y, un cuarto de hora, poco más ó ménos, después de la meditación, mientras yo rezaba el oficio divino, el H. Manuel vino á llamar á la puerta de mi aposento, y me anunció que había un hombre, que deseaba hablarme. Salí al momento, y pregunté al sugeto: qué quería? No recibí respuesta alguna, porque el pobre no podía hablar; era mudo. Un niño, que le acompañaba, habló por él, y me dijo que se quería encomendar á nuestra Señora de las misiones. En efecto, como viera en mi cuarto la imagen de la Santísima Vírgen, corrió á prosternarse á sus plantas.»

«En esto caí yo también de rodillas, invocando al Taumaturgo del Brasil, pero, como no tenía de él ninguna estampa, ni reliquia, supliqué á la soberana Señora que hiciera este milagro en prueba de que se complacía en ver colocado á su Siervo en el catálogo de los santos. Dirigíle entonces esta plegaria: *Vos sabeis, oh María, con qué amor el venerable Padre empleaba todas sus fuerzas en glorificaros, no solamente con sus virtudes, sino hasta con sus poestas: dignaos, pues, glorificarlo ahora, obrad este prodigio á honra suya, haced hablar á este mudo!*»

«En estos momentos dulces lágrimas brotaban de mis ojos, y me decía interiormente á mí mismo: *Si tan solo este mudo recobrase de súbito el habla, el milagro sería evidente, y mis votos colmados!* En el mismo instante el mudo clamó: Jesús! Yo repetí: *Jesús!* Indiquéle entonces. *Repetid otra vez:* Jesús!, y pronunció de nuevo el dulcísimo nombre. Añadí entonces *digamos los dos: Por intercesión del santo y glorioso varón, José Anchieta, venid en mi socorro, Reina de los cielos, y romped las ataduras de mi lengua!* Y el mudo afortunado repitió clara y distintamente cada una de mis palabras. El niño, que seguramente sería su hijo, lloraba de gozo; y yo mismo lloraba también, sin poder contener las lágrimas. Llamado al punto el P. Rector, Domingo Gomez, para que fuera testigo del grato espectáculo, nos informamos del nombre del agraciado, de su país natal, de la casa, en que vivía, de sus parientes y conocidos; y sobre todos estos y otros puntos dió respuestas satisfactorias.»

«Mientras el P. Rector se disponía á salir para hacer las averiguaciones jurídicas, yo conduje al hombre al cuarto del R. P. Provincial, quien conversó con él largo rato, y le preguntó: cuánto tiempo hacía que padecía aquella enfermedad, qué remedios había usado, y cómo había venido al colegio? A todas estas cuestiones respondió satisfactoriamente, afirmando que había contraido aquel mal por efecto de una caida de caballo, y que hasta entonces había gastado en médicos y medicinas los pocos recursos, de que podía disponer.»

Tal es el sencillo relato del P. Malagrida de un hecho tan portentoso, el cual nos prueba juntamente, así su valimiento y filial confianza en la Patrona y augusta Señora de las misio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes, como la protección é insignes merecimientos del venerable P. Anchieta.

Dios quiera glorificar á entrambos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL

CAPÍTULO XVII.

Escursiones apostólicas del P. Malagrida por la provincia de Pernambuco.

Después de haber abierto y explotado, con grande aprovechamiento de las almas, tan rica mina en la capital, quiso también el Apostólico Minero beneficiar los preciosos filones, que le quedaban todavía, llevando sus trabajos hasta los pueblos más remotos de la provincia. Prolijo sería, y por demás enojoso, seguirle en todas sus correrías sagradas, referir una por una sus peripecias, y narrar todos los portentos de su caridad asombrosa. Por esto nos contentaremos con referir solamente algunos hechos más edificativos é interesantes.

No léjos del promontorio de S. Agustín, en Nuestra Señora de Luz, una fuerte y tenaz sequía tenía, por mucho tiempo, desolada la tierra, mostrándose el cielo de bronce sin mandar, por largos meses, la suspirada lluvia. Los labradores no podían salir al campo sin sentir sus corazones transidos y llorar de pena, al contemplar el lastimoso estado de la campiña, enlaciadas y mustias unas plantas, otras secas, y todo á punto de perecer. Compadecido el venerable Misionero subió al púlpito, y, habiendo escitado al pueblo á penitencia, les dijo

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes, como la protección é insignes merecimientos del venerable P. Anchieta.

Dios quiera glorificar á entrambos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL

CAPÍTULO XVII.

Escursiones apostólicas del P. Malagrida por la provincia de Pernambuco.

Después de haber abierto y explotado, con grande aprovechamiento de las almas, tan rica mina en la capital, quiso también el Apostólico Minero beneficiar los preciosos filones, que le quedaban todavía, llevando sus trabajos hasta los pueblos más remotos de la provincia. Prolijo sería, y por demás enojoso, seguirle en todas sus correrías sagradas, referir una por una sus peripecias, y narrar todos los portentos de su caridad asombrosa. Por esto nos contentaremos con referir solamente algunos hechos más edificativos é interesantes.

No léjos del promontorio de S. Agustín, en Nuestra Señora de Luz, una fuerte y tenaz sequía tenía, por mucho tiempo, desolada la tierra, mostrándose el cielo de bronce sin mandar, por largos meses, la suspirada lluvia. Los labradores no podían salir al campo sin sentir sus corazones transidos y llorar de pena, al contemplar el lastimoso estado de la campiña, enlaciadas y mustias unas plantas, otras secas, y todo á punto de perecer. Compadecido el venerable Misionero subió al púlpito, y, habiendo escitado al pueblo á penitencia, les dijo

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, confiado en la firmeza de sus propósitos, en nombre de la Sma. Virgen les prometia que, antes de tres días, les enviarían las nubes el riego tan anhelado. Efectivamente, llovió en el plazo prefijado por el Siervo de Dios, y, con la lluvia, quedó salvada la cosecha.

Queda ya dicho, y con hechos consignado que de todos los pecadores, cuya eterna vida peligra, los que más á lástima movían su corazón, eran los más pobres y desamparados. Por esto, habiendo reducido en Iguarassu á cristiana vida gran número de jóvenes cortesanas, deseoso de poner á salvo su conservación y asegurar su perverancia, librándolas de recaidas tan frecuentes en este linaje de arrepentidas, determinó levantar para las pobrecitas una nueva casa de refugio. Con ningún fondo contaba para ello, pero, como sabía por experiencia, que los recursos de la Providencia divina son inagotables, pasó adelante con su empeño. Grandes fueron los obstáculos, que tuvo que vencer, pertinaz la oposición que se le hizo; pero, gracias á su inquebrantable constancia, y merced á la generosidad, así de un piadoso sacerdote, llamado D. Miguel de Sepúlveda, como de doña Antonieta María de Jesús, dama de virtud más que ordinaria, antes de despedirse de dicho pueblo, tuvo el consuelo de ver el santo asilo considerablemente adelantado.

En la villa de Afogados, habiendo hallado el templo ruinoso, emprendió su restauración, haciéndose admirar de sus habitantes, no me-

nos por su pericia en dirigir los trabajos, que por su activa humildad en llevar, cual simple peón, piedras y mortero, como ya en parecidas ocasiones lo había practicado. Tres hechos maravillosos contribuyeron no poco á acrecentar, tanto el crédito de santo, de que ya gozaba, cuanto los frutos de la misión, que dió en Goyana.

Una pecadora pública, tocada de la divina gracia por medio de las exhortaciones del Padre Malagrida, rompió resueltamente las duras cadenas, que la tenían sujeta al crímen, y, por empeño del mismo Padre, se refugió en casa de una persona de confianza y honestísima, donde, bajo su custodia y cuidado, se viera libre del escandaloso comercio de su amante. Apenas el cómplice se vió privado del cebo de su brutal pasión, cuando, furioso, puso en juego todos sus ardides é influencia, y no cejó de su temerario designio hasta que, habiéndose presentado con mano armada en el asilo, donde se había recogido la arrepentida, consiguió arrancarla con violencia, y á viva fuerza y, mal de su grado, llevársela de nuevo á su albergue. Fácil cosa es adivinar el escándalo, rumores y sorpresa de todo Goyana á vista de tan enorme atentado, mucho más por haberse cometido en tales circunstancias, en medio del curso, y en el mayor fervor de la santa misión.

Toda la población lo condenaba; llorábanlo con pena todos los buenos; y el P. Gabriel, vivamente penetrado y afligido, desahogaba con Dios su dolor. Pedíale humildemente quisiera,

BIBLIOTECA CENTRAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con su infinita sabiduría y el poder de su omnipotente brazo, reparar tamaño desorden, iluminando al obcecado y fiero gavilán, y devolviendo á la inerme paloma al lugar de su retiro. Estaba, al dia siguiente, predicando con el fervor acostumbrado, cuando cortando de repente el hilo de la plática, exclamó con inspirado acento, que todos advirtieron: *Hermanos mios, el voraz lobo, que habia arrebatado la indefensa oveja de Cristo, acaba de fallecer, y dar cuenta á Dios, y recibir el merecido castigo!* Concluido el sermón, corrieron algunos de los oyentes á informarse de lo acontecido, y, con saludable estupor, supieron que en el mismo instante, en que el Siervo de Dios proferia dichas fatídicas palabras, el osado raptor había sido herido de repentina muerte, quedando libre de las garras del lobo la pobrecita presa, que no había querido soltar de buen grado el delincuente.

En otro sermón, predicado igualmente á últimos de la Cuaresma de 1743, trataba el P. Malagrida de las terribilísimas penas del Purgatorio, cuando interrumpió también súbitamente el discurso para encomendar á las oraciones de los fieles el alma de una persona, muy conocida y que nombró, la cual había muerto en un pueblo harto distante. Examinado el hecho, súpose después que dicha persona había espirado en la paz del Señor á la misma hora, en que el Apóstol había implorado por ella los sufragios del auditorio. En otra ocasión, encontró en la iglesia el cortejo fúnebre de un sacerdote; subió entonces al púlpito, y, lleno de santa alegría, empezó el panegírico de aquel venerable ministro, enumerando una por una sus buenas cualidades y virtudes, como si le hubiese tratado toda su vida, y aseguró que, por su celo pastoral y otros muchos merecimientos, presto había subido á gozar de la eterna gloria.

De Goyana pasó el P. Gabriel á Parahyba, evangelizando, juntamente con el celoso capuchino Fr. Antonio María de Módena, todos los pueblos, que hallaban en el camino. Era Parahyba población importante, situada á siete leguas de Pernambuco cerca de la desembocadura del rio, del cual toma su nombre. Difícil, sino imposible, era llegar á este pueblo, á no ser por medio de barcas, á causa de los numerosos lagos, que lo rodean. El P. Gabriel escogió este medio, y gracias al bote, que le había enviado el Gobernador de la ciudad, pudo vencer todas las dificultades. Admirables trazas del Altísimo! Distinguíase este funcionario por su carácter altivo é impetuoso, y, con sus medidas opresoras, no solo se había enajenado las voluntades de sus dependientes y subordinados, mas también había roto sus amistosas relaciones con los Padres de la Compañía de Jesús, allí residentes.

El motivo, pues, porque mandara la lancha al P. Malagrida, no era muy conforme con las leyes de caridad, antes lo había hecho para granjearse su benevolencia, y servirse de él contra sus propios hermanos. No pudo, empe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro, salirse con su intento, porque, habiéndole ofrecido hospedaje en su propio palacio, no consiguió lo aceptase. Rehusólo el Padre, alegando que las reglas de la Compañía vedan á sus hijos albergarse fuera de casa, cuando hay residencia ó colegio de Jesuitas en el pueblo de su tránsito. Este desaire, bien que justísimo, hirió de tal suerte el ánimo del Gobernador que, pretestando enfermedad, se excusó de asistir á la misión, y en efecto, no oyó ni un sermón siquiera de los que predicó el caritativo Apóstol.

A pesar del retraimiento de la primera autoridad removíase el pueblo con los elocuentes sermones del Misionero, corría en masa á escuchar las enseñanzas divinas, y hasta, desde el fondo de las cárceles, habiendo los forzados oido hablar del Hombre de Dios, le suplicaban enternecidos que se dignase ir á repartirles, por lo menos, las migas, que caían de la mesa de los que gozaban de libertad. Mas el generoso y diligente Obrero quiso abrirles con igual benignidad los tesoros de la divina misericordia, predicándoles por espacio de tres dias, y disponiéndolos, con ejemplar solicitud, á comer dignamente el maná del cielo.

Rugía de rabia el infernal dragón con tales resultados, allí desconocidos, y fraguaba medios para impedirlos á todo trance. Terrible fué el aprieto, en que puso al Siervo de Dios en la permanencia de este en Varga-nova. Como para ayudar á la restauración de la iglesia, que estaba ruinosa, hiciera allí el oficio de

peon, según humildemente estilaba, al pasar, en cierta ocasión, cargado con una gran piedra, por el lado de una carreta, tirada por bueyes, contra los ordinarios instintos de aquellos mansos animales, recibió de uno de ellos, no una cornada como pudiera imaginarse, sino tal coz, que lo derribó sin sentidos por tierra. Lleváronlo inmediatamente en brazos á una casa vecina, y allí estuvo cuatro dias mártir de horribles padecimientos. A los que le visitaban, y compadecidos de sus dolores le dirigían palabras de consuelo, respondíales con religioso donaire, y les hacía entender que el autor ó causador de su caida no era otro, sino el demonio, envidioso del bien de las almas, pero que pronto sanaría, y con nuevo vigor y firme pecho volvería á la carga, haciéndole cruda é irreconciliable guerra: y así en realidad lo verificó al poco tiempo.

Las delicias del cielo, con que el Señor dulcificó esta pequeña amargura, fueron inefables, pues él mismo, con ser tan reservado y secreto en las gracias, que del Criador recibía, escribiendo más tarde á uno de sus hermanos en religión, le confesaba que, en medio de los agudos dolores y tormentos, que le causaban las contusiones, gozaba de deleites espirituales indecibles, y terminaba su carta con este piadoso gracejo: *Si el buen Jesús así nos consuela, procurándonos coces, qué será cuando gozaremos sin tasa de sus delicias?*

Más doloroso fué para el celoso y paternal corazón del Misionero otro hecho, que le acon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teció en la misma población de Varga-nova á fines de febrero de 1744. Vivía allí un mestizo sumido en lodazal inmundo de pecados. Enterado el Padre de aquel público é intolerable concubinato, apeló á la influencia de compatricios del criminal, varones conspícuos y autorizados, para que procurasen remover aquella piedra de tropiezo escandaloso. Mas, viendo que, por desgracia, salían defraudados todos los recursos que se probaban, después de haber encomendado instantemente al Señor, según su piadosa costumbre, el importantísimo negocio de la salvación de aquellas dos almas, él mismo se dirigió á casa de los concubinarios, y, con las maneras más dulces y obligantes, no hubo medio, que no pusiera en obra, á fin de combatir la resistencia y rendir la obstinación de aquellos endurecidos corazones. A tanto llevó su condescendencia para con el infeliz, que, después de ruegos y amenazas, le dijo se contentaría con que fuera á escuchar una sola de las pláticas de la santa misión. Mas todo fué en vano, porque, duro como el acero, obstinóse el pecador, y no quiso doblegarse á las caritativas instancias del Apóstol. Descorazonado el Padre con este ataque infructuoso, desistió por entonces de su empeño, volviendo asaz apesarado á las interrumpidas plegarias, á las penitencias, á las lágrimas por el casi total abandono y perdición de aquella alma.

El resultado fué que, dos ó tres dias después, predicando el P. Gabriel, recomendaba á los

oyentes á que entonces, más que nunca, rogasen por la reducción de aquel público libertino y escandaloso, pues sabía con certidumbre que, si dentro de veinticuatro horas no se convertía á penitencia, arrepintiéndose de sus crímenes, según los inexcrutables juicios del Juez omnipotente debía morir sin remedio, y ser arrojado á los abismos infernales. A tan terribles expresiones respondió el auditorio con oraciones, helado de terror y estremecimiento. Anublados sus compasivos ojos, oraba también el buen Padre para detener el brazo de la divina Justicia; y sin perder del todo las esperanzas de traer á mandamiento al infeliz, al ir al dia siguiente á la iglesia, volvió con gran solicitud á pasar por casa del miserable mestizo para tentar la última prueba, y hacer todo lo posible con el fin de llevarlo consigo á oir el sermón. Pero esta vez lo halló ausente, pues adrede se había retirado el menguado á pasar algún tiempo en la playa del mar, temeroso de que el Padre tornaría á visitarle, y á solicitar, con santas importunaciones, su cambio de vida.

Triste y pensativo dirigióse entonces el Padre Malagrida á la casa de Dios, donde le aguardaba concurso inmenso, ávido de escuchar las apostólicas instrucciones de la comenzada misión. Apenas el Predicador afligido había dado principio al discurso, sin poder alejar de sí los fatídicos presentimientos, que cruzaban por su fantasía, cuando el impenitente obstinado, acometido de fuerte dolor de cabeza, volvía á su propia casa. No bien hubo pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

netrado los umbrales, cayó desvanecido con la violencia del dolor en brazos de su criminal compañera, y allí, á los pocos minutos, exhaló su alma impura sin el menor indicio de arrepentimiento. Cuán cierto es que no tenemos un instante seguro! Y qué locos cuantos difieren para la muerte el máximo negocio de salvarse, exponiéndose á tormentos sin fin!

A vista de escarmientos tan estrepitosos é instructivos vivísima fué la conmoción de todo el pueblo, y por medio de los rumores que se difundían, igual fué también la de varias provincias americanas, donde se referían tan frescos y terribles ejemplos. Aprovechábase de ellos, con gran fuerza, el prudente Misionero relatando sendos y tremendos castigos, que él mismo había presenciado. Dichosos los que, hollando fútiles temores, sabían amoldar sus costumbres á tan sólidas enseñanzas! Con estos consuelos, aunque con el corazón traspasado de pena por la perdición de aquella alma, concluyó sus apostólicas faenas en Varganova el incansable Obrero, y de allí partió luego al colegio de Parahyba.

Como al divino Maestro á las salidas y entradas de los pueblos, así al privilegiado discípulo le salían al encuentro los que en su valimiento confiaban. Al llegar á dicha ciudad el Siervo de Dios, presentósele un negro, pidiéndole que le sanara. Tenía el paciente una pierna horriblemente llagada con amagos de gangrena. Compadecido el Padre levantó los ojos al cielo, oró con fervor por el suplicante, y con

solas sus oraciones lo despidió repentina y milagrosamente curado.

No fué tan feliz el suceso ocurrido con el magistrado, del cual hicimos mención al principio de este mismo capítulo. El pueblo, acongojado por las tiránicas y arbitrarias medidas de la autoridad, recurrió al P. Malagrida, confiando en que, por el prestigio y ascendiente, de que gozaba con nobles y plebeyos, podría con sus instancias lo que ellos no habían podido conseguir con reclamaciones y protestas. Mas qué podía hacer un pobre religioso con sujeto, que le miraba con desdén, y hasta con resentimiento? Sin embargo, escudado en la justicia de la causa, menospreciando el fundado temor de atraerse la cólera de aquel hombre poderoso, aceptó benigno la enojosa comisión, y se dispuso á cumplirla.

Habiéndose, pues, apersonado con el Gobernador, le rogó en nombre de Dios que escuchara las justas quejas y lamentos del pueblo, tristemente vejado. Inútil tentativa! El caritativo comisionado fué despedido con desaire y hasta con irreverencia sin resultado ninguno. Volvió segunda vez á su empeño; y en esta ocasión le manifestó el Gobernador con altivez y desagrado que en vano y neciamente se cansaba, porque ni por él, ni por todos los suyos, cambiaría en un ápice su sistema de gobierno; y que en cuanto á las medidas, motivo de las reiteradas quejas, tan lejos estaba de ceder, que acababa de escribir al monarca á fin de que, con su regia autoridad, les diera estabili-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad y firmeza. *Sabed, pues,* le contestó el Padre, lleno de fuego profético, *que antes que vuestra carta haya franqueado las puertas del real palacio, estareis vos en las de la muerte, próximo á dar el terrible salto del tiempo á la eternidad.* Como lo dijo, así desgraciadamente se cumplió. Todavia no habia llegado á Portugal la mala, portadora de las inícuas letras, cuando el Gobernador murió impenitente, después de haberse negado á recibir los consuelos de la Religión, nuestra cariñosa madre.

El mismo espíritu de profecía manifestó en el siguiente caso. En el pueblo de Bomjardin, estando el religioso Varón en la iglesia, engolfado en meditación profunda, lleno de santo fuego que le inflamaba el rostro, levantóse de repente, y llegándose á un hombre que allí cerca tenía, le preguntó: *Amais á nuestra Señora, la Virgen María?*

Sin duda ninguna, contestó el hombre sorprendido.

Mirad bien lo que decís, repuso el P. Malagrida. *Hablais con toda sinceridad?*

Seguramente, respondió el otro: *y no hay cosa que no hiciera por mi benignísima madre la Reina soberana.*

Si pretendeis, dijo el Padre, *ser hijo devoto de María, por qué durante tantos años guardais sacrílegamente ocultos tales y tantas culpas?* y se las nombró. Y luego, en tono severo, mezclado de dulzura, añadió: *Qué aguardais? Por qué no lavais con la penitencia las manchas de vuestra alma?* Herido de estas palabras como

de un rayo, penetrado del más vivo dolor y arrepentimiento, este pecador sacrílego y presumido corrió á los piés de su confesor, á quien descubrió todas las llagas de su alma, que por tan largo tiempo habia tenido encubiertas.

Con el brillo de tan extraordinarios dones, y en medio de las alabanzas, que le grangeaban sus trabajos y virtudes, se conservaba el Siervo de Dios desconocido de sí mismo, en la humildad más profunda. Hé aquí de ello una prueba bien edificante. En una reunión numerosa de gente de letras sostenía el Padre con sólidos argumentos, en cuestión delicada, la opinión contraria á otro teólogo distinguido: iba exponiendo sus razones con la modestia, que le caracterizaba, y como deshiciera con gran limpieza y concisión las máquinas de objeciones y argucias, con que le combatía el adversario, irritóse éste de manera que, encolerizado, rojo de ira contra su vencedor, y no pudiendo defenderse con razones de peso, llenóle de injurias y vituperios. En observando el humilde Religioso el rubor y enojo del contrincante, derribóse á los piés del teólogo, pidiéndole perdón de su orgullo y descomedimiento. Espectáculo tierno, que llenó de admiración á todos los circunstantes, y al vencedor de sí mismo de gloria imperecedera.

Pero era su humildad, no llorona, ni cobarde, sino magnánima y emprendedora, sin que todos los obstáculos pudieran impedirle grandes obras de la divina gloria. Antes de salir de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Parahyba para Pernambuco, quiso el P. Malagrida coronar sus trabajos con una institución regeneradora: hablo de la edificación de un pequeño seminario para la educación de la juventud, destinada al sacerdocio. Pero, como suele acontecer, á la altura de la importancia de la obra que intentaba, se levantaron los estorbos y dificultades, que era preciso allanar para dar cima á tan colosal empresa. Todo lo removió el industrioso Apóstol para que no se perdiera por su culpa: y el Señor, que tantas veces le había asistido con particular providencia para proyectos parecidos, también bendijo en este sus esfuerzos de suerte que el mismo Padre puso la primera piedra del edificio á fines de 1745 en presencia del nuevo gobernador D. Antonio Borghes de Fonseca y del R. P. Antonio Soarez, vicario de la población.

Muchos fueron los que ayudaron con sus donativos y limosnas á este utilísimo establecimiento: mas entre todos los bienhechores merece singular memoria D. Teodoro Alvarez de Sousa, que hizo para ello donación de una posesión considerable. Con tanto esmero y diligencia procuraba el Varón apostólico asegurar el fruto recogido en sus misiones, agenciando en todas partes instituciones aptas para perpetuar los buenos sentimientos de los fieles, convertidos por la misericordia del Señor á más cristiana vida.

CAPÍTULO XVIII.

Vuelta del P. Malagrida á San Luis y embarque para Lisboa.

Dos años había pasado nuestro célebre Misionero recorriendo las vastas diócesis del Brasil, renovándose á su tránsito, en todas partes, el espíritu de penitencia y de piedad, antes casi del todo extinguido en la mayor parte de los cristianos allí residentes. Durante su ausencia de San Luis un nuevo prelado, D. Manuel de la Cruz, religioso de la orden de Claraval, se había sentado en la silla episcopal de aquella ciudad, el cual, deseando conocer la viña, que el Señor le había encomendado, y sabiendo por otro cabo, amén del incansable celo, con que la había cultivado nuestro insigne Obrero, las maravillas con que el Todopoderoso afianzaba sus fatigas incesantes, solicitó ahincadamente de los superiores que lo llamasen al Marañón para servirse de sus luces y desvelos en la cultura de sus ovejas. Accedieron estos á tan justos deseos, y llamaron al P. Malagrida. Apenas recibió éste la orden de los que para él representaban á Jesucristo, cuando, sin el menor reparo, abandonando aquellos campos fertilizados con sus constantes sudores, emprendió el camino de la costa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Parahyba para Pernambuco, quiso el P. Malagrida coronar sus trabajos con una institución regeneradora: hablo de la edificación de un pequeño seminario para la educación de la juventud, destinada al sacerdocio. Pero, como suele acontecer, á la altura de la importancia de la obra que intentaba, se levantaron los estorbos y dificultades, que era preciso allanar para dar cima á tan colosal empresa. Todo lo removió el industrioso Apóstol para que no se perdiera por su culpa: y el Señor, que tantas veces le había asistido con particular providencia para proyectos parecidos, también bendijo en este sus esfuerzos de suerte que el mismo Padre puso la primera piedra del edificio á fines de 1745 en presencia del nuevo gobernador D. Antonio Borghes de Fonseca y del R. P. Antonio Soarez, vicario de la población.

Muchos fueron los que ayudaron con sus donativos y limosnas á este utilísimo establecimiento: mas entre todos los bienhechores merece singular memoria D. Teodoro Alvarez de Sousa, que hizo para ello donación de una posesión considerable. Con tanto esmero y diligencia procuraba el Varón apostólico asegurar el fruto recogido en sus misiones, agenciando en todas partes instituciones aptas para perpetuar los buenos sentimientos de los fieles, convertidos por la misericordia del Señor á más cristiana vida.

CAPÍTULO XVIII.

Vuelta del P. Malagrida á San Luis y embarque para Lisboa.

Dos años había pasado nuestro célebre Misionero recorriendo las vastas diócesis del Brasil, renovándose á su tránsito, en todas partes, el espíritu de penitencia y de piedad, antes casi del todo extinguido en la mayor parte de los cristianos allí residentes. Durante su ausencia de San Luis un nuevo prelado, D. Manuel de la Cruz, religioso de la orden de Claraval, se había sentado en la silla episcopal de aquella ciudad, el cual, deseando conocer la viña, que el Señor le había encomendado, y sabiendo por otro cabo, amén del incansable celo, con que la había cultivado nuestro insigne Obrero, las maravillas con que el Todopoderoso afianzaba sus fatigas incesantes, solicitó ahincadamente de los superiores que lo llamasen al Marañón para servirse de sus luces y desvelos en la cultura de sus ovejas. Accedieron estos á tan justos deseos, y llamaron al P. Malagrida. Apenas recibió éste la orden de los que para él representaban á Jesucristo, cuando, sin el menor reparo, abandonando aquellos campos fertilizados con sus constantes sudores, emprendió el camino de la costa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dirigiéndose á largas jornadas á la capital de San Luis.

A pié descalzo hizo su viaje por entre fragosas é impracticables veredas, y al llegar á la aldea, llamada Mayru, se encontró con el hermano de la Compañía, José Pereira, á quien el caritativo P. Juan Ferreira, rector del colegio, habia mandado al encuentro de nuestro Misionero. Venía el santo Varón fatigado, con los piés chorreando sangre de las heridas, y piés y rostro, abrasados por los ardores del sol. En vano el hermano José al ver el lastimoso estado del Viajero le suplicó que subiera á caballo lo restante del camino, por lo menos hasta llegar al rio, donde le tenían una barca ya prevenida: el intrépido y mortificado Padre empeñóse en continuar á pié descalzo su viaje, haciendo solamente cortas paradas en los cortijos y aldeas, donde podía con algún fruto anunciar la palabra de Dios.

Por fin, después de tan penoso andar, el 11 de mayo de 1747 llegó á San Luis el Apóstol del Marañón. Avisados con alguna anticipación estábanle aguardando muchos admiradores y una inmensa multitud de pueblo, que como buenos hijos querían acompañarlo con solemne aplauso al palacio del Ilmo. Sr. Obispo. Ni el tiempo, ni la ausencia habían podido borrar de la memoria de aquellos habitantes el celo indescriptible y los evangélicos favores, que del P. Malagrida tenían recibidos. Llegado á palacio en medio de verdadera ovación, fué recibido con las muestras más cordiales de

benevolencia por el Prelado, el cual, á parte de felicitarle con toda efusión por los prósperos resultados de sus excursiones, le recomendó, con gran insistencia, el cultivo de su numerosa grey, desgraciadamente muy metida en negocios terrenos, y olvidada, en demasía, del importantísimo de sus almas, por las que tanto había sudado el Siervo de Dios.

Seis dias bastaron al P. Malagrida para reponerse de las fatigas del viaje, largo de más de doscientas leguas, y de nuevo lanzarse con frescos bríos á los trabajos apostólicos. Con este celo y tesón empezó el 17 de mayo misión en Tapuytapera, ó Alcántara, donde por espacio de ocho dias, con el fervor de costumbre, y los frutos de siempre, predicó las verdades eternas y obligaciones comunes á la apiñada concurrencia.

Mientras tanto D. Manuel de la Cruz, trasladado á la sede de Mariana, hizo entrega de su diócesis al nuevamente proclamado obispo don Francisco de Santiago de la orden de los Mínimos. Con esta ocasión interrumpió el P. Gabriel sus excursiones, apenas comenzadas, para ir á saludar al novel Prelado y refrendar sus antiguos poderes. Acogiólo D. Francisco con finas pruebas de singular afecto, y al otorgarle amplias facultades para ejercer sin trabas los ministerios, rogóle con encarecimiento que diera una gran misión en la iglesia más vasta de la ciudad episcopal.

El dia señalado para la apertura de estos solemnes ejercicios, presentóse de pontifical el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ferviente Pastor, y no contento con asistir á la devota ceremonia, él mismo desde el púlpito, con un discurso lleno de unción y sabiduría cristiana, exhortó á su numeroso concurso á que acudiera con asiduidad y constancia, y escuchara con atención las instrucciones del venerable Ministro; y dirigiéndose después al Padre, que estaba arrodillado á sus piés, púsole un santo Cristo en las manos, diciéndole estas palabras de Isaías: *Clama, ne cesses, et quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum.* Is. LVIII. 1.—*Clama, no calles, y como trompeta levanta tu voz, y anuncia á mi pueblo sus maldades.*

Armado el P. Malagrida con el Crucifijo subió á la cátedra sagrada, y fiel al encargo del celoso Pastor, demostró al auditorio, no solo la necesidad de la penitencia para el perdón de los pecados, sino también la vanidad vanísima de los bienes caducos y la suma solidez de los eternos, para cuya consecución nos crió el Omnipotente. El pueblo, cada vez más enamorado de tan consoladoras enseñanzas, no se hartaba de escuchar al ardiente Operario, y este no se cansaba de inculcar á su atento auditorio la importancia de salvarse. Los resultados de la misión correspondieron á sus esfuerzos.

De la capital de San Luis se dirigió á Para, distante ciento sesenta leguas, que, como de ordinario, siguió, á pié descalzo, embebido en meditaciones pías. Durante el tiempo que permaneció en esta ciudad, noviciado de su vida apostólica, y teatro de su ardoroso celo, llegó

de Portugal D. Miguel de Bulhoens de la orden dominicana, obispo electo de aquella diócesis. Visitóle al instante nuestro atento Apóstol, y acogido con veneración y agrado, y confirmado en sus amplios poderes por el recién llegado Pastor, dió varias tandas de ejercicios en las principales iglesias, todos con importantes incrementos de gracia y ricas bendiciones del cielo.

Gratísima fué para el caritativo Varón la conversión de una pública pecadora, que por largo tiempo había sido instrumento del demonio en aquella ciudad, cebo, con que pescaba á los incautos, y cadena, con que los arrastraba á la ruina eternal. En oyendo esta al Predicador tronar, con todo su pecho, contra el vicio nefando, ponderar con justicia los terribles estragos, que esta culpa engendra, lo mismo en la sociedad, que en la familia é individuos, presa de sus llamas, y pintar con los más negros colores los especiales y terribles castigos, que en esta y en la otra vida sufrirán los lascivos, conmovióse de suerte que, emulando el arrepentimiento de la penitente Magdalena, no solo se presentó en público vestida de saco y silicio, llorando amargamente sus estravíos, sino que estaba también dispuesta á confesar en público sus pecados delante del crecido gentío, que llenaba la iglesia. Cuales fueran el consuelo del P. Malagrida, como la edificación de los fieles con tan cristiano espectáculo, más fácil es con imaginación viva sentirlo y adivinarlo, que poderlo describir con simples expresiones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alentado el insigne Apóstol bien con estos cambios edificativos, bien con las ya considerables fundaciones, que con los auxilios humanos y divinos había conducido á buen término, animóse á levantar en Para otro seminario, que como todas las obras de Dios, encontró recia oposición y no ligeros obstáculos. El primero y principal nacía del mismo ilustrísimo Sr. Bulhoens, el cual, aunque diera para la obra grato consentimiento, ponía sin embargo condiciones tan onerosas, que el humilde Padre se creyó en apretada obligación de rechazar. Su constancia, empero, no cedió con tal contratiempo, antes descubriendo en ello una prueba más de que la empresa llevaba el sello del divino agrado, no dejó piedra por mover hasta que tuvo allanado aquel inconveniente. Gracias á la influyente mediación del P. Alejandro Antonio, á quien el Prelado amaba con cariño entrañable, obtuvo que por fin este aflojara un tanto en sus exigencias, y dejara al Varón de Dios en santa libertad para designios de tanta monta. Superada esta dificultad, sin duda ninguna la mayor de todas, puso el infatigable Misionero manos á la obra, y no paró hasta verla coronada á medida de su gusto.

Rematado felizmente el edificio, y amueblado de una manera pobre, pero decente, se señaló el 16 de junio de 1749 para la instalación solemne del nuevo establecimiento y entrada de los alumnos, que lo debían poblar. El mismo Sr. Obispo, trocado ya en entusiasta protector del seminario, se dignó presidir la fiesta. A la hora convenida dirigióse, con este fin y con toda la pompa, que en estos casos despliega la Iglesia, al templo del colegio convenientemente adornado, donde, sentado debajo de magnífico dosel y rodeado de los jóvenes seminaristas, autorizó con su presencia el fervoroso sermón, que predicó el P. Malagrida tomando por texto aquellas palabras del Salvador: *Sinite parvulos venire ad me.* Marc. X. 14.—*Dejad que se me acerquen los niños.*

Después del discurso se ordenaron en procesión los alumnos y partieron á su reciente albergue con tal modestia y compostura, que cuantos los contemplaban no podían contener sus lágrimas de consuelo, bendiciendo á Dios y al Padre, que tales obras promovía para bien de la sociedad. Llegados con toda edificación y recogimiento á aquel santo retiro, se arrodillaron á los piés de una estátua de la Virgen, y allí, á dos voces, cantaron una salve para saludar á su querida Reina, bajo cuyo maternal amparo se ponían todos. ¿Qué no se podía esperar, con tal protección y auspicios tantos, de los virtuosos y solícitos colegiales, que presto llenaron todos los puestos disponibles? Con no pequeño gozo y satisfacción contemplaba el P. Malagrida la prosperidad y opimos frutos, que prometía su empresa, puerto de la juventud escogida, semillero de buenos sacerdotes, escuela de perfección cristiana, asiento de las humanas ciencias y fomento de la divina gloria. Con este fin por lo menos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo cultivaba el diligente promotor y arquitecto de tales fundaciones, esperando que el Señor, que así le protegía, daría el suspirado incremento.

Casi al mismo tiempo que esta fundación, promovía en Camutá, lugar notable del Marañón, otra semejante, aunque al fin se deshizo. Fué el caso que misionando el Padre en aquella población, se le presentó un portugués rico, solicitando para dicho pueblo un pequeño seminario. Llamábase el buen lusitano Nicolás Ribeiro, hombre asaz anciano y voluble. Para dicho establecimiento había hecho, de concierto con su esposa, donación ámplia de todos sus bienes con la condición de que, si esta fundación no tenía efecto, debían pasar los mismos haberes al seminario de Para ó á cualquier otro administrado y dirigido por los Jesuitas, bajo el título de nuestra Señora de las misiones. Aceptadas las proposiciones, se puso mano á la obra en el mismo año de 1748, y en tanto que se disponía lo conveniente para abrir las zanjas del futuro establecimiento, reuniéronse algunos seminaristas bajo la dirección del P. Roque Hunderfund, Jesuita alemán, en casa de cierto eclesiástico del país.

Dos lances vinieron á derribar y desvanecer las risueñas esperanzas, que se habían concebido: el primero fué una terrible epidemia, que sobrevino y llevó á la tumba gran número de habitantes de aquella población, por lo cual se tomó la resolución de cerrar el seminario interino, y mandar, por entonces, los alumnos á sus hogares: el otro, más fatal todavía y que embarazó por completo los planes del Padre Gabriel, fué que habiendo muerto la esposa de Nicolás Ribeiro, este cambió de voluntad y consejo; y revocó la expresada donación. Con estos poderosos obstáculos, como todavía no se había dado comienzo al proyectado edificio, se desistió de la nueva empresa.

No acontecía lo mismo con el seminario de Para. Sin cercenar cuidados, ni desvelos; para su mejoramiento moral y material, atendía igualmente el activo Misionero á sus tareas apostólicas y en especial á fomentar la práctica de los Ejercicios de S. Ignacio, de que siempre recolectaba sabrosos y macizos cambios de vida. El mismo Sr. Obispo, D. Miguel Bulhoens, quiso hacerlos bajo la dirección de Maestro tan acreditado, abandonando con este objeto las comodidades de palacio, y retirándose por ocho dias en una pobre celda del seminario recién construido. Salió de aquel recogimiento, como se confiaba, con edificante fervor y ardientes brios de trabajar en la salud de sus ovejas. Aprovechándose entonces el P. Malagrida de las buenas disposiciones del Ilustrísimo Ejercitante, hablóle con gran interés de otro proyecto, que, tiempo hacía, estábale bulliendo en la mente para socorro de las pobrecitas almas. Deseaba vivamente erigir en Para un convento semejante al de Bahía, que á la par sirviese para refugio de la inocencia y asilo de arrepentidas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alabó el Prelado los buenos sentimientos del venerable Operario, pero le manifestó que, pesado el asunto y examinado á la luz de la sana prudencia, no podía suscribir á sus benéficos planes. *Dónde*, le decía, *se podrán encontrar en este pais rentas, ni recursos suficientes para mantener á tantas jóvenes? Y fuera de esto, aun dado que se encontraran, quién se querrá encargar de su dirección? Vosotros los Jesuitas teneis regla, que os prohibe aceptar estas administraciones, erizadas de tantas dificultades y disgustos, por lo cual todo vendrá á caer sobre el obispo, y vosotros sabeis bien que semejantes conventos de mujeres le dan más trabajo y sinsabores que la diócesis entera.*

Bien le pudiera contestar el Siervo de Dios con lo acontecido en el conservatorio, levantado de planta en Bahía, y que, con las limosnas y bendiciones del cielo, desde el año 1739, se había ido sosteniendo y prosperando; pero el humilde Religioso, difiriéndolo para mejor coyuntura, callóse á tales objeciones sin osar insistir en la propuesta. Aunque no quería apresurar la hora de Dios, tampoco podía acallar su conciencia. Pedíale esta refugio y amparo para las infelices, que, abandonadas de propios y de extraños, no saben donde acogerse para librarse de los tiros del mundo y conservar la divina amistad. Con una santa impaciencia, nacida del hervor de la caridad, que en su pecho ardía, iba excogitando nuevos planes para la salud eterna de aquellas desamparadas. Por fin, después

de haberlo consultado con Dios en la oración, y obtenida la debida licencia y bendición de los superiores, afanoso por encontrar auxilio para otros elevados proyectos de la gloria del Señor, resolvió dirigirse al rey de Portugal, D. Juan V, y á su digna esposa doña Mariana de Austria, confiado en que los reales y magnánimos consortes no dejarían de aprobar sus empresas y de contribuir á su ejecución con régia munificencia.

Tan luego como tuvo la aprobación de la obediencia, ya no pudo reposar en paz; y sin fiarse ni en escritos, ni en solicitudes, ni en intercesores, él mismo en persona quiso partir á tratarlo con los monarcas fidelísimos. Con estos designios y propósitos embarcóse á bordo del Porto y se hizo á la vela para Lisboa á 7 de diciembre, año de 1749. Ahora dejando al Viajero que siga su navegación con la bendición del cielo, nos pararemos algunos momentos para exponer brevemente el método, que seguía en sus misiones.

Desde los primeros dias, en el cuerpo de la misión, bien en la iglesia, bien al raso, cuando el templo no podía contener el apiñado concurso, después de la plática doctrinal, exponía el Misionero con fuego santo algunas de las verdades eternas, que suelen platicarse en los ejercicios: el fin del hombre, el pecado, la muerte y otras de esta naturaleza. Acabado el sermón, cuando los oyentes estaban ya casi electrizados, para triunfar con mayor vigor de sus voluntades y excitarlos á mayor dolor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y penitencia de sus culpas, tomaba públicamente, con cadenas de hierro, una sangrienta disciplina, y no cesaba de desgarrar á azotes su inocente cuerpo hasta que á veces se caía rendido de fatiga. Cada golpe, mezclado con ardientes afectos, resonaba en el fondo de los corazones más empedernidos, y al poco rato las lágrimas y los gemidos se estendían por todo el auditorio, y todos compungidos clamaban al cielo por el perdón de sus pecados.

Concluidos los sermones de misión, consagrábanse algunos dias á ciertas funciones religiosas, que celebraba con gran pompa y extraordinaria solemnidad, y ponían el sello á los anteriores ejercicios. La primera la dedicaba al sacratísimo Corazón de Jesús en desagravio de las ofensas, que recibe en el augustísimo Sacramento del altar. Inspirado por el espíritu, que comunicó el divino Maestro á la B. Margarita de Alacoque, encendido en inflamados deseos de reparar los sacrilegios, irreverencias y profanaciones, que se cometen contra nuestro adorable Redentor, encarcelado por nuestro bien en el sagrario, mandaba cantar misa solemne, con sermón de desagravios, en que á parte de inculcar la frecuente comunión, tan necesaria para la perseverancia en los buenos propósitos, solía recomendar la devoción al Corazón deífico, y aun establecer congregaciones para fomentarla y sostenerla, como prenda y segurísimo remedio de estabilidad. Esto se hacía por la mañana. Por la tarde había gran procesión, en que por

calles engalanadas de ramos y flores, hermosos arcos de triunfo, y ricas colgaduras se llevaba triunfalmente la divina Hostia acompañada por inmenso concurso de pueblo, por coros de músicos y cantores, entonando motetes é himnos sagrados.

Hacíase, otro dia, fiesta semejante con misa cantada, panegírico y procesión solemne, á honra de la Sma. Virgen María de las Misiones. Siendo tan filial el amor, que el P. Gabriel sentía por la Reina sin mancilla, venerándola, cual la veneraba, como á canal de todas las gracias, autora de nuestra alegría, maestra de la divina ciencia, norte de sus empresas, consuelo en nuestras amarguras, lenitivo de nuestros males, fuerte escudo en los combates, vencedora del infierno, dulce imán de los corazones, es indecible con cuanta suavidad y gracia se insinuaba en el ánimo de los oyentes, haciéndoles sentir sus santos afectos, y dejándolos á todos enamorados de la Madre de Dios y amantísima Madre nuestra. No hay que decir que en la procesión se llevaba en andas la famosa estátua de Nuestra Señora de las Misiones, compañera inseparable del Siervo de Dios.

Al tercero dia celebrábase función análoga en sufragio de las benditas almas del Purgatorio. Colocado encima de un ataud, y á vista de todos, un esqueleto humano, salía por las calles la procesión de la tarde. Entretanto tañían las campanas con lúgubre sonido como en dia de difuntos, y en medio de tristes cánticos y sollozos y gemidos de los concurrentes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marchaba el fúnebre cortejo á paso lento. En llegando á alguna plaza ó lugar espacioso, parábanse todos, y el Padre, desde algún lugar elevado, les dirigía la palabra, recordándoles los últimos momentos de la vida. *Todos estamos condenados á morir*, les decía: *después de algunos dias, tal vez mañana, se celebrarán los funerales de algunos, que me escuchan. De qué les servirán entonces sus riquezas y honores? De qué sus placeres y vanidades?... Mirad á qué viene á parar el cuerpo, ese ídolo del amor propio, que quisiéramos regalar con tantos requisitos, y verle bañado en agua de delicias. Veis aquellas cavidades abiertas en el cráneo? Eran los ojos, la nariz, la boca, instrumentos y puertas de tantos vicios! Y el alma? Y el alma dónde está?...* Estas expresiones conmovían honda y fuertemente los ánimos, y confirmábanlos en las resoluciones hechas durante los ejercicios de la misión.

Por remate y corona cerrábanse estos con la procesión de penitencia, que tenía lugar después del perdón de injurias, ó de la reconciliación de enemigos. Abría la marcha la enseña de nuestra redención, ó Santa Cruz, y venían luego dos largas filas de verdaderos penitentes. De estos, arrastraban unos largas y pesadas cadenas de hierro; iban otros como reos, con las manos fuertemente atadas á las espaldas; azotábanse éstos con sangrientas disciplinas; llevaban aquellos, ya coronas de espinas, ya enormes piedras ó cruces; varios caminaban con los brazos en cruz ligados

á una barra de hierro, y todos con los piés descalzos, rezando diferentes oraciones. Presidía, por último, todo este acompañamiento el Padre Malagrida, descalzo, coronado de espinas, con una gruesa cadena al cuello y un gran Crucifijo en las manos. Ordenados de esta forma, daban la vuelta á la población, parándose de trecho en trecho para oir alguna saetilla de labios del Varón de Dios, ó de algún otro sacerdote destinado para ello.

De esta manera iba evangelizando nuestro Apóstol aquellos remotos pueblos, jóvenes por su fundación y viejos en la maldad, trasformando, con sus fatigas, villas y ciudades, y reconquistando en todas partes los corazones para Jesucristo. Con esto quedan indicadas las célebres ceremonias, con que se ponía fin á la santa misión; volvamos ahora á reanudar el hilo de la biografía, que habíamos cortado, y salgamos al encuentro de nuestro Héroe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIX.

Viage del P. Malagrida á Portugal y su llegada á Lisboa.

Dejamos al P. Gabriel en el instante de subir á bordo del Porto, con intento de tomar rumbo para Portugal. El capitán, que debía conducirlo, era hombre, como muchos que entonces se estilaban, de pelo en pecho, y sobre todo, hombre de fe antigua, en la que ponía el fundamento de sus esperanzas, y por la que regulaba sus empresas. Cuando llegó la hora de zarpar, el cielo presentaba cariz adverso, y todas las señales precursoras de mal tiempo aconsejaban la dilación del viaje. Esto no obstante, levaron anclas, y pusieron la proa al rumbo prefijado: mas apenas echaron las velas al viento, cuando un fuerte ventarrón los arrojó sobre la costa y los puso á pique de zozobrar. A pesar de tan malos pronósticos y tristes principios, el capitán lleno de fe y humilde confianza en los merecimientos del Padre Malagrida, persuadido de que, con tan buen compañero, nada había que temer, siguió su derrotero, sin apocar, ni amainar siquiera las velas para eludir la fuerza de la tempestad. Los marinos, que lo advertían desde la orilla, espantados de tamaña temeridad, esclamaban:

Este bravo Gallego se cree que con el P. Gabriel puede ya desafiar las embravecidas olas, cual si fuera dueño del Océano. Tal era en efecto su confianza; y esto que no fueron pocas, ni ligeras las pruebas, á que sujetó el Señor la fe del osado capitán.

Tras la borrasca, en que se vieron en riesgo inminente de naufragio, siguió una calma no menos temible y peligrosa, de suerte que para hacer durar más tiempo la corta cantidad de agua dulce, que les quedaba, cuando se hallaban aun á vista del continente americano, pero ya demasiado lejos para acudir al abastecimiento, se vieron en la precisa necesidad de poner tasa á su bebida y disminuir á los pasajeros, que no eran pocos, la ración ordinaria. Por de pronto abrazáronse resignadamente con privación tan dura; mas observando después que, poco á poco, iban con el ánimo faltándoles las fuerzas, tomaron de común acuerdo el partido de interesar á su favor al Siervo de Dios, á quien reverenciaban como á santo, para que les obtuviera del cielo algún alivio en los angustiosos aprietos, en que estaban. Acogiólos el P. Malagrida con entrañas de paterna caridad, y sin olvidarse de ejercitar su humildad profunda, procuró infundirles aliento, animándolos á poner toda su confianza y descansar tranquilos en brazos de la divina Misericordia. Él, por su parte, movido vivamente de compasión, acudió á la fuente de todas las gracias, y después de larga y calurosa oración, fuése á visitar al capitán, y le rogó francamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se mostrase más confiadò en Dios y con los viajeros más generoso, repartiendo á los necesitados agua en mayor abundancia.

El prudente marino, afligido también por las aciagas circunstancias, se excusó diciendo que no podía acceder á sus ruegos sin culpable temeridad, pues no quedaba en la nao sino un solo tonel de ella.

Uno solo? replicó el P. Malagrida.

Uno solo! repitió el capitán.

Pues vamos á verlo! repuso el Siervo de Dios, y ámbos juntos, seguidos de algunos sedientos viajeros, bajaron á la sentina del navío para examinarlo. Allí, sin perder el ánimo á vista de la cortedad del agua para tanta gente, recogióse el Padre unos momentos, y hecha sobre el tonel la señal de la cruz, sin más se volvió al capitán, y le dijo: *Tenga V. fé, mi capitán. Alargue V. la mano con cuantos le pidan de beber, y no lo dude. nuestra provisión será más que suficiente para todo el viaje.* La promesa ó predicción del venerable Misionero infundió en el ánimo del buen Gallego tal confianza, que sin hesitación ninguna mandó en lo sucesivo repartir agua á todos cuantos la pidiesen, sin que les faltara en lo restante del camino.

La calma, sin embargo, iba siguiendo de forma que se pasaron aun varios dias sin mas alivio para la navegación que algunas débiles rachas de viento, por lo cual el viaje se hacía sumamente lento y pesado, hasta que al fin, como si hubieran salido del centro de un ciclón,

y se acercasen á su vertiginosa periferia, se levantó fuerte brisa, que después de haberles hecho ganar lo perdido, se trasformó en ventarrón huracanado. Aquí el dia se les convirtió en ciega noche: cerrado el cielo con negras y gruesas nubes, rasgado el aire con truenos y relámpagos, heridos los oidos con el bramido del mar y el despeñarse de los rayos, al ver luchar los vientos y hacerse sierras de aguas, que regolfándose amenazaban sepultar en sus ondas al débil Porto, se espeluznaban los cabellos: aquello era ir y venir de los pilotos atortolados, allí eran los gritos de los que pedían misericordia! Con tal borrasca en cortos instantes las velas y las jarcias fueron barridas, arruinada parte de la obra muerta, el timón de una grupada destrozado, y el casco haciendo agua por todas partes con peligro de sumirse por momentos en el abismo.

Y mientras unos daban á la bomba para sacar el agua, y otros cerraban con toda presteza las hendiduras, y algunos se esforzaban en remendar otras averías, los pasajeros y varios tripulantes sobrecogidos de terror se acogieron al P. Malagrida, pidiendo alivio y consuelo. Llenólos de esfuerzo el Siervo de Dios, y les infundió seguras esperanzas de llegar salvos á puerto, con la condición de que hicieran voto de confesar y comulgar, con las debidas disposiciones, en algún santuario de la Vírgen, luego que se vieran libres de aquellos apuros. La promesa consoladora se difundió al instante por entre todos los que iban en el na-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vío, los cuales, reunidos con toda devoción en torno del Misionero, repitieron el ofrecimiento á María, sugerido por el Padre. Gloria al Señor de los mares! Apenas concluyeron la deprecación, serenóse el cielo, el mar amansó su furia, y la nave, bien que averiada, pudo continuar su rumbo hácia el Tajo.

Navegaban viento en popa reparando los desperfectos, que podían, cuando olvidados ya del terrible percance, llenaron los aires con clamores de júbilo. *Tierra!* clamaron marinos y pasajeros: *tierra! tierra!!* repetían todos con trasportes de alegría. En efecto, estaban próximos al término de tan larga y desastrosa travesía. Mas quién podrá contar con la seguridad en el proceloso mar de la vida? Todavía quiso el Señor poner á prueba su confianza; y de repente los clamores de gozo se trocaron en gritos de angustia, los cánticos de gloria en lágrimas de pesadumbre, la alegría del rostro en palidez y espanto. El navío, cuya dirección era poco menos que imposible á causa del destrozo del gobernalle, fué á dar contra un escollo. Los de dentro, y los de fuera, que lo contemplaban, estaban poseidos de terror y sobresalto: estos previendo con triste ansiedad la pérdida del buque, aquellos creyéndose á punto de hundirse sin esperanza de socorro. Puestos los náufragos en tales aprietos acudieron de nuevo al que por dos veces les había libertado de la muerte, y le suplicaron con lágrimas y sollozos que los valiera en aquel triste lance.

Entonces el P. Malagrida, que oraba tranquilo en su camarote, se levanta como dispertando de un dulce sueño á los tristes ayes y lamentos, y quitando el velo, que cubría la imagen de la Virgen Sma., compañera y patrona de sus misiones, subió sobre el puente del navío, y bendíjole con el manto sagrado. ¡Caso maravilloso! Al instante aquella gran mole, retrocediendo por sí misma, se deslizó por entre las ondas en más seguro derrotero, y, como dirigida por mano misteriosa, encaminóse directamente al puerto con grandes aplausos y aclamaciones de los numerosos testigos, que desde la ribera presenciaban tamaños portentos.

La alegre nueva, así del arribo, como de los prodigios obrados por el Apóstol del Marañón, se esparció por todo Lisboa con la velocidad del rayo, de arte que, habiendo llegado á oidos del rey Juan V, pudo éste aun mandar una de sus chalupas para conducirlo á tierra, acompañado de sus enviados con el encargo de pasar juntos á palacio. A la entrada del Siervo de Dios, el monarca, que le estaba aguardando, echóse de rodillas y pidió su bendición, á pesar de la dolorosa parálisis, que le impedía el ejercicio de casi todos sus miembros. Con este tierno y edificante espectáculo, el humilde Religioso no pudo contener las lágrimas, y cubierto de rubor y confusión por verse así distinguido de tan célebre soberano, procuró buenamente y urbano escusarse; pero todo fué inútil, porque él mismo rey, cogién-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dole afectuosamente la mano, se la puso sobre su cabeza. En esto el P. Gabriel, con voz entrecortada por el llanto, rogó con la santa Iglesia, diciendo: *Respice quæsumus, Domine, super hunc famulum tuum regem...—Echad, Señor, os ruego, una mirada propicia sobre este vuestro siervo el rey...—No, Padre mio,* gritó el monarca interrumpiéndole, *no: no diga V. R. rey; diga pecador.* Palabra digna de un príncipe fidelísimo, amante de la religiòn y de la sólida grandeza, que está en la virtud y en el arrepentimiento de las pasadas culpas.

Con recibimiento tan afectuoso animóse el P. Malagrida á entablar con el monarca las graves cuestiones, que le habian traido á Europa, que no eran otras sino consolidar sus obras y las de sus hermanos en religión, emprendidas en América. Tres eran las gracias que señaladamente deseaba conseguir para las suyas: primero, poner bajo el real patrocinio los conventos por él fundados en aquellas regiones por ser blanco de los tiros de poderosos adversarios; segundo, mover la generosidad del rey á favor de dichos establecimientos, en que tanto se promovía la divina gloria; y por último, alcanzar autorización para fundar otros del mismo género para utilidad y salud de las almas. El piadoso monarca, no solamente le otorgò cuanto le pedía, sino que también le dió rendidas gracias por el trabajo, que se tomaba en la santificación de sus vasallos de allende los mares, prometiéndole al mismo tiempo la real protección para todas sus apos-

tólicas empresas. El rey, á su vez, deseaba conseguir un favor del venerable Viajero, y era ver la venerada Imagen de Nuestra Señora de las Misiones. Por esto antes que se despidiera, preguntóle; si había traido consigo la estatua de la Virgen, obradora de tantos prodigios? Y como supiera por la respuesta del devoto Jesuita, que la milagrosa Imagen todavía se hallaba á bordo del navío, dió al momento expresa orden de hacerla conducir, con solemne pompa, á la casa de la Compañía, y así se hizo.

Dos días después, una pequeña flotilla de chalupas y esquifes régiamente empavesados, y adornados con vistosas banderolas y gallardetes, salía en busca de la Imagen renombrada. Estaban solícitos aguardándola, en frente del palacio real, los alumnos de los Jesuitas, vestidos de toda gala, y una inmensa multitud de pueblo, que había acudido, quien convidado para aquel acto ruidoso, quien atraido por el festivo repique de las campanas, el estruendo de las salvas de artillería y los acordes de las músicas. No bien la devota estatua hubo sido trasladada al punto de reunión, cuando fué saludada con religioso entusiasmo, y ordenado el numeroso cortejo, púsose en marcha con dirección al colegio de la Compañía de Jesús. Iban delante, en dos largas filas, los discípulos de ésta, llevando cada sección su correspondiente estandarte; seguían los invitados, puestos en orden debido; tras estos venían los profesores con sobrepellices, conduciendo cuatro de ellos, en magníficas andas, la estatua mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lagrosa, y por fin cerraba la procesión el Padre Malagrida, con los piés descalzos y el Crucifijo en las manos, seguido de los marinos y viajeros que, merced á la intercesión de María, habían escapado del naufragio.

El concurso era numerosísimo; el mismo rey quiso presenciar el desfile de tan edificante y conmovedor cortejo, desde una ventana de palacio. Llegados á la Iglesia, y colocada la Estatua en riquísimo trono, de antemano y oportunamente preparado, subió al púlpito el Padre Malagrida, y con su característico desenfado y ardentísimo celo, dirigió al apiñado auditorio breves, pero tan sentidas palabras, que todos pudieron facilmente columbrar qué tales eran las llamas de amor divino, que abrasaban su corazón. Así inauguró sus apostólicos sermones en la corte lusitana, donde, al igual que por América, se hizo admirar tanto por su actividad asombrosa, como por su caridad evangélica. A las pocas semanas de su arribo habíase ya ganado de todos los habitantes tal aprecio y veneración, que cierto varón distinguido, el cual hacía largos años pedía á Dios la gracia de ver durante su vida por lo menos alguno de los grandes santos, cuyas virtudes fuesen dignas de ser indeleblemente consignadas en los fastos de la Iglesia, en saliendo de una conversación, que tuvo con nuestro Misionero, no pudo menos de exclamar: *Gracias á Dios! Ya estoy satisfecho! He visto á un gran santo!*

Penetrada de igual respeto y estima, la piadosa reina doña Mariana de Austria quiso hacer, bajo su dirección, los Ejercicios espirituales de S. Ignacio juntamente con todas las damas de su servidumbre. No hay que indicar siquiera, que semejante propuesta érale muy conforme y muy hecha á su gusto, érale como convidarle á bodas; y así se los dió con tanto empeño y fervor, cuanto era el fruto que se prometía de señoras, que tan eficazmente podían influir en la mejora de costumbres en todos los demás. Gracias á los auxilios del cielo y á la diligente cooperación de las ejercitantes, todas salieron del santo retiro con no menores creces de piedad, que grato entusiasmo por las virtudes del ferviente Director. Pero lo que puso el colmo á la fama de santidad y le grangeó con todos mayor renombre, fué la curación milagrosa atribuida á sus oraciones.

Don Antonio de Amaral Sarmento, antiguo Gobernador de las Indias orientales, tenía una hijá, llamada Rita, tan gravemente enferma, que tiempo hacía la consideraban ya en el borde del sepulcro. Perdida, pues, toda humana esperanza, la madre de la enferma recurrió al caritativo Varón, y le suplicó con apretadas instancias rogase al Señor por la salud de su hija querida. El Padre adelantándose á los deseos de la suplicante, fué á visitar á la enferma, y habiéndose mandado traer un pedazo de pan: *Toma, hija mía,* le dijo, *toma este bocado de pan y cómelo, porque confío que pronto te levantarás y vendrás al Colegio para dar las gracias á S. Francisco Javier, que quiere cu-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarte. La joven tomó el pan y lo comió; y, fuerza del poder divino! al instante sintió renacer el vigor perdido en todos sus miembros, ya casi helados con el frío de la muerte, y el mismo dia fué, con sus propios piés, al Colegio para dar las gracias á S. Francisco Javier, conforme se lo había recomendado el P. Malagrida.

Parece increible el ascendiente que, con estas y otras obras, se conquistó, á los pocos dias, entre los moradores de Lisboa, ascendiente solo igual á la diligencia y celo, con que se aprovechaba de tan buenas disposiciones para prender en todos el fuego del divino amor, y promover la reforma de costumbres. Este mismo celo parecía multiplicarle y hacerle superior á sí mismo, si atendemos á las muchas y grandes obras, en que entendía. Restablecía la observancia y fervor en los monasterios, daba ejercicios espirituales en todas las iglesias de la ciudad, visitaba enfermos y encarcelados, confesaba, predicaba, catequizaba, era el alma de todas las buenas empresas, recogiendo siempre y en todas partes frutos de santificación. El mismo, con ser tan reservado, no podía ocultar estos felices éxitos, con que Dios coronaba sus trabajos, pero, en su profunda humildad, todo lo atribuía complacido á la sola protección de la Virgen María, como antes, por no picar en taumaturgo, había referido la curación milagrosa al Apóstol de las Indias.

Mi estancia en Lisboa, escribía él mismo, *parecía convenir á la gloria de nuestra Señora del Marañón, porque no á mí, que quién soy yo en*

efecto? sino á esta Patrona querida de mis trabajos deben rendirse los honores, de que me colman. Tal era la reverencia y entusiasmo, que el venerado Misionero había excitado entre los fieles y bondadosos portugueses.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XX.

Muerte de Juan V y advenimiento de José I al trono; y su ministro José de Pombal.

Un gran consuelo estaba reservado aun al infatigable Apóstol del Marañón. El piadoso monarca Juan V, martirizado por contínuos y agudísimos dolores, queriendo acudir á la fuente perenne de verdadera paz y sólida dulzura, quiso también, á imitación de su amante consorte, retirarse á meditar las eternas verdades, haciendo los santos ejercicios bajo la dirección del sabio y experimentado maestro, el P. Malagrida. Qué desgracia la de nuestro siglo! Que no acudan ni reyes ni gobernantes á esta escuela de piedad y de fortaleza, tan indispensables para el buen régimen de los pueblos! Por esto lloramos sin provecho y, casi sin esperanza de remedio, el desorden y la maldad triunfantes, vendida la justicia, escarnecida la religión, holladas sin escarmiento leyes justas, prostituidos los pueblos, y desterradas la paz y la concordia de las familias. Otro era el sol, que alumbraba á Portugal, cuando sus monarcas se recogían á meditar sobre sus gravísimos deberes!

El augusto ejercitante principió por trasformar su palacio en verdadera soledad. Habien-

do mandado colocar en su real oratorio la estatua de Nuestra Señora de las Misiones entre colgaduras preciosísimas, recamadas de oro y de piedras de sumo valor, depuso á sus plantas el cetro y la corona, insignias de su realeza, y se abandonó sin reserva á la disposición y enseñanza de su guía espiritual.

En aquel santo retiro, tratando á sus solas con el Todopoderoso los negocios del alma, conocía con toda claridad que no era del pueblo voluble, de quien había recibido su diadema, sino de Dios, absoluto Gobernador del universo, á quien en su hora tendría que rendir apretadas cuentas de la real mayordomía. Allí, ilustrado con soberana y divina luz, se representaba la malicia y estragos de la culpa, raíz funesta de todos los males de la sociedad. Allí medía con fiel compás los riesgos de las lisonjas y los engaños de la carne y la vileza y vanidad de todo cuanto estiman los ciegos esclavos del mundo. *Qué vale todo lo caduco por grande que sea*, decíase para sí mismo, *si se compara con los eternos bienes, que nunca se han de acabar?* Vendrá la muerte, que con igual facilidad troncha los cetros de los reyes, que los cayados de pastores, y á cuyo soplo lo mismo se derrumban los palacios de los grandes, que los míseros bohíos de andrajosos, y entonces ay! cuántos prefirieran morir porteros de un convento, como decía Felipe II, á morir rodeados de las grandezas del siglo! Conmovido un dia con estas verdades y por la palabra penetrante de su virtuoso Maestro, ex-

clamó: *Diga V. R., Padre mío, diga lo que debo practicar para satisfacer mi conciencia, que, cueste lo que cueste, resuelto estoy á salvarme á todo trance.*

Esta misma luz y moción divinas estampaban en su alma gran desprecio y aborrecimiento de cuanto puede alejar de Dios, y vivo y vehemente afán de conocer y amar los tesoros eternos y celestiales, en los cuales no puede caer muerte, ni corrupción, y, en fin, santa codicia de trabajar con empeño para conseguirlos, y, á trueco de salir con el acierto, no perdonar fatigas, ni dolores, ni oprobios, ni la muerte misma, que se atravesase. Así se ejercitaba el ferviente monarca!

Dichoso él que así aprovechó los dias, que le venían contados; porque, adornado de tan bellas disposiciones, le visitó la muerte, y quitándole la corona mortal, se lo llevó á la eterna el 31 de julio de 1750, dia en que la Iglesia celebra la fiesta de S. Ignacio de Loyola, cuyos santos Ejercicios le habían preparado tan cristianamente para el terrible trance de la muerte y el no menos terrible momento de presentarse ante el divino tribunal. El P. Malagrida tuvo la dulce satisfacción de ayudar á bien morir al augusto monarca, y de recibir su postrer aliento. *Venturoso Príncipe!* exclamó Benedicto XIV al anunciar su muerte á los cardenales en pleno consistorio, *venturoso Príncipe! Feliz nuestro hijo fidelísimo en haber tenido por Director al P. Malagrida y de haber espirado en sus brazos!*

Pero triste reino! Reino desgraciado! Porque, con Juan V, pierde su verdadero padre, un soberano, que por su acertada dirección en el gobierno, por su protección á las ciencias y á las artes, por su tesón en pro del comercio y de la industria y, sobre todo, por su ardiente celo en dilatar los límites del reino de Jesucristo, le mereció un renombre, que feneció junto con príncipe tan esclarecido, y que forma uno de los principales florones de su historia patria. Portugal lloró con profundo y sentido duelo la muerte de tan gran monarca, y los futuros acontecimientos probaron á las claras que no sin motivo lamentaba su infortunio.

A tan valioso rey y cariñoso padre de sus vasallos sucedió José I, príncipe débil, muelle y afeminado, que para desgracia de su pueblo reinó más de nombre que de hecho. Para colmo de desdichas, á poco tiempo de haber tomado las riendas del gobierno, cayó el infeliz bajo la tutela, ó mejor bajo la férula del famoso marqués de Pombal, ministro hipócrita, audaz, y naturalmente tiránico, cuyo tenaz odio y masónicas cabalas debían ser terriblemente fatales á nuestro ingénuo, manso y humildísimo Apóstol del Marañón, P. Gabriel Malagrida.

Sebastián José de Carvallo, más tarde marqués de Pombal, nació el año del Señor de 1699, diez después que el P. Gabriel, en la villa de Soure, territorio de Coimbra. Por más que fingiendo códices y pergaminos, intentó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

usurpar á D. Gonzalo de Cristovan los títulos de nobleza, consta que fué hijo de un pobre caballero, cuyas virtudes no supo imitar, y descendiente de Sebastián de Matta-oscura y de la negra Marta Fernandes.

Después de haber comenzado el estudio de derecho en la universidad de Coimbra, viéndose desairado por las ciencias, quemó los libros, y sentó plaza de simple soldado. Tampoco le sonrió la fortuna en esta carrera, puesto que, aborrecido por su altivez, la mayor graduación á que ascendió, y con gran trabajo, fué la de cabo de escuadra; por lo cual, disgustado de las armas, como antes de los libros y cartapacios, dejó también el servicio militar en 1732. Entregóse entonces á proezas nocturnas, hecho adalid de camorristas y matones, y terror de otras cuadrillas de perillanes, capitaneados por hijosdalgo.

Esto, sin embargo, y á pesar de hallarse sin oficio ni beneficio, sostenía relaciones amorosas con la galante viuda Doña Teresa de Noroña y Almada, sobrina del conde de Arcos, la cual se había enamorado de Sebastián, por concurrir en él la gentileza de su persona y el prestigio del valor. Apoderado, pues, del corazón de la cuitada, temeroso de la venganza de los Noroñas y de los desdenes de su tio Pablo, fugóse con ella á Soure, y allí se casó con dicha señora, viuda de D. Antonio de Mendoza. Siete años estuvo en aquella provincia, odiado y oscurecido, *comendo a broa de milho de Soure*, comiendo negro pan de borona, como escribía él mismo á Fray Gaspar de la Encarnación.

En 1738, inesperadamente, con sorpresa y murmuración de los nobles, pasó á Londres en calidad de enviado extraordinario. Quién le dispensó tanta protección? Algunos creen que fué el cardenal de la Motta en atención á su tio, arcipreste mitrado de la catedral; mas un año antes, ya Pablo de Carvallo había descendido al sepulcro. Pero, segun parece, le procuró tan noble cargo Fray Gaspar Moscoso, tio del marqués de Gouvea, á quien más tarde mandó matar el agraciado. Así solía corresponder Pombal á los beneficios. Dicen que Fray Gaspar de la Encarnación, ministro de Juan V, era hombre de bien, pero de cortos alcances.

Al partir Carvallo para su destino, dejó en Lisboa á su esposa, la cual encontró siempre cerradas las puertas de sus parientes, y poco después, en 21 marzo de 1739, le abrieron las de la sepultura. Estuvo viudo seis años en Londres, sin que aprendiera una palabra de inglés, ni siquiera para traducirlo. Varias veces fué reprendido por D. Juan V á causa de sus costumbres, en extremo libres, que no solo por el descuido de los negocios, que le estaban confiados. Decía él mismo en carta á Marco Antonio de Acevedo Coutiño: *Es cosa para mí harto cruel recibir en todos los correos reprensiones de su majestad, sin saber el motivo por que me las dirige. Cuanto más feliz sería yo en Soure, comiendo el pan de borona en el regazo*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la amistad, que no en esta corte, sin carácter público, condenado á representar el papel de vil espía.

En 1745 fué sustituido por D. Antonio Freire de Andrade, nombramiento, que juzgó suplantación, y que no le perdonó jamás el rencoroso Pombal. Enviado más tarde á Viena, desempeñó el mismo cargo con igual dejadez y descrédito. Contrajo aquí segundas nupcias con la heredera de la ilustre casa de los Daunmas, habiendo caido en desgracia del rey y de su ministro D. Pedro de la Motta, fué llamado á Portugal, y dejado sin empleo. Durante el desempeño de estos cargos fué cuando entró en relaciones con los enemigos jurados de la religión, y señaladamente de la Compañía de Jesús. Merecen nombrarse en especial Francisco de Oliveira, portugués, y Justino Febronio. Con aquel librepensador y condenado por el Santo Oficio vivió en Inglaterra y en Austria unido en tierna amistad: mas esto no impidió que, después de haberse servido de sus trabajos subversivos, le condenara con el tiempo á ser quemado vivo; y así en efecto, ya que no pudo haberle en persona, lo quemó en estatua, en el mismo dia que los huesos del P. Malagrida se calcinaban en la hoguera. En Viena se embebió en las doctrinas de Hontheim contra el primado de jurisdicción, propio del Vicario de Jesucristo. El nombrado Justino fué su maestro, y él, discípulo agradecido, luego que gozó de valimiento, mandó traducir y vulgarizar sus obras á costa del real erario.

Vuelto ya á Lisboa, á pesar del desaire recibido de parte de Juan V, confiado tal vez en influencias secretas, solicitó nada menos que la plaza vacante de Secretario de Estado; pero el rey, que le conocía muy á fondo, rehusó constantemente conferirle semejante cargo.

Entonces Carvallo imploró la protección de la Reina, la cual repetidas veces se empeñó por su recomendado, haciendo á nuevas repulsas nuevas instancias con el rey, su esposo, ya por medio de su confesor el P. Moreira, ya por valimiento del P. Juan B. Corbona, en quien el príncipe tenía gran confianza. Entrambos á dos eran Jesuitas, engañados por las hipocresías de Pombal. Pero tampoco le surtió efecto su repugnante osadía. Cada y cuando interponían su mediación á favor del importuno pretendiente, respondíales el soberano con resolución: *Yo conozco bien á ese hombre turbulento, hipócrita y atrevido: desciende de una familia, que siempre se distinguió por su espíritu de venganza y de crueldad: no abogueis por él.* Lo mismo contestaba siempre á los que porfiaban por levantar al caido. Al marqués de Valencia, que intercedía en cierta ocasión en pro de la misma causa, le atajó el rey con estas palabras: *Ministro, no me hableis de ese hombre, que pondría el reino en confusa conflagración.* Como el P. Moreira insistiese un día en su demanda, intercediendo á favor del cesante; *No,* respondió D. Juan, *no me hableis nunca de ese pertinaz. Vosotros no le conoceis: no quiero poner mis estados en combustión, como sucedería sin*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remedio, accediendo á sus taimadas pretensiones.

A los Jesuitas, sin embargo, á quienes se acusa de excesivamente avisados y astutos, estaba reservado dejarse fascinar por las mentidas virtudes del hipócrita. Y en verdad, atendidas las apariencias deslumbradoras, la Compañía no podía hallar en Portugal mayor amigo que Sebastián Carvallo. Para demostrar el aprecio, que á los Padres profesaba, vistió á un hijo suyo con la sotana de jesuita, y después de haberlo introducido, con este uniforme, ante el monarca, lo llevó al P. Moreira diciéndole: *Vengo á poner á las órdenes de V. R. este pequeño apóstol de la Compañía de Jesús.* El mismo, cuando se presentaba de visita á los PP. Jesuitas, soliase anunciar bajo el nombre de *jesuítico*, nombre que le cuadraba tan perfectamente como á algunos generales romanos los apellidos de *africano*, *númida* ó *germánico*. Pronto veremos hasta qué grado llevó su reconocimiento y amor para con las personas, que, ilusionadas por sus fingidas demostraciones de estimación y de cariño, levantáronle al ministerio en tiempos de D. José I; volvamos ahora á nuestro apostólico varón el P. Malagrida.

Antes que Juan V bajase al sepulcro, había concedido al Siervo de Dios todas cuantas gracias había solicitado para sus fundaciones de América; y, no contento con haberle otorgado plenas facultades para construir conventos, establecer asilos y erigir seminarios en todos los puntos, donde lo juzgase conveniente al bien

de sus vasallos, le entregó una fuerte suma con el objeto de cubrir los primeros gastos de las fundaciones, y señaló de su caja peculiar la renta de doscientos duros para cada una de las casas, que levantare. Favorecido, pues, con real munificencia por parte del cristiano Príncipe, cumplidas ya sus vehementes ánsias en Portugal, deseaba otra vez hacerse cuanto antes á la vela para sus queridas reducciones del Brasil y del Marañón, y repartir allí con largueza los dones del piadoso monarca. Miserias del mundo! Entusiasmado el Varón de Dios con resultados superiores á sus grandes esperanzas, no podía vislumbrar siquiera la furiosa tempestad, que se estaba ya fraguando en lóbregas asambleas, y que debía, en breve plazo, arruinar, no solo cuantos edificios tenía fundados, y á su vuelta edificaría en las Américas, sino también todo lo que, á costa de indecibles sudores, dispendios y sacrificios, habían levantado sus laboriosos hermanos.

Sin pensar en nada de los tristes y futuros acontecimientos, ocupado tan solo en sus benéficos planes, se dispuso con gran consuelo á atravesar de nuevo los mares; pero al irse á despedir de la reina madre, se encontró con que la fervorosa princesa, desolada por el temor de perder director tan virtuoso, prudente y sabio, pretendía vivamente poner estorbo á su partida, y retenerlo en Portugal, á fin de que la asistiera en el paso terrible de la muerte, que creía no lejana. A demanda y pretensión tan inesperada el P. Malagrida con tono, que no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejaba lugar á duda, como si tuviese ante sus ojos lo porvenir, le respondió, asegurándole que volvería á tiempo y sazón para consolarla en su postrera enfermedad. *Solamente con esta condición,* respondió la reina, *consiento en la partida de V. R., pero le suplico que, ni en aquellos lejanos países, se olvide de mí en sus oraciones.*

Habida ya la real venia, todo estaba ya presto, y próxima la hora de embarcarse, cuando al ir á salvar por tercera vez el vasto océano, se acordó de su patria y de los hermanos, con quienes había vivido dulcemente unido con los vínculos de la religión y de la caridad. Para manifestarles, pues, que no los tenía olvidados, tomó la pluma, y les escribió una esquela ó carta de despido fecha el 15 de junio de 1751. He aquí su contenido:

«El P. Gabriel Malagrida.

«Después de veintinueve años pasados con suma felicidad y gozo de su alma, en medio de grandísima variedad de trabajos, entre los pueblos del Brasil, ya con los colonos portugueses, ya con los bárbaros indígenas, en cumplimiento de su ministerio apostólico á servicio de tan buen Señor, encontrándose en este momento, sin saber cómo, en esta ciudad y corte de Lisboa, por gravísimos intereses de su Señor soberano, es á saber, para hacer autorizar por el rey diferentes fundaciones de conventos, casas de ejercicios y seminarios, antes de volver por segunda vez las espaldas á Italia y repasar el océano, aprovecha la ocasión de mandar los

más cordiales recuerdos y los más tiernos abrazos á todos los Padres, que conoció, y señaladamente á los PP. Codolini, Cazati, Adiberti, Bruzati, Altogradi, Inurea, Brizio, Carolino, y con toda la eficacia de su corazón les ruega que encomienden *se et sua omnia* al adorable Salvador Jesús y á su Santísima Madre, la esperanza y protectora de sus misiones.

«*Illa invenit tantam gratiam in oculis Regis et Principum=ella ha sabido hallar tanta gracia á los ojos del Rey y de los Príncipes,* que ya me han sido concedidos toda suerte de socorros y favores; y además se me han prometido abundantes limosnas para la creación de seminarios. Es verdad que los consejeros no se hallan igualmente bien dispuestos para este negocio; porque siempre los grandes gastos les cuestan mucho.

«Este digno y querido P. Carboni había recibido de su majestad orden de activar el cumplimiento de su generosidad piadosa, pero la pérdida tan prematura y tan sentida de esta gran columna de nuestra Compañía ha venido á turbar estas buenas esperanzas.

«Vuestra santa bendición y hasta vernos en el Paraiso,

Gabriel Malagrida, S. J.

«*Colegio de S. Antonio de Lisboa 15 de Junio de 1751.*

«P. D. Yo hubiera querido escribir á cada uno en particular, y no lo he hecho por haber estado ocupadísimo en dar los ejercicios á las señoras de la corte, y también porque hace ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos años que no sé quién de VV. RR. vive y quien haya muerto.»

Así sabía este amante Obrero fomentar la caridad y unión religiosa con sus hermanos ausentes, y tan grata le era la memoria de aquellos, con quienes había vivido. La santidad no solo no se opone á la verdadera ternura de corazón, sino que antes bien la purifica y perfecciona con quilates de caridad, y la encumbra hasta el heroismo.

CAPÍTULO XXI.

Vuelta del P. Gabriel á la América y nuevas fundaciones.

Obtenida ya la permisión de la reina madre, y arreglados los demás negocios, quería el Padre Gabriel no aguardar más tiempo en emprender su navegación, y así lo contrató en efecto con un buque mercante, en que se aprestaba á partir con otros cuatro misioneros de la Compañía: mas la reina viuda, queriéndole dar testimonio de su filial estimación, lo hizo subir á bordo de un navío real, que debía zarpar presto para llevar á las Américas al nuevo gobernador del Brasil, D. Francisco de Mendoza Furtado, hermano de Pombal. De esta forma, por especial disposición de la divina Providencia, en un mismo navío se hallaron el más fuerte sostén de las misiones portuguesas y el enemigo más encarnizado, que en aquellos lejanos países había de tener la Compañía de Jesús, es decir, se encontraron en un mismo redil el lobo voraz y el manso cordero. No obstante, como no había llegado aun para los enemigos de la Iglesia la hora de obrar, así encubría D. Francisco sus dañados intentos, para patentizarlos, sin ambajes, en la hora señalada por el Omnipotente para entregar á los Jesuitas en poder de las tinieblas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos años que no sé quién de VV. RR. vive y quien haya muerto.»

Así sabía este amante Obrero fomentar la caridad y unión religiosa con sus hermanos ausentes, y tan grata le era la memoria de aquellos, con quienes había vivido. La santidad no solo no se opone á la verdadera ternura de corazón, sino que antes bien la purifica y perfecciona con quilates de caridad, y la encumbra hasta el heroismo.

CAPÍTULO XXI.

Vuelta del P. Gabriel á la América y nuevas fundaciones.

Obtenida ya la permisión de la reina madre, y arreglados los demás negocios, quería el Padre Gabriel no aguardar más tiempo en emprender su navegación, y así lo contrató en efecto con un buque mercante, en que se aprestaba á partir con otros cuatro misioneros de la Compañía: mas la reina viuda, queriéndole dar testimonio de su filial estimación, lo hizo subir á bordo de un navío real, que debía zarpar presto para llevar á las Américas al nuevo gobernador del Brasil, D. Francisco de Mendoza Furtado, hermano de Pombal. De esta forma, por especial disposición de la divina Providencia, en un mismo navío se hallaron el más fuerte sostén de las misiones portuguesas y el enemigo más encarnizado, que en aquellos lejanos países había de tener la Compañía de Jesús, es decir, se encontraron en un mismo redil el lobo voraz y el manso cordero. No obstante, como no había llegado aun para los enemigos de la Iglesia la hora de obrar, así encubría D. Francisco sus dañados intentos, para patentizarlos, sin ambajes, en la hora señalada por el Omnipotente para entregar á los Jesuitas en poder de las tinieblas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre tanto soplaban vientos bonancibles: al mismo P. Malagrida, antes de hacerse á la vela, llególe á toda prisa carta autógrafa de Don José I, en la cual el príncipe le nombraba real consejero en las posesiones ultramarinas, queriendo de este modo hacer público y manifiesto cuanto se complacía en la munificencia de su antecesor para con el venerable Misionero, y dar una prueba de agradecimiento por lo que el celoso ministro había hecho con sus augustos progenitores. También partió agradecido el activo Padre, augurando para sus misiones dias venturosos, que no debían llegar.

Durante la travesía se portó como verdadero Apóstol: veíasele incesantemente ocupado en obras de caridad, sin esquivar jamás sacrificio ninguno, y aprovechando solícito cualquiera oportunidad de recordar á la tripulación las máximas eternas, les exhortaba ahincadamente al exacto cumplimiento de los deberes cristianos, única derrota que nos lleva seguros al puerto de vida perdurable. En todos estos desahogos de su fervor evangélico, si bien de la mayor parte era escuchado con atención y respeto, y aun de casi todos recogía el fruto, que su celo ambicionaba, no faltaba con todo alguno que, desgraciadamente imbuido en los errores filosóficos y volterianos, allá en sus adentros y aun sigilosamente en lo exterior, hacía zumba é irrisión de las católicas máximas del Misionero.

Uno hubo, el cual delante del mismo Padre tuvo la insolencia y avilantez de afirmar que la

religión católica era rémora y estorbo incomportable para el progreso temporal de los estados, citando en prueba el ejemplo de Inglaterra, que después del cisma de Enrique VIII había llegado á una altura, donde no había subido jamás nación ninguna sujeta al catolicismo. Infeliz! Como si pudiera haber progreso macizo, donde se cultiva solo la materia con menoscabo de la virtud y olvido casi completo de la más noble porción del hombre, que es el alma espiritual, viva fotografía de la divinidad! El afrancesado aparentaba ignorar, que la grandísima riqueza de aquel país, en parte fruto de la expoliación de la Iglesia, estaba monopolizada por unos cuantos magnates, los cuales no adorando á otro Dios que al dinero y los regalos carnales, dejaban á la mayor parte de sus vasallos morirse de miseria en el fondo de minas insalubles, ó en el traqueteo de las fábricas, donde perecían y fenecen en peor condición y estado que los esclavos de las Américas. No dejó el P. Malagrida pasar sin correctivo tan falsos y escandalosos dislates; y el oficial, no sabiendo que contestar á los irrebatibles argumentos del Jesuita, confundido y avergonzado, se escusó diciendo que había hablado en broma y no con seriedad.

Por fin, después de un viaje de los más breves, que se hacían en aquellos tiempos, dieron fondo en San Luis el dia 26 de julio, fiesta de la gloriosa Santa Ana, madre de la Reina de los cielos, en el año 1751. En agradecimiento de navegación tan próspera, atribuida á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

protección de la Vírgen Santísima de las Misiones, se ordenó una devota procesión en obsequio de la Reina de los mares; y el gobernador Mendoza, que no había arrojado aun la máscara, junto con otros tres dignatarios del Estado, llevó en andas hasta el colegio de la Compañía la milagrosa Imágen de Nuestra Señora, que el P. Malagrida no había consentido quedara en Portugal. El pueblo, que no había podido con la ausencia olvidar al Misionero incansable, salió en masa al encuentro de cortejo tan brillante, y en medio de entusiastas aclamaciones, mezcladas con el estampido del cañón y el festivo repicar de las campanas, saludó con trasportes de alegría la llegada del nuevo Gobernador y del venerable Operario.

Pero los que mayor contento y más agradable sorpresa mostraron por el retorno del Padre Gabriel fueron, primero los Padres del colegio, que habían desconfiado ya de volverle á recobrar, y después sus antiguos discípulos, que no cabían de placer por el arribo de Maestro tan querido. A uno de ellos, que le preguntó: cómo había podido ganar con tanta presteza las costas americanas? le respondió, haciendo alusión á la Sma. Vírgen, con aquel verso de Virgilio: *Matre Dea monstrante viam*. Sin embargo, nadie más gozoso que el mismo P. Malagrida por considerar llegado ya el cumplimiento de sus costosas esperanzas. Así, no bien hubo tomado huelgo del mareo del camino, cuando se apresto á conducir á feliz remate sus proyectos, dando principio por la fun-

dación de un seminario en San Luis. Pero el Ilmo. Sr. Obispo, D. Francisco de Santiago, mostrándose como resentido por la próspera gestión de las negociaciones del Padre en la Córte, léjos de favorecerle en sus pretensiones, pretestando que se vulneraban los derechos y prerogativas, que le concedían los cánones del Concilio Tridentino, rehusó resueltamente dar su consentimiento á obra de tanto provecho para su diócesis.

Con repulsa tan inesperada suspendió el Padre sus diligencias, y quedó tranquilo sin inmutarse en nada, ya por amor á la paz y al buen ejemplo, ya porque contaba con otros medios de promover la divina gloria. Por el pronto entregóse sin reserva ni descanso á la predicación. Acercábase la fiesta de la Asunción gloriosa de la Sma. Vírgen á los cielos, y, con el fin de preparar al pueblo á esta grande solemnidad, lo reunió tres dias en la iglesia del colegio, celebrando con toda pompa un triduo á su adorada Reina de las Misiones. Colocó, al efecto, su estátua vestida con los adornos, regalados por los príncipes de Portugal, extendida sobre lecho mortuorio, cubierto de flores á la usanza de la corona de Aragón y de algunos pueblos de Italia. Este no acostumbrado espectáculo en aquellas tierras atrajo gran concurrencia de gente á oir los sermones del celoso Apóstol con no escaso fruto de conversiones y cambios de vida, que también las novedades pueden ser santas y ayudar poderosamente á la difusión del reino de Cristo. El dia de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fiesta el Ilmo. Sr. Obispo no solo celebró de pontifical con gran contentamiento de todos, sino que también se dignó presidir la procesión, en que con brillantes muestras de regocijo y devoción se paseó por la ciudad la estátua milagrosa.

Después de estas saludables funciones, en que se reanimaba la piedad de los fieles, dirigióse el P. Gabriel á Para, donde encontró su Seminario en estado floreciente. Confiaba poder construir por fin en la misma ciudad la casa de refugio, desde tanto tiempo proyectada, pero el Varón de Dios no contaba por una parte con la malicia de sus enemigos, que lo eran también del humano linaje, y por otra con las ideas filosóficas y subversivas, que desgraciadamente iban cundiendo en aquellos pueblos. El Señor quería hacerle participante de su amargo cáliz. Comerciantes y novadores, ganosos de amotinar contra el pacífico Apóstol á los moradores de la ciudad, empezaron á esparcir rumores falsos y calumniosos contra los intentos del Padre, diciendo que su viaje á Lisboa no habia tenido más objeto sino el de abogar á favor de los esclavos, y que abusando de su influencia sobre el rey, habia conseguido astutamente órdenes secretas para arrancarlos de manos de sus dueños y ponerlos en libertad. Tan mañosamente urdieron su tela de iniquidad los enemigos de Dios y de su Iglesia, que fascinados los portugueses con las detracciones, y temerosos de perder en un solo dia toda su ilícita fortuna, dieron fácilmente

crédito á las mentirosas parlerías; y el indefenso P. Malagrida se vió en la triste precisión de abandonar la ciudad para no perecer víctima del pueblo tumultuado.

Cumpliendo, pues, el consejo de Jesucristo, quitóse el polvo de los zapatos, y se embarcó para volver á San Luis. Habían entrado ya con su canoa en el estrecho canal, que conduce al puerto, cuando de repente se embraveció el mar, y amenazó sepultar entre sus ondas á la frágil barquichuela. Sumíase y regolfaba la canoa, pareciendo que en cada regolfo iba á ser tragada por las aguas; andaban los remeros lidiando, pero en vano: en lo más recio del peligro tiran los remos, y corriendo á echarse á los piés del P. Malagrida, que oraba tranquilamente, clamaron con la fe de los discípulos de Jesús: *Salvadnos, que nos vamos á pique!* Entonces el Padre, sin perder su calma, se levantó, hizo la señal de la cruz, y al instante el viento calmó, apaciguóse la mar y el bote, sin avería, llegó á salvamento.

Habiendo saltado á tierra, como si nada de adverso les hubiese acontecido, al momento se entregó el infatigable Ministro de Dios á sus ordinarias tareas. Como se moría por extender la divina gloria, y cada dia meditaba nuevas trazas con que rendir las almas al Señor, así resolvió, á imitación del venerable P. Anchieta, componer dramas sacros y piadosos para hacer más sensibles las verdades de nuestra santa Religión. Su ardiente afán resucitó en la imaginación el estro de sus mocedades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al poco tiempo, el nacimiento del Salvador, la pasión, el juicio final, fueron puestos en escena delante de numeroso concurso, que se deshacía en lágrimas y tiernos afectos á vista de tales representaciones. Hartos hubo, que al volver á sus hogares, entraban contritos y trocados, mucho más de lo que habian experimentado otras veces después de haber oido elocuentes oradores. Así, con este santo artificio, suavemente se grababan las máximas cristianas en aquellos rudos entendimientos!

Su actividad no cesaba, y en medio de sus pruebas y ensayos no desistía de sus fundaciones y de ellas trataba con frecuencia. Viendo, pues, que no se allanaban los obstáculos respecto del seminario en proyecto, trató de abrir otra casa de amparo semejante á la de Bahía. Consultó su caritativo plan con el Ilustrísimo Prelado, y no solo no encontró ninguna oposición, antes sí plácemes y alabanzas, por lo cual, sin dilación ni rémora, viendo que la obra fraguaba según sus deseos, procedió cuanto antes y con la mayor pompa á la colocación de la primera piedra.

Era el 9 de julio de 1752, un día después que la Iglesia nos recuerda las heroicas virtudes de Santa Isabel, reina de Portugal: todos los habitantes del distrito con el Ilmo. Sr. Obispo y el Gobernador á la cabeza concurrieron á la piadosa ceremonia. Cerca de las zanjas, abiertas para los cimientos, habíase construido con anticipación un estrado, adornado ricamente, y en él se habia colocado la estatua famosa de

Nuestra Señora de las Misiones. Reunido el crecido auditorio en torno de la Reina y protectora de las empresas de nuestro Apóstol, tomó éste la palabra, y les hizo una alocución tan ardorosa y animada, que el pueblo electrizado se ofreció á voces á contribuir á la construcción de la casa, quien con sus haberes, quien con su cooperación y trabajo, quien con entrambas maneras á la vez. Estos prósperos auspicios movieron al Padre á no dejar escapar la oportunidad, dando luego principio á la obra, en que se desplegó diligencia suma.

Era de ver aquel espectáculo, grato á Dios, apacible á los ángeles, edificante á los hombres, y de terror para el infierno. Veíanse caballeros, los más distinguidos de la ciudad, ir todos los dias bajo la dirección del P. Gabriel á las obras, y mezclar sus espontáneos sudores con los de los peones y albañiles para activar la empresa. Unos traían piedras, otros arrastraban carretones llenos de tierra, algunos amasaban mortero; pero lo que no podía verse sin tierna emoción era el venerable Anciano, encanecido en las fatigas apostólicas, encorvar sus espaldas al peso de gruesos cantos, y cubierto de sudor y jadeando ir á descargar á los otros, mostrándose con todos plácido y agradecido por lo que hacían á honra de Dios y provecho de las pobrecitas almas. Tal fué la destreza y maña que se dieron, que el convento asilo, principiado por julio, se terminó á fines de agosto del año inmediato.

Quince doncellas de familias acomodadas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pidieron al poco tiempo ingresar en aquella santa morada para consagrarse al servicio de Dios y alivio de jóvenes extraviadas. Hízose gran fiesta en su entrada. Al ir á trocar aquellas devotas vírgenes los vestidos lujosos y vanos del siglo por los pobres y modestos hábitos de religión, toda la ciudad edificada tomó parte en la común alegría, y las señoras de mayor distinción y linage se disputaban el honor de acompañar á las siervas de Jesucristo hasta su nueva y humilde vivienda. En esta devota comitiva ó religiosa procesión precedía el P. Malagrida con el santo Cristo en las manos, y seguían los demás en debido orden. El acompañamiento fué lucidísimo, puesto que, á vueltas de las damas de mayor nobleza, iban ora gran número de religiosos de la metrópoli, ora muchos militares, que con sus armas y uniformes de gala concurrieron á realzar el brillo de la fiesta.

Otra fundación, fruto más genuino de la Compañía de Jesús, andaba madurando el prudente Misionero para mucha gloria de Dios y provecho de la Iglesia. Entre las armas, con que hacía al infierno guerra más cruda y sin cuartel, y con mayor energía revolvía las conciencias, eran, á su entender, la más poderosa y acerada, los Ejercicios de S. Ignacio. *Cuando me pongo á blandir esta espada,* decía él con santo énfasis, *cuando arrojo estos rayos, el infierno entero tiembla y se estremece.* A fin, pues, de poder ejercitar en esta milicia, con apetecible y deleitoso desahogo, á cuantos lo pretendieran, propúsose hacer una nueva fundación, es decir, levantar de planta una gran casa de retiro, á dos millas poco más ó menos de la capital, en lugar ameno, apacible y oreado con la fresca brisa del mar. Como no era hombre de proyectos estériles y ampulosos, sino que, vencidas las dificultades, que contra lo bueno suele suscitar el enemigo, luego trataba de ponerlos en ejecución, así fué que, después de pensado maduramente y visto que las ventajas excedían á los inconvenientes, trazó sus bases, y levantó el ideado edificio.

Poco tardó el ferviente Padre en contemplar su empresa coronada de bellísimas flores; y aquella deliciosa soledad se trocó en recogida Tebaida, á donde acudían con gran edificación multitud de justos y de pecadores, estos para llorar sus pasadas culpas, y aquellos para tratar seriamente de la reforma y mejora de su vida bajo la dirección del piadoso y diestro Guía. Sus benéficos planes, llevados á feliz término, producían siempre buenos resultados, que, cultivados y regados con los fecundos sudores del venerable Hortelano, daban centuplicados frutos de bendición.

Antes de terminar este capítulo, y como complemento de lo que se acaba de decir, voy á indicar el método que seguía el experto Maestro en dar los santos Ejercicios. Desde la víspera reunía en la capilla á los que debían tomar parte, recomendándoles con toda eficacia que se abstuvieran, en todo el tiempo del santo retiro, de cuanto pudiera distraerlos de su im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

portantísimo negocio, y que guardaran entre sí absoluto silencio, si querían participar de las ventajas de la soledad. Al otro dia, por la mañana, después de una lectura piadosa, hacía en alta voz la meditación durante la cual mezclaba ardientes afectos, que brotaban de su abrasado pecho. Al irse á terminar, tomaba el Crucifijo, y con voz penetrante y compungida, prorumpía en tiernos coloquios, pintando por un cabo el amor dulcísimo de Jesús para con los pecadores y por otro la ingratitud de los pecadores para con Jesús enclavado para nuestra vida en patíbulo infame. Sus palabras, como inflamadas saetas, penetraban los corazones y arrancaban arroyos de ardientes lágrimas.

Después de la meditación celebraba el augustísimo sacrificio de la misa, terminado el cual, hablaba segunda vez á los ejercitantes, haciéndoles alguna instrucción, enderezada á disponerlos á una confesión contrita, humilde y sincera. Uno de los medios, que más encarecía para extirpar con acierto inveterados vicios, era el exámen particular y general de conciencia, para los cuales, á imitación de S. Francisco Javier, trazaba métodos seguros y fáciles según las reglas, que nos dejó S. Ignacio en su librito de oro.

Entre dia proponía con igual claridad y unción otras dos meditaciones á los devotos discípulos, y por la noche finalizaba sus piadosas prácticas rezando en común el santo Rosario. No pocas veces, enfervorizados los reunidos en

aquella encantadora soledad, y vivamente arrepentidos de sus extravíos, se entregaban á rigurosas penitencias, emulando las austeridades de los anacoretas. De dia, hartos iban cubiertos con ásperos cilicios ó ceñidos con cadenas sembradas de puntas, y antes de acostarse disciplinábanse, á las veces, hasta derramar sangre. Con cuanta conpunción y arrepentimiento se acercaran al confesor para descubrirle las llagas de sus almas, lo publicaban los sollozos y gemidos, con que recibían el perdón de sus culpas. Cuántas veces se le oyó, exclamar, como al penitente S. Agustín: *Cuánto más dulces son las lágrimas de la penitencia que las delicias de los teatros!* Por último, confortados con el pan de los fuertes, volvíanse á sus casas y negocios, completamente cambiados y dispuestos á seguir constantes en el divino servicio, á través de todas las pruebas, contrariedades y combates de la vida.

Creerá alguno que, según sentiría su alma regalada con éxitos tan prósperos y halagadores, habría echado ya en olvido sus proyectos de nuevas fundaciones y la repulsa, por la cual había tenido que desistir de la creación de un seminario en aquella religiosa ciudad; pero se equivocaría quien tal juzgase, antes con ellos enardecíase más á nuevas empresas. Por esto, á la muerte del Ilmo. Sr. Obispo, que contrariaba sus planes, tan presto como tuvo zanjadas algunas dificultades, que por otro lado se ofrecían, procedió á la erección del edificio sin poderse dar á manos hasta que tuvo la obra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

concluida completamente conforme á sus designios. El mismo Padre con sumo gozo de su alma y con las esplendorosas ceremonias que en otros lugares, el 8 de setiembre, fiesta de la Natividad de la Vírgen Inmaculada, año de 1753, acompañó al nuevo establecimiento muchos alumnos, destinados á ser el ornamento y sostén de la Iglesia del Marañón.

Al ir á terminar el presente capítulo, y con él la primera parte de mi tarea, sèame lícito recordar la ejemplarísima vida, que llevaba en medio de sus continuos afanes por el bien de las almas. El tiempo, que estos le dejaban libre, dedicábalo enteramente al trato con Dios en la oración. Nadie le vió jamás tomar el más ligero recreo, ni diversión por via de solaz y descanso. Dormía poquísimo, y esto sobre duras tablas y sin desnudarse. En los últimos años de su vida su más ordinario modo de reposar era de rodillas con la cabeza apoyada en una pequeña almohada de cuero. Todas las noches se disciplinaba hasta derramar sangre: no comía carne, ni pescado, ni lacticinios, ni bebía vino. Solo por obediencia, atendidas su ancianidad y debilidad ocasionada por sus hartos trabajos mentales y corporales, añadía un poco de vino á sus yerbas y menestras, y alguna que otra vez un tantico de queso. En las solemnidades de Navidad y de Pascua probaba por razón de la fiesta, algún bocado de carne, aunque escasa.

Era tan pobre que, habiendo tenido que revolver tanto dinero, siempre con permiso de

los superiores, en tantas fundaciones y negocios, cuantos emprendió en tantos años, ni siquiera conocía el valor de las monedas portuguesas, quitadas las más bajas y usuales, sirviéndose siempre de otros, así para las expensas ocurrentes, como para conservar las limosnas, que recibia de la espontánea liberalidad de los devotos. Jamás pidió nada para sí, ni de sus allegados, ni de los conocidos. Aclamado del pueblo, venerado de los grandes, distinguido por todos los príncipes de la casa real y por los mismos reyes, nunca dió el más mínimo indicio de vanagloria ni de orgullo. Con estas y otras pruebas nada equívocas de su virtud sólida se concilió la estimación y concepto universal de santo.

De todas partes, así en América como en Europa, al eco de tan gloriosas hazañas y edificantes ejemplos levantóse un grito entusiasta de admiración, un armónico concierto de alabanzas á los merecimientos del Hombre de Dios, alabanzas digna y noblemente conseguidas, y capaces de confundir para siempre las imposturas y embustes, con que los enemigos de Dios y del humano linaje pretendieron oscurecer vida tan santa y tan admirable. Imperdonable sería omitir aquí dos testimonios notables para honra de tan recomendable Obrero. Los citaremos como resúmen de cuanto hemos escrito en elogio suyo y de cuanto obró en sus excursiones americanas.

Los padres capuchinos de Bahía al dar cuenta del fruto de sus desvelos á su M. R. P. Ge-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neral en Roma, le escribían: «Nuestros negocios van bien á fuerza de los milagros del Padre Malagrida, natural de Como y de la Compañía de Jesús. Es hombre santo, poderoso en obras y en palabras *opere et sermone:* és el Javier de nuestra época, del cual bien que la corte de Lisboa, el reino de Portugal y todas las colonias lusitanas tengan altísimo concepto, como de ardoroso Apóstol, esté vuestra Paternidad reverendísima cierto y seguro de que semejante reputación es, con mucho, inferior á sus grandes merecimientos y á su heróica santidad. Nosotros hemos sido, y somos aun, testigos de su vida austerísima, de sus incesantes fatigas y de su continua oración. Cada dia descubrimos con mayor claridad la heroicidad de sus virtudes, las gracias *gratis datas* y los favores celestiales, que el Señor suele conceder solamente á sus mayores siervos. Desde el momento que se crea que la manifestación de todo esto sea conducente á la mayor honra y gloria de Dios, honor de su Siervo y de la Compañía de Jesús, todos estamos prestos á confirmar con juramento cuanto acabamos de consignar.»

No menos glorioso es el testimonio, que de nuestro Héroe dió el mismo Superior General de toda la Compañía: *Estoy persuadido*, decia el M. R. P. Francisco Retz, *que en toda la universal Compañía no hay otro misionero que al P. Malagrida pueda compararse.* Elogio grande, significativo, extraordinario, si se toma en cuenta la falange de héroes, cuya voz resona-

ba por entonces en las cuatro partes del mundo, desde las playas de la China y del Japón á las reducciones del Paraguay y del Canadá, desde los abrasadores desiertos del Africa hasta las heladas regiones del Setentrión. Tales encomios arrancaba el portentoso celo del Padre Gabriel Malagrida en todo el orbe; tales eran los motivos, que escitaron el encono y la saña del primer verdugo de la Compañía de Jesús en la península ibérica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE SEGUNDA.

Ponemos aquí breve punto de parada, cortando, por decirlo así, nuestra historia, y poniendo segunda parte por el diferente aspecto y diversos accidentes, que ofrece en estos períodos la vida del Siervo de Dios, el cual después que abandonó las costas americanas y tuvo que fijar su asiento en la corte de Lisboa, se vió más á la descubierta perseguido por sus enemigos hasta entonces enmascarados. Aquí es, donde toma su principio el desenvolvimiento del plan de destrucción de la Compañía, trazado por los masones de aquellos tiempos para ruina de la Iglesia y de las monarquías.

Temiendo estos dar el primer golpe sobre la cabeza del catolicismo, por considerarla por entonces invulnerable, querían darlo en su corazón, en la nación más católica del mundo. España, cuna de la Compañía de Jesús, y donde más creces había tomado la obra de S. Ignacio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Loyola, era la destinada á ser la primera víctima, la escogida por los novadores para lugar donde se sacrificase la Compañía, desterrándola de todos sus extensos dominios, en que no se ponía el sol; mas la viuda reina, descubiertos los fraudulentos manejos de los conspiradores, desvaneció sus rebeldes tentativas alejando la tempestad hasta el advenimiento al trono de su hijo Carlos III, malhadado instrumento de la masonería.

Despejada la atmósfera en España, arrinconóse la tempestad en Portugal, donde la imbecilidad del monarca y la volteriana osadía de su primer ministro ayudaban poderosamente á su desarrollo. Todo se revolvió para ruina de los Jesuitas. El R. P. Timoni, nombrado vicario general por el difunto P. Centurioni, espantado de la borrasca deshecha, que contra la obra de S. Ignacio se levantaba en Lusitania, escribió una atenta carta al rey fidelísimo, suplicándole humildemente le manifestara las causas del real resentimiento, y su resuelta disposición de ir en persona para poner remedio á lo que le indicase. Pero todo fué inútil dado caso que no tuvo el honor de recibir ni siquiera respuesta.

De Portugal pasó el ciclón á Francia, donde los parlamentos se alzaron contra los Jesuitas, tomando por pretexto algunas gruesas deudas contraídas por el P. La Vallette, procurador de las misiones de la Martinica. El rey cristianísimo, deseoso de conjurar la borrasca, propuso al P. Ricci la creación en Francia de un Vicario independiente, á lo cual contestó el M. R. P. con

igual sencillez que humildad qve tal medida excedía sus facultades, y con esto terminó la correspondencia.

En todas partes encontraban los adversarios del orden plumas venales, que estampaban las más denigrativas calumnias contra la Compañía de Jesús. En Roma mismo no faltó quien indujo á Fogini á dar á luz con sus envenenados escritos mil falsedades y absurdos, que fomentaban el desamor y la desconfianza. En este temporal deshecho todo se admitía por bueno y de ley solamente que favoreciese los depravados designios de los conjurados. Para hacer la guerra á la Compañía, en Portugal se admitían conspiraciones y suponían á los Jesuitas pervertidos; en Francia se alababa la bondad de estos y condenaba la impiedad del Instituto; en España se pretestaban delitos, que no se podían revelar; en Nápoles se escudaban con la paz del reino. En tan aciagos tiempos qué no podía temer el distinguido Apóstol del Marañón? El primer rayo de esta tempestad había de descargar sobre su cabeza, coronada con tantos laureles en su porfiada guerra contra el infierno. Volvamos ya á sus edificantes ejemplos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO I.

Vuelta del P. Malagrida á Portugal; sus visitas á palacio.

Embebido se hallaba el P. Gabriel en sus obras y empresas de apostólica fe y divina caridad, cuando una carta de Doña Mariana de Austria le vino á sacar de sus gratas ocupaciones. La augusta madre de José I le escribía, de su propia mano, rogándole que volviese á Portugal, porque veía con espanto, decía ella, acercarse por momentos el de la muerte, y tenía necesidad de los consejos y oraciones de hombre tan versado en la ciencia de los justos, para no desacertar en el paso tremendo de la otra vida. El venerable Apóstol, recordando entonces la promesa, que había hecho á la piadosa reina antes de salir de Lisboa, no se atrevió á resistir á sus ruegos, por lo cual, propuesto el caso á los superiores y obtenida resolución favorable, arregló todos sus negocios, y se dispuso á cruzar, por cuarta vez, el vasto mar océano.

Partía el Apóstol con la bendición de la obediencia, para no volver á pisar aquellas remotas playas, regadas con sus lágrimas y sudores; pero partía legando monumentos de celo, que no pudieron destruir los enemigos de la

Iglesia y de la Compañía de Jesús. Una bella casa de ejercicios cerca de San Luis, tres seminarios, cuatro conventos de religiosas, varias casas de refugio, ocho iglesias restauradas, hé aquí los principales establecimientos, con que dotó el P. Gabriel Malagrida la diócesis del Brasil y del Marañón, sin más recursos que su confianza ilimitada en los tesoros de la divina Providencia. Después de tantas empresas evangélicas, de tantos prodigios, de tantas obras extraordinarias de caridad, quién se admirará de la religiosa veneración de los pueblos por este apostólico Varón?

En poco más de un mes, ya que levaron anclas á primeros de enero de 1754, con feliz travesía tomaron puerto en Lisboa á principios de febrero del mismo año: viaje ligero y breve, si se atiende á que, no conociendo por entonces la aplicación del vapor, se navegaba solo á merced del viento y fuerza de remos. El primer pensamiento del Padre, al saltar en tierra firme, fué dar cumplimiento á su promesa, puesto que el mismo dia de su arribo se presentó á la reina madre y le dijo: *Señora, fiel á la palabra que á V. M. dí, tres años hace, vuelvo para consagrar á su real servicio el resto de mis dias.* Grande fué el consuelo de la piadosa princesa con tal visita, tanto más alegremente recibida, cuanto había sido con más vivas ansias y suspiros deseada.

No fueron menos gratas al Varón de Dios las santas disposiciones de tan cristiana Señora. Así, pues, para satisfacción de entrambos es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tableciéronse de común acuerdo relaciones diarias, en que el P. Gabriel abría sencillamente á la fervorosa reina senderos de santidad para ella casi desconocidos, y la reina desahogaba su corazón y despositaba sus penas en un hombre de toda su confianza, favorecido con gracias tan señaladas.

Grande era la dulzura y paz, que de tan cristiano trato reportaba Doña Mariana, pero no tanta que pudiera disipar por completo sus amarguras, porque observando que, apoderado Pombal del bonachón monarca, iba poco á poco quitándose la máscara y manifestando su odio virulento contra los Jesuitas, no podía contemplar sin duelo la desapoderada ambición del ministro y el despego de su hijo para con la Compañía, á quien ella tanto amaba. *Mi hijo*, decía toda apenada, *mi hijo José ya no mira á la Compañía con buenos ojos!!* Este pensamiento desconsolador acibaraba sus últimos años, y la seguía en todas partes con tanto mayor pesar, cuanto que el mal había echado ya hondas raices y era poco menos que imposible remedio eficaz.

Las frecuentes visitas del P. Malagrida á la virtuosa madre del rey exacerbaron los celos, la envidia y el ódio del ministro de estado, de manera que no tardó mucho en estallar entre los dos oculta y terrible lucha, tanto más desigual cuanto mayor era la diferencia de genios y de condiciones. Pombal combatía haciendo armas del poder, que le comunicaba el primer empleo del reino, al paso que el P. Gabriel no contaba sino con su virtud y paciencia inquebrantable: Pombal ejercía dominio casi absoluto sobre el ánimo del apocado monarca; el P. Gabriel solamente gozaba del apoyo de la reina madre, próxima al sepulcro: Pombal, lleno de orgullo luciferino, gobernaba como déspota el país desgraciado, y no aspiraba á nada menos que á cambiar la faz de Portugal; el P. Gabriel, modelo de mansedumbre y humildad evangélica, no ambicionaba otro bien que la gloria de Dios y la salud eterna de las almas.

En sus viajes y embajadas había Pombal trabado relaciones amistosas y andado en asientos con protestantes, jansenistas y masones, y se había empapado en sus doctrinas pestíferas y disolventes: así fué como, no bien hubo avasallado por el terror el ánimo del apocado monarca, luego que se creyó sólidamente asentado al frente del gobierno de su pátria, cuando anteponiendo á la estabilidad de las tradiciones católicas y nacionales la influencia de principios heterodoxos y extranjeros, rompió las barreras, que se oponían á sus planes; y de un país, antes religioso y pacífico, formó un estado víctima de la agitación y del desorden. Y quién será capaz de contener al ministro novador en su precipitada carrera? Si la nobleza en el orden político, y en el religioso el episcopado con los Jesuitas se oponen cual fuerte valla á sus impías innovaciones, él la derrocará en su arrojado empuje, humillando y destruyendo á los primeros, y sentenciando ó encarcelando á los últimos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con esto puede ya quien quiera barruntar que la primera, y tal vez la principal víctima de esta desapiadada tragedia ha de ser el Apóstol del Marañón, anciano venerable por sus merecimientos, estimado por su celo y caridad ardiente, y encanecido por las austeridades y fatigas de treinta y tres años de apostolado en las selvas de la América. La influencia creciente de este Siervo de Dios en el ánimo de Doña Mariana de Austria traía sobremanera mohino é inquieto al ambicioso ministro, que no cesaba de maquinar en lo secreto de su corazón los medios más eficaces para derribarlo. En esto una circunstancia, en sí de ningún momento, llevó á su colmo el odio de Pombal contra el inocente Confesor de la reina.

Una mañana después de haber tenido con ésta larga conferencia, al bajar el P. Malagrida las escaleras de palacio, se encontró de manos á boca con el ministro, pero embebido y absorto en sus meditaciones pasaba de largo sin advertir en nadie. Herido el marqués en lo más vivo de su orgullo, como en otro tiempo Aman el soberbio, detuvo al nuevo Mardoqueo, al venerable Apóstol y le preguntó: *Cómo así tan de prisa sin saludar á nadie? Que no me conoce V. R.?*

No tengo este honor, contestó con llaneza el Misionero.

Oh santo varón! exclamó entonces Pombal; *Cómo? Vive V. en la córte sin conocer al secretario de estado?*

Penetrando con esto el P. Gabriel el resen-

timiento de Carvallo, derribóse humilde á sus piés, y le pidió perdón de su falta involuntaria de cortesía; y luego levantándose, continuó en tono respetuoso: *Ahora que tengo la honra de conocer á V. E. y de hablarle, confío me permitirá hacerle una petición.*

Qué negocios se le ofrecen á V. R.? le dijo el marqués.

Es que retire V. E. del Marañón á su hermano Mendoza, añadió el Padre; *porque es tal el ódio y encono, que se ha conciliado con sus medidas administrativas, que me temo le suceda alguna desgracia, si no procura cuanto antes sustraerse á la venganza de sus enemigos.*

Lo pensaré, le respondió secamente el ministro, y sin más saludo le volvió las espaldas. A partir de este momento, doblemente irritado el despótico valido, bien por el supuesto desprecio, en que le tenía el venerable Anciano, bien por la cristiana libertad, con que le había expuesto los desafueros de su hermano el gobernador, juró la pérdida del audaz Jesuita, que mezclándose en sus negocios, se atrevía á darle consejos y lecciones.

Entretanto Francisco Carvallo empezaba ya en América poniendo en práctica los secretos planes de reforma filosófica, ora minando insensiblemente el prestigio de los Jesuitas, ora con injustos vejámenes oprimiendo la nobleza. Decretado habían no cejar de su empeño hasta que, ó ahuyentaran de la querida grey á los pastores por medio de atropellos, violencias y embustes, ó con despotismo y crueldad los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desterrasen de aquellas tierras, regadas con la sangre de sus mártires. Un obstáculo se atravesaba contra tales proyectos, y de gran peso para cualquiera de buen corazón, y era que los indios, separados de sus amantes y amados pastores, se remontarían de nuevo á las selvas para volver á la vida errante y salvaje. Pero qué les importaba á ellos la perdición de tantas almas, ni la civilización de los infieles? El tiempo demostró que no lo estimaban en un ardite con tal de llevar adelante sus planes subversivos.

Y sin embargo, el que tales estragos causaba en las colonias lusitanas, destruyendo como lobo carnicero el redil del Señor, se aplaudía á sí mismo por el feliz suceso de sus atentados: y á medida que la religión iba cayendo en ruinas á su alrededor, crecía en su corazón la alegría hasta trascender á su exterior con aires de triunfo; y cuando la obra de destrucción tocaba casi á su término, no tuvo á mengua erigirse á sí propio una estátua en medio de la sala senatorial de Para con esta pomposa inscripción:

Al . Restaurador . del . estado . de . Para
y . del . Marañón

Donosa y extraña restauración! Destruir el catolicismo, y volver á sumir en la barbarie á tantos infelices, á quienes varones apostólicos habían arrancado de los bosques á costa de sudores y sacrificios, á través de mil contrariedades y amarguras, y á precio de su propia sangre, y no pocas veces hasta de su vida!

Todo esto sabía y todo esto lloraba en silencio el ferviente Anciano, á quien tantos trabajos, sinsabores y ludibrios había costado el cultivo de aquellos eriales; pero qué había de hacer? Todas las puertas hallaba cerradas; y así no tenía más conhorte que sufrir, callar y orar, por más que agorase dias más tristes y azarosos, tanto para su querida madre la Compañía de Jesús, como para la Iglesia de Jesucristo. Por lo que á él dice, no tardó largo tiempo en ser advertido por el cielo de los males, que le amagaban. Estando un día predicando en el templo de S. Julián, de repente uno de los oyentes, poseido del espíritu de las tinieblas, estalló en gritos y gestos amenazadores contra el celoso Anciano. *Ah!* decía. *Ved ahi todavía, ved ahí al viejo maldito! Desgraciado de tí! Ya me la pagarás! No estás aun contento de haberme perseguido en medio de las selvas, que vengas aquí?* El Hombre de Dios sin turbarse en nada le impuso silencio, y el energúmeno calló sin osar abrir más sus lábios.

Llamó este hecho la atención de todos los circunstantes, pero en especial de su compañero el P. Manuel de la Cruz, el cual como después del sermón manifestara gran estrañeza y asombro por la pacífica serenidad del Padre Gabriel á las voces del furioso, obtuvo por respuesta que no había de qué maravillarse, porque estaba ya curado de espantos en cuanto atañe á conminaciones luciferinas, por lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual ya no le hacían mella. Poco tiempo después, conversando familiarmente el P. Malagrida con el infante D. Pedro, después de haberle referido este hecho, añadió con toda sencillez que, á pesar de su repugnancia en dar asenso á las palabras de energúmenos, no obstante no podía dudar que aquella voz era voz del demonio, que ya otras veces le había amenazado.

¿Y teme V. R. al demonio, Padre mío? le preguntó el príncipe.

Sí, señor: lo temo, contestó el hombre de Dios, *porque se bien cuánto poder le ha dejado Dios para ejercicio de sus siervos.* Recordaba el buen Misionero las terribles amenazas, que le había dirigido en las selvas de la América el capital enemigo de las almas, furioso por los bandos rompidos, que con él tenía el Apóstol, y por las muchas almas que había libertado de sus cadenas. Además, una luz interior le aseguraba que el Señor en sus inescrutables designios le permitiría atentar contra su reposo, y dándole más ámplios poderes que contra el paciente Job, consentiría que, á su hora, le arrebatase ignominiosamente la vida. Tales eran sus presentimientos, que Pombal, ciego instrumento de pactos diabólicos, debía ejecutar. Terribles serán sus luchas, pero en ellas lejos de eclipsarse el brillo de sus heróicas virtudes, á cada golpe de tribulación y de amargura despedirá nuevas chispas, nuevos resplandores de paciencia y conformidad con el modelo de todos los predestinados. Sigámosle, pues, en sus triunfos.

CAPÍTULO II.

Muerte de la Reina y retiro del P. Malagrida á Setúbal.

Apesarada la reina Doña Mariana, tanto por los caprichos, que dejaba traslucir el ambicioso ministro, como de las aviesas disposiciones del monarca su hijo con respeto á la Compañía de Jesús, iba siguiendo achacosa con presentimientos tristísimos de su próxima muerte, cuando en efecto cayó gravemente enferma en términos, que los médicos desconfiaban ya de su vida, y la tenían desahuciada. Mas aunque todos alimentaban estos fundados temores, recelando á cada paso algún incidente fatal, el P. Malagrida, con ser el que más interés mostraba por el consuelo y tranquilidad de la augusta doliente, no sentía por ello inquietud ninguna; y en verdad el resultado confirmó sus buenos augurios, dado caso que, por esta vez, salió del peligro inminente.

Para favorecer y consolidar la convalescencia prescribieron los facultativos, que la enfermiza señora se retirase á la magnífica quinta de Belén, donde léjos del tumulto é intrigas de la corte podría gozar de mayor sosiego, y respirar aires más puros sobre la ribera del mar. Esta hermosa playa era uno de los más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual ya no le hacían mella. Poco tiempo después, conversando familiarmente el P. Malagrida con el infante D. Pedro, después de haberle referido este hecho, añadió con toda sencillez que, á pesar de su repugnancia en dar asenso á las palabras de energúmenos, no obstante no podía dudar que aquella voz era voz del demonio, que ya otras veces le había amenazado.

¿Y teme V. R. al demonio, Padre mío? le preguntó el príncipe.

Sí, señor: lo temo, contestó el hombre de Dios, *porque se bien cuánto poder le ha dejado Dios para ejercicio de sus siervos.* Recordaba el buen Misionero las terribles amenazas, que le había dirigido en las selvas de la América el capital enemigo de las almas, furioso por los bandos rompidos, que con él tenía el Apóstol, y por las muchas almas que había libertado de sus cadenas. Además, una luz interior le aseguraba que el Señor en sus inescrutables designios le permitiría atentar contra su reposo, y dándole más ámplios poderes que contra el paciente Job, consentiría que, á su hora, le arrebatase ignominiosamente la vida. Tales eran sus presentimientos, que Pombal, ciego instrumento de pactos diabólicos, debía ejecutar. Terribles serán sus luchas, pero en ellas lejos de eclipsarse el brillo de sus heróicas virtudes, á cada golpe de tribulación y de amargura despedirá nuevas chispas, nuevos resplandores de paciencia y conformidad con el modelo de todos los predestinados. Sigámosle, pues, en sus triunfos.

CAPÍTULO II.

Muerte de la Reina y retiro del P. Malagrida á Setúbal.

Apesarada la reina Doña Mariana, tanto por los caprichos, que dejaba traslucir el ambicioso ministro, como de las aviesas disposiciones del monarca su hijo con respeto á la Compañía de Jesús, iba siguiendo achacosa con presentimientos tristísimos de su próxima muerte, cuando en efecto cayó gravemente enferma en términos, que los médicos desconfiaban ya de su vida, y la tenían desahuciada. Mas aunque todos alimentaban estos fundados temores, recelando á cada paso algún incidente fatal, el P. Malagrida, con ser el que más interés mostraba por el consuelo y tranquilidad de la augusta doliente, no sentía por ello inquietud ninguna; y en verdad el resultado confirmó sus buenos augurios, dado caso que, por esta vez, salió del peligro inminente.

Para favorecer y consolidar la convalescencia prescribieron los facultativos, que la enfermiza señora se retirase á la magnífica quinta de Belén, donde léjos del tumulto é intrigas de la corte podría gozar de mayor sosiego, y respirar aires más puros sobre la ribera del mar. Esta hermosa playa era uno de los más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bellos panoramas, que se divisaban desde los balcones del real palacio, convidando con su grandiosidad y magnificencia á levantar la consideración sobre los objetos caducos, que como espumosas ondas se levantan y se sumen y corren á desvanecerse en las arenas, sin dejar rastro de sus huellas. Así las cosas seguían, y en Lisboa se ignoraba todavía la inesperada recaida de la Reina: súpolo tan solamente el P. Gabriel, pero por sendas extraordinarias.

Una mañana estando el Padre haciendo la meditación en su aposento, le pareció distintamente oir llamar á la puerta y reconocer la voz del P. Ferreira, que le decía: *Pronto, Padre, pronto, vamos á Belén, que la Reina se está muriendo.*

Al instante! respondió el P. Gabriel, y cogido manteo y sombrero, se dirigió al punto al cuarto de dicho Padre. *Ya estoy presto,* le dijo el P. Malagrida: *vayamos corriendo...*

Pero á dónde quiere ir V. R.? preguntó el P. Ferreira.

Cómo? replicó el buen Anciano. *Nó me ha llamado V. R. durante la oración para que le acompañase á Belén con el fin de asistir á la Reina moribunda?*

Todavía más atónito el P. Ferreira con lo que estaba escuchando, no sabía qué decir ni qué pensar, por lo cual entrambos á dos reconociendo en ello un aviso de lo alto, se pusieron al instante en camino, y apenas llegados al palacio de Belén, pudieron convencerse de la verdad del hecho. La Reina estaba luchando

con la muerte. Con el ascendiente, que tenía el P. Gabriel, y con la libertad evangélica, que le caracterizaba, se hizo introducir en el aposento de la enferma; y habiéndole besado respetuosamente la mano, exhortóla, sin rodeos ni adulaciones, á asegurar su futura suerte, preparándose como ferviente cristiana para el viaje de la eternidad.

Chocó á los cortesanos aquel celo, á su parecer, indiscreto y prematuro; y contra la expresa voluntad de la moribunda resolvieron no permitirle más la entrada en la real cámara. Sensible fué para el fiel Ministro del Señor medida tan arbitraria, como poco digna de cristianos prácticos; mas él tranquilo y conformado aguardaba el desenlace, que tristemente se temía. No lo pudo presenciar según lo deseaba, porque acosado por el encono y desprecio, con que lo miraban, para no recibir algún desabrimiento y escapar las iras de sus adversarios, tuvo que tomar el partido de irse á Setúbal, lejos de la corte.

Poco antes de ponerse en camino, tuvo aviso por el P. Ignacio Carvallo de que la augusta enferma se hallaba ya muy mejorada y fuera de inminente riesgo. Gobernándose el P. Gabriel por otras vias y desconfiando de semejante mejoría, se contentó con responderle: *Yo me voy á Setúbal; aquí presenciaréis pronto los tristes funerales.* Así fué en verdad: pocos dias después, contra todo temor y contra las predicciones facultativas, espiró la Reina el 14 de agosto de 1754, esperándose, como piadosa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente se cree, que de este reino mortal pasaría al eterno á presenciar el triunfo de la Asunción de María, de quien tan devota hija habia sido. La profecía del Padre se había verificado, y la augusta Señora, confortada con los buenos consejos del venerable Anciano, había salido de este mísero destierro, dejando en triste luto á todos sus admiradores y protegidos.

En el instante mismo, en que la soberana entregaba su espíritu al Criador, estaba el Padre Malagrida predicando en Setúbal en la iglesia parroquial de Santa María. De repente paróse en medio del sermón, y prorumpiendo en sentido llanto, esclamó: *Nuestra Soberana acaba de morir! Nuestra buena y común madre acaba de exhalar su alma!* Estas expresivas palabras causaron en el auditorio tanto mayor sorpresa y más hondo sentimiento, cuanto más recientes eran las nuevas que acababan de recibir de la corte, en que se les aseguraba estar la Reina fuera de peligro. Noticias posteriores vinieron á confirmar el vaticinio del Predicador con creces de admiración y estima por Varón, así agraciado por el Altísimo.

La muerte de esta piadosa Princesa, de la dignísima hija de Leopoldo, emperador de Austria, fué para la Compañía de Jesús en Portugal pérdida irreparable. Firmábase en sus cartas *Esclava humilde de la Compañía;* y sus obras probaron siempre que la amaba con maternal cariño, y sabía defenderla de sus émulos y enemigos poderosos. Con su muerte, pues, cayó en Lusitania el más valioso y casi

único sostén de los Jesuitas contra los ataques de sus jurados adversarios y señaladamente del marqués de Pombal. De esta virtuosísima y esclarecida Reina se lee que, habiéndose querido trasladar sus mortales despojos á un mausoléo más digno el año 1780, se hallaron enteramente frescos, intactos é incorruptos después de 28 años de sepultura, incorrupción tanto más admirable, cuanto que se asegura haber ella muerto de gangrena.

En testimonio de su veneración y estima para con el P. Gabriel, como si en vida hubiese sido corta y mezquina con el Director de su alma, lególe en testamento la respetable suma de 40.000 cruzados, para que á la usanza de los que había erigido en América, fundara en Setúbal un monasterio de Ursulinas. Se entregó por ventura la cantidad consignada en tal legado al activo Misionero? Nada de esto nos dice la historia, pero los resultados nos inducen á creer que los cabezaleros de la finada no tendrían mucha priesa en remitir al Apóstol del Marañón la suma señalada por la augusta testadora, que en cuanto al Siervo de Dios no se habría podido dar á manos con tantos elementos hasta ver concluida la obra indicada.

Con todo, como si los desdenes y desvíos fueran agasajos, así trataba el humilde Padre á los hombres de la corte sin mostrarse nunca resentido, y seguía consagrándose sin descanso, en su nueva residencia de Setúbal, al ministerio de la predicación y demás obras de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

celó, ya dando públicamente los Ejercicios de S. Ignacio, ya ganando para Dios al pueblo con la exposición sencilla del catecismo, autorizada con maravillas, que obraba el Señor para honra de su Siervo. Cierto dia el conde de S. Lorenzo, camarero mayor del infante Don Pedro, fué lloroso al P. Gabriel, recomendando en sus oraciones á su primogénito, la esperanza de su casa y consuelo de su vejez, puesto entonces en el hilo de la muerte. *Tenga V. buen ánimo*, le contestó el Padre, *su hijo no morirá por ahora*. Así sucedió contra todos los pronósticos y temores. El hijo recobró la salud, y su padre, lleno de gozo, atribuía la curación del mismo á los ruegos del Varón apostólico.

Con estos prodigios, virtudes y ejemplos crecía en el pueblo la veneración y entusiasmo por el Hombre de Dios en tal grado, que en las calles y plazas se agolpaban todos en torno suyo, y le hacían piadosa violencia para besarle la mano ó la sotana. Estas manifestaciones de respeto y de piedad filial eran abuso intolerable para el enemigo del género humano; y así todo lo revolvía para encontrar instrumentos aptos, con que hundirle y derrocarle. No tardó en hallarlo, y á su satisfacción. Un indigno y mal sacerdote, atizado por Satanás, por medio de calumnias y otras arteras mañas comprometió al celoso Ministro en un espinosísimo negocio de arte, que habiendo tenido que intervenir el mismo patriarca de Lisboa, llamó al Padre á la capital para que se justificase de los deshonrosos cargos, que se le hacían. Poco trabajo costó al P. Malagrida destejer la trama de sus adversarios, y descubrir visiblemente la burda hilaza de calumnias, en que le habían envuelto. Convencido el Prelado de su inocencia, no solamente le dió por absuelto, sino que en testimonio de la confianza, que de él hacía, y del gran concepto que tenía de su virtud y celo apostólico, le confió el difícil cargo de ir á reanimar algunas comunidades de monjas, que habían decaido de su fervor primitivo. Aceptólo el Padre con todo el afecto de su ardiente caridad, y lo desempeñó con gran fruto y satisfacción así de las religiosas como del patriarca.

Cerca de este tiempo llegó para los hermanos escolares del colegio de S. Antonio la ceremonia de la renovación de votos, como en la Compañía se practica. El P. Rector de la casa, deseoso de promover entre sus amados hijos mayor fervor y observancia regular, suplicó al P. Gabriel tuviera á bien prepararlos para este acto con el tríduo de costumbre, destinado á encender los ánimos en crecido celo y amor de la perfección religiosa. El venerable Operario, que iba á caza de ocasiones de prender en todos la llama, en que ardía su pecho, no dejó escapar el importante encargo, que desempeñó como él sabía. Habiendo tomado por materia de su plática las palabras de San Juan: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*. Joan. III. 16.—*Hasta tal punto amó Dios al mundo que entregó á su Hijo unigénito*, pronto, sin poder contener el abra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sado ímpetu de su corazón, levantóse instintivamente, y se puso á correr por la capilla repitiendo entre lágrimas y sollozos *sic Deus dilexit mundum,* y reprendiendo acremente su tibieza y su ingratitud para con Señor tan bueno y digno de ser infinitamente amado. Luego, vuelto en sí y cubierto de santo rubor y confusión por haber de esta suerte revelado lo que pasaba en su espíritu, trató de remediarlo y enhilar su discurso, pero tan sin tino, que tuvo que renunciar á su propósito, ya porque no acertaba y los llantos y sollozos le ahogaban la voz, ya porque los asistentes lloraban también, y de una y otra parte no se oían sino lloros y gemidos. Así inflamaba en amor de Dios á sus hermanos y compañeros, disponiéndolos para dias infaustos y duras pruebas, que les reservaba el Altísimo.

También Pombal trataba de regenerar, como él decía, el reino lusitano. Con este fin mandó levantar un teatro, donde impudentes y descreidos actores y actrices daban al pueblo lecciones de impiedad y disolución, llegando á pagar del erario público 36,000 cruzados por dos meses al cantor Egipcielli, mientras consentía que pidieran limosna los soldados de su guardia. Y como si los cuadros vivos de inmoralidad, que presenciaban incautos, fueran todavía poco para la perversión de los ciudadanos, después de haber hecho quemar las obras de Raynal para fascinar á los católicos, no solo hablaba con desdoro y menosprecio de los principales defensores del catolicismo, y se burlaba descaradamente de las prerogativas pontificias, sino que también mandó traducir y esparcir profusamente las infernales producciones de Voltaire, Diderot y Rousseau.

Dañosas son, por cierto, las malas compañías, pestíferos los escándalos y capaces de introducir la corrupción en los pueblos más piadosos; pero nada hay ni tan pernicioso ni tan corruptor, como la lectura de libros perversos y periódicos infames, porque las compañías y malos ejemplos ni se ven todos los dias, ni á todas horas, ni llevan consigo la malicia de todos los vicios; mas los libros y periodicuchos malos pueden acompañar á todas horas y en todos tiempos á su dueño y le ponen en comunicación con los escritores más depravados de la tierra y perpetradores de todo linaje de iniquidades. Por esto los novadores, empeñados en arrancar la fé del ánimo, han predicado siempre y predican desenfrenado libertinaje de imprenta, y se han servido de ella, no para enseñar la verdad, que es la única que tiene derecho de ser acatada, sino para difundir heregías, infamias y errores, sepultando á los ignorantes en las más densas tinieblas.

Desolado el P. Malagrida por los estragos, que en las almas causaban tales abortos del abismo, y mayormente las representaciones obscenas é impías, que reunen en sí los males de la imprenta y del escándalo, quiso buscar antídoto contra la mortal ponzoña; y en la avanzada edad de sesenta y cinco años sintió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

renacer en sí el estro de la juventud, y para contrarestar el diluvio de calamidades, producido por tan reprobables escenas, volvió á componer dramas religiosos, en los cuales, mezclando bellamente lo dulce con lo provechoso, sabía unir los encantos de la poesía con lecciones de sólida virtud. De entre varias piezas una titulada *S. Adrian* la dedicó al serenísimo infante D. Antonio, y otra bajo el título de *Fidelidad Leontina* la ofreció á la reina Doña Mariana Victoria. Pero las armas de más acerado temple, las más certeras y de su corazón más amadas, con que por un lado desbarataba los planes y triunfos del infierno, y por otro hacía cruda guerra á los enemigos de la religión, fueron siempre, como es ya sabido, los Ejercicios de S. Ignacio.

A todos quería hacer participantes de este riquísimo tesoro; de todos confiaba coger frutos copiosos, cualesquiera que fueran las circunstancias de ellos; para todos encontraba, en los Ejercicios, remedio de sus inveterados males: pero, ya por lo que le había enseñado la experiencia constante, ya por las reglas, que prescribe el Sto. Patriarca, prefería que se hicieran con gran retiramiento. Así, en la anotación veinte del precioso librito, hablando de los que han de hacer todos los ejercicios, dice el santo Inventor: *En los cuales por via ordenada tanto más se aprovechará, cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos y de toda solicitud terrena: así como mudándose de la casa donde moraba y tomando otra casa ó cámara para*

habitar en ella cuanto más secretamente pudiere.

Para fomentar este retiro y soledad había construido el P. Gabriel en Bahía un edificio á propósito, y hubiera querido multiplicarlos en todas partes, y tenía en mientes levantar uno en la misma capital de Lisboa. De este santo retiro se pueden decir las alabanzas, que de la quietud de la celda tejía S. Basilio, «la cual es como la enfermería del celestial Médico, donde se han de curar todos los que salen heridos de las guerras de sus pasiones; y es tan saludable la sombra de esta quietud, que todos los que se ponen debajo de ella, quedan sanos de cualquiera llaga ó herida del hombre interior.»

Aun allá hablando Plutarco de las glorias del retiro y recogimiento, decía que, por muchas causas, las enfermedades del alma son más graves y peligrosas que las del cuerpo; pero, por una muy particularmente, y es que los que sufren alguna dolencia corporal, luego se recogen y se quietan y se echan en cama, persuadidos que la primera y mejor medicina es la quietud, sin la cual los demás remedios hacen poco ó ningún provecho; y si por acaso alguno se resiste á ello, los deudos y amigos, teniéndolo por frenético, lo llevan por fuerza á la cama, creyendo amor y beneficio hacerle violencia en este caso. Pero quien hay que tome tal providencia en los achaques espirituales? De donde vemos que gran número de hombres incitados por la avaricia, encendi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos de la ira, ciegos con la ambición, y abrasados de la molicie, discurren libremente por calles y plazas, agravándose cada dia más sus males con las ocasiones por no haber quien les haga fuerza á buscar la salud en el recogimiento.

Esta era la santa violencia, que meditaba el P. Malagrida, pretendiendo levantar asilos para Ejercicios espirituales. Y en verdad, si se edifican casas de salud y hospitales para recobrar las fuerzas ó aliviar á los pobres de sus corporales dolencias; si se construyen espaciosos gimnasios para con las luchas y ejercicios musculares desarrollar convenientemente la robustez física; por qué no deben erigirse moradas de retiramiento para entregarse con toda comodidad á otros ejercicios infinitamente superiores, para curar las enfermedades del alma y crecer en virtudes sólidas? Así lo entendían los Jesuitas contemporáneos del P. Gabriel, que en todas partes así del antiguo, como del nuevo mundo, se apresuraban á fabricar casas de recogimiento para fin tan benéfico.

Este fué también uno de los primeros pensamientos, que acarició el activo Misionero después de su vuelta á Lisboa; este era el objeto de sus más gratas y edificantes conversaciones. *Unamos nuestras fuerzas*, decía con frecuencia á sus hermanos en religión, *unamos nuestras fuerzas y hagamos al cielo santa violencia para arrancar de Dios esta gracia*. Por lo que á él pertenecía nunca se cansaba de solicitar este favor del rey, de la reina y de los príncipes; pero todos sus pasos encontraban estorbo insuperable en el pérfido Pombal, que no quería darse á partido, temiendo ver á sus criaturas y esclavos en los caminos del deber por las enseñanzas del ferviente Varón. Terrible contratiempo recibió también con la muerte de la viuda madre, y suficiente á desconcertar otros corazones menos firmes y á obligarles á desistir de tal empeño; pero el Padre continuó en sus proyectos y esperanzas. Como quiera que otro compañero, que había dado entrada al desaliento, le preguntase una vuelta, *cómo pensaba todavía en su plan favorito, habiendo perecido su principal apoyo?— Pues bien,* respondió el Siervo de Dios, *el Señor me deparará quién me proteja*. La serenidad y sosiego, con que dió tal respuesta indicaban, bien á las claras, qué tales eran sus pensamientos, y no salió engañado, puesto que dias después, hablando con el mismo Padre, le dijo: *No lo ve V. R.? Hay ya quien se ofrece á reemplazar á la Reina y es el serenísimo infante D. Pedro.*

Este piadoso príncipe, que amaba tiernamente á la Compañía de Jesús, había ofrecido al P. Gabriel edificar, á sus espensas, casa de Ejercicios. Por desgracia, como el infante quería costear un edificio espacioso y cómodo, necesitó largo tiempo para idear los planos, y este retardo fué suficiente á desbaratar la obra, pues dió tiempo á que el impío consejero atizara al rey á retirar el consentimiento, que había concedido ya, y otorgarles á lo más que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alquilara una casa para hacer ligero ensayo. Pero qué había de adelantar con ello el desairado Misionero? Pronto se divulgó la repulsa, y con esto, y los escándalos, máximas impías, libros infames y heterodoxos iba cundiendo la irreligión en Portugal, y, saturada la atmósfera de impiedad é indiferencia, los buenos católicos se avergonzaban de aparecer tales ante sus conciudadanos.

Esto no obstante, el infatigable Apóstol, sin descorazonarse con el nuevo revés, ni despreciar la concesión mezquina, púsose al instante á buscar casa, y tras muchas diligencias la encontró á propósito en uno de los arrabales de Lisboa. Acomodóla en pocos días, y la procuró amueblar decentemente para algunos ejercitantes; pero cuando llegó la hora prefijada y anunciada oportunamente, faltó quien, arrostrando los humanos respetos, quisiera recogerse, y el Padre, por aquella vez, se vió en la triste necesidad de renunciar á su proyecto.

Tranquilo y en paz como quien había hecho cuanto estaba de su parte, volvióse al colegio. Aquí uno de los Padres de su mayor intimidad, entrando en su aposento para tratar del fracaso, le saludó diciendo: *Padre mio, eso va mal, muy mal! Alquiló V. R. una casa para ensayar su anhelado proyecto; y á la primera invitación, todo el mundo ha permanecido quedo. Qué es eso sino decir que es un solemne dislate pensar en semejante institución para los distraidos cortesanos de Lisboa?*

Entonces el Padre, templado y con aire de

satisfacción, le contestó: *Sabe ya V. R. que San Agustín llama la Providencia divina misterio de luz y de tinieblas. Y así en efecto, hay en la vida del hombre tales acontecimientos, cuales suelen las escenas de un drama, ahora tristes y presto alegres. Por ahora se ha despreciado el retiramiento; á no tardar se darán los ejercicios en esta corte, y acudirá á ellos gran concurso.* Su ardiente celo le hizo profetizar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Terremoto de Lisboa.

El primero de noviembre de 1755 estalló un terrible temblor de tierra, que sembró el espanto y la consternación en todo Portugal, y convirtió una de las más bellas ciudades de Europa en montón de escombros y de ruinas. Algunos dias ántes de esta tremenda catástrofe, pasaba el Siervo de Dios por una de las plazas más concurridas de la capital, y viendo á los comerciantes correr con febril actividad de un lado á otro, afanados en sus negocios: *Qué desdicha!* exclamó con voz baja, pero que su compañero pudo bien percibir, *¡qué desdicha! darse tanta y tanta pena por bienes, que deben tan pronto perecer!* Tenía por ventura el Varón apostólico algún conocimiento anticipado del horroroso castigo, reservado á la ciudad delincuente? Las siguientes circunstancias nos dan tal luz, que parecen disipar la sombra de toda duda sobre este punto particular.

En primer lugar, estando el Padre con otro compañero de visita para saludar á los serenísimos príncipes, y darles el parabién por haber salido ilesos del desastroso acontecimiento, no dudaron estos de dirigirle estas precisas expresiones: *P. Malagrida, bien nos acor-*

damos con cuanto tiempo se nos habia predicho! El mismo Padre, predicando después de la exterminadora desgracia en medio de las ruinas de la ciudad, todavía humeante, repetía á la inmensa muchedumbre: *Hijos mios queridos, no os lo dije yo? no os lo dije?* Y hablando, como hablaba, del temblor de tierra, indican estas palabras claramente que, alguna vez, les habría conminado con tal azote.

En segundo lugar, es lo cierto que, si no lo supo, portóse aquella mañana como si lo hubiese sabido con toda seguridad y todas las circunstancias. Tenía el buen Anciano la costumbre de celebrar la última misa en el colegio de S. Antonio, ya para aliviar de este cargo á los demás, ya para atraer más gente al templo: pero el dia del infeliz suceso, habiendo con tiempo avisado al sacristán para que pusiera otro en su lugar, él la dijo muy de mañana. Concluido el santo sacrificio, dió gracias, y luego se fué al aposento del P. Francisco Portogallo, que por razón de su quebrantada salud solía levantarse algo después de la comunidad: en todos los demás cuartos, donde percibía algún ruido, llamaba también y convidaba á los padres para que fuesen á confesar, dando á todos priesa para que bajaran presto. Iba de nuevo á instar al achacoso para que se vistiera con prontitud, mas habiéndole hallado despierto y vestido, partió sin decirle nada, y se fué al refectorio á tomar frugal desayuno, cosa en él completamente fuera de costumbre. El hermano refitolero, sorprendi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do por la novedad, le preguntó: *Cómo es eso, Padre? Cómo se desayuna hoy, y tan de mañana? —Lo necesito,* contestó el P. Malagrida, *y más tarde no podré.*

Fuése luego á la Iglesia, y encerróse en su confesonario, cercado, como siempre, de gran número de penitentes. Hacía ya obra de dos horas que estaba oyendo confesiones, cuando, tras de sordo y subterráneo trueno, el suelo comenzó á temblar, y con el suelo las paredes. Gritos de terror resonaron en todo el ámbito del templo. Sucedíanse los sacudimientos uno tras otro con aterradora rapidez; luego, con gran estrépito, se desplomaron la cúpula y los muros del crucero, y algunas piedras aplastaron é hirieron algunos de los fieles reunidos en la capilla. Al instante se levantaron ayes, gemidos lastimeros, gritos, que desgarraban el corazón.

A este triste espectáculo el P. Gabriel, con ánimo sereno, pero atravesado de dolor y con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó como David: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Ps. CVII. 2.—*Dispuesto estoy, Dios mío; dispuesto estoy.* Luego, con el Crucifijo en la mano, sin reparar en obstáculos ni peligros, corrió en socorro de los moribundos y heridos sepultados entre escombros, animando á unos, absolviendo á otros, y preparando á todos, sanos, contusos y agonizantes para comparecer arrepentidos ante el divino tribunal. En el espacio de siete minutos había quedado arruinada la mejor porción de Lisboa, y muertos, entre

ruinas, unas 15,000 personas. Algunos dicen que murieron de 40 á 50,000. En el colegio de S. Antonio, residencia del Padre, además de la cúpula y dos grandes altares del crucero, vino abajo un grande y bellísimo corredor, y ¡ay de los religiosos que allí tenían su vivienda, si no hubieran sido las instancias del Padre Gabriel, que los llamó á la iglesia!

A vista del Apóstol venerado, que había salido en busca de auxiliares, todo el pueblo se agrupó á su alrededor, y él, por entre medio de destrozos y cascote, los condujo á una espaciosa plaza, donde habían llevado ya gran número de víctimas. El caritativo Misionero pasó en medio de ellos todo aquel día y el siguiente sin ni siquiera soñar en tomar alimento ninguno. Su caridad parecía multiplicarlo para consolarlos á todos, asistirlos á todos é infundirles á todos ánimo para sacar espiritual provecho del mismo azote. Al anochecer del segundo día organizó una procesión expiatoria, después de la cual predicó á la innumerable multitud, exhortando á todos á la penitencia. Mientras estaba hablando con su ferviente celo, uno de los concurrentes profirió una horrible blasfemia contra Dios. En oyéndola, cayó desmayado el Padre, como herido de una centella, de arte que fué menester llevarlo en brazos á una casa vecina, donde permaneció dos días sin sentido.

El autor de la blasfemia, según afirmó el mismo P. Gabriel, había sido el propio demonio, que en Setúbal le había amenazado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte por boca de un poseso. Apenas vuelto en sí, olvidado ya de su quebrantamiento, se lanzó, sin contemplaciones ni descanso, al alivio y consuelo de los heridos, aliento de los sanos, y asistencia de los moribundos. Para reanimar al pueblo, que sobrecogido de terror creía ver llegadas ya las profetizadas señales del fin del mundo, no cesaba el venerable Obrero de repetir máximas de confianza y clamar: *Que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.* De continuo tenía en sus lábios aquellas palabras del Espíritu Santo: *Ego cogito cogitationes pacis!—Yo no tengo por vosotros sino pensamientos de paz.* Jer. XXIX. 11.

Esto no fué bastante á impedir que Carvallo, marqués de Pombal, condenase de indiscreto y atrevido al celoso Apóstol, que con tanta utilidad de las almas, como alivio de los cuerpos, había sabido aprovecharse de las circunstancias aflictivas. Y además, qué podía aducir el ministro contra la caritativa y prudente conducta, así del Padre, como de sus hermanos en religión? Todos, al ejemplo del Anciano venerable, se habían consagrado, sin escusas ni miramientos, al cuidado de los afligidos: á toda prisa habían levantado en sus jardines inmensas tiendas, donde más de trescientos heridos eran asistidos y cuidados con religiosa caridad y vigilante esmero. Toda la ciudad fué testigo y encomiadora de los incesantes y desinteresados desvelos de los Jesuitas, de forma que el mismo rey, habiendo

sabido los sacrificios y abnegación de todos ellos, llamó al P. Malagrida para manifestarle que no solo estaba satisfecho y agradecido por los cuidados, que prodigaban al pobre pueblo, sino que también, para remunerarles sus afanes, se ofrecía á costear la restauración de la Casa profesa de la Compañía, arruinada en parte por el reciente terremoto. Antes de despedirse, se recomendó el monarca, con gran insistencia, en las oraciones del devoto Misionero.

Entre tanto el azote destructor se hacía cada dia más horrendo: nuevas y violentas sacudidas, casi diarias, abrían la tierra; y, para colmo de desgracias, por una parte se declaró un grande incendio en medio de las mismas ruinas, y por otra, las aguas del Tajo, engrosadas por lluvias torrenciales, amenazaban barrer la porción de la ciudad desventurada, que todavía quedaba en pié. Todos los elementos, fuego, tierra y agua, parecían conjurarse contra Lisboa. Felizmente el P. Biagio, preservando de las llamas la Casa profesa á cambio de esfuerzos increibles, salvó al propio tiempo las casas hasta entonces ilesas. Triste y desgarrador cuadro! Veíanse aquí personas de toda edad, sexo y condición andar errantes, pálidas y temblorosas en busca de abrigo; allí, llevar otras heridas y contusas que con ayes de dolor aumentaban la amargura; acullá, cadáveres ensangrentados, y miembros despedazados y esparcidos por varias partes: más léjos, casas, que se derrumbaban con terrorífico estruendo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en todas partes, de dia y de noche, al Siervo de Dios, ya en medio de las víctimas de la catástrofe, sacrificándose por su bienestar y esforzándose en confortarlos con la esperanza de próximo remedio, ya rodeado de ilesos, aprovechando, prudente, las buenas disposiciones, y predicándoles la necesidad de aplacar la ira divina con la penitencia.

Allí, revestido de santo ardor, proclamaba en voz alta que la catástrofe, desolación del reino, era visible castigo de los públicos desórdenes y escándalos. *Cuantas veces*, les decía inflamado, *cuantas veces invité á los comerciantes á retirarse, y pensar sériamente en la salud de sus almas! Dios no nos había visitado aun con tan espantable azote; y ellos se escusaban con que no podían abandonar sus despachos ni almacenes. Ojalá pudiera hablarles ahora, y les preguntaría: Dónde están al presente vuestros despachos? Dónde vuestros almacenes? Tal vez, y sin tal vez, con la penitencia hubierais aplacado la cólera de Dios, y detenido el brazo de su justicia, levantado ya para descargar! Os hicisteis sordos!... No pocas veces se deja el Señor desarmar con lágrimas de penitencia!...* Estas y otras más fuertes expresiones producían grande efecto en los ánimos de los oyentes, afligidos con tantas calamidades.

Con sus exhortaciones y ejemplos, además de los párrocos, sacerdotes y religiosos, que corrían, exponiendo sus vidas, al auxilio de los necesitados, se veían nobles y fidalgos competir en caridad para arrancar á no pocos de las

garras de la muerte. Los hijos bastardos de Don Juan V recogieron en su palacio á más de dos mil personas, dándoles alimento y vestido por espacio de muchos meses: por los arrabales de la ciudad andaban varones de la primera nobleza, acompañados de médicos, curando heridos: los esclarecidos marqueses de Tavora convirtieron parte de su palacio del Campo Pequeño en hospital, del cual era doña Leonor la más cariñosa enfermera. En cuanto á socorros pecuniarios, se sabe que muchos ricos hicieron extremos de generosidad, empeñando para los pobres sus haberes mermados ya por la desgracia; que Inglaterra mandó para lo mismo 100,000 libras esterlinas; y la católica España dos carros cargados de oro y plata: lo que no se sabe es que Pombal diera un céntimo de su bolsillo.

Por una protección visible de la Providencia, la Casa de retiro, alquilada por el Apóstol, había sido perdonada, saliendo inmune de la desgracia común; por lo que, tan presto como cesó el terremoto y se calmaron los ánimos, invitó al pueblo á santos Ejercicios. Entonces tal fué la demanda y concurso de los que deseaban hacerlos, que el Misionero, lleno de gozo, decía á uno de sus compañeros: *Por fin con la gracia de Dios en Lisboa, como otras veces en San Luis del Marañón, la afluencia de los ejercitantes es tan numerosa, que el local es ya muy estrecho para contener tanta gente.* Viva Jesús!... Viva María!... Por un año entero se consagró el P. Gabriel sin descanso á este mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nisterio tan fructuoso; y cuando le exhortaban á tomar huelgo para emprenderlo después con mayores brios, respondía: *No quisiera perder un instante del poco tiempo, que me resta!*

Allégase á esto el dia de retiro mensual, que para conservar el fruto de los santos Ejercicios, celebraba todos los meses en la pública capilla de S. Joaquín, sita en la Junqueira, y perteneciente á la Exma. Señora doña Ana de Lorena, camarera mayor de la entonces reina fidelisima Doña María Victoria. Allí concurrían, con el pueblo devoto, algunas damas y caballeros de la primera nobleza, entre las cuales se distinguían siempre las Excelentísimas doña Leonor, marquesa de Tavora y doña Mariana condesa de Atouguía, su hija, entrambas hijas espirituales del P. Malagrida.

Pero pronto se iba á ver amordazado y comprimido el celo del Varón de Dios por las inícuas medidas de Pombal. Alarmado este por el plausible resultado de los Ejercicios, obtenido por el incansable Apóstol, no podía sufrir en paciencia unas conquistas, que neutralizaban sus impíos planes, y eran una tácita censura de su conducta. Su despecho, empero, no reconoció límites, cuando supo que el rey y la reina su esposa, y toda la real familia deseaban hacer los Ejercicios, no pudiendo menos de augurar su caida en caso de que el monarca se retirase bajo la dirección de tan celoso y prudente Operario á tratar con Dios los negocios, así de su alma, como de todo el reino. Y no

sin fundamento, porque con la luz de las eternas verdades ilustrado el rey sobre su criminal apatía en la importante gestión de los negocios, era casi seguro que habría salido de la funesta tutela y esclavitud del ministro, que le aconsejaba. Para salvar, pues, su posicion crítica recurrió Carvallo á sus armas favoritas, la persecución y la calumnia, en la cual, según sus diabólicos proyectos, perecerán así el Padre Malagrida, como toda la Compañía de Jesús en Portugal.

El celoso Jesuita pronto tuvo conocimiento de la tempestad, que se acumulaba sobre su cabeza, puesto caso que el demonio, su constante perseguidor, volvió otra vez á sus antiguas amenazas. Hé aquí como refiere él mismo el hecho á su R. P. Provincial. *Esta mañana*, le dice, *apareciósemе el demonio bajo una forma horrible, y me amenazó á mí y á toda la Compañía con una cruel persecución. Si no cesas, me ha dicho, de dar los ejercicios, te perseguiré sin tregua hasta la muerte. Yo me contenté con responder: márchate de ahí, miserable; no me ponen miedo tus fueros.* Este billete lo encontró entre los papeles del P. Gabriel, el hermano coadjutor, Antonio Castro.

En otra carta, fecha 30 de julio, víspera de S. Ignacio de 1757, y dirigida al P. José Ritter, antiguo confesor de la Reina, retirado entonces en Alemania, le escribe lo siguiente: «Qué le diré de mí á V. R.? Yo me veo más amenazado que nadie. Vivo todavía, pero arrastro mi existencia en medio de todas las mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

serias imaginables. Bendito sea Dios! Nada más odioso que mi nombre para personas de alta posición en la corte. Buscan como quitar mi crédito y estima del ánimo del rey por medio de mil acusaciones calumniosas, que vergüenza tendría en referir. Quieren, á todo trance, impedir al pueblo hacer los ejercicios, y á pesar de todo, he dado ya en Lisboa cuarenta tandas con resultados consoladores. Yo mismo he fundado aquí una casa de ejercicios, gracias á la protección de la Señora, que los dictó, y es la única de nuestras casas, que se ha salvado de las catástrofes del incendio y del temblor de tierra. Todas las otras quedaron arruinadas.»

Fácil es entrever entre las personas de encumbrada posición, y aun adivinar, al vengativo marqués de Pombal y á sus más afectas criaturas. El tigre y la pantera del desierto no se encarnizan tanto contra su presa, como el ministro filósofo estaba dispuesto á hacerlo con un Anciano de setenta años, encanecido en las fatigas apostólicas.

CAPÍTULO IV.

Destierro del P. Malagrida á Setúbal.

Pombal, llevando ya á vías de hecho su odio y encono, que varias veces había manifestado contra los Jesuitas, empezó desterrando, por medio de su digno hermano, el gobernador del Marañón, á tres Padres, que en aquellos remotos países trabajaban con apostólico ardor en la civilización de los salvajes, emulando el celo del P. Malagrida. Eran estos los PP. Teodoro de la Cruz, italiano, Antonio José, portugués y Roque Hundertfund, alemán, que, enviados á Lisboa, arribaron á aquel puerto el 12 de noviembre de 1755. Hospedados en el colegio de S. Antonio, medio arruinado por el reciente temblor de tierra, esperaban que serían llamados á la corte para responder de las causas, que habían motivado su destierro; pero se engañaron, pues nadie les dijo palabra, tal vez porque, estando frescos los prodigios de caridad, obrados con las víctimas del terremoto, temerían conciliarse la animadversión del pueblo, que más que nunca se mostraba entusiasta de los Jesuitas y dócil á las insinuaciones de nuestro Héroe, que los convidaba á purificar sus almas en el retiro de los santos Ejercicios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

serias imaginables. Bendito sea Dios! Nada más odioso que mi nombre para personas de alta posición en la corte. Buscan como quitar mi crédito y estima del ánimo del rey por medio de mil acusaciones calumniosas, que vergüenza tendría en referir. Quieren, á todo trance, impedir al pueblo hacer los ejercicios, y á pesar de todo, he dado ya en Lisboa cuarenta tandas con resultados consoladores. Yo mismo he fundado aquí una casa de ejercicios, gracias á la protección de la Señora, que los dictó, y es la única de nuestras casas, que se ha salvado de las catástrofes del incendio y del temblor de tierra. Todas las otras quedaron arruinadas.»

Fácil es entrever entre las personas de encumbrada posición, y aun adivinar, al vengativo marqués de Pombal y á sus más afectas criaturas. El tigre y la pantera del desierto no se encarnizan tanto contra su presa, como el ministro filósofo estaba dispuesto á hacerlo con un Anciano de setenta años, encanecido en las fatigas apostólicas.

CAPÍTULO IV.

Destierro del P. Malagrida á Setúbal.

Pombal, llevando ya á vías de hecho su odio y encono, que varias veces había manifestado contra los Jesuitas, empezó desterrando, por medio de su digno hermano, el gobernador del Marañón, á tres Padres, que en aquellos remotos países trabajaban con apostólico ardor en la civilización de los salvajes, emulando el celo del P. Malagrida. Eran estos los PP. Teodoro de la Cruz, italiano, Antonio José, portugués y Roque Hundertfund, alemán, que, enviados á Lisboa, arribaron á aquel puerto el 12 de noviembre de 1755. Hospedados en el colegio de S. Antonio, medio arruinado por el reciente temblor de tierra, esperaban que serían llamados á la corte para responder de las causas, que habían motivado su destierro; pero se engañaron, pues nadie les dijo palabra, tal vez porque, estando frescos los prodigios de caridad, obrados con las víctimas del terremoto, temerían conciliarse la animadversión del pueblo, que más que nunca se mostraba entusiasta de los Jesuitas y dócil á las insinuaciones de nuestro Héroe, que los convidaba á purificar sus almas en el retiro de los santos Ejercicios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una nueva ocurrencia vino á cancerar la enemiga de Carvallo contra nuestro Anciano venerable. El ministro impío, siguiendo su sistema desmoralizador por medio de escritos anticatólicos, había publicado ó mandado publicar y repartir con real profusión un folleto, en que se pretendía probar que el azote, con que Dios había afligido la ciudad, era puramente efecto de causas naturales sin que fuera menester recurrir á la intervención del Señor, enojado contra los pecados del pueblo, para completa explicación del terrible acontecimiento. Este era el naturalismo, con que pretendían borrar de los corazones el temor de la divina justicia. Por esto el impertérrito P. Malagrida, no pudiendo tolerar con indiferencia que se engañase de tal suerte á los ignorantes, y se los desviara del recto sendero de la vida, despreciando sin temor las iras del osado ministro, tomó la pluma, y publicó también otro folleto, refutando victoriosamente los sofismas impíos, y demostrando, con gran fuerza de razones y copia de autoridades de Santos Padres que, aunque se admitiera en tan extraordinarios sucesos el concurso de causas naturales, debía también reconocerse la mano de la divina Providencia, llamando de un modo igualmente extraordinario los pecadores al arrepentimiento.

También el venerable Anciano, para contrarestar el escándalo y herir por los mismos filos al enemigo, mandó repartir en abundancia y con profusión su opúsculo, enviando algunos

ejemplares á la real familia y al mismo marqués de Pombal. Esto á los ojos del ministro era ya insufrible, inaguantable: por lo tanto, impaciente por el valeroso celo del Misionero, furioso por ver rebatidas y deshechas las argucias de su engendro, resolvió alejar por lo menos á toda costa de la capital á su impávido y temido Adversario. Valiéndose, pues, de sus hipócritas ardides, á fuerza de intrigas y denigraciones, llegó no solamente á ganarse la voluntad del Nuncio apostólico, D. Felipe Acciajuoli, mas también á arrancarle terminante orden de destierro contra el inocente é indefenso P. Malagrida. El R. P. Provincial, aunque con sentimiento, debió con sumisión obedecer al representante del sumo Pontífice en Portugal; y así el primero de noviembre de 1756, un año justo y cabal después del terremoto, significó al apostólico Varón la orden de salir de Lisboa y retirarse al colegio de Setúbal, dejando en su lugar, para la casa de Ejercicios y dia de retiro, al P. Diego de la Cámara, hijo de los condes de Ribeira. Esto acontecía en Lusitania mismo á los ojos de un monarca débil y afeminado.

En las Américas sucedía otro tanto. Los Padres del Marañón, viéndose cada dia más incomodados y perseguidos por el gobernador Mendoza, buscaban algún remedio á sus males, y no sabían á dónde volver los ojos, por encontrar obstruidos todos los caminos por los emisarios de Pombal. Por último, acosados por los infortunios, se dirigieron al P. Malagrida á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fin de que, interponiendo su influencia con el rey, hiciera cesar los escándalos, y contuviera los desafueros, que se cometían en aquellas colonias. El venerable Apóstol respondió, desde su destierro, al P. Echart, perseguido en aquellos países por Mendoza Furtado, ya con motivo de su celo ardoroso por la salud eterna de los infieles, ya también por el valor, con que demostró al estúpido gobernador la ridiculez é inconvenientes de evangelizar en lengua portuguesa los pobres salvajes, muchos de los cuales la ignoraban por completo.

Hé aquí en parte el contenido de la mencionada carta: «Mi Rdo. Padre: qué feliz es vuestra Reverencia en haber recibido del cielo fuerzas capaces de resistir tantas tribulaciones! He hablado al rey del estado infeliz de vuestras misiones, y me ha prometido que no las abandonaría á merced de la soldadesca. Desgraciadamente Pombal, hermano de vuestro Gobernador, es aquí dueño y señor del rey y del reino. Con esto le digo á V. R. bastante para que no alimente ninguna esperanza de buen éxito. No se sorprenda, V. R.: yo mismo acabo de ser alejado de la corte. Hé aquí la razón: Esparcíanse por Lisboa multitud de escritos, atribuyendo el temblor de tierra, de que hemos sido víctimas, á causas exclusivamente naturales: semejante explicación, como sin trabajo comprende V. R., no servía sino para desviar á los fieles de todo pensamiento de penitencia, y hacerles perder el fruto de tan terrible aviso dado por la Providencia.»

«Con todo, como los escritos venían de muy alto, nadie osaba combatirlos abiertamente. Con esto, á pesar de mi indignidad, descendí á la arena, y fuerte con las autoridades de los Santos Padres he demostrado que semejante azote debe atribuirse á castigo manifiesto, con que Dios vengaba nuestros crímenes y nos invitaba al mismo tiempo á volver á su seno paternal. La libertad de mi lenguaje desagradó al ministro, y en su despecho me intimó la orden de salir de la corte y hasta de Lisboa, y me relegó á este colegio de Setúbal en Estremadura.»

Aceptó benévolo el monarca las observaciones del P. Malagrida? Consta que hicieron mella en su afeminado corazón, puesto caso que encargó al desembargador de palacio, don Lucas de Seabra, que con el mayor secreto averiguara, si las quejas de los Jesuitas contra el hermano del ministro eran mejor justificadas que las del hermano del ministro contra los Jesuitas. Las pesquisas, fundadas en testigos de toda aceptación, fueron favorables á la Compañía, y dejaban en mal término al gobernador Mendoza. Mas el infeliz desembargador, vil adulador del valido, le mostró los pliegos recibidos antes de presentarlos al rey, bien lejos de imaginar que el secretario le pediría examinarlos. Después de alguna resistencia á demanda tan inesperada, cedió D. Lucas, temeroso de no conseguir los empleos que pretendía para sus hijos. Sebastián José leyó el proceso, sustrajo páginas, intercaló documentos

favorables á su hermano y lo presentó al rey. Llamó este á Seabra, quien al punto se fué á Carvalho, que se negó. El atribulado viejo llegado á palacio y preguntado por los papeles del Marañón, se escusó diciendo que todavía no había abierto los pliegos. El rey en esto le mostró el proceso, y echándole en cara su infidelidad, digna de severo castigo, le volvió las espaldas. Lucas recogióse en su escritorio, cayó postrado de ansias mortales en su poltrona, y espiró de pesadumbre. Así quedaron esterilizados los esfuerzos del P. Gabriel.

El opúsculo, en que llamaba éste incrédulos y ateos á los que no querían reconocer en el temblor de tierra castigo tremendo de los pecados públicos, que en la ciudad se cometían, había salido á luz, no solo con la aprobación del Santo Oficio, y grandes elogios de los revisores, sino también con la licencia del rey y bendición del Patriarca. Y, con cuánta injusticia y sin razón se quejara de tal obra el ministro portugués, confesarálo quienquiera, que lo lea, y no podrá menos de admirar la elocuencia, belleza y maestría, con que aduce la Sagrada Escritura, y la fuerza y energía, con que invita los pecadores á penitencia. Para muestra de la circunspección y modestia, con que rebate á sus adversarios, citaremos algunas de sus frases más fuertes.

Dice en la página 7. «Porque es cierto que, si no fuese por temor de ser censurado, y pudiera decir de estos políticos lo que siento, los llamaría *ateos*.» Y en la página 10, insistiendo

sobre el mismo punto, añade: «Lo que se saca de este discurso es que, aun cuando semejantes expresiones (de los que niegan haber sido el terremoto castigo de Dios), no se opusieran tan abiertamente á la Escritura, todavía serían temerarias, mal sonantes y escandalosas, porque se oponen directamente al sentir de la Iglesia, la cual sin duda es tal, que debe escucharse y seguirse como maestra indubitable y como que *noscit sensum Sponsi*, y ella sola puede sin apelación decidir sobre la inteligencia de sus fines. Es además escandalosa y nociva dicha doctrina, porque desvía de los propósitos y sentimientos de verdadera penitencia y de rendir con ella la debida satisfacción á Dios, manifiestamente indignado.»

Por último en la página 12 se expresa en estos términos: «Paréceme que el demonio mismo no podía inventar doctrina más conducente á nuestra ruina irreparable que enseñar este naturalismo tan innatural, afirmando que se derivan, como de su fuente, de las causas segundas y naturales, estos azotes, que experimentamos, quedándonos con dicho sistema más obstinados en las injurias y desprecio de la Causa primera, perseverando, así como por consecuencia en nuestro fanático *Ateismo*.»

Ahí están las espresiones más salientes y acres. Esto no obstante, herido Pombal en lo más vivo de su orgullo, no cesaba de hacer propaganda contra las doctrinas del celoso Jesuita; y en público y en particular trataba de ellas con escarnio y se esforzaba en refutarlas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A tal punto llegaba la envidia y coraje del seudofilósofo portugués, que bajo el pretexto de que, con predicar las enseñanzas del P. Malagrida, en lugar de moralizar y animar los pueblos al arrepentimiento, los consternaban y afligían, amordazó, con escándalo universal, á celosos misioneros, mandándolos meter á unos en su celda, á otros en las prisiones. Esta suerte tocó á dos edificantes capuchinos, Fray Clemente de Niza y Fr. Iluminado, que recobró la libertad después de la muerte de José I, y murió más tarde en olor de santidad. No podía tolerar que se difundiese la doctrina de que, con tan terribles acontecimientos, quisiera el Señor misericordiosamente llamar las gentes al cumplimiento de sus deberes, olvidados en demasía. Cómo puede defenderse haber sido el terremoto castigo de los públicos pecados, supuestos por la imaginación calenturienta del P. Malagrida, cuando *aconteció*, decía él en carta escrita á Almada el 10 de febrero de 1758, *en tiempo de la más ajustada y ejemplar reforma, que la corte y reino de Portugal vieron jamás desde la fundación de la monarquía?*

Viene aquí, como anillo en el dedo, la memoria de un hecho, que le pasó pocos días después del triste suceso. Estando Pombal hablando con el rey en presencia del conde de Obidos, como machacase sobre su tema y digera, que si hubiera sido castigo del cielo, era señal de que los mayores crímenes no se habían cometido en su casa, pues había salido

inmune, sino en las iglesias, conventos y lugares piadosos por haber sido los más azotados, contestó con gracejo el conde: *Entonces nadie más inocentes que las moradoras de la calle sucia*. Habitaban allí gente de mal vivir, y no habían sufrido consecuencia ninguna del temblor pasado. Esta contundente salida, á que nada tuvo que responder el desconcertado Marqués, fué por entonces muy aplaudida y celebrada en la corte.

No cejó por esto Pombal en perseguir al libro y á su autor, dado caso que, andando el tiempo, cuando se vió árbitro absoluto de la Inquisición y de sus auxiliares, consiguió que el tribunal, llamado *mesa censoria*, condenara el opúsculo como redactado con espíritu *infame, malicioso, fanático, temerario y herético*. Qué jueces debían ser aquellos! Como si no fuera espíritu de la Iglesia católica y apostólica atribuir á los pecados cometidos los azotes, con que el Señor nos hiere de tiempo en tiempo, y reconocer por castigos de dichas culpas los desastres y contratiempos, que sufrimos por medio de las segundas causas. Y señaladamente del terremoto nos enseña la Iglesia á rogar: *Tuere nos Domine quæsumus... et terram, quam vidimus nostris iniquitatibus trementem, superno munere firma; ut mortalium corda cognoscant et, te indignante, talia flagella prodire, et te miserante, cessare.*

En cuanto á las obras, que había empezado en América el P. Malagrida, y regaban con ardientes sudores sus hermanos en religión, po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día presagiarse ya su funesto fin y casi total ruina, atendidas las malas nuevas, que escribían á nuestro celoso Apóstol, y sobre todo algunos hechos, que patentizaban el ánimo de Pombal. Aduciremos algunos, en que se descubre no solo el ódio del ministro contra la Compañía de Jesús, sino también la ciega y absoluta obediencia, que exigía de sus dependientes, de bien distinta naturaleza que la obediencia ciega, recomendada por S. Ignacio.

Sea el primero la opresión tiránica, con que precipitó al sepulcro al Excmo. conde de Ega, primo del Excmo. cardenal Saldaña. Había dicho caballero partido para la India con el título de visorey en la primavera de 1757, con órdenes secretas y premiosas de Carvallo de prender, inmediatamente después de su arribo, á todos los Jesuitas, suspenderlos en el ejercicio de todos sus cargos y funciones, apoderarse de todos sus bienes, casas y colegios, y, por remate, arrojarlos de todos los estados confiados á su mando. Ordenóse este desafuero un año y meses antes del atentado del 3 de setiembre.

Atónito quedó el virey al oir del ministro secretario de estado una orden tan decisiva é inesperada; pero, repuesto de su aturdimiento, comenzó á pensar sériamente sobre la manera de impedir su ejecución, ó por lo menos de atenuar los terribles efectos de golpe tan mortal, no menos para los hermanos de S. Francisco Javier, que para los establecimientos de la India portuguesa. Por esto, no bien hubo tomado

tierra en las playas de Goa por setiembre del mismo año de 1757, llamó cuanto antes á consejo al arzobispo primado, á los principales magistrados y demás representantes de Portugal en la India, y habiéndoles descubierto el arcano del precepto recibido respecto del exterminio de los Jesuitas, pidió sobre tan importante asunto su parecer y su voto.

Después de madura deliberación y detenido examen sobre sus obligaciones en punto de tal naturaleza, resolvieron por unanimidad suspender la ejecución de la orden reservada y tomar tiempo para informar á la corte de Lisboa, poniendo en consideración del rey fidelísimo los gravísimos y casi irreparables inconvenientes, que de su planteamiento resultarían tanto para la religión, como para el real servicio.

Llegada después de seis meses á Lisboa la representación del virey en nombre de todo lo más granado de la India, no es fácil expresar la cólera y saña, en que montó Carvallo, viendo de esta suerte retardado el cumplimiento de sus mandatos. Y sin curarse en nada ni para nada de las poderosas razones, aducidas en el manifiesto, urgió en tono amenazador y desdeñoso, y con empeño digno de mejor causa, como puede suponerse en un prepotente de su laya, la inmediata ejecución de sus órdenes despóticas.

El visorey doblegándose entonces, bien que muy á pesar suyo, al supuesto ceño de su monarca, hizo arrestar á todos los Jesuitas en sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propios colegios el 26 de setiembre de 1758, veinte y tres dias después del atentado de Lisboa, los repartió después entre los conventos de otros religiosos, y por último, vueltos á reunir en el colegio de S. Pablo, fueron embarcados para Europa el 20 de diciembre de 1759.

Cara, muy cara costó esta tarda obediencia al infeliz conde de Ega, porque, concluido el trienio de su mando, fué llamado por Carvallo á Portugal, á donde viajó como prisionero, y apenas llegado al Tajo, sin que se le permitiera desembarcar ni hablar con nadie, interceptadas todas sus cartas para que no se traspirasen siquiera las órdenes secretas, despojado de su bastón, anillo y hasta de su reloj, secuestrado todo su bagaje, fué encerrado en el castillo de S. Felipe de Setúbal, donde, oprimido por la miseria, tedio y pesadumbre, murió después de tres ó cuatro meses de acerbísima prisión. Así vengaba el felino mónstruo de inhumanidad las más leves desobediencias de los que más tarde fueron declarados del todo inocentes.

Otro ejemplar, no menos cruel y atroz que el anterior, sucedió con D. José Mascareñas, senador ó desembargador del reino. Era este amigo íntimo y confidente del marqués, del cual tenía cartas, en que le ordenaba hiciera todo lo posible para envolver á los Jesuitas con los reos del motín, que había tenido lugar en Oporto. Pero no habiéndole salido felizmente todas sus tramas, buscaba oportuna ocasión de complacer al amigo en su maligno empeño

contra la Compañía de Jesús, y esta no tardó mucho en presentársele. Habiendo Pombal recibido del arzobispo de Bahía de todos santos informes favorables á la inocencia y buena fama de los hijos de S. Ignacio en materia de tráficos y comercios ilícitos, que les imputaban, tomó el partido de enviar al Brasil una diputación, compuesta de tres senadores, para hacer, de común acuerdo con el prelado, nueva, y en apariencia más exacta inquisición y examen sobre las acusaciones, que se propalaban.

No hay que aguzar el ingenio para hacer el retrato de los encargados, en quienes dió Pombal, para expedición tan importante, ni tampoco difícil comprender que eran tales, cuales convenían al feliz éxito de la empresa. Uno de los escogidos era el mencionado señor Mascareñas. Embarcados los tres, tomaron rumbo para la América por el mes de junio de 1758. Los primeros dias navegaron con viento próspero y bonancible: mas, al llegar á la línea, arreció de tal manera el tiempo, y se repetían con tal furia fieras borrascas y deshechas tempestades, que más de una vez se dieron ya por perdidos. En estos apuros, á cada instante con la muerte á los ojos, empezaron á pensar sériamente en la salvación de sus almas, ya que en tan inminente riesgo veían la vida del cuerpo. Al borde de la eternidad, resolvieron unánimamente, por un lado menospreciar las insidiosas instrucciones del ministro contra el Instituto de S. Ignacio, y, por otro, á todo trance, obrar justicia, cualesquiera que fuesen los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peligros, á que por motivo tan noble se arriesgaran.

Cabalmente era el 31 de julio, dia en que celebra la Iglesia la fiesta del Santo Fundador de la Compañía de Jesús. Esta circunstancia de tiempo encorazonó á los aterrorizados, y les infundió aliento para recurrir con toda confianza á la intercesión de Santo tan poderoso; por lo cual, fiados en su valimiento, se obligaron los tres con voto de confesar y comulgar á honra suya, si los libraba del temido é inminente naufragio. No bien habían concluido su promesa, cuando se tranquilizó el Océano, amainó el viento; y luego, soplando próspera brisa, los llevó sanos y salvos al puerto suspirado.

Mas quién lo creyera? Azares de la instabilidad humana! Para dos de ellos, salir del peligro y olvidarse de los ofrecimientos y votos, fué lo mismo: solo el desembargador Mascareñas permaneció firme en sus buenos propósitos. Sus pérfidos compañeros, fingiendo exteriormente secundar los comunes planes, avisaron bajo mano á Carvallo, el cual, incontinenti, mandó prenderlo y ponerlo á buen recaudo. En hecho de verdad el infortunado Mascareñas, cuando embebido en la fundación de la academia literaria de los *Renacidos*, no pensaba sino en promover las letras, vióse con la mayor injusticia privado de su libertad el 20 de abril de 1760 por el conde de Bobadilla y encerrado en la fortaleza de Santa Cruz de *Añatomerim*, peña fortificada en la entrada del

puerto de la isla *Santa Catalina*, donde padeció por espacio de quince años, hasta que por febrero de 1775 fué trasportado á otra cárcel, más rígida, en la isla *das Cobras*. Este secreto cambio de morada dió pié á los rumores de que el señor Mascareñas había muerto de un disparo, que le habían hecho en el acto imaginario de querer fugarse de la prisión. Puesto en libertad, como inocente, después de la muerte de José I, embarcóse para Portugal, á donde aportó, á través de fieras y repetidas borrascas, el dia 22 de octubre del año del Señor 1778.

Con estos y otros hechos parecidos, que aunque secretos, eran conocidos de muchos, pocas ó ningunas esperanzas de remedio sustentaban los Padres, y en especial el P. Malagrida en su destierro de Setúbal. Varias razones se buscaban para explicar la persecución constante, que estaba sufriendo, pero la verdadera, y casi única, era el ódio encarnizado de Pombal contra el celoso Apóstol, ódio recrudecido con la publicación y difusión del folleto contra las ideas naturalistas del marqués. Esto confiesa repetidas veces el propio Padre, y esto mismo repetiremos segunda vez, copiando otro fragmento de carta, que escribió al Padre Ritter, y dice así:

«Armado con la aprobación de la corte y excitaciones de los obispos daba los ejercicios de nuestro bienaventurado Padre á gran multitud de gente, ávida de recibirlos: de repente una nueva tempestad se levantó; y me he visto en la necesidad de tomar el camino del des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tierro. ¿Quiere V. R. saber mi crímen? Lea V. R. el cuaderno, que le remito juntamente con la carta, y lo sabrá todo. Se me echa en cara haber osado combatir en este opúsculo la perniciosa doctrina, con que alguno intentaba sembrar en la corte y en la ciudad el error de que no debía atribuirse el terremoto á nuestros pecados ni á la cólera de Dios, vengador de crímenes, sino á causas puramenté físicas y naturales. Hé aquí porque he sido acusado, detenido y condenado sin ser oído, y, por fin, arrojado de la corte y de la capital.»

Pero, como con todos los enviados del Altísimo, que se alegraban en sufrir contumelias y denuestos por Jesucristo, así aconteció que la persecución no hizo sino inflamar con mayor ardor el celo de nuestro incansable Obrero, el cual en el mismo lugar de su destierro, en Setúbal, abrió dos casas, una para varones y otra para mujeres, á fin de adiestrar con el retiro á unos y á otras en la celestial disciplina de San Ignacio de Loyola. Tan pronto como se esparció por Lisboa la noticia de que el P. Malagrida daba Ejercicios en su destierro, gran número de caballeros y señoras acudieron á la residencia del Misionero, para ponerse bajo la dirección acertada de tan distinguido Maestro en la ciencia de los santos. Entre las que más propaganda hicieron y corrieron con noble afan á saciar sus almas sedientas en esta azuda de la divina gracia, merece particular mención doña Leonor, marquesa de Tavora. Con sus instancias y ejemplo bebían la paz en este retiramiento, además de personajes distinguidos de la corte, muchos celosos sacerdotes y no pocos religiosos edificantes.

Hé aquí lo que sobre este mismo asunto escribía el P. Gabriel: «Hace ocho meses que estoy desterrado en este rincón del mundo, y en medio de mis tribulaciones me siento inundado de alegría. Qué felicidad ver tantas almas, por medio de los santos Ejercicios arrancadas de las fauces del infierno! Qué espectáculo contemplar esta casa de retiro, donde las principales damas del siglo pasan los dias en silencio y oración, encerradas como religiosas! Qué diré del gran concurso de personas muy célebres de la corte? *Pero ay! que mi dicha será muy pronto seguida de mi ruina!!* Mil bocas enemigas se han abierto contra mí y contra estos santos Ejercicios! Se los desacredita y trata de monerías y de maquinaciones infernales, empleadas para seducir al pueblo y destruir el Estado. Cada dia nuevas calumnias provocan nuevas sospechas y nuevos requisitorios. Qué sucederá? Lo ignoro: todo me lo temo. Sin embargo, pongo toda mi esperanza en Dios y en su divina Madre.»

Al fin de la carta se lee la postdata siguiente: «En el momento en que escribo estas líneas, una nueva tropa de ejercitantes con bandera desplegada, entra por la puerta de esta santa Casa.» Qué poco le habían de durar estos sabrosos consuelos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Libelos infamatorios. Breve de visita de las Casas de la Compañía.

Los presentimientos y temores del celoso Desterrado no carecían de fundamento, puesto que luego se desencadenó la tempestad, que él había visto formarse en lontananza. Por la noche del 19 de setiembre de 1757 todos los Jesuitas, que residían en la corte, recibieron orden de salir, al momento, de palacio, con prohibición expresa de volver á poner los piés en su recinto. Fueron los expulsados los PP. Moreira, confesor del rey y de su esposa; Timoteo de Oliveira, confesor y preceptor de la serenísima princesa del Brasil; Jacinto Costa, confesor del infante D. Pedro; José de Araugio, confesor del infante D. Manuel, y Manuel Mattos, confesor del infante D. Antonio.

Este ruidoso despido fué por muchos de la corte acogido con grandes muestras de sentimiento y hasta con lágrimas copiosas, muy al revés de Pombal, que no cabía en sí, hinchado de satisfacción y de gozo, como quien veía felizmente coronadas sus innobles tentativas. *Semejante medida,* decía la reina á su esposo, *va á producir hondo pesar y dolor en el ánimo de María.* — *Sí,* respondió el imbécil monarca,

pero qué le hemos de hacer? Ya no hay tiempo: es irremediable.

La princesa doña María, más tarde reina de Portugal, profesaba profundo respeto y veneración á su confesor y maestro, el P. Oliveira, de suerte, que cuando le propusieron otro preceptor para proseguir las lecciones de latín, respondió desdeñosa y bruscamente: *No lo quiero: ya lo sé bastante.* Esta expulsión inícua, verificada sin declaración ninguna antecedente, sin ningún motivo fundado, era ya síntoma inequívoco y presagio cierto del terrible huracán, que se venía encima de la Compañía de Jesús, con pesar y susto de las gentes de bien. Ya los planes satánicos, fraguados en la oscuridad por sectas infernales, iban trascendiendo, y decíase ya muy alto, que se preparaba en las tinieblas la ruina no solo de los Jesuitas, sino también de los otros religiosos, del clero, de la piedad y de las buenas costumbres. El rey mismo, presagiando dias tristísimos para la religión y la monarquía, previendo los desastres que llevaría tras sí la guerra antijesuitica, no pudo disimular la violencia, que se le hacía, en firmar el decreto de extrañamiento.

Por su parte el ministro, cada dia más audaz y nerónico, ansiando desacreditar más y más á los Jesuitas en la opinión pública, hizo repartir por el reino un libelo difamatorio, lleno de nuevas calumnias, bajo el título de *Relación compendiada de la República, que los Jesuitas de Portugal han fundado en las posesiones de Ultramar.* De este amasijo denigrativo, aparte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los 20,000 ejemplares, que se imprimieron en latín, portugués é italiano, y se repartieron entre muchos príncipes, obispos y superiores religiosos, se mandó también, por orden expresa, que todos los embajadores portugueses mandaran sacar traducciones en las lenguas de las cortes, donde residieran, y las hicieran derramar profusamente.

Todo lo atentaban para herir de muerte á las inocentes víctimas; y, con el fin de sorprender la credulidad de la gente sencilla, se publicó el calumnioso parto bajo diferentes epígrafes, tales como *Carta del ministro de Portugal al ministro de España sobre el imperio de los Jesuitas, República del Marañón, Historia de Nicolás I,* y otros de este jaez. Excusado é inútil es decir que tal imperio ó república solamente existía en la iracunda imaginación de los enemigos de los Jesuitas, por lo cual, entre la gente honrada y de cimiento recibió el pago, que merecía, el absurdo folleto, cuajado de tantos embustes, cuantas eran las frases, que contenía. Tan burda era la trama, tegida por los enemigos de Dios y de su Iglesia, que por los hombres de letras era la tela de iniquidad recibida generalmente con desprecio, y hasta con indignación, y, lo que es más, con autorizadas censuras.

En la misma Lusitania, D. Francisco Mèndez, inquisidor de la fé, mandó arrojarlo á las llamas; D. Miguel de Tavora, arzobispo de Evora, prohibió su lectura á sus ovejas; el prior de los Carmelitas descalzos hizo lo mismo con

los religiosos reunidos en capítulo; condenólo también la universidad de Coimbra, y lo mismo juzgó, más tarde, el mansísimo Clemente XIII.

Esta igual y digna conducta de parte del gobierno español fué lo que más cruel y vivamente mortificó el ánimo del orgulloso déspota; pues, no bien se había esparcido por España el infame libelo, junto con algunas otras producciones de la misma laya, salidas igualmente de fábrica portuguesa, cuando inmediatamente los prelados levantaron el grito contra tales engendros del error y de la calumnia, y el gobierno, haciendo coro con los dignos centinelas del santuario, mandó quemarlos públicamente por mano del verdugo.

Fué esto, para el marqués, golpe terrible, pero lejos de amilanarle y atajar sus pasos, movióle á preparar nueva urdimbre, más perniciosa que la primera. Mas, haciendo aquí un momento de parada, preguntará algún curioso: Qué fundamento tenía Pombal para la confección de tales calumnias? No vemos otros sino su osadía y la ignorancia de los lectores, de cuya credulidad tan inicuamente abusaba, como saben hacerlo sus admiradores. Además, fruto fué este de grandes vigilias, cultivado en especial por su hermano Furtado de Mendoza y demás subvencionados, que á este fin habían partido allende los mares. Nó podemos, pues, juzgar que por ventura tomaron ocasión del pacto celebrado entre Portugal y España, en virtud del cual, á vueltas de la colonia del San-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tísimo Sacramento, sita en la desembocadura del rio de la Plata, propia de los lusitanos, entregaban los españoles siete reducciones célebres por sus extensas, fértiles y ricas campiñas? Aun así, en qué fundamento tan movedizo levantaron sus castillos! Examinémoslo someramente.

Como los Guaranis y moradores de estas tierras, defirieran, por más de tres meses, la entrega de sus hogares, temeroso Carvallo de que, con la dilación, se deshicieran los contratos; impaciente y arrebatado de ira y ciego de codicia urgía á Valdelirio para que obligase á los indios á salir de sus casas, siquier fuera por las armas. Parecíales á aquellos déspotas que eran árbitros de la vida y de la muerte, y que, á sus antojos, podían disponer de los súbditos, como de una manada de borregos. Así son los liberales cesaristas.

Trabajaron los Padres de la Compañía para impedir aquella guerra, injusta é inhumana: exhortaron á los indígenas á cambiar los patrios hogares y fértiles vegas por barrancas desiertas é incultas, infestadas a la contínua por latrocinios de tribus salvajes; pero vanos é inútiles fueron sus reiterados esfuerzos: y, no obstante, á instigaciones de ellos atribuyeron portugueses y españoles degenerados la resistencia de los indios y las sangrientas crueldades de la guerra. De cualquiera pretesto se valían los amigos de Pombal para hacer odiosos á los Jesuitas.

Merced á Ceballos, gobernador de Buenos

Aires, varón integérrimo, fiel guardador de la nobleza española, se descubrieron las calumnias, de que tenía ya indicios patentes. Queriendo averiguar la verdad y coger infraganti á los detractores, vendidos al ministro portugués, se dirigió á la reducción de San Francisco de Borja, resuelto á examinarlo todo por sí mismo. Contiguo á la iglesia del lugar levantó suntuoso estrado, y reuniendo allí por un lado á los capitanes Valdelirio, Viana, Sala, Navarro y otros jefes del ejército, y por otro á los caciques y principales de las siete reducciones con los intérpretes Villanova y Casaensez, empezó pública y solemnemente sus investigaciones. Allí sentado sobre trono régio, escoltado de ochocientos soldados, empezó preguntando á los indios:

«Llegó por ventura á vuestro conocimiento el edicto en que Fernando VI os mandaba entregar vuestras reducciones al mando y dominio de José I, rey de Portugal?

Lo sabíamos perfectamente; contestaron á una voz los caciques.

Y quiénes fueron, prosiguió el Gobernador, los que os notificaron tal edicto?

Respondieron ellos: Nuestros misioneros, los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales, cada uno en su parroquia, no solo promulgaron el edicto, sino que también nos animaron á acatarlo, y con ruegos y lágrimas nos excitaban á obedecer.

Entonces, repuso Ceballos, por qué no obedecísteis?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por muchas razones, dijeron los indios. La primera por la premura del tiempo, pues se nos obligaba á dejar nuestras casas en el término de tres meses y buscar domicilio en tierras lejanas y desconocidas. Después nos retraía de la obediencia el amor, que no sufría del todo abandonar nuestro suelo natal, perder nuestros hogares, dejar nuestras casas, apartarnos de nuestros campos, desamparar los sepulcros de nuestros mayores, por cuya reverencia nos creímos en el deber sagrado é ineludible de pelear. En tercer lugar nos lo impedía uno como odio hereditario contra los lusitanos, de quienes distintas veces habíamos sido cruel y pésimamente vejados, y á quien, con nuestra emigración, se nos obligaba á entregar todos nuestros bienes inmuebles, fecundizados con nuestros sudores. Por último, contemplando el negro y desgarrador semblante de nuestras calamidades y próxima ruina por tener que partir, sin vituallas ni simientes para la siembra, á regiones fieras y enemigas, distantes más de cien leguas de nuestro suelo, y esto con la ingente turba de treinta mil personas, entre las que se hallaban niños, mujeres y ancianos, sentíamos apagarse nuestros deseos de obedecer, mayormente considerando que nos era casi imposible llevarnos los ganados, indispensables para la vida, ni sustraerlos al cebo de la codicia portuguesa.»

Oidas estas razones, interrogó el Gobernador: «Y cuál de los misioneros de las siete reducciones, ó cual otro de la Compañía de

Jesús, persuadió, aconsejó, aprobó ó alabó esa vuestra resolución de defenderos con guerra?

A esto contestaron los Guaranis con lágrimas y sollozos; y levantando las manos al cielo, y mesándose los cabellos, exclamaron: «Miserables de nosotros! ciegos! que no solo no quisimos escuchar á nuestros Pastores, que nos disuadían nuestros temerarios consejos, y nos vaticinaban los males, que sufrimos, sino que también con la mayor indignidad los tratamos mal de palabra y de obra, obligándolos á la fuerza y con amenazas y con riesgo de su vida á quedarse con nosotros.»

Esta guerra justísima, aunque fatal para los pobres Guaranis, esta guerra desaprobada por los Jesuitas, por más que algunos indios, seducidos y engañados con terrores por los portugueses, confesaran al principio lo contrario, fué por acaso el único fundamento de la soñada *República del Marañón*, padrón de ignominia para Pombal y para cuantos le ayudaron en sus calumnias. No eran estas sino preparativos para sus inícuos cálculos de destrucción.

Entraba en sus planes diabólicos obtener de la Curia romana sentencia condenatoria contra la Compañía, sin la cual consideraba poco menos que imposible enagenarle los buenos afectos y simpatías de los católicos portugueses. Y de verdad, cómo no se habían de entusiasmar por un cuerpo, que producía apóstoles como el P. Malagrida? Y al revés, qué fiel cristiano había de poner en duda la culpabilidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de religiosos, condenados por la misma santa sede? Por tanto este fué el terrero, al cual asestó todas sus máquinas y embustes en lo sucesivo y con tal éxito, que llegó á persuadir al crédulo José I ser premiosamente necesario para la paz y buen gobierno de sus vasallos solicitar de Roma un breve de visita y de reforma, á que debieran sujetarse todos los Jesuitas del reino lusitano.

Así, no bien supo Carvallo la grave dolencia de Benedicto XIV, cuando, habiendo llamado de Roma á D. Antonio Andrade Freire, varón integérrimo, á quien posteriormente tuvo por veinte y dos años con clara injusticia encarcelado, mandó cerca de la Santa Sede á Francisco Almada, hombre tan atrevido como ignorante, cortado á la medida del ministro.

A este, pues, escribió dos cartas, en nombre del rey, una del 8 de octubre de 1757 y otra del 10 de febrero de 1758, mandándole con gran fuerza que arrancase del enfermo Pontífice Breve de reforma de la Compañía de Jesús, encargándole al propio tiempo que, con el fin de que nada columbrasen los Jesuitas, encomendara con gran secreto el negocio á ciertos agentes, á quienes señalaba con nombres enigmáticos á usanza masónica y sabía ser conocidamente hostiles á los hijos de S. Ignacio, y que les entregara para ello 30,000 pesos, con promesa de mayor galardón, en caso de feliz resultado. Así lo aseguran varias de las obras citadas al principio. A la instrucción iba adjunta la Relación famosa de los supuestos crí-

menes de los Jesuitas en América: y sobre este relato informe y denigrativo descansaba la acusación de los Padres y la pretendida necesidad del nombramiento de visitador con tanto empeño solicitado.

«V. E., escribía Carvallo á Almada, encontrará en esta Relación una prueba evidente de que muchos años há estos religiosos han abandonado la obediencia que deben á las bulas y mandatos de los Papas, la observancia de leyes las más necesarias para la conservación de la paz pública en los reinos, la fidelidad debida á los soberanos, y, en fin, la religiosa instrucción de sus miembros. Han sacrificado todas estas obligaciones cristianas, religiosas, naturales y políticas á un ardor ciego, insolente y sin límites de apoderarse de los gobiernos políticos y temporales, al deseo insaciable de adquirir y amontonar riquezas inauditas, y hasta de usurpar los estados de los príncipes.»

«Nada ha podido desviarlos de estas criminales transgresiones, sobre todo cuando ellos han visto que les podían servir de medios para llegar á fines tan reprensibles y contrarios á su santo Instituto, por el cual han manifestado un desprecio tan absoluto como escandaloso. En fin, la extrema corrupción de estos hijos, indignos de Religión tan santa, han llegado á un punto tan deplorable en el reino de Portugal, y más todavía en los dominios de Ultramar, que son rarísimos los Jesuitas, que no parezcan más bien comerciantes, soldados, ó tiranos, que religiosos.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tales, y no menos calumniosas, eran las ideas, que contra la Compañía propalaba el ministro lusitano, á pesar de los encomios entusiastas que, desde Portugal mismo, dirigían al M. R. P. General ya el arzobispo de Evora, ya el obispo de Tipaza, en cartas llenas de elogios sobre la piedad, la regularidad y edificante conducta de los hijos de S. Ignacio. Dónde estaban, pues, los marchantes y tiranuelos, de que hablaba el despótico secretario? Cómo concuerdan tan incalificables acusaciones con tan significativas alabanzas de los prelados? ¡Cómo á ojos vistas se advierte que la acriminación, además de ser tangiblemente calumniosa, era también en extremo denigrativa por las descomedidas expresiones, que en ella se insertaban contra beneméritos súbditos de la Iglesia! Y, á pesar de todo, surtió tristemente su efecto.

Benedicto XIV, atacado de la enfermedad, que le llevó al sepulcro, estaba por entonces luchando con la muerte. Rodeado además por hombres partidarios de las nuevas ideas, tales como Passioneis, Espinelli, Archinto, y por ende desafectos á los Jesuitas, habia parecido más de una vez poco adicto á la Compañía; pero, á medida que con su trato fué penetrando el espíritu de ella, y enterándose de su gloriosa historia, dióles señaladas y explícitas pruebas de benevolencia y entusiasmo. Pocos pontífices le concedieron, como él, tan honrosos privilegios, de que son buen testimonio las bulas *Devotam* de 1746, *Gloriosæ Dominæ* de

1748 y *Quantum recessu* de 1753. Por este mismo tiempo, en 1758, mostraba Benedicto tal predilección por los Jesuitas, que, de entre todas las órdenes religiosas, solamente el General de la Compañía tenía, todas las semanas, entrada en el palacio pontificio.

Frisaba á la sazón el Vicario de Jesucristo con los ochenta y tres años de edad, y tan alarmado con las graves acusaciones, que contra la Compañía se hacían, como temeroso de los graves trastornos que contra la Iglesia podía levantar el prepotente ministro, creyó no poder rehusar un Breve, que con apariencias de celo y con tantas instancias se le pedía en nombre del príncipe de un reino, tan glorioso por sus trabajos en la propagación del catolicismo, y tan benemérito de la sede romana. Así, al presentar Passionei al moribundo Pontífice el Breve de visita concebido en términos suavísimos y hasta laudatorios de la Compañía, Benedicto XIV juzgó prudente rubricarlo con su firma. Para conseguir Pombal este resultado no daba sueño á sus ojos ni paz á su mano. Temiendo, pues, que la refutación de su calumnioso engendro, en caso de llegar á Roma, desbaratería sus tenebrosas tramas, había amenazado con terribles infortunios al R. P. Henriquez, provincial de Lusitania, si en cualquiera rincón del mundo se respondía al infame libelo. Todo lo removía para conseguir victoria en sus inhumanas tentativas.

Esta fué para él cumplida con saber que ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía sido nombrado visitador apostólico de la Compañía en Portugal el cardenal Saldaña, hechura y ciego instrumento suyo, agraciado por las gestiones del mismo con el capelo cardenalicio. Las negociaciones, según su encargo, se habían llevado con tal sigilo, que ni el M. R. P. General ni Jesuita alguno había tenido de ellas la menor noticia. Es verdad que el Nuncio apostólico preguntaba, á menudo y con insistencia, al P. Henríquez, si por ventura tenía nuevas de Roma, pero estaba tan lejos de sospechar lo que sigilosamente se estaba fraguando, que las reiteradas preguntas no hicieron nacer en su ánimo la más ligera curiosidad de esclarecer el enigma.

Por fin se reveló el misterio. Recibióse en Portugal el anhelado Breve, que por cierto no fué tan del gusto de Pombal, como él, orgulloso de su victoria, se prometía. Por términos claros y expresos el Papa declaraba el amor, que á los Jesuitas tenía: *Nos qui Societatem præfatam paternis amplectimur affectibus.* = *Nos, que con paternal amor abrazamos á la mencionada Compañía.* Y, después de haber recomendado al Visitador que por sí mismo se enterase á fondo y tomara informaciones las más exactas, añadía: *Si quæ autem graviora in huiusmodi visitatione repereris, ea omnia sub tuo sigillo clausa ad Nos quam primum diligenter transmittas; ac Nobis referas et patefacias quæcumque ad hanc causam pertinere arbitraveris. Ex re enim et tempore consilium capiemus, et effusis lacrymis Omnipotentem Deum clamore*

valido orabimus atque obsecrabimus, ut quod inde statuendum sit, matura deliberatione decernamus.=*Mas si en esta visita hallares cosas graves, todas cerradas con tu sello á Nos las trasmitirás cuanto antes con diligencia; y nos referirás y harás patente todo cuanto creyeres pertenecer á esta causa; pues según la cosa y el tiempo tomaremos consejo, y entre abundantes lágrimas rogaremos con fuerte clamor á Dios Omnipotente y le suplicaremos que con madura deliberación decretemos lo que para ello debe resolverse.*

Esto por lo que al Breve toca, digno verdaderamente de tan buen Padre; porque en cuanto á la ejecución según los cánones y deseos pontificios, la equidad y la justicia reclamaban se hubiera dado á los Jesuitas conocimiento de los crímenes, de que eran acusados, y atentamente se hubieran oido sus descargos y defensa. Fuera de esto Benedicto XIV escribió al Visitador una carta tan honrosa y favorable á la Compañía, cuanto lo pudiera haber sido la de un amigo el más entusiasta. En ella recomendábale ahincadamente que guardase los mayores miramientos por un Instituto *tan benemérito de la Iglesia; que á costa de sudores y de la sangre de sus hijos había llevado la luz de la fé hasta las extremidades del mundo...* y le prohibía publicar ningún decreto, que no hubiera sido anteriormente comunicado á la silla Apostólica. Cumplieron visitador y ministro las prescripciones del sumo Pontífice? Por lo que antecede pudiérase ya colegir cual fuese la obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diencia de entrambos, y la historia vendría á confirmar las consecuencias lógicas de tales premisas.

Por de pronto, pareciendo el Breve á Pombal en extremo templado, después de haberlo irreverente corregido, á su placer, con el pretexto de que el Visitador tenía derecho no ya de *reformar* sino hasta de *destruir* la Compañía, publicólo con gran estruendo y aparato. El dos de mayo, á la puesta del sol, por orden del cardenal Saldaña, presentóse en la Casa Profesa el alguacil mayor, D. Manuel Barberino, preguntando por el P. Henríquez, y como le digeran que estaba en el Noviciado, se mandó conducir al cuarto del Superior y ordenó que allí se reuniera toda la Comunidad. Entonces, delante de todos los Padres allí congregados, leyó el nombramiento de Visitador, hecho por el Papa, en la persona del Cardenal: lectura, que todos escucharon con modestia y silencio edificantes. Temiendo, sin embargo, que movieran los Jesuitas algún motín ó tumulto, tenía Carvallo apostadas tropas para reprimirlo y sofocarlo al instante. El resultado manifestó cuán temerarios habían sido sus temores y cuán supérfluas y vanas tales precauciones.

Como las tristes noticias presto se difunden y suelen llegar primero á quien más amargan, así poco tardó esta tristísima en llegar al retiro del P. Gabriel, á quien tanto interés inspiraba la gloria de la Compañía, el cual, si bien la recibió con resignación evangélica, no pudo

menos de lamentarse por ver en ella funesto prenuncio de otras más acerbas desgracias. Y lo peor fué que quien podía poner algún remedio, presto desapareció de la escena de este mundo, ya que al otro día de perpetrarse en Portugal tamaños desafueros, el tres de mayo en brazos del célebre misionero Jesuita napolitano, llamado el P. Pepe, murió el soberano Pontífice Benedicto XIV, no sin haber dado antes á la Compañía pruebas de singular aprecio, declarando solemnemente heróicas las virtudes del V. P. Francisco de Jerónimo, muerto en olor de santidad en Nápoles el 11 de mayo de 1716. Otras auras corrían en el reino lusitano así para los Jesuitas como para sus amigos.

Todos los buenos se hallaban en angustiosa expectativa, cuando el Emo. Visitador dirigiéndose á la casa profesa de S. Roque, abrió el 31 de mayo de 1758 la visita con las consuetas y edificantes ceremonias de la Iglesia, terminando este primero y casi único acto de su comisión con brevísimo y patético discurso habiendo en sustancia dicho: *que él no venía á reformar, sino á ser reformado.* Después de estas expresiones dichas con muestras, al parecer, sinceras de dolor, en habiendo recibido como legítimo superior solemnes homenajes de sus nuevos súbditos, se volvió en derechura á su propio palacio sin entrar siquiera en la iglesia de la casa.

De esta forma principió y terminó la visita apostólica de los Jesuitas en Portugal. Esto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no obstante, despreciando todas las reglas y atenciones propuestas y aun ordenadas por el difunto Pontífice, procedió Carvallo á publicar, pocos dias después, una pastoral infamatoria, estampada con el nombre y á nombre del Emo. Reformador, en la cual se declaraba á los Jesuitas culpables de haber ejercido en la nación y en las colonias portuguesas de Asia, Africa y América, tráficos ilícitos, vergonzosos, y contrarios á los sagrados cánones. Y para que á todos constase que la falsa moneda de la pastoral tenía el cuño peculiar de la fábrica pombalina, estaba fechada el 15, es decir, diez y seis dias antes de la apertura de la mencionada visita. Como quiera que sea, el bueno del Reformador no tuvo virtud para oponerse á la temeridad del ministro, habiéndose contentado solamente con rogar al P. Prepósito de S. Roque le presentara los libros relativos á los pretendidos comercios; y no encontrándose en la casa sino los registros de limosnas, de que únicamente se mantenía, estos fueron al punto enviados al Emo. Visitador.

A la pastoral del cardenal Saldaña siguió el decreto del Patriarca de Lisboa, todavía más duro. La felonía, con que se arrancó á este débil Príncipe la orden ominosa, es bien palmaria. El dia 6 de junio, cumpleaños del rey, presentóse Pombal vestido de gala en el palacio del arzobispo, y, después de varias protestas de sumisión y respeto, pidió al patriarca D. Manuel de Atalaya audiencia particular. La entrevista duró cosa de cuatro horas. Exigía el

marqués que se quitasen á los Padres de la Compañía las facultades de confesar y predicar, haciendo valer para ello todos los motivos, que le inspiraba su furibundo encono contra los Jesuitas, paliado con el brillo de la honra del rey, bien del Estado y paz de la Iglesia.

El patriarca, resistió en un principio, con tesón y valor á tomar una medida tan escandalosa y contraria á los sagrados cánones; pero, al fin y al cabo, mohino de tanta porfía, cedió á las importunas y vivas instancias de aquel *leal y sincero católico*, y al dia siguiente por la mañana se leía en todas las puertas de las iglesias de la Compañía:

«Por justas razones, á Nos conocidas y que atañen especialmente al servicio de Dios y utilidad pública, suspendemos en el ejercicio de confesar y predicar en la extensión de nuestro patriarcado á los Padres de la Compañía de Jesús, mientras no mandemos lo contrario. Y para que llegue á noticia de todos, mandamos expedir el presente edicto, que será fijado en los lugares de costumbre en esta ciudad y patriarcado.

Dado en el palacio de nuestra residencia á 7 de junio de 1758.

José M. C., Patriarca de Lisboa.

Por mandado de S. Ema., *Cristóbal de Rocha Cardoso.*»

Este golpe terrible, arbitrario y despótico, cayó sobre los Jesuitas, cuando se les habían cerrado ya todas las puertas á las reclamacio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes, después de haber echado del real palacio á los Padres, confesores del rey y de los demás miembros de la real familia, y en habiendo desterrado de Portugal al P. Jesuita confesor del Nuncio pontificio. Con todo esto era preciso y urgente tomar algún remedio para salir de posición tan difícil y apurada. Mas, quién romperá la valla? A quién se acudirá, que disfrute de algún valimiento para defender con éxito la justicia?

A lo primero se apresto, al instante, el magnánimo P. Malagrida. La fatal nueva, llegada al colegio de Setúbal el 13 de junio, fué recibida por todos, y en especial por nuestro Misionero, con resignación ejemplar. Cierto que en ninguna peor coyuntura podía haberse promulgado allí el mandato escandaloso y tiránico, porque celebrándose aquel dia la fiesta del glorioso S. Antonio, patrón de Lisboa y de toda la diócesis, acudía crecida multitud de fieles á confesar y comulgar en obsequio del Santo Taumaturgo, y fué necesario despedirlos ayunos con gran duelo y sentimiento de los celosos ministros del Altísimo. No fué menor la pena y desconsuelo de los piadosos vecinos, los cuales, al recibir aviso tan inesperado, no pudieron contener las lágrimas, ni dejar de prorumpir en quejas y murmuraciones.

El P. Gabriel, tan amante y amado de aquella gente sencilla, lleno de compasión y de amargura, escribió al momento al P. Santiago de la Cámara, suplicándole instantemente se avistase cuanto antes con el Patriarca, su

deudo, y le moviera por todos los medios posibles á retirar decreto, tan pernicioso al honor de la Compañía, como subversivo del órden eclesiástico, y no menos ruinoso del bien de las almas.

Allí se dirigió al instante el Padre de la Cámara, pero llegó ya tarde: el Patriarca estaba agonizando é incapaz de recibir visita alguna. Lástima que no tuviera tiempo ni conocimiento para atender al P. Santiago, porque, á pesar de lo indicado, debemos confesar para honra del Emo. cardenal Patriarca, que solo por debilidad y cobardía se dejó vencer por las amenazas del fiero Pombal. Pues, apenas hubo sellado el ruidoso edicto, cuando agobiado de tristeza y pesadumbre se retiró á su quinta de Atalaya, y allí, derribado por la melancolía, cayó repentinamente en grave enfermedad, de que no convaleció. Antes de su muerte, en que le asistió un Padre de la Compañía, firmó una protesta, autorizada con su sello, contra la violencia, que se le había hecho en asunto de tanto peso y consideración. Toda la noche del infausto dia pasó llorando su débil condescendencia, y, retirado en el campo, espiró el 6 de julio de 1758. Dichoso él, que, aunque tarde, reconoció su yerro, y detestó haber violado con su edicto la Constitución de Clemente X, en que veda semejantes medidas sin prévia consulta de la Sede apostólica.

Desgraciadamente no siguieron sus huellas en el arrepentimiento ni Alejo Enríquez, obispo de Miranda; ni Miguel de Bulloens, obispo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Belem; ni Juan Cosmas de Cuña, obispo de Leira; ni Francisco Aranha, de Olinda en América; ni Antonio Desterro, de S. Sebastián en el Brasil. Aduladores de Pombal, esclavos de su ambición y ciegos aborrecedores de los Jesuitas, no tuvieron virtud para confesar sus desafueros. Dios les haya perdonado sus culpas!

CAPÍTULO VI.

El P. Malagrida defiende á sus calumniados hermanos, y perseguidos con nuevas intrigas por Pombal.

Con la muerte del Patriarca desvaneciéronse á nuestro Apóstol sus fundadas esperanzas de rehabilitar á sus hermanos en los ordinarios ministerios, sintiendo en el alma verlos condenados á llorar en el retiro el inmoderado y no cohibido despotismo de Carvallo. Pero, no era esto solo lo que apesadumbraba su sensible corazón, porque con su vista perspicaz y con las luces de favores, que le había el cielo concedido, estaba contemplando en todos aquellos atropellos el principio del terrible huracán, en que había de perecer envuelta no ya una que otra casa, residencia ó colegio, sino toda la Compañía de Jesús. Ya otros dos prelados, el de Miranda y el de Leira, hechuras y ciegos aduladores del ministro, habían imitado el tristísimo ejemplo de Atalaya. Fuera de esto, por arte ó inducción de Pombal esparramábanse, por todas partes, sátiras y folletos contra los Jesuitas, sátiras y folletos capaces de infundir desconfianza aun en los ánimos mejor prevenidos. Una de estas infernales producciones, la más notable por el nombre de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Belem; ni Juan Cosmas de Cuña, obispo de Leira; ni Francisco Aranha, de Olinda en América; ni Antonio Desterro, de S. Sebastián en el Brasil. Aduladores de Pombal, esclavos de su ambición y ciegos aborrecedores de los Jesuitas, no tuvieron virtud para confesar sus desafueros. Dios les haya perdonado sus culpas!

CAPÍTULO VI.

El P. Malagrida defiende á sus calumniados hermanos, y perseguidos con nuevas intrigas por Pombal.

Con la muerte del Patriarca desvaneciéronse á nuestro Apóstol sus fundadas esperanzas de rehabilitar á sus hermanos en los ordinarios ministerios, sintiendo en el alma verlos condenados á llorar en el retiro el inmoderado y no cohibido despotismo de Carvallo. Pero, no era esto solo lo que apesadumbraba su sensible corazón, porque con su vista perspicaz y con las luces de favores, que le había el cielo concedido, estaba contemplando en todos aquellos atropellos el principio del terrible huracán, en que había de perecer envuelta no ya una que otra casa, residencia ó colegio, sino toda la Compañía de Jesús. Ya otros dos prelados, el de Miranda y el de Leira, hechuras y ciegos aduladores del ministro, habían imitado el tristísimo ejemplo de Atalaya. Fuera de esto, por arte ó inducción de Pombal esparramábanse, por todas partes, sátiras y folletos contra los Jesuitas, sátiras y folletos capaces de infundir desconfianza aun en los ánimos mejor prevenidos. Una de estas infernales producciones, la más notable por el nombre de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

autor, era la compuesta por el P. Francisco de Santa Rosa, provincial semi-intruso de los edificantes Capuchinos.

Había éste vuelto del Marañón por orden de los superiores, los cuales celadores del buen nombre de su instituto, le habían desterrado de aquellos países á causa de su conducta poco edificante: mas él á fin de levantarse del descrédito, en que era tenido de propios y extraños, en vez de grangearse el aprecio por medio de la penitencia y cambio total de costumbres, procuró insinuarse en el ánimo del marqués, á quien consideraba firme peldaño para subir á sus pretensiones. Faltábanle méritos para ello; y no encontró para su logro medio más apto y seguro que calumniar á sus observantes y celosos hermanos y sobre todo á los hijos de S. Ignacio. Los resultados, en efecto, fueron tales, cuales se los había prometido, porque habiendo dado á la estampa un escrito difamatorio, consiguió tal aceptación por parte del déspota portugués, que le valió primeramente ser nombrado provincial de su orden y después obispo de Para con ínfulas de reformador de los Jesuitas. Gracias á la divina Justicia, quedaron desbaratados sus planes de iniquidad, ya que habiéndose embarcado para su codiciado destino, vióse repentinamente atacado de un golpe de apoplegía fulminante, y fué hallado muerto sobre sus infamantes y escandalosos escritos.

No se ablandaban con estos escarmientos y heridas ni el marqués ni sus amigos; antes

alentados por el sueño y condescendencias de los pastores, cada día tramaban nuevos desatinos. Ya no se contentaban con destruir los frutos recogidos por los ejercicios y misiones del P. Malagrida, ni con amordazar á los celosos ministros del Evangelio, ni con desterrar á los Jesuitas del reino fidelísimo, sino que para conseguir con mayor seguridad el colmo de sus diabólicos ideales y pervertir más fácilmente los corazones de los fieles, intentaban, nada menos que separar aquel católico pueblo del influjo de la Santa Sede y establecer allí el cisma á imitación de la iglesia de Utrech. Con este objeto se había dirigido por sí mismo á los jansenistas de Francia, suplicándoles que le mandasen un catálogo de sus errores para introducirlos en la enseñanza de los seminarios y universidades; y, con el mismo fin, el tristemente célebre Norberto recibía de la corte de Lisboa una pensión crecida por el encargo de redactar un plan, que facilitase á la vez el arraigo del jansenismo y la expulsión de los Jesuitas de aquel reino infortunado. No ofrecía lo último tantas dificultades como lo primero, ni faltaban para ello cooperadores, que desgraciadamente lo tomaran á pechos.

Saldaña, elegido arzobispo, había tomado posesión de la sede metropolitana; por lo cual esperaban fundadamente los novadores que, si antes sus disposiciones para la Compañía no eran dudosas hasta el punto de que, varias veces, les había servido de instrumento contra los indefensos hijos de S. Ignacio, después de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exaltación descubriría contra ella su desafecto y enemistad: y así fué en efecto, pero con tal descaro, que su actitud dió nueva fuerza á la propalación infamante de los tráficos anticanónicos, de que eran acusados los Jesuitas. Pombal ya se tenía por victorioso, y dábalos ya por reos convictos y confesos, procurando, por medio de sus agentes, hacer correr la voz de que habían sido excomulgados. Cosa era lastimosamente indudable que estos rumores se habrían convertido en realidad, á no haber temido el impío marqués la justa indignación del futuro Pontífice, próximo ya á ser preconizado. Además de que no se daban á manos para impedir este golpe tan escandaloso los Padres oprimidos y en especial nuestro esclarecido héroe el P. Malagrida. Un hecho pasó á un amigo íntimo de nuestro Atleta, á un insigne colaborador de sus trabajos apostólicos, que vamos á consignar para honra de entrambos.

Sea por la retractación de Atalaya, sea por alguna concesión particular, obtenida mediante influencias poderosas, las casas de retiro de Setúbal continuaron funcionando para gran provecho de las almas. Con esto aconteció que en los ejercicios espirituales, que en su común destierro daban los PP. Gabriel y la Cámara, recomendaban á las oraciones de las almas piadosas la Compañía perseguida. Esto bastó para levantar nueva tempestad. Llegada esta recomendación á oidos del ministro, ya no pudo contener sus iras. Llevado por el resen-

timiento de la descomunal audacia de los dos Padres y sobre todo del que por su nobleza más brillaba, el P. Santiago, hijo del conde de Ribeira y de la princesa de Rohan, mandó al cardenal escarmentase al delincuente, porque, además de amotinar al pueblo, haciéndole creer que la Compañía padecía injustamente, se hacía reo de lesa majestad por acusar de injusticia al soberano.

Saldaña, juguete de los antojos del marqués, ordenó al R. P. Henríquez castigar al principal autor de las mencionadas plegarias. El R. P. Provincial, que conocía á fondo la inocencia y virtud del P. Santiago de la Cámara, tomó con vigor y denuedo la defensa del acusado; pero nada adelantó, porque el cardenal se obstinó en que recibiera castigo. Aquí resplandeció la profunda humildad y abnegación del compañero del P. Malagrida, puesto que deseando el caritativo súbdito sacar al Padre Henríquez de aquel enojoso conflicto, le suplicó que usara con él de todo el rigor sin miramiento ninguno á su noble cuna ni á sus merecimientos. Mas el R. P. Provincial, no pudiendo en conciencia acceder á sus humildes ruegos, le impuso por todo castigo que visitara él mismo al cardenal. *Vuestro nacimiento,* le dijo, *os da entrada en todas partes; pedidle, pues, audiencia, y decidle que os envío á darle satisfacción.*

Obedeció al punto el atento religioso; y al presentarse al Excmo. Sr. Arzobispo Saldaña, este pareció turbarse con la presencia del Pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre, y en habiendo oido el motivo de la visita, contestó que le tenía mucho respecto para dar contra él orden ninguna, y que el P. Henríquez habría entendido mal sus palabras. Con todo, antes de despedirle, añadió que debía advertirle fuera en adelante más cauto y circunspecto en sus expresiones, porque temía que, por ser menos comedidos sus discursos, le volvieran sospechoso ante el monarca.

A estas palabras usando el religioso de santo desenfado y noble franqueza respondió: *Señor, por este lado nada tengo que temer. Que se me lleve como culpado á la presencia del rey; y si se digna escuchar por unos momentos mis descargos contra los que le encubren la verdad, no podrá menos él mismo de reconocerla. En este caso no abogaría tanto por mis intereses, cuanto por los suyos propios: le haría abrir los ojos para que viera las calamidades públicas, causadas por aquellos, que rodean su persona sagrada. Por esto los Jesuitas no tenemos acceso al soberano para que no podamos probarle nuestra fidelidad. Réstame decir que los sentimientos por mí bebidos en la familia, que me educó, me ponen al abrigo de toda sospecha respecto de S. M., del cual tengo el honor de ser más conocido que todos los que circuyen su trono. De qué pueden, pues, acusarme en vista de todo esto? Qué pueden haberle referido? Tal vez que he dicho que la Compañía se halla vejada, y que por esto es preciso rogar? Podrá parecer mal que se recurra á Dios en las tribulaciones? Y además, no sufre por ventura persecución la Compañía, á que me glorio de pertenecer? El Paraguay, el Marañón, los libelos, los destierros, el decreto subrepticio de Benedicto XIV, las mismas órdenes de S. E., señor, no son testimonios patentes de esta misma persecución?*

Diciendo esto sacó del seno un Crucifijo, y trasportado de celo exclamó: *Juro por esta imágen de Jesús, que un dia ha de ser mi juez y el de S. E., juro que nada he dicho respecto de la Compañía que no sea verdad, y que cuanto se dice y hace contra ella es una falsedad y una injusticia, que clama venganza al cielo.*

A este juramento inesperado quedó atónito y confuso el Cardenal, y después de un rato de silencio, producido por el rubor y la turbación, animó al P. de la Cámara á que nada temiese y le despidió con cierta amabilidad. Pero esto no era bastante para desvanecer sus temores, mayormente teniendo á la vista las obras, que aconsejaban lo contrario. De quien recibió mayor consuelo y aliento fué del Padre Malagrida, el cual al saber por relación del mismo P. Santiago la libertad santa, con que había defendido el honor vulnerado de la Compañía, no pudo menos de aplaudirle y manifestarle la dulce complacencia, que por ello sentía, disponiéndose á su vez á hacerlo él mismo con igual entereza por escrito, ya que le estaba vedado hacerlo de palabra.

Por esto, apenas se supo que había sido elegido vicario de Jesucristo Clemente XIII el 6 de julio de 1758, cuando nuestro Apóstol con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una libertad, que nadie ni nada era capaz de amedrentar, ni menos de encadenar, contra la divina gloria, tomó la defensa de su querida madre la Compañía y sobre todo de sus hermanos en América, vilmente calumniados por los emisarios de Pombal. A este fin escribió al soberano Pontífice larga carta, en la cual deploraba tanto la desgracia de aquellos apostólicos obreros, blanco de las más groseras calumnias, obligados á abandonar sus misiones no por falta de energía y valor en sufrir las cruces del apostolado, sino por la malicia del gobierno despótico, que los rechazaba, cuanto la orfandad de los nuevos fieles, de en medio de los cuales eran arrancados sus amantes pastores, proscritos en nombre del soberano, notados públicamente de infamia y designados en todas partes como seductores, traidores, enemigos del rey y de la patria. Pero Apóstol inflexible de la verdad no acusaba de tamaños excesos ni al monarca José I, hijo de Juan V, ni á Doña Mariana de Austria, tan afectos y devotos de la religión católica, sino al ministro audaz, verdadero móvil de tantas y tamañas injusticias.

A las razones del invicto Abogado dió no poca fuerza la memoria presentada á la Silla apostólica por el nuevo General de la Compañía, el M. R. P. Lorenzo Ricci. Por muerte del Padre Retz, después de seis meses de gobierno desempeñado por el Vicario general P. Timone, á quien los cardenales Passionei y Archinto negaron la entrada ante el Sumo Pontífice,

fué elegido el P. Ricci, hijo de una de las familias más nobles de Florencia. Como se puede ya suponer, uno de los primeros cuidados de este venerable y distinguido Prepósito General, fué la defensa de los Padres portugueses, injustamente perseguidos. A este fin presentó su memorial á Clemente XIII, el cual lo recibió con paternal caridad y benevolencia.

Sabido esto por Carvallo, no es fácil expresar la cólera y rabia, que concibió contra el M. R. P. Ricci, no menos que con el desterrado P. Malagrida. Así, para tomar alguna venganza, mandó imprimir en Roma otra memoria, en que hacinaba todas las calumnias levantadas contra los Jesuitas, calumnias, desde mucho hacía, victoriosamente rebatidas y pulverizadas. También quiso arrojar su piedra el comendador Almada ya que para complacer á su amo, juntamente con el expresado libelo, mandó estampar un voto particular, poco favorable á la Compañía, que cierto cardenal había emitido en una Congregación romana, como si el dictámen de uno hubiera sido el juicio unánime de todo el colegio cardenalicio. Añadiremos aquí lo que ya indicado queda, y es que para gloria de nuestra católica España, donde los sectarios de la impiedad no podían aun campear á sus anchas ni plantear libremente sus planes infernales, dichos engendros denigrativos fueron arrojados á las llamas, prohibidos por los obispos y condenados por la santa Inquisición.

Algunos meses trascurrieron sin que se vie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra fruto ninguno ni de la carta del P. Malagrida, ni del memorial del M. R. P. Ricci: solo consta que el cardenal Torregiani escribió en nombre del Padre Santo al nuncio Felipe Acciajuoli, prescribiéndole la conducta, que debía seguir en circunstancias tan críticas y azarosas, y ordenándole no solo velar para que el Cardenal Patriarca no excediese los límites, que le fueron marcados en el Breve é instrucciones particulares del finado Pontífice, sino también inquirir todos los desafueros y arbitrariedades, cometidas por el Visitador. Escribía igualmente á Espínola, nuncio en España, previniéndole contra todas las infamias, que se publicasen respecto de los Jesuitas, y lamentándose, con gran amargura, de la cruel pertinacia, con que los solapados enemigos de la Religión maquinaban la ruina de la Compañía de Jesús, ruina consumada más tarde por los medios más impíos é inhumanos.

CAPÍTULO VII.

Atentado de 3 de setiembre de 1758.

Largo tiempo hacía que Pombal buscaba, aunque inútilmente, algún pretexto plausible para llevar á cabo la ruina de los Jesuitas, y señaladamente el exterminio del P. Malagrida, que más abiertamente contrariaba sus tenebrosos planes. Imaginóse poder hallarlo en algunos de la Compañía, que creía estar descontentos de su vocación; mas, habiendo llamado, con este fin, al P. Cayetano y al P. Ignacio Soares, desengañóse completamente, porque fué tal el amor y aprecio, que estos manifestaron por su madre querida, tal la unión y paz, que reinaba entre sus hijos, que no tuvo otro remedio sino apelar á los pretextos, que se le ofrecieran fuera del seno de tan sólido Instituto. Encontrólos, ó mejor, se los procuraron á satisfacción en un funesto accidente, ocurrido la noche del 3 al 4 de setiembre de 1758.

Al volver José I de Belem á Lisboa en el coche de D. Pedro Tejeira su camarero, se oyeron tres detonaciones. El 4 por la mañana corría en la corte la voz de que el monarca estaba enfermo y había sido sangrado: otros decían que al bajar al jardín, había caido y se había

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra fruto ninguno ni de la carta del P. Malagrida, ni del memorial del M. R. P. Ricci: solo consta que el cardenal Torregiani escribió en nombre del Padre Santo al nuncio Felipe Acciajuoli, prescribiéndole la conducta, que debía seguir en circunstancias tan críticas y azarosas, y ordenándole no solo velar para que el Cardenal Patriarca no excediese los límites, que le fueron marcados en el Breve é instrucciones particulares del finado Pontífice, sino también inquirir todos los desafueros y arbitrariedades, cometidas por el Visitador. Escribía igualmente á Espínola, nuncio en España, previniéndole contra todas las infamias, que se publicasen respecto de los Jesuitas, y lamentándose, con gran amargura, de la cruel pertinacia, con que los solapados enemigos de la Religión maquinaban la ruina de la Compañía de Jesús, ruina consumada más tarde por los medios más impíos é inhumanos.

CAPÍTULO VII.

Atentado de 3 de setiembre de 1758.

Largo tiempo hacía que Pombal buscaba, aunque inútilmente, algún pretexto plausible para llevar á cabo la ruina de los Jesuitas, y señaladamente el exterminio del P. Malagrida, que más abiertamente contrariaba sus tenebrosos planes. Imaginóse poder hallarlo en algunos de la Compañía, que creía estar descontentos de su vocación; mas, habiendo llamado, con este fin, al P. Cayetano y al P. Ignacio Soares, desengañóse completamente, porque fué tal el amor y aprecio, que estos manifestaron por su madre querida, tal la unión y paz, que reinaba entre sus hijos, que no tuvo otro remedio sino apelar á los pretextos, que se le ofrecieran fuera del seno de tan sólido Instituto. Encontrólos, ó mejor, se los procuraron á satisfacción en un funesto accidente, ocurrido la noche del 3 al 4 de setiembre de 1758.

Al volver José I de Belem á Lisboa en el coche de D. Pedro Tejeira su camarero, se oyeron tres detonaciones. El 4 por la mañana corría en la corte la voz de que el monarca estaba enfermo y había sido sangrado: otros decían que al bajar al jardín, había caido y se había

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

herido en la espalda: pero la opinión más válida era de que algunos malhechores, pagados por el duque de Aveiro, habían intentado asesinar al rey. Qué había en todo esto de verdad? Si he de decir lo que siento, para mí es poco menos que cierto que todo fué comedia tramada por Carvallo para perder á la nobleza y á los Jesuitas, y que tales detonaciones y ruidoso atentado no fué sino una máquina inventada por él mismo. Y para que se vea que su plan había traspirado, consta que, al amanecer del 4, la noticia del crimen se había divulgado ya entre personas, que vivían al otro lado del Tajo, y que José Sánchez religioso franciscano por la misma mañana lo supo en Béjar, distante veinte y ocho leguas de Lisboa, y además que se había dado de ello anticipado aviso al P. Malagrida, tal vez engañado por los propaladores del cuento.

Noticioso, según parece, el P. Gabriel de algún grave peligro, que al monarca amenazaba, desde su destierro de Setúbal escribió al Excmo. Sr. Saldaña, su visitador, pidiéndole con reverente humildad permiso de presentarse á la corte para comunicar al rey asuntos de altísima importancia. La respuesta del cardenal fué que *si alguna cosa tenía que participar á S. M., lo hiciera por escrito*. Era esta zancadilla, que armaban al inocente Siervo de Dios? Sin incurrir en juicios temerarios, todo se puede temer y sospechar de esos hombres vendidos á Pombal. En conformidad, pues, de las órdenes recibidas tomó el P. Gabriel la

pluma, escribió y mandó la carta á la Excelentísima Sra. Doña Ana de Lorena, camarera mayor de la reina, para que la entregase inmediatamente á disposición del monarca. Sucedió todo esto pocos meses antes del famoso dia del supuesto crimen.

Llegada la carta á manos de la camarera, no creyó esta oportuno ni prudente cumplir con la comisión, cuyas consecuencias ignoraba, por lo cual la remitió al autor, después de algunos meses, es decir, el 12 de diciembre de 1758. Lo más notable del caso es que, aunque esta carta vino más tarde á poder de Pombal, por haberla encontrado entre los papeles del Padre Malagrida, y aunque se valió de su hallazgo para acusarle falsa y calumniosamente de haber comunicado á varios, por escrito y con anticipación, las circunstancias del atentado, no obstante, á nadie exhibió jamás el original ni siquiera una copia, como si su contenido hubiera más bien favorecido, que dañado, al celoso Apóstol. Sea de esto lo que fuere, no hay duda que las más densas tinieblas reinaron por mucho tiempo sobre dicho conato de regicidio.

Aun entre los que admitían el hecho había gran discordancia de pareceres, ahora sobre las circunstancias así accesorias como principales, ahora sobre el orígen de tamaño delito. Ocho lugares se citaban como teatro del crimen, y en el que señalan las noticias públicas, impresas por orden del Marqués, no se oyó ni el menor estruendo en el decurso de toda la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noche. Así lo aseguraron testigos de todo abono. En cuanto á la causa asevera el autor de las *Memorias de Pombal* saber, como cosa cierta y averiguada, «que entre las personas encarceladas se encontraba después de la muerte del rey un soldado, que declaró haber recibido orden de Carvallo de disparar contra las ruedas del coche de S. M., donde venía cierto gentil hombre del príncipe, y que en caso de sufrir interrogatorio sobre el suceso, respondiera haber sido seducido y comprado por los Jesuitas para esta criminal empresa. Lo cierto es que cuando el Sr. Obispo de Algarbe oyó la nueva del regicidio, exclamó: *Desgraciados Jesuitas! Los han perdido!*

El P. Eckart adopta otra explicación, en su tiempo bastante admitida. Según su parecer es muy probable que el duque de Aveiro nada intentase contra la persona del rey, y que solo quisiera tomar venganza de D. Antonio Tejeira, su camarero, del cual había recibido afrentosa ofensa. Repetidas veces había el duque pedido justicia al monarca, y viendo que esta se diferia más de lo que reclamaba su indignación, dijo en cierta ocasión al soberano: *Ya que S. M. no quiere vengar mi ultraje, yo lo vengaré por mi cuenta.* Daban cierta firmeza á esta opinión la contingencia de que, al recibir los tiros el príncipe, no iba en su carroza, sino en el coche de Tejeira.

Lo raro, anómalo y más particular de estos incidentes es que tanto el duque de Aveiro, como los demás pretendidos cómplices pasa-

ron más de tres meses sin ser molestados para nada, sin sufrir interrogatorio ninguno, ni verse privados de su reposo: pero esta calma aparente era para muchos presagio de próxima y más deshecha borrasca. Los Padres de la Compañía sobre todo, por más que no tuvieran relaciones íntimas con las familias de los Tavoras, escarmentados por la táctica del ministro, que con fútiles pretextos complicábalos en todos los crímenes, temían no poco les envolviera en las redes del perpetrado delito, que ellos detestaban. Y verdaderamente tomaron cuerpo estos recelos, al saber que Ignacio Ferreira, consejero de Carvallo, hablando familiarmente del regicidio, soltó la expresión de que los Jesuitas eran los verdaderos culpables.

Presto cambió el viento de la fama, y empezó á correr la voz de que el duque de Aveiro había atentado contra la vida del monarca para abrirse paso al camino del trono. Este, sin embargo, así como los demás Tavoras, escudados en el testimonio de su conciencia, seguían tranquilos frecuentando el palacio real y despreciando con nobleza los públicos rumores. Al revés Pombal en vez de impedirlos, entreviendo en ellos con júbilo secreto una arma á propósito para destruir á sus enemigos, denunció al rey la supuesta conjuración, en la que se fingían complicados los Jesuitas y los principales caballeros de la corte.

Mientras en Lisboa y en todo Portugal se esperaba con ansia el desenlace de esta tragedia, mientras señores y plebeyos andaban á caza de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noticias sobre el proceso del regicidio, el antiguo Apóstol del nuevo mundo, desterrado todavía en Setúbal, buscaba en la oración así el consuelo de sus penas, como remedio de tantas desventuras, que oprimían á la Compañía. Quitadas unas tres horas, que todos los días daba al sueño para restaurar sus fuerzas, empleaba lo restante del tiempo, parte en el ejercicio de la meditación, donde desahogaba con Dios su alma afligidísima, parte en los pocos ministerios que le eran permitidos.

Ya que se coartaba su celo vehemente, no consintiéndole predicar en los templos, recorría las calles y plazas, valiéndose de cualquiera ocasión para exponer las máximas eternas. Muchas veces rodeado de pobres mendigos y de niños inocentes enseñábales la doctrina cristiana, tomando con especial ahinco bien imbuirlos en los saludables principios de nuestra religión, bien hacerles concebir aborrecimiento sumo á la culpa, como fuente de todos los males, bien exhortarlos á atesorar en sus obras ordinarias y comunes trabajos riquezas de vida perdurable. Y sus palabras penetraban tanto más suave y fuertemente en los sencillos corazones de los oyentes, cuanto más convencidos estaban de la verdad de tales doctrinas por los brillantes ejemplos del predicador, que en todo se amoldaba á ellas sin apartarse un ápice de las reglas de perfección. Su caridad era paciente, industriosa y activa; su mortificación, universal y contínua: en la oración gastaba por lo menos cuatro horas diarias: todo su porte parecía decir á cuantos le observaban: *locos mortales, por qué amais la vanidad y buscais la mentira? En este triste valle solo hallareis quebrantos; la verdadera felicidad solamente anida en el cielo!*

Mas sus enemigos, encenagados en el fango vil de la tierra, no lo pensaban así, antes por esto trataban de deshacerse á toda costa de sus impertinentes censuras y harto mortificativos ejemplos. Cargada ya la atmósfera, temíase que de un dia á otro estallase la tormenta, cuando se presentaron, casi sin preverlo, nuevos y más desagradables amagos. A fines de noviembre el cardenal Patriarca intimó al R. P. Provincial de la Compañía la orden expresa de que sin su aprobación y permiso no hiciera cambio ninguno en el personal de sus casas y colegios. Así lo quería Carvallo para tener bajo su imperio nerónico á todos los Jesuitas de Portugal. Pero habiendo presentado el P. Henríquez los insuperables inconvenientes, que ofrecía esta orden, estendiéndola á toda la Provincia, obtuvo que solamente se restringiera á los dos colegios de Lisboa con la condición de que el Provincial le daría parte de las mudanzas, que creyese oportuno y necesario hacer en otros puntos.

Por otra parte, el 11 de diciembre, mandó el Cardenal un propio á Setúbal con carta para nuestro P. Malagrida, ordenándole, como supremo gerarca, que inmediatamente viniera por mar á la capital, y se dirigiese al colegio de S. Antonio, informando luego de su llega-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da y esperara allí nuevas órdenes. Tan pronto como el obediente Misionero hubo recibido la carta, despidióse de los superiores, y tomando el breviario y el báculo, partió á Lisboa habiendo llegado el mismo dia con el portador de la carta, el cual tenía severa prescripción de no perderle de vista.

Deciase en este mismo tiempo, por indicación y arte del ministro, que el rey estaba en grave peligro, y para dar mayor vigor á sus imposturas, consiguió primero que se hiciesen rogativas públicas para la conservación de S. M. y luego se mandó al clero secular y regular de todo el reino dar gracias á Dios por la curación completa del monarca. Solamente á los Jesuitas se dejó de pasar aviso, queriendo de esta suerte el astuto ministro confirmar las calumnias, que contra ellos se esparcían. Mas, á pesar de todo, los Jesuitas mezclaron sus preces con las de los fieles, y en todas sus iglesias se cantó solemne *Te-Deum* en hacimiento de gracias por el cabal restablecimiento.

Volviendo ahora á nuestro P. Malagrida, debemos decir que, si bien su llegada cogió de sorpresa y causó no poca admiración á los Padres del colegio, llenólos á la par de dulce consuelo ya por el afectuoso respeto que todos le tenían, ya también por los admirables ejemplos de virtud, con que los alentaba. Para aprovecharse, pues, de la fortuita estancia en Lisboa, y prepararse á la triste suerte que les amenazaba, invitaron al venerable Anciano á

que les diera los Ejercicios del santo Padre. Accedió el P. Gabriel con tanto mayor gusto, cuanto que en ello admiraba el cumplimiento de un pronóstico ó presagio, que había ya descubierto á los Padres de Setúbal. *Antes de morir,* había dicho, *daré los santos Ejercicios en Lisboa. A quién y cómo? Lo ignoro, pero estoy seguro de que los daré.*

En el primer dia del espiritual retiro, al celebrar el augusto sacrificio de la misa, derramó abundantes lágrimas, y como uno le preguntara el motivo de su llanto, esclamó: *Ay de mí! el tiempo de la tribulación está próximo, y no hay nadie, que pueda ofrecernos sus auxilios!* En el curso de los ejercicios como quien veía acercarse la tempestad, recomendaba con frecuencia la resignación y conformidad con la voluntad divina. Decía en una de sus pláticas: *Nuestro Señor tendrá cuidado de nosotros durante la persecución. La Compañía será arrojada del reino, pero dia vendrá en que vuelva otra vez. En cuanto á mí ofrézcome á Dios como víctima por todos mis hermanos. Lo que mayor pena y sentimiento me causa es que no padeceré yo solo! Dios sabe cuanto me cuesta ver sufrir á mis hermanos!..... Tengamos confianza,* repetía, *la Compañía saldrá gloriosa de esta prueba, y algunos de vosotros vereis el fin de la persecución.*

Dos dias antes del arribo del P. Malagrida á Lisboa había aparecido un decreto firmado por el rey, hasta entonces inaccesible á los que no eran íntimos del Marqués, prometiendo gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des recompensas á los delatores de los cómplices del regicidio, y prohibiendo á todos los habitantes salir de la ciudad sin pasaporte perfectamente visado. Esta era la señal para dar principio al desenlace del sangriento drama: en su consecuencia la noche del 12 al 13 de diciembre fueron presos y encarcelados todos los Tavoras.

Los Jesuitas, terrero perpetuo de las iras de Pombal, no podían menos de verse arrastrados por las impetuosas olas de la tempestad, preparada para su ruina. Así fué como el mismo dia 13 todas las casas de la Compañía en la capital se vieron cercadas por gran trulla de gente armada, como que fueran guarida de malhechores. Siete eran las que por aquel entonces tenía en la corte, á saber: S. Roque, S. Antonio, el Paraiso, S. Patricio, S. Borja, Cotovia y Aroios. Delante de todas las puertas principales de estas casas fueron puestos centinelas con bayoneta calada; no permitian abrir la iglesia sin dos guardias de vista; estaba prohibida la entrada á toda clase de personas sin licencia del oficial del retén; y á los qué se les permitía entrar se les exigía el nombre y el número de su casa de manera que, por temor de ser tenido por sospechoso, nadie se atrevía á visitarlos; y así se conservaba á los Padres en cierto modo incomunicados; y para que esta incomunicación fuera más segura, mandó el cardenal una carta al P. Henríquez prescribiéndole que intimara á todos sus súbditos la prohibición de salir fuera de casa bajo pena de pecado mortal.

Estas severas é inmotivadas medidas llenaron de consternación á toda la ciudad: y el solo aspecto de las tropas infundía terror á las gentes pacíficas. Esto no obstante, al pedir el nuncio Acciajuoli explicaciones de tales aparatos de fuerza, fuéle respondido que se guardaba con los Jesuitas aquel comportamiento para bien de los mismos, pues temían que el pueblo, enterado de las voces, que contra ellos circulaban, se levantaría en masa para pasarlos á todos á cuchillo. Tanto celo inflamaba á Pombal por la conservación y seguridad de aquellos pobres religiosos!

Mas el pueblo, no solo se compadecía de los que con tantas fatigas y desinterés les habían guiado por los senderos de salud, sino que también conocía perfectamente la inocencia de los perseguidos por la justicia y los motivos de tan aparatosos alardes. El hipócrita ministro para encontrar plausibles pretextos, con que cohonestar ó paliar su tiranía, por un lado favorecía la fuga de cuantos lo hubieran querido, dejando expeditas las puertas traseras, y por otro con el fin de aguijarlos á tomar este partido hacía que llegaran á sus oidos rumores siniestros, propalando por sus agentes que los Jesuitas iban á ser encerrados en calabozos subterráneos, de donde la mayor parte no saldrían sino para la horca ó para la hoguera. Pero ni por estos medios y espantajos pudo conseguir su diabólico objeto, dado que lejos de manifestar temor ni pretensiones de fugarse, daban pruebas inequívocas de gran sereni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad y resignación admirable, habiendo brillado con particularidad en estas dos virtudes el invicto P. Gabriel, víctima codiciada del tiránico ministro.

Cerrada esta puerta, donde parapetarse con alguna apariencia de legalidad para defensa de sus planes, acudió al subterfugio infame de infringir el secreto de las correspondencias particulares. Creido que en los desahogos expontáneos y naturales, que se acostumbran tener en el sigilo de la confianza, encontraría, por contingencia, algo de que asirse y procesar á los inocentes Jesuitas, abría las cartas, que se escribían unos á otros; mas, observando que con todos los más escrupulosos rebuscos, no topaba ni con un ligero cencerrón, donde clavar el diente, sino que hallábalas todas redactadas con tal circunspección y tino, que ni aun el más remoto fundamento le daban para sus tramoyas y armadijos, envió hombres disfrazados al colegio de Evora, que por allí esparcieran cartas sospechosas. Tampoco esto le aprovechó, porque adivinando los Padres las diabólicas tramas del ministro, suspendieron toda correspondencia por escrito, á no ser puramente oficial. Rugía ya la tempestad en lontananza; todos estos preparativos eran relámpagos, que marcaban su aproximación, y no tardó mucho en descargar, con toda la furia, sobre los pobres inocentes.

CAPÍTULO VIII.

Prisión del P. Malagrida y otros compañeros. Ejecución de algunos presuntos reos de regicidio.

El dia 28 de diciembre, fiesta de los santos Inocentes, á medio dia, el P. Malagrida fué llamado por el patriarca Saldaña. Habiéndose presentado sin dilación ni escusas, primeramente fué conducido al palacio del cardenal, de donde al punto, sin ser admitido en audiencia, lo llevaron á casa del ministro, que le estaba ya esperando. Pombal, en viendo entrar al ferviente Obrero, dirigióse á él sin saludos ni cortesías, y, mostrándole un papel, que tenía en las manos, le dijo: *Hé aquí una carta, que hallaron en vuestra mesa; ¿sois vos quién la habéis escrito?*

Si, señor: respondió el P. Malagrida después de haberla mirado atentamente.

Entonces, añadió el ministro: *vos estabais enterado del complot, en que se maquinaba contra los preciosos dias de nuestro augusto soberano?*

Efectivamente, contestó el Padre sin inmutarse. *Por conducto reservado se me avisó que el rey corría peligro, si bien no se me indicaba la fecha, ni por quién. Con esto creí que estaba en la obligación de prevenir á S. M., y este es*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad y resignación admirable, habiendo brillado con particularidad en estas dos virtudes el invicto P. Gabriel, víctima codiciada del tiránico ministro.

Cerrada esta puerta, donde parapetarse con alguna apariencia de legalidad para defensa de sus planes, acudió al subterfugio infame de infringir el secreto de las correspondencias particulares. Creido que en los desahogos expontáneos y naturales, que se acostumbran tener en el sigilo de la confianza, encontraría, por contingencia, algo de que asirse y procesar á los inocentes Jesuitas, abría las cartas, que se escribían unos á otros; mas, observando que con todos los más escrupulosos rebuscos, no topaba ni con un ligero cencerrón, donde clavar el diente, sino que hallábalas todas redactadas con tal circunspección y tino, que ni aun el más remoto fundamento le daban para sus tramoyas y armadijos, envió hombres disfrazados al colegio de Evora, que por allí esparcieran cartas sospechosas. Tampoco esto le aprovechó, porque adivinando los Padres las diabólicas tramas del ministro, suspendieron toda correspondencia por escrito, á no ser puramente oficial. Rugía ya la tempestad en lontananza; todos estos preparativos eran relámpagos, que marcaban su aproximación, y no tardó mucho en descargar, con toda la furia, sobre los pobres inocentes.

CAPÍTULO VIII.

Prisión del P. Malagrida y otros compañeros. Ejecución de algunos presuntos reos de regicidio.

El dia 28 de diciembre, fiesta de los santos Inocentes, á medio dia, el P. Malagrida fué llamado por el patriarca Saldaña. Habiéndose presentado sin dilación ni escusas, primeramente fué conducido al palacio del cardenal, de donde al punto, sin ser admitido en audiencia, lo llevaron á casa del ministro, que le estaba ya esperando. Pombal, en viendo entrar al ferviente Obrero, dirigióse á él sin saludos ni cortesías, y, mostrándole un papel, que tenía en las manos, le dijo: *Hé aquí una carta, que hallaron en vuestra mesa; ¿sois vos quién la habéis escrito?*

Si, señor: respondió el P. Malagrida después de haberla mirado atentamente.

Entonces, añadió el ministro: *vos estabais enterado del complot, en que se maquinaba contra los preciosos dias de nuestro augusto soberano?*

Efectivamente, contestó el Padre sin inmutarse. *Por conducto reservado se me avisó que el rey corría peligro, si bien no se me indicaba la fecha, ni por quién. Con esto creí que estaba en la obligación de prevenir á S. M., y este es*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el motivo porque escribí esa carta, conservándola entre mis papeles hasta hallar ocasión favorable de hacerla llegar á sus manos.

Porqué, replicó Pombal, *no la remitisteis á S. M., por medio de alguno de los Secretarios de Estado?*

Porque quería, dijo el venerable Anciano, *que la recibiese con toda seguridad.*

A esta respuesta de valor cristiano sulfurósse el ministro, y, encendido en cólera, exclamó: *Y osais hablarme de esa suerte? De dónde os viene tal arrojo y audacia?*

Pues qué? repuso el P. Malagrida; *qué he dicho yo para que V. E. se exaspere en tanto grado?*

Cambiando, con esto, de tono, hízole el marqués otras varias preguntas sobre las misiones del Marañón, á las cuales contestó el Siervo de Dios con la misma franqueza y serenidad lo que le parecía; y, como conocía perfectamente y había examinado el estado de aquellas colonias, le declaró y repitió con apostólica libertad que el sistema de administración, allí últimamente introducido, era para la Religión ruinoso y perjudicial para el mismo Estado. En esto el ministro, ébrio de ira, tomando arrebatadamente la palabra, se deshizo en denuestos é injurias contra los misioneros del Marañón, acusándoles de traidores contra el rey en el gobierno de aquellas regiones.

V. E. se engaña ó es engañado, respondió con entereza y calma el antiguo Misionero. *Nadie mejor que yo conoce aquellos lejanos país-*

ses lo mismo que á los apóstoles que lo evangelizan; y jamás observé nada de cuanto V. E. echa en cara de aquellos Padres. Si yo hubiese notado la menor cosa y hubiera guardado silencio, me tendría por el más criminal de los mortales... Sepa V. E., añadió al fin, *que para moverme á calumniar á los Padres del Marañón ni S. M., con todo su poder, tiene en toda la extensión de sus dominios bastantes recompensas para seducirme, ni suficientes tormentos para amedrentarme.*

Créese que el P. Malagrida insistió en su pretensión de hablar al monarca, á quien tenía que comunicar secretos de necesidad y asuntos de suma trascendencia; mas el secretario, pretestando el mal estado del príncipe y dándole esperanzas de audiencia para después de restablecido de sus heridas, despidió al Varón de Dios sin haber podido sacar ni una palabra, que le comprometiera, con gran desplacer del tentador. De aquí volvió el P. Gabriel al palacio del Patriarca, que otra vuelta rehusó escucharlo y lo mandó de nuevo al colegio de S. Antonio por el mismo guarda de vista, que le había siempre acompañado.

Pudiérase aquí preguntar con toda razón y justicia: porqué no publicó Pombal la famosa carta, en que estaba basada la acusación de complicidad del anciano Misionero? Y si tanto le implicaba en el triste suceso, porqué no le prendieron en aquella coyuntura? A estas preguntas no se puede responder satisfactoriamente, sino repitiendo que nada contenía capaz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de comprometer al inocente Jesuita. Habíala meditado mucho, y no se había resuelto á mandarla á la corte, sino después de haberlo consultado con los Padres más graves y haber obtenido su aprobación. El único que encontraba inconvenientes era el P. Carvallo, allegado del ministro, el cual, después de haber leido la carta, le dijo: *Padre mío, V. R. se verá envuelto por terribles dificultades.*

Lo sé, contestó el Siervo de Dios: *y he de ser una de las víctimas de la cárcel de la cueva del León; pero qué importa? Con tal que tenga bastante luz para rezar el oficio divino y se me permita celebrar la santa misa, no temo esas tenebrosas mazmorras.*

Pero, Padre mío, continuó el P. Carvallo, *con eso dá V. R. motivo que se crea haber sido la Compañía, la que impulsó á V. R. á escribir al rey con objeto de inspirarle vanos terrores.*

Que se me interrogue! respondió el intrépido Anciano sacando también el Crucifijo que llevaba en el pecho. *Hé aquí la imagen de Jesús, por cuyo amor atravesé los abrasados é incultos bosques del Nuevo Mundo, pasando hambre, sed y casi agonías de muerte; por esta bendita Cruz juraré que nadie me ha inducido á tomar esta resolución, sino que obré movido solamente de la voluntad expresa de Dios, que me guiaba.* Estos eran los principales, por no decir, únicos móviles del Apóstol del Marañón.

A pesar del testimonio de su buena conciencia, sobre todo después de la última entrevista con el Secretario de Estado, preparábase el

Siervo del Señor con la oración á la suprema lucha, que debía librar contra su implacable enemigo, que no cesaba de armarle emboscadas. Para juzgar á los supuestos reos creó Pombal un tribunal extraordinario, presidido por él mismo, por el cual se sometió á los caballeros acusados á cuestión de tormento. Todos, en medio de las más horrorosas pruebas y torturas, negaron el crimen, que se les imputaba: solo el duque de Aveiro hizo una confesión, que retractó no mucho después, y en esta confesión, por complacer al verdugo, complicó algunos Jesuitas, y en particular al P. Malagrida. Qué bella ocasión para el ministro! y no la despreció por cierto. La noche del once los alguaciles y porquerones de Pombal recorrieron las casas de la Compañía, y prendieron á diez de los Padres más notables por su ciencia, su virtud y su autoridad.

Estos eran los PP. Juan Henríquez, provincial; Gabriel Malagrida, Apóstol incansable; José Moreira, confesor del rey y de la reina; Timoteo de Oliveira, confesor de Doña María, princesa del Brasil y duquesa de Braganza; Jacinto de Costa, confesor del príncipe Don Pedro; Francisco Duarte, historiador de la provincia lusitana; Ignacio Soarez, profesor de teología en Coimbra; Juan Alejandro, procurador general de la misión del Malabar; Juan Mattos, procurador de la casa profesa; José Perdigao, procurador de la provincia. La misma suerte habría corrido el P. José Aranjuez, confesor del infante Don Manuel, á no haber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estado á la sazón gravemente enfermo y á no haberle preservado la muerte de las crueldades del nerón lusitano. Todos estos fueron sin remisión encerrados en las cárceles del estado, como públicos malhechores.

La víspera de este lamentable acontecimiento, estando el P. Malagrida conversando familiarmente con los otros Padres del colegio durante el recreo acostumbrado, preguntó sencillamente: cuánto tiempo había sufrido en las cárceles de la Inquisición el P. Vieira, su predecesor así en la evangelización de los salvajes del nuevo mundo, como en los trabajos apostólicos de la córte? Habiéndole uno respondido que dos años, el buen Anciano permaneció largo rato silencioso y absorto en tristes reflexiones, como quien previera que, así como había seguido las huellas del P. Vieira en América y Europa, así tendría que imitarle, apurando en lóbrega mazmorra el cáliz de amargura, que el Señor le tenía preparado. Pronto tuvo que aplicarlo á los sedientos lábios, puesto que el 12 por la mañana, sin haber sido oido y sin los interrogatorios de ley, fué declarado, juntamente con el P. Alejandro y el P. Mattos, reo de lesa majestad, cómplice y principal autor del regicidio.

Cómo, pues, habiendo sido juzgados y sentenciados culpables de tan horrendo crimen, no fueron llevados al suplicio con los demás presuntos delincuentes? Hé aquí una de las irregularidades é injusticias del tirano, que prueba el abuso, que hacía de su poder é influencia.

Se les acusaba de que por medio de los Santos Ejercicios los habían fanatizado hasta inducirlos á atentar contra la vida del monarca y el público reposo, como si el recogimiento, examinar á menudo la conciencia, meditar detenidamente las máximas eternas, ponerse á la vista la muerte y la terrible cuenta, que tendremos que dar á Dios, entregarse á prácticas de mortificación y penitencia, fuera camino recto para la maldad y el crimen. Por esto la circunstancia de que el P. Malagrida, por tal medio, había fascinado á la marquesa de Tavora y al duque de Aveiro, hasta animarlos á tan horrendo atentado, se hizo sumamente risible y despreciable, singularmente á los que tenían alguna noticia de aquellos dos desgraciados personajes. Doña Leonor no era por allí una beata simple, santurrona, rezadora sencilla, manejable é ignorante. Era señora muy instruida, de claro entendimiento, de luces muy superiores á las comunes de su sexo, plenamente imbuida en las obligaciones de la religión y del estado, y, sobre todo, tan dueña de sus deberes, que en todos ellos gustaba más de dar la ley que de recibirla.

El carácter del duque de Aveiro era justamente el antípoda del que da á conocer á uno de aquellos cuellitorcidos santurrones, llamados devotos por mal nombre, prontos á ejecutar los más violentos y más impíos delitos: era el duque hombre todo del mundo, lleno de fuego, empapado en todas las máximas de corte, tan distante de apariencias de devoto, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para ofenderle y fastidiarle bastaba solo parecerlo; y, sobre todo, era un señor, que toda su vida había hecho profesión y aun vanidad de ser poco afecto á los de la Compañía. ¿A tan villanos medios apelaban, pues, para infundir terror al apocado monarca y deshacerse de los que podían estorbar sus planes de iniquidad?

Vengamos ya á la muerte de la nobilísima y heróica Matrona, tan santamente amaestrada por nuestro P. Gabriel en la práctica de sólidas virtudes. Describamos sucintamente este hecho escandaloso y tiránico, llevado á cabo por el impío Marqués.

Era el dia 13 de enero de 1759: la aurora alboreaba azulada por el eclipse de aquel dia, y por entre castillos de negruzcas nubes, que á trechos granizaban, serpenteaba el rayo. Con el fragor de la mar bramaba el viento y estremecía el tablado, las ruedas, las aspas y demás instrumentos de suplicio, allí hacinados. Todo esto ayudaba al acrecentamiento de la triste impresión, que infundía la ciudad entera. Toda ella estaba militarmente ocupada: en todos los barrios y calles se encontraban piquetes de tropa, como si temieran algún motín: en la aldea de Belén, enfrente de Bergia, á una legua de la corte, formaban espacioso cordón varias compañías, escogidas de diversos regimientos; detrás, otro cordón de caballería contenía el empuje del inmenso concurso, que había de tropel acudido; y en medio, dentro del cordón, se levantaba á descomunal altura el cadalso, donde habían de terminar sus dias las víctimas de la cólera de Pombal. El pueblo murmuraba, agitábanse los magnates; pero el despótico ministro, desoyendo toda voz de humanidad y de justicia, se apresuró á rematar su criminal proyecto.

La primera, destinada al sacrificio, fué la infeliz, ó no sé si diga dichosa, Doña Leonor, marquesa de Tavora, condenada á ser decapitada y quemada con los supuestos reos. Habíanle conseguido del voluptuoso y amedrentado monarca la gracia del indulto, mas ésta llegó tarde por la prisa, que se dió el ministro en ejecutar la injusta sentencia.

A las seis y cuarenta y dos minutos se abrieron los cordones militares, y á su través centelleaban desnudas espadas, que se acercaban al cadalso. Era un escuadrón de dragones. El acompasado triscar de los caballos sobre el suelo, empapado en agua, producía un ruido sordo é imponente. En pos del escuadrón seguían los ministros de justicia á caballo, unos con togas, otros con la capa vuelta y el corregidor de la corte, vestido con majestad pavorosa. Por último, cerraba el lúgubre convoy una caja negra, que se movía vagorosamente entre dos ministros del Altísimo. Era la silla de manos, en que llevaban á la marquesa de Tavora, Doña Leonor.

Llegados al lugar del suplicio, apeóse la noble y cristiana señora con una majestad superior á su sexo, arrodillóse devota en la primera grada del tablado, y se confesó por espacio de cincuenta minutos. Recibida la absolución,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adelantóse la esforzada Marquesa y con el Crucifijo en la mano, en medio de los dos sacerdotes subió al cadalso con tan maravillosa serenidad y sosiego, como si fuera á una gran fiesta ó real convite. Vestía traje de seda oscuro, llevaba atados con un lazo sus entrecanos y destrenzados cabellos, y ostentábase cubierta con grave y rozagante manto. Así la habían prendido un mes antes, sin que en todo este tiempo le permitieran ni mudar camisa, ni siquiera cambiar la corbata de su blanco cuello.

Subida en el tablado, recibiéronla tres verdugos, y la mandaron dar una vuelta por el cadalso para que de todos fuera vista y reconocida. Volvió la magnánima Visoreina los ojos con gravedad y mesura y miró serena el innumerable concurso, que la rodeaba; luego contempló con imperturbable y heróica paz la segur, la rueda, la leña, el alquitrán y otros instrumentos de tortura, que allí se habían acumulado para infundir mayor terror. Los verdugos poníanle á los ojos aquellas terribles máquinas, explicábanle por menudo la muerte, que habían de dar á su marido, hijos y yerno, mostrábanle la maza de hierro, á cuyos golpes se había de hundir el pecho de su esposo, las aspas, tenazas y martillos, con que habían de quebrar los huesos de los brazos y de las piernas de los suyos, exponíanle al vivo como se movía la rueda del garrote, y el modo como estrangulaba al paciente. Con esto sintió la compasiva Marquesa desfallecer su co-

razón, derramó sentidas lagrimas y suplicó que presto la ejecutasen.

Oh! Si yo tuviera el saber y la unción de mi P. Pedro de Ribadeneira, esclamaría también á imitación suya: *Oh marquesa esclarecida, alumbrada con las lecciones de fortaleza, en que os instruyó el Apóstol del Marañón, y esforzada con el espíritu del cielo para despreciar y hollar las cosas perecederas de la tierra! No os acordais, Señora, de vuestra distinguida sangre y noble alcurnia? No de aquel tiempo florido de vuestra mocedad, hermosura y gallardía? No de los entapizados palacios y engalanados salones, donde ostentabais vuestras riquezas y poderío? No de los numerosos y acomodados colonos, que tan galanamente os rendían pleito homenaje? No de los finos pages y apuestas doncellas, que con tanto esplendor os servían y adoraban? Pues cómo no os turba la memoria de todo eso, que perdisteis, y no os aflige el trueque miserable y la suerte lastimosa, que al presente teneis? Viéndoos sola, desamparada, en un tablado, hecha expectación de un pueblo atónito, rodeada de sayones, el verdugo al lado y el cuchillo á la garganta?* Ahora recoge los sabrosos frutos del santo retiramiento de los ejercicios, en que tan bien la supo adiestrar el P. Malagrida; pues ninguna de estas cosas fué parte para que se turbase la piadosa marquesa, porque tenía el corazón en Dios y los ojos puestos en el cielo; y sabía que esta vida es un soplo, ni hay florecilla del campo más delicada, que un rayo del sol la marchita, una gota de rocío la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enlacia y un hálito de cierzo la hiela y un airecillo la derrueca; y tenía este mundo por comedia y que todos los que vivimos en él somos representantes, y que cuando la muerte corra el telón, aunque sean reyes y potentados, cada uno recibirá su merecido: y como ella amaba lo que es eterno, y deseaba lo que amaba y moría inocente, no se enflaqueció ni turbó, antes con ánimo invencible ella misma comenzóse á disponer para el fatal golpe.

El verdugo quitóle el manto, y la mandó sentar en un escaño de pino en el centro del cadalso. Obedeció la Marquesa. Tenía las manos atadas y no podia fácilmente componerse el vestido. Irguióse para ello y con un movimiento del pié arreglóse la orla de la saya. Vendóla el verdugo, y al ponerle la mano en la corbata, que le cubría el pescuezo, *no me despongas*, díjole ella. Y al abajarse aquel para atarle los piés: *Detente!* exclamó Doña Leonor: *no te olvides de quien soy, y guárdate de tocarme*. El ejécutor cayó de rodillas y le pidió perdón. Entonces ella alargando las manos é indicándole el anillo, *toma*, le dijo, *es la única prenda, que me queda en el mundo: guárdalo y cumple con tu deber*.

Dicho esto, inclinó la cabeza, y cayendo la fatal cuchilla sobre la nuca, la hizo rodar á los piés del verdugo, que al instante cubrió con un paño de seda el tronco exánime. Voló el espíritu de la Heroina, limpio y lavado en su sangre, al cielo, dejando el cuerpo, su compañero, tendido en el suelo. De los espectadores, unos

con esto quedaron tristes y llorosos; otros, llenos de espanto y de zozobra; y alegres solamente los novadores impios, hechuras de Pombal.

Estaba ordenado que los ajusticiados aparecieran de media en media hora, teniendo enfrente las víctimas casi palpitantes, por lo cual, después de la madre, trajeron al hijo segundo de Doña Leonor, y luego á los demás sentenciados, uno en pos de otro, habiendo sido los últimos el marqués de Tavora y el duque de Aveiro.

El ánimo horrorizado de tan inhumana barbarie se resiste á describir los suplicios de estos nobles y distinguidos lusitanos, declarados más tarde inocentes, sacrificados por la ira y codicia sórdida de Carvallo, que confiscó á su favor gran parte de los bienes de los ajusticiados. La sentencia, dada contra el duque, le degradaba de su nobleza, le despojaba de los títulos de la orden de Santiago y lo condenaba á ir al tormento precedido por el pregonero, y conducido con una cuerda al cuello para que fuese más ignominiosa su muerte, y ordenaba, en fin, que antes de espirar fuera quemado con los cadáveres de los supuestos reos.

El marqués de Tavora fué condenado á la misma pena, pero con la añadidura de que al presentarse ante la caballería, cuyo general en jefe había sido, debía sufrir el escarnio de todos los subalternos, los cuales, por orden superior, debían por tres veces volverle las espaldas, como si con sus crímenes hubiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mancillado el uniforme de su cuerpo. D. Antonio Alvarez Ferreira y D. José Policarpo de Acebedo, de quienes se decía constar que habían disparado los tiros al monarca, fueron sentenciados á ser quemados vivos; mas el primero había huido, según se decía, y el segundo era un personaje imaginario. Por esto, después de haberse prometido 10,000 cruzados al que lo prendiese en territorio portugués, y doble premio al que lo cogiese en país extranjero, por no haberlo podido haber en ningún rincón del mundo, fué quemado en estátua. Peor suerte tocó á D. Luis Bernardo de Tavora, á D. Jerónimo, conde de Atouguia, y á don José María, joven de veinte y cuatro años, ayudante de campo de su padre, lo mismo que á D. Blas José Romeiro y á D. Juan Miguel, todos los cuales recibieron la sentencia de ser estrangulados y arrojados públicamente á las llamas.

Fuera de estos ajusticiamientos inhumanos, todos los bienes de las víctimas fueron declarados del fisco, sus hijos y nietos infames, arrasadas sus casas y castillos, y rotos sus escudos y armas, donde quiera que se encontraran. Este odio encarnizado, que contra la nobleza el ministro alimentaba, era en parte efecto de su codiciosa envidia, en parte fruto de su despecho. No habiendo sabido con virtudes é hidalgo comportamiento borrar la bajeza de su cuna, para poder alternar sin desdoro con la principal nobleza del reino, había concebido en los primeros momentos de su poder el soberbio plan de enlazar á su hijo con la hija del marqués de Tavora; pero se vió con noble orgullo rechazado y en todas partes encontraba desdenes y desprecios. Encendióse con esto tal terrible encono en el pecho de Carvallo, que resolvió la destrucción de los que así le desechaban, volviéndole ignominiosamente las espaldas y cerrándole las puertas á su ambicionada nobleza.

Este verdadero y criminal verdugo de sus enemigos durante la ejecución estaba en una quinta próxima, desde la cual alcanzaba á divisar el terrible espectáculo. Desde allí pudo percibir las llamas, que pusieron fin al sacrificio, abrasando á la vez el patíbulo y los sangrientos cadáveres, cuyas cenizas arrojadas al Tajo clamaban venganza contra tamañas tiranías. Consiguió, por ventura, con tan execrable y horrenda injusticia ennoblecer su ignoble origen?

Por más que se enriqueciera con los ricos despojos de los sentenciados, aunque deseoso de dar á su sangre un brillo, que le negó naturaleza, casara á su hijo con la condesa de Oliveira, hija de una de las difamadas víctimas, á pesar de haberse engalanado con el pomposo título de Pombal, siempre será execrado su nombre, y su vida aparecerá manchada con el sangriento borrón del asesino. Qué diferencia entre Carvallo y el humilde P. Malagrida! Este Apóstol incansable, llamado santo por Doña Leonor, siempre aparecerá coronado con la aureola de sus virtudes, dan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do nuevo lustre á la honradez de sus progenitores. Este inocente Misionero fué también en realidad declarado cómplice y uno de los principales autores del atentado, mas quién dió nunca jamás asenso á tales y tan patentes calumnias? El mismo rey confesó, más de una vez, que no podía creer en la complicidad de los Jesuitas y mucho menos en la del P. Gabriel. Por esto, á pesar de la sentencia no fué castigado con los presuntos regicidas, como tampoco lo fueron sus compañeros en religión y en infortunios.

Esto no obstante, por la triste noticia de tan horrorosa carnicería debían presumir no tener léjos el suplicio, á que habían sido condenados. Y en verdad, decíase de público que los tres Padres, arriba dichos irían al cadalso antes de tres dias; pero fuera por ver al pueblo entusiasmado aun por el Siervo de Dios, y poco dispuesto á creerlo manchado con tales delitos, fuese porque desease hallar otros pretextos para justificar su sanguinaria tiranía, fuese por la leve oposición, que encontraba en el monarca, fuera, en fin, por el placer, que almas crueles experimentan en prolongar el martirio de sus víctimas, es lo cierto que tuvo á nuestro Héroe encerrado por el decurso de dos años en insalubres mazmorras, haciéndole antes de la muerte experimentar inauditos padecimientos.

Tan ilegal é injusto proceder escandalizó á todos los hombres honrados y más célebres jurisconsultos de toda Europa. Dejando aparte

la esquela ó parte, que dirigió el mismo Carvallo á los embajadores y al nuncio de Su Santidad, en que con fecha de 4 de setiembre de 1758 se les daba aviso de que el rey, al bajar al jardín, había caido de la escalera y se había herido en la espalda, lo que prueba que no tenía aun bien madurada su trama de regicidio, ó que pretendía desorientar á los suspicaces, aun supuesta la verdad del conato criminal, basta examinar someramente el proceso, y al primer paso se encontrará ya que en el tribunal de la *Inconfidencia*, creado á propósito, además de haber alegado deposiciones de testigos ya difuntos y de personas públicamente infamadas, no hubo ni interrogatorio ni los debates prescritos por la ley, y aun se duda si á los presos les fué permitido oponer descargo alguno. Cosas son ciertas y averiguadas ya que el señor fiscal Costa Freire, primer jurisperito del reino, sufrió cárceles y cadenas por la sola culpa de haber proclamado la inocencia de los acusados, ya que el alguacil mayor D. Juan Bucallao delante de Carvallo mismo protestó, quejándose de la violación de las formas jurídicas y de la iniquidad del procedimiento, ya en fin que Pombal redactó la sentencia, escribiéndola de su propio puño y letra, y que antes que se pudiera discutir, estaba ya impresa para repartirla al dia siguiente de pronunciada.

Esto, no obstante, contra tales dislates, desafueros y crueldades no salió de los labios ni del P. Malagrida ni de ninguno de sus com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañeros la menor queja ni protesta, sino que todo lo sufrieron en silencio á imitación de su capitán y caudillo Jesucristo, Señor nuestro.

CAPÍTULO IX.

Cárceles de Junqueira.

Mientras Carvallo, dominado por su desapoderada avaricia, invadía la mejor porción de los bienes confiscados, haciéndose nombrar gran maestre; mientras repartía entre sus hechuras las haciendas y cargos vacantes por la muerte de las ilustres víctimas; mientras hacía aparecer á su hija engalanada con las joyas de las señoras Aveiro, Tavora y Atouguía, como con trofeos de su venganza sangrienta; tenía á nuestro invicto Mártir sepultado en tenebrosa cárcel y en la más lastimosa pobreza. Al principio de su prisión ignorábase cual fuese la morada de los tres Padres, prendidos por supuesta complicidad; pero más tarde se supo que se hallaban en diferentes calabozos, y que al P. Malagrida le habían metido en las cárceles de Belén. Qué tratamiento allí le dieron, qué incomodidades allí padeció por amor de Jesucristo, cuyas huellas seguía, podráse fácilmente colegir por lo que escribían otros Padres, compañeros de infortunio y encarcelados también por Jesucristo.

Yacían los héroes de la fe en calabozos subterráneos, más semejantes á tumbas de muertos que á moradas de vivientes. Su asiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañeros la menor queja ni protesta, sino que todo lo sufrieron en silencio á imitación de su capitán y caudillo Jesucristo, Señor nuestro.

CAPÍTULO IX.

Cárceles de Junqueira.

Mientras Carvallo, dominado por su desapoderada avaricia, invadía la mejor porción de los bienes confiscados, haciéndose nombrar gran maestre; mientras repartía entre sus hechuras las haciendas y cargos vacantes por la muerte de las ilustres víctimas; mientras hacía aparecer á su hija engalanada con las joyas de las señoras Aveiro, Tavora y Atouguía, como con trofeos de su venganza sangrienta; tenía á nuestro invicto Mártir sepultado en tenebrosa cárcel y en la más lastimosa pobreza. Al principio de su prisión ignorábase cual fuese la morada de los tres Padres, prendidos por supuesta complicidad; pero más tarde se supo que se hallaban en diferentes calabozos, y que al P. Malagrida le habían metido en las cárceles de Belén. Qué tratamiento allí le dieron, qué incomodidades allí padeció por amor de Jesucristo, cuyas huellas seguía, podráse fácilmente colegir por lo que escribían otros Padres, compañeros de infortunio y encarcelados también por Jesucristo.

Yacían los héroes de la fe en calabozos subterráneos, más semejantes á tumbas de muertos que á moradas de vivientes. Su asiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era á orillas del Tajo y cercano al mar, por lo cual las paredes estaban contínuamente goteando, y, con la humedad, engendraban hervideros de asquerosos gusanos. El aire, que allí circulaba, era infecto y entraba por un respiradero de unos tres palmos de largo y, á vueltas, de tres dedos de ancho, practicado en la bóveda: los más capaces tenían solamente obra de diez y seis piés de longitud y doce de anchura. Tal era el sepulcro del Siervo de Dios y de los demás esclavos de Jesús. Enterrados, por decirlo así, en vida, solo vivían en Jesucristo, teniendo á su imitación que apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Quién podrá con palabras referir lo que allí tenían que padecer?

Por un lado, rodeados de perpétuas tinieblas, no podían hallar desahogo ni consuelo en la lectura de libros santos; por otro, acosados por bandas de ratones, no les era dado poner nada al abrigo de su voracidad, viéndose á todas horas acometidos por esos importunos huéspedes sin consentirles momento de tregua. Tal era el atrevimiento de estos roedores, que les quitaban á los presos el pan de las manos, bebíanles el aceite de sus trémulas y pálidas lamparillas, paseábanse durante el sueño por encima de los que dormían, sin que nada fuera capaz de exterminarlos ni ahuyentarlos. Con estas incomodidades su descanso venía á ser no solo muy corto, sino también no pocas veces interrumpido y ademas molesto, sobre todo si se toman en consideración las picadas

de todo género de repugnantes insectos y no menos la dureza de sus camas.

Muchos de ellos no disponían de otro lecho que del duro suelo, ni de otra almohada sino del breviario. Los que gozaban de algún poco de paja ó de jergón, á los pocos días lo llorraban convertido en verdadero esterquilinio. Por igual motivo sus pobres y remendados vestidos desaparecían con el tiempo, no quedándoles sino súcios andrajos ó miserables girones, con que cubrir su desnudez. Cuando trasladaron al P. Malagrida á las cárceles de la Inquisición, no le quedaban de su hábito talar sino asquerosos harapos, capaces de mover á conmiseración á corazones, que no hubieran perdido todo sentimiento de humanidad.

Sin conmiseración ni sentimiento de humanidad eran la mayor parte de los carceleros, que guardaban á las inocentes víctimas. Insolentes y groseros, los trataban con la mayor indignidad sin respeto ninguno ni á las canas de ancianos venerables, ni á la desgracia, que les oprimía, ni al carácter sacerdotal, que los adornaba, ni al saber y virtudes, que los embellecían. Rapaces por inclinación, robábanles cuanto podían, rosarios, libritos, estampas, y hasta el mismo breviario. A uno pretendieron arrancarle el Crucifijo, que llevaba en el pecho; pero fué tal la resistencia que opuso, que aquellos verdugos, á pesar de su fiereza, no pudieron menos de permitirle aquel tesoro de tanto consuelo y eficacia para un religioso atribulado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No era mejor el trato, que les daban respecto de la comida. Teníanse por bien abastados el dia que podían comer media libra de pan, aunque cubierto de moho. A los enfermos no se les administraba sino mal caldo, y este aun en corta medida, además del completo abandono en que se los tenía, sin permitir ni á personas de fuera ni á ninguno de sus compañeros que les asistieran en las mas precisas necesidades. Qué privaciones tan duras! Qué crueldad la de los enemigos de Dios, atizados por el demonio! En medio de aquellas miserias, asquerosidad y desamparo tristísimos, muchos de los encarcelados se cubrían de llagas horribles que daban compasión. Entre estos había un sacerdote, anciano venerable, encanecido en las fatigas de sus ministerios, cuyo cuerpo estaba hecho una úlcera, desde los piés á la cabeza.

Oh dolor! El pobrecito, casi del todo desnudo por habérsele podrido los vestidos, y casi paralítico, no pudiendo mover sus brazos, ni encontrar una alma compasiva, que le valiera para tomar el cortísimo alimento que le daban, pobrecito! menospreciado, como animal inmundo, se veía en la precisión de tenderse por el suelo para coger con la boca la sucia y escasa comida y sorber el agua, aplicandó los labios y la lengua. Triste, tristísimo debía de ser semejante estado; pero no era esto lo peor.

Lo que más sentían aquellos adelantados discípulos de Jesucristo, lo que más atormentaba su religioso corazón, sumiéndolos en un

mar sin fondo de amargo duelo, era verse privados del augusto sacrificio de la misa y de la sagrada Comunión, verdadero pan de los fuertes, que tanto esfuerzo comunicó siempre á los mártires del Evangelio. Aun el santísimo Viático se les negaba á no prescribirlo el cirujano, único médico que se les concedía en sus enfermedades, el cual no les otorgaba gracia tan anhelada, sino cuando los consideraba completamente sin remedio y próximos á espirar. Por esto algunos, encerrados solos en su calabozo, perecieron sin humano socorro y con el desconsuelo de no recibir los últimos sacramentos, siendo así que, en contíguas y cercanas mazmorras, había más de veinte sacerdotes, que los hábrían asistido con suma diligencia y fraterna caridad en aquellos críticos y postreros instantes de la vida. Impíos! Querían que muriesen desesperados, y á este blanco infernal parecían encaminar sus disposiciones.

Para que en tan desconsoladora situación no hallaran ningún bálsamo, que mitigara sus penas, se habían tomado las medidas, con que cegarles toda comunicación tanto con los de dentro, como con los de fuera. Habíanles además quitado todos los enseres para escribir; hasta las hojas en blanco de algún libro, que no habían podido arrebatarles, se las arrancaron para privarles de este inocente consuelo. La providencia de Dios, sin embargo, les abrió camino para poder burlar la injusta incomunicación, en que los tenían.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para remedio de las manadas de ratones pusieron un gatito, que corría de calabozo en calabozo, penetrando por un agujero de la puerta, practicado con este objeto. Este animalito les sirvió de correo para la mútua correspondencia. Habiendo conseguido por piedad algún pedacito de papel, acertó uno á escribir una cartita, la colgo al cuello del gato, y atando á su patita un largo hilo, lo soltó, conservando el otro extremo en su mano. Penetrando el mensajero en otra mazmorra, llamó la atención del cautivo, que tomando el billete, contestó y ató su esquela al hilo, como se le indicaba. Por este conducto tirando el primero del hilo, recibió la respuesta; y así de esta suerte fueron comunicándose los unos á los otros sus penas y consuelos espirituales.

Otro medio, más fácil, de hablarse ocurrió á otro. Habíanse olvidado los guardas de quitar una hoja en blanco de la obra *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas de P. Alonso Rodríguez*, que pasaba de una á otra prisión por medio de un carcelero, algo más compasivo. A uno de los inocentes presos le acudió la idea feliz de establecer un telégrafo fonético, formando un alfabeto, cuyas letras vinieran representadas con cierto número de golpes dados en la pared. Escribió su invento en dicha hoja por medio de una paja ennegrecida al humo del candil, y después de haberlo pegado con saliva y pan, entregó el libro al carcelero, como si nada fuese. Al cabo de algunos dias ensayó su sistema golpeando la pared; pero nadie res-

pondió á sus preguntas. Solo tres meses después, habiéndose desprendido la hoja pegada, la caritativa invención vino á ser conocida por otro cautivo, que atendiendo al sentido de los golpes, se animó á contestar con gran júbilo y satisfacción de los interlocutores. Así se fué extendiendo, poco á poco, la nueva estratagema hasta que todos los de aquella cárcel pudieron hablarse y entenderse mútuamente por medio del golpeo telegráfico.

Servíanse de ello para animarse los unos á los otros en sus comunes tribulaciones y martirios, para pedir oraciones por los enfermos y difuntos, y para comunicarse las noticias y sentimientos, con que se pudieran ora consolar en sus penas, ora disponer para otras más sensibles. De esta suerte sabían los presos cuanto pasaba en aquellas cuevas mamertinas. Pero con el andar del tiempo fué menester cambiar su método, bien para no ser descubiertos, bien para no excitar sospechas, por lo cual trocaron los golpes en silbidos. Creciendo con tan felices sucesos el valor, y alentándose los unos á los otros, llegaron á encontrar medio de salir de su encerramiento y visitarse mútuamente, abriendo y cerrando las mazmorras sin ser notados. Además, como quiera que en virtud ó por vicio, de las severísimas órdenes de Carvallo, jamás les fué permitido por espacio de diez y ocho años ni oir misa, ni comulgar, á pesar de todos los esfuerzos de la vigilancia y á pesar de la prepotencia de sus enemigos, procuráronse un altar con los correspondien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes ornamentos y celebraron varias veces los sacrosantos misterios en aquellas tristes catacumbas.

Tristes también eran, en verdad, las nuevas que se trasmitían, porque solo estaba permitido notificarles cuanto pudiera llenar de amargura sus ya apesadumbrados corazones. Así llegó á oidos de nuestro invicto Mártir la para él tan aflictiva, como prevista desgracia de la prisión de todos los Jesuitas de la provincia lusitana.

Era la noche del 15 al 16 de febrero de 1759, cuando todas las casas, que tenía en Portugal la Compañía, se vieron á la misma hora cercadas de soldados, y los Padres en toda la extensión del reino despertaron prisioneros. Estos eran nuevos síntomas agravantes de más amargas tribulaciones, ya que al arresto general siguió la prisión de los Padres más distinguidos de la provincia, los cuales fueron metidos en los antros de la torre de S. Julián. Debía de haber tenido lugar este nuevo atropello la noche del 5; pero no se pudo efectuar, como estaba proyectado, por no haber podido reunir á tiempo la tropa necesaria en los lugares designados.

Gracias á este retardo llegaron con anticipación á conocimiento de los Jesuitas las urdimbres inhumanas de Pombal: mas ellos, escudados con el testimonio de su inocencia, aguardaron tranquilos las disposiciones de la divina Bondad sin murmurar ni quejarse de las injustas vejaciones, que les amagaban.

Para ellos valía más ser mártir que simular siquiera mentida traición. Y en realidad de verdad, por más que reprendan algunos este silencio y casi exceso de conformidad, en que brillaron no menos el P. Malagrida que todos los compañeros de persecución, para un perfecto religioso no aparece en tal conducta otra cosa, sino un edificante dechado de mansedumbre, cuya heroicidad son incapaces de comprender los esclavos de máximas mundanales. Bien diferentes eran los sentimientos, que tal resignación arrancaba de algunos de los más enemigos de la Compañía. Hé aquí lo que por aquel tiempo escribía desde Portugal un español distinguido.

«Este reino desgraciado presenta á nuestros ojos el espectáculo más triste y lamentable. En todas partes no se ve sino desorden, confusión y tiranía. La historia de los pasados siglos no presenta en todas sus páginas otro cuadro más desgarrador. Los ciudadanos son aprisionados y entregados á la muerte en público ó en secreto. Todo hombre que reflexione un poco, se ve obligado á exclamar: *Dios ha abandonado á este reino!* En la carta, que últimamente dirigí á V. E., le daba á conocer que después de habernos opuesto al instituto religioso de la Compañía de Jesús, todos hemos reconocido nuestra sinrazón. En efecto, después de las más escrupulosas pesquisas y detenido examen en los libros de cuentas de los Jesuitas, nada hemos encontrado que no nos edifique y no vaya encaminado á un fin santo. Yo mismo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

he tenido por espacio de cincuenta y dos dias en mis manos este precioso tesoro junto con otros documentos varios, los cuales todos son otras tantas pruebas de la persecución injusta, que se ejerce contra estos religiosos.»

«Pálpase ahora el dique, que esta santa religión oponía á la desmoralización pública ya por medio de su predicación, ya también por sus escritos, puesto que en el mismo instante, en que se ha visto como aniquilada entre nosotros, el mal ha inundado todo el reino. No vemos en ellos sino ejemplos de invicta paciencia y resignación santa, con que se ofrecen á sí mismos en holocausto al Señor por estos reinos y por sus propios perseguidores y enemigos. Sus guardas mismos se sienten conmovidos y se convierten á más cristiana vida en vista de las dulzuras celestiales, de que los ven colmados en medio de sus quebrantos.»

«Que V. E. no atribuya á inconstancia el cambio, que advierte en mi modo de hablar sobre la Compañía de Jesús: la justicia y la conciencia me han abierto los ojos y me han hecho conocer mi error. Un gran número de religiosos pertenecientes á otras órdenes, han cambiado como yo... Algunos han llegado á predicar desde el púlpito que la Compañía de Jesús ofrece á Dios tantos mártires, cuantos hijos tiene en este reino. En el triste estado de cosas, en que nos hallamos, solamente la Compañía de Jesús permanece completamente compacta y unida, al paso que las demás órdenes se hallan fraccionadas en bandos y partidos.»

Hasta aquí los sentimientos de este religioso español, en tiempos anteriores bien poco afecto á la Compañía, los cuales eran los sentimientos unánimes de todo el reino de Portugal. A los mismos carceleros, edificados ya con ejemplos constantes de todas las virtudes, arrancaban lágrimas de compasión los malos tratos é incomodidades, á que vivían sujetos los inocentes presos. *Qué cárcel tan horrible!* exclamaba cierto dia uno de ellos; *alabo vuestra paciencia!* Otro para alentar á uno de los cautivos á recibir con resignación tan acerbo malestar, le recordaba la heroica humildad y constancia de S. Ignacio, aherrojado por Jesús en Alcalá y Salamanca. En todas partes, por donde conducían á aquellos Mártires esclarecidos, ya que no era permitido á los pueblos auxiliarles en tanta necesidad é indigencia, no se les podía impedir darles muestras de su compasión y afecto. *Cuánto padecen por la gloria de Dios!* exclamaban unos: otros decían: *Estos son la imagen del Salvador, atormentado en medio de sus verdugos!* Y todos los que sentían en su alma alguna chispa de caridad, daban señales de sentimiento á vista de sus maestros en la fe, tan perseguidos y cruelmente tratados por la justicia.

En medio de tanta pesadumbre y duelo los que mayor paz tenían y hasta cierto punto los que más gozaban eran los encarcelados por Jesús, puesto caso que rebosaban en consuelos inefables, y no era el menor palpar la providencia con que el Señor velaba por ellos de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo particular. Esta patentisima Providencia obligó á unos de los comandantes, que los custodiaban, á prorumpir en estas expresiones: *Cosa admirable, portentosa! En estas mazmorras todo se pudre y consume: solamente los Padres resisten á todas las intemperies y adversidades!* De las mismas ideas participaban algunos de los guardas, los cuales no podian menos de apostrofarlos con estas palabras: *Qué raza de hombres son Vds.? Allí donde la madera más dura y el hierro mismo no pueden resistir á la acción de la humedad, pueden Vds. vivir tanto tiempo y sin novedad alguna?* Hasta el mismo cirujano, antes con los encarcelados sino cruel á lo menos poco compasivo, llegó á manifestar sorpresa mezclada de estupor en viendo que sus enfermos, desprovistos de lo más indispensable, recobraban casi milagrosamente la salud perdida.

Pocos eran los que sanaban en virtud de medicamentos humanos. Cuales debían su restablecimiento á votos que hacían al Todopoderoso, cuales curaban casi repentinamente con solo tomar la harina de S. Luis Gonzaga, y muchos con recibir el Santo Viático. De estos hubo quien por tres veces estuvo luchando con las agonías de muerte y otras tantas recobró la salud luego de recibido el pan de los fuertes. Así el practicante, admirado de tales mudanzas, al encontrarlos gravemente enfermos, solía decir: *Dadle el Viático y se pondrá bueno!*

En muchos de los que morían se les trasformaba el semblante de arte, que tomando una

expresión bellísima, expresión de bienaventurado, publicaba al parecer en la tierra el gozo que inundaba ya sus almas en el cielo. En su presencia, tanto los soldados, como los carceleros, sentíanse compungidos y excitados á devoción de modo que, al llevarlos á la sepultura, prorumpían en estas ó parecidas exclamaciones: *Hé aquí á un bienaventurado! Tiene aspecto de santo! Sí: de ello somos nosotros testigos!*

Estos y otros hechos más providenciales todavía, llenaban de consuelo en tanto grado á los cautivos, que no solo se felicitaban mútuamente por las penas y tormentos que sufrían, sino que tambien sentían nacer en sus corazones santa envidia por los que espiraban entre cadenas, no ya porque con ello se libraban de tan horribles padecimientos, puesto que en estos hallaban venero de celestiales tesoros, sino porque los que terminaban en tal martirio tenían ya segura la palma, que ellos, sobreviviendo, podían tristemente perder. Morir en el combate y en el lugar destinado por Dios á sus luchas eran los votos de todos los prisioneros, de manera que algunos, que por ser extranjeros recibieron libertad, partieron con tristeza á su patria, y hubierán preferido la condición de los que padecían persecución por Jesucristo á las comodidades y dulzuras de la libertad.

No recibió tal gracia é indulgencia el Padre Gabriel Malagrida por más que fuera extranjero, sino que reservado por Dios para sellar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la sangre sus largos trabajos apostólicos, se preparaba en aquellas húmedas y lúgubres cavernas á la ignominiosa y horrible muerte, que puso fin á sus padecimientos.

CAPÍTULO X.

Maquinaciones de Pombal por expatriar á los Jesuitas, y sentenciar á muerte al P. Malagrida.

En tanto que el venerable Anciano sufría en la prisión lo que con humanas expresiones es imposible describir, su enemigo se ocupaba con ardor digno de mejor causa en llevar á remate su desatentado proyecto de extrañar de Portugal á todos los de la Compañía, que no tuviera en la cárcel reservados para mayores desdichas. Con tal furor le aguijaban la saña y el odio que al punto hubiera querido arrojar á los Jesuitas del reino lusitano, y sobre todo, entregar á nuestro benemérito Apóstol á muerte ignominiosa; pero, en aquel reino fidelísimo respetábase todavía, por lo menos aparentemente, la inmunidad eclesiástica; y, como entre los jueces eclesiásticos aun había quienes no estaban vendidos á los arrebatos satánicos del ministro, no pudo poner cima á sus injustas é inhumanas aspiraciones tan pronto, como hubiera deseado. Para allanar, pues, el camino, y quitar toda traba á sus antojos, en nombre del rey, con fecha 20 de abril de 1759, escribió al soberano Pontífice reclamando jurisdicción omnímoda sobre todo el clero y órdenes religiosas en las causas criminales, con la fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la sangre sus largos trabajos apostólicos, se preparaba en aquellas húmedas y lúgubres cavernas á la ignominiosa y horrible muerte, que puso fin á sus padecimientos.

CAPÍTULO X.

Maquinaciones de Pombal por expatriar á los Jesuitas, y sentenciar á muerte al P. Malagrida.

En tanto que el venerable Anciano sufría en la prisión lo que con humanas expresiones es imposible describir, su enemigo se ocupaba con ardor digno de mejor causa en llevar á remate su desatentado proyecto de extrañar de Portugal á todos los de la Compañía, que no tuviera en la cárcel reservados para mayores desdichas. Con tal furor le aguijaban la saña y el odio que al punto hubiera querido arrojar á los Jesuitas del reino lusitano, y sobre todo, entregar á nuestro benemérito Apóstol á muerte ignominiosa; pero, en aquel reino fidelísimo respetábase todavía, por lo menos aparentemente, la inmunidad eclesiástica; y, como entre los jueces eclesiásticos aun había quienes no estaban vendidos á los arrebatos satánicos del ministro, no pudo poner cima á sus injustas é inhumanas aspiraciones tan pronto, como hubiera deseado. Para allanar, pues, el camino, y quitar toda traba á sus antojos, en nombre del rey, con fecha 20 de abril de 1759, escribió al soberano Pontífice reclamando jurisdicción omnímoda sobre todo el clero y órdenes religiosas en las causas criminales, con la fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cultad de juzgar, condenar y castigar con el último suplicio á todos los convictos del crimen de lesa majestad. Para dar mayor fuerza y autoridad á su demanda aducía el ejemplo de dos Papas, que habían otorgado semejante poder á dos antecesores de S. M. lusitana.

La corte Romana, procediendo con su acostumbrada cautela y madura prudencia, no respondió al déspota portugués con la prontitud, que él pretendía, por lo cual, anticipándose al despacho de sus preces, hizo fraguar en Roma, por medio de su embajador Almada, un falso rescripto, en que se le autorizaba para cuanto se había pedido. Esto, no obstante, cual si se hubiera arrepentido de su criminal supercheria, no se atrevió á hacer uso de las supuestas facultades y consumar su nefando despotismo.

Entre tanto llegaban al P. Malagrida las noticias más tristes para su afligido corazón. Por una parte las playas de las Américas, regadas con sus ardientes sudores y con su sangre, lloraban yermas y sin pastores, porque Pombal se había apresurado á expulsar de allí á los Jesuitas, que las habían roturado, y todos los días llegaban á Portugal navíos cargados de obreros evangélicos, violentamente arrancados de entre sus queridos neófitos; por otra, el Padre José Moreira, su compañero en los calabozos de Belén, agobiado de grave enfermedad, se disponía con los auxilios de la Iglesia á partir de este destierro, no sin haber protestado de su amor y piedad constante para con el monarca, cuya conciencia había dirigido, y de

que jamás le había pasado en mientes entrar en conjuración ninguna. Terminó su carrera cargado de cadenas, en miseria extremada y en medio del hedor intolerable de la cárcel. Qué diremos del otro inocente compañero, el P. Mattos? Consoladora fué también para el ánimo del P. Gabriel su despedida para la eternidad. En el momento de recibir el Santo Viático, en presencia de no pocos militares de graduación, que habían acompañado al divino Huésped, delante del carcelero y del párroco, declaró el doliente, poniendo por testigo á Dios, ante cuyo tribunal había de comparecer, que ni él ni en su conocimiento ninguno de los Padres de la Compañía era culpable del crimen, que contra todo derecho y justicia les acumulaban.

A pesar de todas las protestas y de la más clara inocencia, á pesar de los preclaros méritos contraidos por los ilustres aprisionados en pro de la religión y de la patria, á pesar de la fama de santidad, con que muchos, y señaladamente el P. Malagrida, eran reconocidos por toda clase de personas, Carvallo, despreciando los gritos de la conciencia pública y los clamores del derecho, no cejaba un punto en sus execrandos propósitos, y, amenazando á la corte Romana con un cisma, esperaba con ansia el logro de su demanda.

Por fin, el Vicario de Jesucristo concedió la autorización, en nombre de José I pedida con tan reiteradas instancias; pero la concedió con ciertas restricciones, que le significó en carta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

autógrafa, la cual fecha el mismo dia 2 de agosto de 1759 escribió Clemente XIII al rey, al mandarle el breve tan solicitado. Inducido el monarca por su satánico ministro habia manifestado al Papa su intención de arrojar de sus estados á todos los Jesuitas; y el Papa, con la bondad, moderación, sabiduría y firmeza propias de la Silla Romana, le contestó, entre otras cosas, estas frases dignas de consideración:

Después de habernos puesto en la presencia de Dios, y de haber implorado con fervor sus luces durante largo tiempo, pesamos en la balanza del santuario la resolución, que en su carta vuestra Majestad nos expone, á la par que los motivos aducidos en la memoria, que la acompaña: tenemos también presente de continuo lo que exigen el servicio de Dios, el honor de la Iglesia y la seguridad de la conciencia de V. M., que nos preocupa lo mismo que la nuestra, la tranquilidad de su espíritu y el bien de sus estados.

Viniendo, empero, á nuestro propósito, creemos que en el cuerpo de la Compañía entre los religiosos, que han incurrido en la indignación de V. M., es conveniente distinguir los miembros, que la componen, del Instituto, de que hacen profesión. Si entre las personas, que visten su hábito, se encuentran algunas ó muchas, que sean culpables de una falta, cualquiera que sea, justo es que paguen las penas proporcionadas á sus delitos... No permita Dios que pensemos jamás en proteger á los culpables, ni autorizar

desórdenes: faltaríamos á una parte esencial de los deberes inherentes al cargo, que nos da derecho de gobernar la Iglesia con autoridad de juez supremo.

Mas faltaríamos á otra parte de estos mismos deberes, y haríamos traición á nuestra conciencia, si consejáramos á V. M. confundir los inocentes con los culpables, y hacer sufrir á los primeros las penas debidas solamente á los segundos. Fácilmente comprenderá V. M. que, en cuerpo tan numeroso, que profesa un Instituto de la más alta perfección, los inocentes deben ser en mucho mayor número. Además, V. M. mismo juzgó á esta Congregación digna de sus alabanzas.

Este breve tan paternal, justo y comedido fué calificado por el marqués, de insolente y depresivo de la dignidad del monarca lusitano; siendo así que, en todo su contenido, no se encuentra una expresión, que no sea digna y dignísima del Padre común de los fieles. El ministro, no obstante, ciego de coraje, pertinaz en seguir sus planes vengativos, escribía carta tras carta, redoblaba sus instancias, prorumpía en amenazas, y, en su despecho, condenaba públicamente á Clemente XIII y á muchos cardenales, que le hacían lado, de fautores y protectores de los Jesuitas, convencidos, según él decía, de rebeldes y conspiradores contra la corona. De la misma inquina participaba su embajador Almada hasta el punto, que estando cierto dia en una reunión, tuvo la avilantez de afirmar en presencia de los representantes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras cortes, que el Sumo Pontífice, por el afán y empeño de favorecer á los hijos de S. Ignacio, hacía la guerra á su señor amo, rey fidelísimo y glorioso.

Por esto, al recibir de Portugal las antedichas cartas, apoyaba con sumo ahinco la exigencia de que, relevando al cardenal Torregiani, secretario del Papa, del encargo de los negocios portugueses, se cometiera esta dignidad al cardenal Cavalchini, hombre, según la carta, de probidad reconocida, á quien las máximas de estado jesuíticas no habían todavía corrompido. Los hechos confirmaron más tarde que Cavalchini no era indigno de los elogios del ministro y del embajador de Portugal.

Cuando se estaban agenciando todos estos negocios en Roma, Almada recibió la orden de pedir al Pontífice audiencia particular con el fin de arrancarle la autorización de condenar á muerte al P. Malagrida y á sus cómplices de regicidio, de encerrar á los menos culpables en las cárceles de Mazangán, en Marruecos, y por último mandar á Italia los Jesuitas, que, conforme á su dictamen, no estuvieran aun imbuidos en los principios maquiavélicos de la Compañía. Apoyaban las pretensiones del representante portugués, además de una porción de gente influyente, los cardenales Cavalchini y Corsini. A pesar de tantos valedores difiriósele la audiencia por muchos dias, y, después de mucho aguardar, fué invitado á presentarse.

Allá se dirigió Almada lleno de júbilo y ha-

lagüeñas esperanzas, pero esta satisfacción fué poco duradera. En habiendo entrado en la antecámara del Pontífice, divisó al instante á varios cardenales, entre los cuales descollaban Rezzónico, sobrino del Papa, y el cardenal secretario: Cavalchini y Corsini estaban ausentes. Introducido Almada en presencia del Pontífice, fué interrogado por las órdenes é instrucciones, que de su Soberano había recibido. *Ninguna*, contestó él con desabrimiento; *yo había pedido una audiencia secreta, y en viendo tantos cardenales, dispuestos á escucharme, nada se me ofrece que decir*. Nadie le instó á que expusiera el objeto de su visita, antes, á una señal del Vicario de Jesucristo, se le despidió cortesmente con las muestras ordinarias de benevolencia. El embajador, sin embargo, antes de salir de palacio, dirigiéndose al cardenal secretario, exclamó: *En fin es cosa evidente que S. M. fidelísima nada puede obtener de cuanto á Su Santidad ha suplicado con reiteradas instancias*.

Estas noticias, trasmitidas á Lusitania junto con el breve del Padre Santo, exasperaron sobremanera á Pombal, el cual, resuelto á no retroceder ni una línea hasta llegar á su meta, tomó el partido de proceder con autorización propia, hollando todos los derechos pontificios. Pero, para salvar las apariencias, promovía nuevos conflictos, y como otras veces había ya manifestado, deseaba más: quería romper con la Santa Sede, y buscaba pretextos, en que basar el cisma. Con este fin, no solo pidió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en absoluto y general la autorización, que para aquel caso se había concedido al monarca portugués, sino que también, observando al soberano Pontífice dispuesto á condescender por temor del cismático rompimiento, que se pretendía, puso por medio de su embajador, con nuevas exigencias, todas las rémoras que pudo al despacho de la gracia suplicada, y empezó á hacer uso de facultades, que no le habían sido concedidas.

Decíase en la carta dirigida á José I: «En cuanto á las acusaciones del sacrílego atentado, que pesan sobre algunos miembros de la Compañía, si, lo que Dios no permita, se hallaren jurídicamente culpables, aun en este caso, os conjuramos, guardad vuestras manos limpias de la sangre de esos hombres, que han sido consagrados á Dios. De esta suerte ofreceréis al Señor el más grato sacrificio, adquiriréis nuevos derechos á nuestro afecto, y dejaréis á los venideros el más bello monumento de vuestra piedad.» Estos nobles y cristianos sentimientos exacerbaban á Pombal, el cual, pretendiendo contrariar la solícita y paternal benignidad del Pontífice, apresuró la causa de los PP. Malagrida, Henríquez, Mattos, Moreira y Alejandro, y, escogiendo jueces venales, supeditados á su desmedida y repugnante ambición, sentenciólos á todos á ser descuartizados como instigadores de los Tavoras y del duque de Aveiro: y, para que su crueldad fuera más notoria, y la injusta sentencia derramase toda la hiel posible en los corazones de los pa-

cientes hijos de S. Ignacio, escogió precisamente para fulminarla el aniversario de la muerte del Sto. Fundador. Hemos, con todo, de confesar que ignoramos si fué el ánimo de Pombal ejecutar á los declarados reos, ó bien solamente consternar é irritar á los inocentes encarcelados, dado que semejante sentencia jamás recibió jurídica publicidad, ni tampoco se llevó á término.

No procedió así respecto de otra medida despótica, conocida proféticamente por nuestro venerable Apóstol, medida que no pudo menos de llenar de aflicción profunda su corazón, tan amante de la Compañía. Carvallo, indeciso hasta setiembre por lo que toca á la resolución definitiva, que según sus planes debiera tomar referente á los Jesuitas, decidióse al cabo, determinando arrojarlos á todos á las riberas del Tíber. El día 3 de dicho mes, aniversario del supuesto atentado contra el rey, fué el destinado para firmar el decreto de proscripción contra todos los hijos de S. Ignacio, que se suponían libres del crimen de regicidio. Hé aquí las primeras palabras de este documento: «Después que el rey fidelísimo ha hecho cuanto correspondía á un hijo obediente de la Santa Sede... después de haber tomado consejo de hombres probos y esclarecidos, llenos de celo por la salud del monarca y por el bien del reino, plugo á S. M. fidelísima extrañar á los Jesuitas de los dominios sometidos á la corona de Portugal.»

Y cuáles eran los motivos que determinaron

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á S. M. fidelísima y á esos varones probos y esclarecidos á decretar esa proscripción universal contra un cuerpo tan benemérito de la religión y de la patria? Léase lo que sin pruebas fehacientes asegura el documento citado, repleto de calumnias y falsedades. «Los Jesuitas del Brasil, dice, habían declarado la guerra al rey de Portugal... que la guerra sostenida por los Jesuitas en América había echado profundas raices en el espacio de diez años, sin que ninguna potencia de Europa haya sido capaz de contener su curso...» Cuantas calumnias en tan pocas palabras! El ánimo más despreocupado se indigna, al observar el cinismo, con que se engañaba impunemente al público por esos falsos amigos de la luz.

Alguna indulgencia, no obstante, vino á templar, según el mundo, sentencia tan severa, pero indulgencia, según los religiosos, más odiosa y mil veces más sensible que el destierro y la muerte misma. Consistía ésta en conceder á todos los Jesuitas permiso de permanecer en el reino con la condición de quitarse la sotana de la Compañía y de renegar de los compromisos solemnemente contraidos delante de Dios; aunque este ofrecimiento se dirigía, en especial, á los jóvenes no impuestos todavía, como decía el documento, en los secretos del Instituto, y, por lo tanto, menos culpables que los ancianos. Por donde se ve que el crimen de lesa majestad y todos los demás de que se les acusaba, no eran sino pretexto y trampantojo inícuo; y que lo que se intentaba era, más que

perseguir á las personas, destruir la Compañía de Jesús, y perder á los miembros, que eran el sostén y la gloria de este cuerpo religioso. Pero, gracias al Altísimo, por más que el cardenal Saldaña, arrogándose facultades pontificias, se ofreciera á desligar á los jóvenes Jesuitas, dispensándoles los votos, la voz de la infernal sirena no halló eco ninguno, y los fieles hijos de S. Ignacio, hasta los más jóvenes é inocentes, resistieron firmes á las tentaciones armadas contra su vocación.

Sin atención ni miramiento á las consecuencias, que de aquí se desprendían, el decreto de extrañamiento se puso en ejecución el 15 del mismo mes. Como quien huye la luz de la verdad y de la justicia, mandó Carvallo conducir en el silencio de la noche á las orillas del Tajo á más de cien Jesuitas, pertenecientes á las diversas casas de Lisboa, Coimbra y Evora, y allí encerrarlos en incómodo barco, sin que ni uno siquiera supiese la causa de aquel castigo, ni el lugar de su destino. Después de algunos días de espera fueron trasladados á otro navío mercante, extranjero, falto de provisiones y hasta de agua potable, dispuesto a levar anclas y darse á la vela para Italia.

En tan tristes condiciones y con prohibición expresa de subir á cubierta, zarparon de Lisboa tomando derrotero para el destierro, acompañados por un buque de guerra portugués, que los escoltó hasta perder de vista las playas de Portugal. Escolta importuna, porque les impedía salir á respirar el aire libre y con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

templar la inmensidad de los mares para no ser vistos de sus paisanos. Así, tan presto como desaparecieron del horizonte guardas de vista tan molestos, empezaron los expatriados á salir y alentar con desahogo: mas no por esto dejaban de estar con algún cuidado por temor de que Pombal, capaz de cualquier atentado contra los indefensos proscritos, hubiera concertado su ruina con los berberiscos.

Desvanecióronse estos recelos luego que hubieron rebasado el estrecho de Gibraltar y se vieron arrojados por los vientos á las costas de Alicante. Grande hubiera sido su consuelo en poder allí tomar tierra, puesto que, no pocas veces, habían ya manifestado vivos deseos de entrar en el primer puerto español, que se les ofreciera: mas, el capitán del buque les declaró estar terminante y severamente comprometido con el marqués á no tocar en puerto alguno hasta Civitavechia, bajo la multa de 400 cruzados, á no ser compelidos por extrema necesidad. Presentósela oportunamente la divina Providencia, desbaratando los designios del tiránico ministro. En efecto, arreciando el temporal, y favoreciendo los vientos las ansias de los cautivos, tuvieron que refugiarse en el puerto de Alicante, donde echaron anclas el 27 de setiembre por la noche y recibieron al dia siguiente por la mañana la visita de la junta de sanidad.

Obtenido de ésta el competente permiso, el capitán y el P. Juan Soarez saltaron á tierra para notificar su llegada á los Padres Jesuitas

de aquel puerto, y pedir provisiones con el poco dinero, que pudieron juntar. Mas no fué menester gastarlo, porque, no bien se hubo divulgado por la ciudad la llegada é indigencia de los doscientos Padres lusitanos, cuando las personas más conspícuas del vecindario fueron á ofrecerse al P. Rector del Colegio, asegurándole que se tendrían por muy honrados en poder alojar en sus casas á los pobres proscritos. Agradecióles el P. Soarez sus cristianas atenciones, y les hizo entender con tristeza la imposibilidad de complacerles por las órdenes nerónicas del gobierno portugués, que ellos, aunque sin obligación, querían acatar.

Entonces, no pudiendo ahogar en sus corazones la dulce ansiedad, que los animaba por el alivio y consuelo de los afligidos, gran número de eclesiásticos y personas de todas categorías dirigiéronse á bordo para visitar á los expatriados y ofrecerles sus auxilios. Con la vista de aquellos esqueletos animados, en quienes el hambre, la miseria y la desnudez solo habían dejado la armazón, no fueron vanas sus palabras, ni sus ofrecimientos infecundos, ya que todo el dia trabajaron los tahoneros con ánimo de proveer á los peregrinos, y hasta la hora de salida no cesaron los alicantinos de llevarles todo género de vituallas. Gloria, pues, á la noble Alicante, cuya caridad hizo renacer la abundancia y la alegría en medio de los perseguidos religiosos! Cuánto cambiaron los tiempos de ayer á hoy!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ayer tanto júbilo en abastecer á los oprimidos Jesuitas, hoy tan enconada porfía en arrojarlos de sus muros, rechazando su misión evangélica; ayer excitando á los extraños á endulzar las amarguras de los proscritos, hoy desoyendo la voz de su Pastor, que les recomendaba á sus enviados; ayer vítores y alabanzas, hoy mueras y denuestos. Quién no recuerda las viles tramas, que en nuestros dias se tegieron para impedir la predicación de los misioneros de la Compañía, enviados á aquella ciudad por el celoso é Ilmo. Sr. Obispo Guisasola? Quién apagó tan acendrada caridad en los descendientes de tan nobles caballeros sino el maldito liberalismo y la infernal masonería?

Igual acogida tuvieron en Civitavechia, á donde, después de borrascoso viaje, llegaron el 24 de octubre, dia en que la Iglesia celebra la fiesta del glorioso arcángel S. Rafael, á cuya protección se habían encomendado desde que zarparón de Lisboa. Todos los habitantes de la ciudad, sobre todo los dominicos, franciscanos y Hermanos de S. Juan de Dios se esmeraron á porfía en hacer olvidará los desterrados las fatigas é incomodidades de la travesía; pero, quien más se distinguió por su caridad verdaderamente paternal fué el soberano Pontífice, el cual dió al gobernador la orden de abonar todos los gastos, que hicieran aquellos religiosos, á quienes Pombal arrojaba de su patria como rebeldes. La misma triste desventura corrieron más tarde todos los Jesuitas resi-

dentes en los dominios lusitanos en número de mil quinientos, pero, dejando para otro la descripción de aquellos tiránicos atropellos, volvamos á nuestro mártir el P. Malagrida, víctima codiciada del ministro portugués.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI.

Nuevas acusaciones y proceso del P. Malagrida.

Pombal no cesaba de buscar nuevos crímenes, de que por lo menos en apariencia pudiera acusar á nuestro venerable Apóstol, y encontró ocasión oportuna en la reimpresión de un libro, publicado por primera vez en 1621: Describíase en éste la vida de Simón Gómez, conocido con el nombre de *santo Zapatero*. El rey, los príncipes y las princesas de su tiempo le habían honrado con su estimación, visitándolo y recibiendo sus consejos, como de celeste oráculo. El devoto Artesano debía su fama y celebridad á un sin número de predicciones, algunas de ellas cumplidas durante su vida, no menos que á las edificantes virtudes, con que ennoblecía su profesión. Su historia corría en manos de todos y de todos era leída con avidez.

Repetidas veces hablaba con alabanza de la Compañía de Jesús, y entre otras cosas, que cedían en su aprecio, contenía el siguiente período tomado del libro XI, cap. II. *Dios nuestro Señor quiso acudir al socorro de Portugal por medio de la Compañía de Jesús, haciendo que fuera amada de sus príncipes: mas cuando quiera* castigarlo, *permitirá que sea desterrada*

y lanzada á tierras extranjeras. Y en demostración de que esta Compañía es querida del Señor, baste decir que renovó en ella el espíritu y celo apostólico de sus primeros discípulos y que será siempre combatida y perseguida del mundo y del infierno.

Como el rey, leyendo esta biografía, notara en cierta ocasión este párrafo, y pensara con alguna detención sobre las medidas tomadas contra los Jesuitas, triste y meditabundo mandó al momento llamar á Pombal, y mostrándole la profecía, preguntóle qué sentía sobre ella? El ministro, despreocupado, sin turbarse por ello ni pararse en barras, contestó al instante al despavorido monarca: *Señor, nada tenemos que temer por esto; no es más que un error de imprenta, un cambio de una* o *por una* a, *debiendo leerse* CASTIGARLA *y no* CASTIGARLO. No se curaba de concordar su interpretación con los antecedentes y consiguientes, á cuyo sentido se oponía: y no obstante, tal era el ascendiente del secretario sobre José I, que con tan absurda y arbitaria respuesta, le contentó, dejándole engañado y satisfecho.

El santo Zapatero, Simón Gómez, murió el 8 de octubre de 1574. Los antiguos ejemplares de su vida se hallaban esparcidos por todo el reino, y, cotejados con la nueva edición, no discrepan en ningún punto. Sin embargo, á pesar de hecho tan público y evidente, como fácil de comprobar, Carvallo tuvo la osadía de atribuir dicha frase al P. Malagrida, y de acusar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le por esto de falsario, perturbador, reo de estado y merecedor de afrentosa muerte.

Una valla encontraba enfrente, que le impedía consumar el injusto sacrificio y acabar de una vez con el indefenso Anciano, y no cejó hasta que la tuvo destruida y allanada. Era esta la presencia del nuncio apostólico, el cardenal Acciajuoli, el cual, un año después del encarcelamiento del Siervo de Dios, había recibido de parte de Su Santidad orden de informarse por sí mismo y secretamente tanto sobre la vida y conducta de nuestro Atleta y sus dos supuestos cómplices, los PP. Mattos y Alejandro, como de los atropellos anticanónicos del ministro. Carvallo, empero, habiendo concebido fundadas sospechas sobre tales indagaciones, se apresuró á impedirlas, despidiendo de Lisboa al representante de la Santa Sede. Había éste notado que un centinela rondaba, tiempo hacía, su palacio y espiaba sin cesar todos sus pasos. Hubiérase por entonces podido quejar con toda justicia de tan molesta é importuna vigilancia; mas, siguiendo las instrucciones de Clemente XIII, prefirió tener paciencia y disimular en silencio el grosero agravio, á provocar un rompimiento, que habría frustrado los benéficos designios del Padre Santo. Por el contrario, Pombal todo lo removía y se descriaba por acelerar este caso lamentable.

Un dia de regocijo sirvióle de ocasión oportuna. Celebrábase, el dia 6 de junio, el casamiento de D. Pedro, hermano del rey, con

Doña María, princesa del Brasil, de lo cual por medio de circular dió el ministro noticia conveniente á todos los embajadores con excepción del nuncio apostólico. Este se quejó en la debida forma de la omisión injuriosa, y Carvallo, con bravura digna de mejor causa, se negó á darle satisfacción. Sorprendido el delegado papal de proceder tan indigno, volviendo por su prestigio, como parecían exigirlo su decoro no menos que su cargo, se abstuvo, á su vez, de hacer manifestación pública y de iluminar, según costumbre, su palacio. Esta era la ocasión buscada por el Nerón portugués, quien, aprovechándose de tan fútil pretexto, pidió al tímido monarca despidiera al momento de sus dominios al representante del Papa..

Así se verificó sin pérdida de tiempo y sin el debido respeto, pues, no bien habían concedido al déspota la solicitada facultad, cuando al instante mandó un propio al cardenal nuncio, al cual habiéndole intimado la orden de salir de Portugal en tiempo, en que se disponía para decir misa, no se le permitió siquiera celebrarla, ni aun escribir al secretario mismo de estado. Partió, por tanto, no sin haber antes protestado de la violencia, que se le hacía en desprecio de su dignidad y desdoro de la Silla Apostólica: mas, ni aun para esto se le dejó libertad cumplida, puesto que fué conducido hasta las fronteras del reino bajo escolta, que ni á sol ni á sombra le dejó un solo momento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al pasar por España, detúvose en el colegio, que la Compañía tenía en Badajoz, donde fué recibido con todos los honores debidos á tan gran príncipe de la Iglesia. Al entrar por sus puertas, dirigióse á los Padres allí residentes, y les dijo: *Padres míos, en mi persona recibís al último Jesuita arrojado de Portugal.* Ultraje, tan sin motivo y fuera de toda espectación inferido al Vicario de Jesucristo, escandalizó al mundo católico, que, minado y encadenado por los racionalistas y ateos, no se atrevió á poner coto á tamaños desafueros. La misma suerte que el nuncio corrió el Padre Boxadors, más tarde general de los dominicos, el cual, según barruntos de Carvallo, con pretexto de visitar los conventos de su orden, iba á Portugal encargado por Clemente XIII para examinar la causa del antiguo Apóstol del Brasil. De esta suerte aborrecían la luz los que acusaban á la Iglesia de oscurantismo, y de esta suerte quedaba el P. Malagrida sin una persona caracterizada, que defendiera sus derechos y pudiera patentizar su inocencia. Esta era la hora y el poder de las tinieblas.

Libre ya Pombal de estos importunos testigos y confidentes del Papa, resolvió desahogar toda su saña contra nuestro Anciano venerable, á la sazón de setenta y dos años de edad. Pero, cómo llevar á cima su muerte con algún viso de legalidad y de justicia? Todo lo inventa y corrompe la malicia humana. Convencido Carvallo de que si no mancillaba y oscurecía la fama de santidad, de que gozaba

el Padre en todo el reino lusitano, hallaría obstáculos insuperables ya de parte del rey, que no había querido sancionar la injusta sentencia contra los Jesuitas, supuestos cómplices del famoso atentado, ya de parte del pueblo, que siempre los juzgó inocentes, cambió de rumbo y aspiró á despojarle ante el público de la aureola de virtud, con que brillaba.

Cierto que esta mudanza tan marcada demuestra hasta la evidencia que el insigne Padre Malagrida, víctima codiciada del ministro, era de todo en todo inocente, y que el primer crimen de regicidio, que se le imputaba tanto á él como á sus compañeros, era imaginario y calumnioso; pero con ella se prometía perturbar la opinión pública y cohonestar sus horrendos crímenes. Según los rumores, que andaba esparciendo el marqués, la venerada santidad del P. Malagrida no era sino infamia, mentira, hipocresía, impostura. El insigne Apóstol encanecido en la propagación del Evangelio, favorecido con el dón de milagros, ilustrado con espíritu de profecía, según él no era sino un blasfemo, falsario, impostor y hereje! y por ende digno de padecer en las cárceles de la Inquisición.

Cierta mañana estando el P. Gabriel engolfado en el fervor de su meditación, vióse perturbado por una inesperada visita. Presentósele el corchete y porquerón del Sto. Oficio y le ordenó que le siguiera: *Llegó, por ventura, el fin de mi cautiverio?* preguntó el P. Malagrida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No: contestó el otro con sequedad.

Pues qué novedad ocurre? replicó el Apóstol.

Tengo orden terminante, dijo el corchete, *de conduciros á las cárceles de la Inquisición.*

El buen Padre selló sus labios, dando tierno ósculo al Crucifijo, que consigo llevaba, y, conforme en todo con la voluntad divina, se dispuso á partir.

Estaba entonces casi desnudo, con la sotana derrotada, mohosa por la humedad, apenas cubierto de haraposos girones, sin medias, ni calzoncillos siquiera. Un compasivo criado de la cárcel, llamado Domingos, quiso darle por caridad sus pantalones; mas, como el Padre estuviese con las piernas lastimosamente hinchadas, no se los pudo poner y partió sin ellos hecho una lástima. Con este pobre, misérrimo traje fué presentado á los jueces del Santo Oficio!

Antes de proseguir adelante conviene advertir que este Tribunal tan benemérito de la religión y de la patria, y, salvas cortas excepciones, tan integro y ejemplar siempre que pudo obrar con justa independencia, había sido fundado en Portugal por Juan III el año 1536 con autorización expresa de Paulo III Pontífice romano, confirmada en 27 de setiembre de 1640. Al rey tocaba presentar el presidente de la mesa, destinada á juzgar de asuntos y causas religiosos; pero esta presentación no tenía valor ni autoridad ninguna sin el beneplácito del Vicario de Jesucristo. Mas, como todas las cosas terrenas están sujetas á vaivenes y cohe-

chos, este tribunal hallábase por entonces tristemente supeditado á Pombal, que había tenido el atrevimiento de alejar á los inquisidores que no eran de su agrado, y reemplazarlos por otros de sus ideas y sentimientos. Ya empezó por quitar con embustes del cargo de presidente á D. José Braganza, hermano del rey, y en su lugar colocó á su hermano Pablo Carvallo de Mendoza, hombre de cortísimo ingenio, por cuyo motivo era la irrisión de los canónigos de la iglesia patriarcal, á la cual había subido por atenciones de familia. Este nombramiento se hizo sin la competente bula pontificia, y por lo tanto nulo y anticanónico. Además, *autoritate propia*, cambió Pombal su reglamento, disponiéndolo todo á su antojo.

En el primer interrogatorio, que sufrió el P. Malagrida, el P. Fr. Francisco de Santo Tomás, digno religioso de Santo Domingo, convencido de la inocencia del supuesto reo, declaró con noble firmeza é intrepidez inquebrantable que jamás contribuiría á la condenación del infortunado Jesuita, puesto que ninguna prueba valedera se aducía en confirmación de los crímenes, de que era acusado, y muchas de su completa inculpabilidad. En esto hízole observar el intruso presidente que el rey, es decir, Carvallo, deseaba que á todo trance fuera sentenciado el P. Gabriel como hereje. *No;* contestó el esclarecido Dominicano, *nunca llegaré á persuadirme que sea esta la intención de S. M., ni menos que pretenda el rey invertir y trastornar el orden establecido en este*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tribunal sagrado. Mendoza, tanto más irritado con la cristiana resistencia del religioso, cuanto más necias y baladíes eran las razones, que podía oponer á observaciones semejantes, lo quiso arreglar á voces, y empezó á gritar desaforado: *El rey lo quiere! Sí: el rey lo quiere y es preciso obedecer!* Con esto se persuadió el invencible P. Fr. Francisco que su noble oposición no impediría la inhumana sentencia, convenida de antemano: mas, rehusando gravar en lo más mínimo su conciencia con fallo tan injusto, en ley de hombre discreto salióse de la sesión, por lo cual nada pudo aquel dia decretarse contra el inocente y desvalido encarcelado.

El venal presidente, enojado por la entereza del incorruptible Inquisidor, salió también al momento á dar cuenta y razón de su disgusto al ministro su hermano, el cual para quitarse de delante al P. Fr. Francisco de Santo Tomás, enemigo irreconciliable de sus planes masónicos y tenebrosos, expidió al instante á favor del observante religioso el nombramiento de obispo de Angola. El humilde dominico suplicó rendidamente á Pombal no quisiera imponerle carga tan pesada á su edad y á sus quebrantadas fuerzas: mas el hipócrita ministro, quitándose descaradamente la máscara, le respondió que, si se negaba á ir como Pastor á Angola, podía partir como simple religioso, por lo cual no tuvo más camino ni remedio sino subir á bordo y hacerse á la vela para las costas africanas. No llegó el invicto campeón á su

forzado destino, porque, acabado por los padecimientos y amarguras, murió en el viaje, víctima de su firmeza y mártir de la justicia. Así allanaba el impío marqués los obstáculos, que se oponían á sus designios.

Quitado de la vista semejante estorbo, no le faltaron jueces, que vendiendo sus conciencias, fallaran á su placer contra el P. Malagrida; y, á fin de presentar algún viso de culpa, por que mereciera ser castigado, le atribuyeron dos obras estravagantes, que suponían haber compuesto en la oscuridad de la cárcel, la una en portugués titulada: *Vida heróica y admirable de la gloriosa Santa Ana, dictada por Jesucristo á su Madre Santísima*, la otra en latín con el epígrafe de *Tratado de la vida y reinado del Anticristo*. Y este fué el cuerpo de delito, en que fundaron los inquisidores sus torres de injusticia: documentos, que nadie vió ni pudo haber, porque dichas obras ó no existieron jamás, ó si se escribieron según se presentaron en el tribunal, eran tan disparatadas y absurdas, que más bien habrían probado falta de juicio en el autor, que crimen ninguno de herejía. Tal es la verdad pura y sencilla.

Es además cosa indubitable que, en los primeros meses de su cautiverio, tuvo el P. Malagrida por compañero de sus cadenas al P. Pedro Homere, que después de la muerte del rey y caida de su omnipotente favorito recobró la libertad en 1777. Ahora bien, habiendo este Padre mandado revisar el proceso de condenacion del venerable Apóstol del Brasil, sos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuvo delante de los jueces que, sin duda ninguna, el P. Gabriel había compuesto una Vida de Santa Ana, pero que en nada se parecía á la que, en la causa, se le atribuía al supuesto reo, y que en cuanto á la obra del Anticristo no era obra del Ajusticiado, sino del infame impostor y excapuchino Norberto, asalariado de Pombal para calumniar á los inocentes.

Esto no obstante, los inquisidores insertaron en el proceso extractos de ambas producciones, inventadas ó falsificadas para la detracción. Nada se puede imaginar más fuera de razón é impropio de cabal y completo juicio que hacer decir al P. Malagrida, por un lado, no solo que *Santa Ana en el seno de su madre lloraba y hacía llorar á los querubines y serafines que la asistían*, sino también que *la misma, antes de nacer, había hecho los tres votos de religión, y que á fin de no dejar descontenta á ninguna persona de la Santísima Trinidad, había consagrado la pobreza al Padre, la obediencia al Hijo y la castidad al Espíritu Santo;* y, por otro lado, que *Santa Ana había casado para ser más virgen, y que la augustísima Trinidad, después de madura deliberación, había determinado colocarla sobre los coros de los ángeles y los ejércitos de los bienaventurados.* Júntense á estos dislates los otros, si cabe, mayores ya de que *la familia de la santa tenía fundado en Jerusalén un colegio de cincuenta y tres doncellas, de las cuales, habiendo salido una á comprar pescado, lo volvió á vender con ganancia;* ya de que *otra casó con Nicodemus y otra con S. Ma-*

teo y que *Santa Ana tenía un hermano llamado Bautistino;* ya de que *la Santísima Virgen desde el seno de su madre le dijo: consolaos, madre mía, pues habeis concebido una hija, de la cual nacerá el Hijo de Dios;* ya en fin de que *cuando el ángel anunció á María los designios del Eterno, esta cayó desmayada, habiendo tenido el arcángel no poco trabajo en levantarla;* y júzguese imparcialmente si tales absurdos podían surgir de sano entendimiento.

Por lo que á la historia del Anticristo atañe, aparte de los barbarismos latinos, poco ajustados al cabal conocimiento que de la lengua del Lacio tenía el P. Gabriel, contiene extravagancias parecidas á las precedentes, cuales son: *que han de venir tres Anticristos el Padre, el Hijo y el Sobrino; que éste ha de nacer en Milán el año 2,920 de un monge y de una religiosa, y que por remate había de casarse con Proserpina,* etc., etc. Así lo rezan los estractos, aducidos en el indigesto fárrago procesal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

Prosigue la materia del capítulo pasado.

Si hubiéramos de dar crédito á las imposturas y calumnias propaladas por los enemigos jurados de la Compañía, tales eran, como acabamos de consignar en el anterior capítulo, las heregías, ó mejor, los delirios de una imaginación extraviada, que escribía el P. Malagrida, extenuado ya por el hambre y destituido de fuerzas y de salud. Pero, aun suponiendo por un instante que tan ridículos desvarios hubieran salido de la pluma del Siervo de Dios, no se pudiera inferir de ello más conclusión sino que el P. Gabriel por consecuencia de las privaciones y sufrimientos, á que por tan largo tiempo se le había sujetado, había perdido tristemente la razón, como otros de aquellos inocentes encarcelados.

Por donde parece imposible y extremadamente ridículo que hombres, como debían de ser los jueces de tribunal tan distinguido como el del Santo Oficio, se atrevieran á poner por base de su cruel é injusta sentencia motivos tan sin tono, cimiento, ni sustancia. Así lo entendió el rey de Francia Luis XV, el cual, al leer el ominoso fallo de aquel tribunal, antes

dignísimo y por tantos conceptos respetable, exclamó: *En Lisboa mandaron quemar al Padre Malagrida! Es como si yo en París sentenciara al Padre Eterno á ser arrojado á las llamas!* Así llamaban allí á un pobre demente, muy conocido en la ciudad: y tal era el sentimiento, que arrancaba la lectura de las tristes actas del proceso.

Hé aquí como el marqués de Alorna, compañero de infortunios del procesado Padre, refiere las circunstancias, en que escribía el Padre Malagrida, según consta en manuscrito de aquel tiempo, que me facilitaron mis amigos de Portugal: «La pasión que tenía el P. Gabriel por su Instituto, ó los malos tratamientos, que estaba experimentando, le afligían en sumo grado. Se ofreció á Dios para sufrir grandes tormentos á trueque de alcanzar la restauración de la Compañía. Con este mismo fin hacía penitencias formidables; una de las cuales, y tal vez la más perjudicial á su salud, era estar prolijas horas entregado á la oración mental en posturas violentas y con el rostro pegado al suelo, cuando estas paredes, por estar recientes, chorreaban frío y humedad insoportables.»

«Creyóse que con esto, junto con el ardor de su temperamento y otras causas de mayor alteración, se le perturbaría el entendimiento, cuando empezó á oir una voz misteriosa, que le hablaba en su retiro. Sobre este particular hubo variedad de opiniones entre los teólogos del Fuerte: unos con el P. Mattos y el P. Ho-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mere juzgaban que eran verdaderas revelaciones, otros, confesando las heróicas virtudes del Padre, se inclinaban á opinar que era efecto de trastorno mental. El mismo P. Gabriel, en medio de esta variedad de conceptos, andaba dudoso y perplejo sin saber á qué atenerse. Cuando hablaba con los que creían que padecía ilusión, convenía con profunda humildad con sus indicaciones, y se mostraba pronto á obedecerlos en todo lo que le mandasen.»

«Un dia, en una de las visitas ocultas, que nos hacía Domingos, le vió en medio de la cárcel dirigido hácia la ventana, como que hablase con alguien: diciendo: *Quién me llama? Quién me habla? Tengo orden terminante de mi confesor de no hacer caso de eso*... Mas al poco tiempo volvia á dar asentimiento á las voces misteriosas. Con esto empezó á profetizar con grande abundancia: algunas cosas se cumplieron, otras no. Los más especulativos y partidarios de la inspiración todo lo interpretaban de un modo favorable á sus juicios. Hubo en esta materia luchas teológicas, de que nada se consiguió, sino quedarse cada uno más aferrado á su parecer. Entonces el P. Malagrida, guiado por la misteriosa voz, empezó á escribir la vida de Santa Ana... Cuando menos lo pensaba el ilustre Prisionero, entró de repente el alcaide mayor á la sazón, en que el Padre escribia, cogióle los papeles, y se los llevó á su aposento, donde, según se dice, fueron copiados por el escribano D. Luis Antonio de Leyros, á fin de poder leerlos con mayor facilidad.»

«Pasados quince dias, fué llamado el Padre á presencia del P. González Cordeiro, el cual le hizo algunas preguntas, comenzando por querer averiguar las razones, que le habían movido á escribir la vida de Santa Ana. Respondióle éste que no la había escrito por ningún fin siniestro, antes al contrario, por buenos y laudables motivos: que la mandaran examinar por entendidos teólogos y por el Santo Oficio, que de seguro, según su parecer, no hallarían en ella nada digno de censura... Después de este interrogatorio, en vez de tornarle al mismo calabozo con el P. Homere, como se creía, le metieron en la peor de las mazmorras, de donde lo sacaron, quince dias más tarde, para conducirlo al Santo Oficio.»

Hasta aquí el manuscrito, del cual se desprende claro como la luz no solo que el P. Malagrida estaba muy lejos de ser reo de herejía, sino también que era completamente inocente de cuanto le acriminaban. Más de una vez con sus bien medidas y sesudas contestaciones puso á los inquisidores en amargo aprieto. Desde el primer interrogatorio declaró solemne y resueltamente que sujetaba todos sus escritos al juicio infalible de la Iglesia Romana, en cuyo seno deseaba vivir y esperaba morir. Por más que los jueces hicieran todo lo imaginable para inducirle á retractar como ilusiones del demonio, las revelaciones y profecías, que le atribuían, nunca pudieron recabar otra respuesta, que repetía con inquebrantable constancia, sino que en todo se sometía á las deci-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siones de la Silla Apostólica, y que de antemano reprobaba y condenaba cuanto ella declarase opuesto á su doctrina.

Preguntado sobre lo que sentía él mismo de sus extraordinarias comunicaciones, contestó: *Confieso que soy un gran pecador, y que no me toca á mí fallar ni decir lo que sobre ellas yo pienso.*

No sabe V., le dijeron los jueces, *que Dios no oye á los pecadores?*

Lo que sé yo, respondió el Padre, *es lo que Dios ha dicho por el Salmita, á saber, que cuando llegue su hora, juzgará á las justicias.*

Habiendo los inquisidores citado la palabra del Apóstol: *No creais á todo espíritu; sin duda ninguna así debe hacerse*, contestó el procesado, *pero Jesucristo dijo también: sobre la cátedra de Moisés sentáronse los Escribas y Fariseos.*

Instado por fin que confesara paladinamente sus imposturas, exclamó: *Si la vida, que hasta los setenta y dos años he tenido, merece que me acusen de impostor, que los clavos, que á mi Señor sujetan en la cruz, se conviertan en rayos inflamados y me reduzcan á ceniza!* El acento y conmoción, con que el venerable Anciano pronunció tan terribles imprecaciones, hizo extremecer á los jueces en sus sillas; pero su temor se convirtió en fuego fátuo, porque sus corazones estaban ya demasiado endurecidos y metalizados para dejar penetrar los gritos de la conciencia vulnerada.

Por lo que se desprende de las actas judiciales, bien que arregladas al gusto de Pombal, penetrado el P. Gabriel del engaño, que en sus capciosas preguntas ocultaban los inquisidores, declaró sin ambajes, con gravedad y libertad santa: «Que tenía conciencia de haber siempre confesado la verdad, y que sin perjurio nefando no podía afirmar lo que con nuevo dolo querían arrancar de sus labios; que en todos los cargos de su vida religiosa siempre había buscado la mayor gloria divina sin fraude, sin falacias, sin engaño, sin ninguna simulación, y que por la divina gracia se sentía íntimamente animado á no apartarse ni un ápice de su deber, respondiendo sin amfibologías, sagacidad ó astucia; que con ofensa de Dios no cedería jamás á poder, favor ni autoridad ninguna, y por último que en toda su vida siempre había estado bien lejos de cubrirse con hipócrita ó simulada santidad.»

A esta nobleza y valor santo los nuevos escribas y fariseos encendidos en cólera, gritaron: *blasphemavit!* Llamáronle hipócrita, impío, sepulcro blanqueado, embustero atrevido... *Impostor manifiesto*, dijéronle, *te atreverás á negar lo que tenemos por cierto y averiguado?* Escuchando el P. Malagrida sin enojo estos improperios, estas afrentas, estos, no juicios de jueces, sino maldiciones de acusador enfurecido, creyendo, con todo, propio de la caridad evangélica poner aquellos energúmenos en sano acuerdo, les interrogó diciendo: *Mas yo por Dios, y, si no me engaño, por mi derecho, os pregunto: Quién os concedió jamás pe-*

netrar y ver los secretos del corazón, que solamente á Dios está patente? Con qué autoridad os atreveis á condenar los más íntimos consejos de mi alma por su naturaleza ocultos, los recónditos sentimientos de mi mente que á nadie he descubierto? No todo lo que al juez antoja, es ya, por esto, lícito: antes bien deber suyo es, y deber sagrado, por los hechos, por los dichos, aducidos y bien probados absolver al inocente y condenar al reo.

Niego, pues, una y mil veces, y siempre lo negaré, por no faltar á mi conciencia; niego que haya fingido jamás santidad ni virtud. No os basta que haya quien lo afirme. Si os atreveis, demostrad con argumentos, testigos, escritos, datos, que yo lo niego sin razón. Y si no lo habeis podido probar ni confiais probarlo jamás, por qué me perseguis á mí con insultos, á la verdad con oprobios, á la inocencia con maldiciones contra todos los derechos divinos y humanas, contra toda ley y costumbre de justos tribunales?

No os fatigueis en vano: no me espantan ni vuestras iras, ni vuestras amenazas, ni las hogueras, ni, lo diré claro, ni la pena capital vendida á desapoderadas pasiones. Dice el Señor: no temais á los que matan al cuerpo; temed, sí, al que puede perder vuestra alma, y arrojar cuerpo y alma al infierno. *Al Señor, que me ha de juzgar á mí y á vosotros, á él apelo. Él es testigo de que hijo de la Compañía de Jesús nunca he sido embaucador, hipócrita, engañador, ni fingido obrero del Evangelio.* Estos razonamientos no eran, por cierto, de un hombre privado de la razón, como suponían algunos.

Una cosa faltaba todavía para la completa humillación de la víctima, y era echar al rostro del inocente prisionero el lodo vil de la culpa, que más degrada á un ministro del santuario, y de esto se encargó un calumniador miserable, el cual, por complacer á Carvallo, le imputó el vicio, que S. Pablo prohibe nombrar entre cristianos. Y lo más notable es que, quien le acusó del pecado infame, fué un mal sacerdote, conocido por su perversa conducta y señaladamente por su avaricia sórdida y sacrílega, el cual, cebado con las promesas del ministro, calumnió al casto Misionero. Habíale prometido el marqués ya libertarle de la cárcel, en que yacía por sus crímenes, ya procurarle una parroquia cerca de Lisboa en recompensa de su delación, que así son los esclavos de sus vicios, infieles á Dios y sumisos á Satanás. Pero el Señor castigó al maldiciente quitándole la vista, con que decía haber descubierto los supuestos pecados del Siervo de Dios. Y en esta burda urdimbre de falsos testimonios fundóse Norberto al escribir y publicar que el P. Malagrida no solo era hombre impío, sacrílego, mónstruo de soberbia, y angel de Lucifer, sino también que en la cárcel había sido muchas veces sorprendido, cometiendo acciones vergonzosas. Estas horribles calumnias no pudieron menos de excitar la justa indignación de cuantos conocían al Padre Gabriel, y, sobre todo, del obispo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cochin, D. Clemente José Leitas, el cual, en carta encomiasta al señor arzobispo de Gangranor, D. Salvador de los Reyes, fechada á 5 de abril de 1767, prueba con santa independencia y argumentos clarísimos que la sentencia de la Inquisición no era sino un amasijo denigrante y un asqueroso libelo infamatorio.

A pesar de tales fundamentos de inocencia y de tantos méritos, como se podían alegar á favor del ilustre Encarcelado, los inquisidores dictaron, el 20 de setiembre de 1761, sentencia condenatoria. Era el proceso un fárrago informe, producción tan repugnante é infame, como plagada de tan groseras contradicciones y patentes calumnias, que advertido de ello el mismo Carvallo hizo cuantas diligencias pudo para impedir su publicidad y ocultarlo mañosamente á la crítica mordaz, pero era ya tarde. Este monumento de la sinrazón y sanguinaria crueldad del Tigre portugués, compuesto de setenta y dos mazorrales páginas, llenas de imposturas, recorrió toda la Europa para eterno baldón y oprobio de tales jueces, injustamente engalanados con las glorias de los antiguos inquisidores.

En ella se declaraba al esclarecido é intachable Apóstol del Marañón *hereje, blasfemo, propalador de profecías falsas, inventor de impiedades horribles, reo de haber abusado de la palabra de Dios, culpable de ultraje contra la Majestad divina, enseñando una moral infame y escandalosa y seduciendo á los pueblos obstinados en sostener hasta los últimos instantes sus*

pretendidas revelaciones y perversos errores, y contumaz en removerlo todo para extender en Portugal y en todos los estados sujetos á sus dominios sus abominables doctrinas, etc. Por estos crímenes supuestos, y tan contrarios á la ejemplar conducta, guardada en todo el decurso de su larga vida, cual si fuera heresiarca pertinazmente endurecido en sus yerros, fué el P. Gabriel Malagrida sentenciado á ser depuesto y degradado sin dilación ninguna y entregado al brazo secular. A su vez el tribunal civil, basado en sentencia tan anticanónica y abiertamente injusta, condenóle, según algunos, á ser quemado vivo, y, según otros, á ser extrangulado, y quemado su cadáver en la plaza pública de Lisboa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Ejecución del P. Malagrida.

Había Pombal prohibido las procesiones de los autos de fe, como cosa anticuada y contraria á los nuevos principios de filantropía y de humanidad. Esto es lo que debiera haber defendido, según sus mismos admiradores. El señor Saint-Priest invitado á presenciar tales espectáculos, escribía al duque de Choiseul, y se quejaba de que Pombal, sosteniendo tales antiguallas, expusiera la reputación de que entre la gente del mandil gozaba en Europa. A lo que respondió el duque: *Que no podía entender como en medio de las doctrinas, que el conde de Oeiras sostenia sobre la independencia del poder temporal, estando en rompimiento abierto con Roma, podía tolerar un tribunal, que los papas habían establecido, del todo independiente de la jurisdicción secular.* Pero los masones son así; y el Marqués, como dechado de masones y precursor de los modernos liberales, á imitación de todos los enemigos de la Iglesia católica, defendía semejantes doctrinas, cuando se podían aplicar en favor y defensa de los perturbadores y herejes: mas, al tratarse de Varón tan célebre y benemérito de la Religión santa, quiso volver á lo rancioso, y rehabilitó la costumbre

añeja, ordenando que en esta sazón se hiciera con toda la solemnidad posible. Así en verdad se verificó el dia 21 de setiembre de 1761, dia en que la Iglesia celebra el glorioso martirio de S. Mateo, apóstol de Antioquía. Como queda ya indicado, antes de entregarlo al poder temporal había sido con todas las tristísimas ceremonias degradado por el arzobispo de Esparta *in partibus,* sufragáneo del Patriarca de Lisboa.

La ejecución debía tener lugar en la plaza del Rozio, donde se habían construido palcos para la nobleza, convocada á presenciar el sangriento espectáculo. Pero, ante todo, el mártir invicto desde las cárceles de la Inquisición fué conducido á la iglesia de los Dominicos, donde se realizó el auto de fe. Oigamos la sencilla y circunstanciada relación, que nos dejó escrita de mano Fr. Vicente, religioso ermitaño de S. Pablo, testigo ocular. Dice así:

«Entre nueve y diez de la mañana principió la procesión desfilando hacia Sto. Domingo, no por camino recto, según se acostumbraba después del terremoto, sino por el rodeo, que se daba antiguamente. Iba, pues, el P. Malagrida con la sotana propia de la Compañía, con los ojos bajos, la cabeza descubierta, y el bonete en la mano delante del pecho. No ví que llevara mordaza ni cartel... bien que todos afirmaban que sí. Cuando el Padre entró en Sto. Domingo, acompañado de dos monjes benedictinos, oí murmullos y voces que decían: *Ahi está el P. Malagrida, que va al tribunal.*

No se si fué llamado por éste, ó si se presentó expontáneamente.»

«Después de largo rato se dirigió al tablado, donde permaneció con gran recogimiento y modestia. Observé que mientras se leían los delitos de los demás reos, siempre lloró. Al irse á leer su proceso, se fué al lugar señalado y se puso de rodillas. Dijéronle que se levantase, mas no se movió hasta segundo aviso. Oyó la sentencia sin inmutarse ni dar señales de impaciencia ni desplacer, antes con muchas muestras de paz y con sereno semblante. Para recibir la degradación fué conducido á un lugar retirado, donde no sé lo que pasó; pero sí que la función duró el espacio de dos horas.»

«Ignoro también cual fuera el obispo, que hiciese aquella ceremonia; solo puedo asegurar que el de Lacedemonia no fué, porque después de haberse retirado el P. Malagrida, como un ministro de justicia secular, que estaba al lado del rey, llamara para este objeto al mencionado obispo, éste le respondió: *Yo no puedo hacer semejante función por la incomodidad que padezco, y harto he hecho con permanecer aquí hasta ahora.* Y dicho esto, se volvió á su casa.»

«Presentóse entonces otro obispo, que no conocí, y se me dijo era Fr. Alejo de Miranda Henríquez, el cual, al dar al Padre el puntapié de ceremonia en ademán de echarle de la iglesia, le pegó tal coz, que le derribó por el suelo. Hecho esto, el P. Malagrida fué entregado

al brazo secular. No sé que en este acto aconteciera cosa notable; solo puedo consignar que el Padre se puso de rodillas delante del ministro de justicia, á quien le entregaron, y este le ayudó á levantarse.»

Dejemos por unos momentos la relación de Fr. Vicente, y continuemos por nuestra cuenta apoyados en documentos igualmente fidedignos. Dos episodios acontecieron, durante el auto de fe, dignos de notarse, que refieren también testigos oculares. En primer lugar, como el celoso Misionero se había conquistado gran fama de penitente, austero y mortificado, Carvallo, para denigrar esa honra, borrando del público el buen concepto en que le tenían, para confirmar en su manera el carácter de hipócrita é impostor, que le había dado en el proceso, qué hizo? Envió un familiar del Santo Oficio con una bandeja de dulces y de bizcochos de varias clases, agasajo caritativo, que durante el auto solía ofrecerse á los penitenciados: y, á fin de que el P. Gabriel con abstenerse de aquel regalo, no acrecentara su gloria de penitente, fué públicamente llamado y preguntado por dicho familiar: *Está V. pronto á cumplir las órdenes del Sto. Tribunal?* A lo que contestó afirmativamente con tal que no se le mandase cosa contraria á la conciencia. *Ordena, pues, el Sto. Tribunal,* añadió el otro, *que coma V. de estos dulces.* Con esta intimación alargó la mano el obediente Padre, tomó algunos dulces y los comió con admiración del pueblo, que lo contemplaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Igual pregunta le hicieron, é igual respuesta dió para un objeto, aunque diferente, buscado con fin igual ó parecido. Durante los autos de fé era permitido á los condenados *pedir mesa*, ó demandar ser de nuevo oidos en juicio quier para confesar alguna cosa que hubiese negado, quier para corregir algún concepto equivocado, quier para rectificar alguna declaración ya hecha, todo con el fin de eludir ó atenuar la pena. Carvallo, que observaba al rey pensativo y cariacontecido por aquel escándalo inaudito, deseoso de que se convenciera que se cumplían todos los requisitos y prácticas del Sto. Oficio, mandó intimar al P. Malagrida la orden de pedir mesa. Obedeció al instante el inocente Jesuita, pidió mesa y después de breve intervalo fué llevado delante de los inquisidores. A este paso inesperado sus entusiastas, que no eran pocos, murmuraban; y por todas partes se oían suspiros y gemidos de los que con lágrimas en los ojos invocaban el favor de Dios y la asistencia del cielo para el Mártir invicto. ¿Qué hizo con la mesa el P. Malagrida? Después de haber respondido á unas cuantas frívolas y necias preguntas, hechas para cubrir el expediente é ilusionar al monarca, fué de nuevo enviado á su puesto lleno de nueva confusión, como mansa oveja preparada al matadero.

Veamos ahora el fúnebre aparato, con que se ejecutó la justicia pombalina. Las avenidas de las plazas y de las calles, próximas al lugar del suplicio, estaban tomadas por compañías

de tropa, destinadas á mantener el orden entre la ingente muchedumbre, que acudió á presenciar tan lastimosa tragedia. El tablado, en que se debía repetir la sentencia de condenación, estaba en forma de antifiteatro, ricamente adornado. El ministro en persona quiso presidir la imponente ceremonia, y enfrente de su asiento debía ponerse el rey con toda la corte.

Para que la ejecución impresionara más vivamente á los espectadores, se difirió hasta la noche. Llegada la hora, el venerable Anciano á la luz de fúnebres antorchas fué llevado al suplicio por las calles más concurridas de Lisboa. Solían ir los obstinados herejes cubiertos de una tiara ridícula de papel, vestidos de sanbenito, que consistía en una sotana en que estaban pintadas figuras grotescas de culebras, diablos y otros monstruosos vestiglos, símbolos de la culpa. Era ley inviolable en aquel tribunal venerando, que ningún religioso se presentara con hábito de su orden para no dar á la indiscreta multitud ocasión de menospreciar el instituto, á que perteneciera el ajusticiado. No obstante, cuando se estaba guardando esta ley con un dominico y otro franciscano juzgados en el mismo auto, cuando hasta á las imágenes de los santos Jesuitas se les despojaba de sus propias sotanas para vestirlas de otro color, solo con el P. Malagrida se siguió otra costumbre, habiéndole mandado cubrir con la sotana Jesuítica, afeada con mil cintajos y figuras diabólicas para escarnio é ignominia de la Compañía de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llevábanlo con las manos atadas á las espaldas y una mordaza en la boca para impedirle, según decían algunos, que blasfemase, y en realidad para estorbar que protestase de su inocencia delante del numeroso concurso. Un pregonero precedía y otros culpados le seguian en número de cincuenta y tres. Entre estos había catorce condenados por judaizantes, muchos marineros por bígamos, dos religiosas quietistas con sus confesores, el prior de los dominicos reformados y un franciscano ambos convictos de solicitantes, y en fin, un eclesiástico por haber dicho que los jueces del Santo Oficio eran intrusos y vendidos á las pasiones del ministro Pombal. De todos ellos solo el P. Malagrida había sido condenado á la última pena. Acompañábanle también los dos religiosos benedictinos; uno de ellos de raza judía, pariente de Carvallo, el cual había sido escogido confesor del P. Gabriel. Iba la comitiva sumamente despacio para dar tiempo y lugar á que llegara el monarca.

Puestos ya en el lugar de la ejecución, subió el invicto Mártir sin inmutarse las gradas del cadalso: al momento un comisario del tribunal dió lectura á la sentencia, y el arzobispo de Esparta procedió á la ceremonia pública de la degradación. Concluidos estos preliminares, exhortó al paciente á confesar sus crímenes, y á pedir perdón al rey y al pueblo de sus escándalos, á lo que, respondiendo con dignidad y nobleza el impertérrito Anciano, clamó: *Desde que puse los piés en territorio de Portu-*

gal, siempre servi al rey fidelisimo como bueno y leal vasallo: pero si alguna vez por ignorancia héle agraviado, le pido ahora humilde y sencillamente perdón, como á todos aquellos á quienes haya ofendido.

Dijo estas palabras con voz firme y vibrante, en medio de respetuoso y profundo silencio de la muchedumbre. Pero dejemos otra vez relatar á Fray Vicente, testigo presencial del hecho. «En este instante apareció, dice, todo el lugar á la redonda iluminado cual si fuera claro dia. Las antorchas, que tenían en torno de la luz una pantalla de papel, no despedían resplandor ninguno, de suerte que el papel se veía como si la luz estuviera apagada. En vista de esto, unos decían vuelve el día, será la luna, que pasa detrás de las nubes: pero se equivocaban, porque estábamos entonces en novilunio, y el resplandor era tan extraordinario, como si fuera de claro dia, lo que arrancó de los espectadores un grito de admiración, clamando todos á la vez: *Milagro! Milagro!!* Duró esta luz por espacio de tres buenos credos, ó como dos minutos. Otros añaden que el rostro del Padre apareció repentinamente iluminado con refulgentes resplandores.»

«Después lo condujeron al lugar del suplicio, donde el Padre se arrodilló delante de la imagen de Jesús crucificado, y estuvo allí orando hasta que uno de los asistentes se le acercó y le dijo no sé qué; y observé que con la mano le iba ayudando hasta ponerle en el asiento del lugar destinado. Acuérdome que pasados al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gunos dias oí decir que el religioso asistente refiriendo el hecho, había asegurado diciendo: *Yo no hice más que tomarlo por la sotana y percibí que todo el cuerpo se acercaba á mi mano, y por el aire sin que me pesara más que un copo de lana, lo conduje al lugar del suplicio, como en volandas.* Por último fué extrangulado sin que le ataran sino las manos, que se las compuso el verdugo en forma de cruz, acercando la una á la otra. Mientras éste maniobró, el Padre no dió señal ninguna de dolor, ni hizo movimiento ni estremecimiento ninguno con la cabeza ni con el semblante, que dejaron descubierto, contra lo que acostumbra hacerse con los otros reos de muerte.»

Aquí añaden algunos que al espirar, le oyeron prorumpir en estas fervientes jaculatorias: *Señor, tened misericordia de mí! Socorredme en esta hora! En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu! Jesús! María!*

Y prosigue Fr. Vicente: «Quedóse el Padre con la cabeza algún tanto inclinada á un lado, y el rostro blanco como mármol. Cubriéronle el cuerpo con mucha leña; y cuando el pueblo vió que ardía la hoguera, comenzó á retirarse. Yo, con todo, parte por curiosidad, parte con el fin de poder satisfacer las preguntas de algunos amigos, que deseaban les diera minuciosa cuenta de lo acontecido, allí me quedé todavía. Consumido ya el montón de leña, y viendo que el cuerpo del Padre permanecía aun ileso de las llamas, corrieron por más combustible, que según costumbre debían tener ya

preparado: mas no hallándolo á mano, tuvieron que ir en busca fuera de allí.»

«En este intermedio de tiempo concedióme Dios el consuelo de ver el cadáver del Padre entero é intacto: advertí además que la cabeza, que de primero había visto inclinada, estaba recta como mirando al cielo, la mano izquierda sobre el pecho, y la derecha, lo mismo que la palma, levantada y vuelto hácia el cuerpo. Lo que aconteció después lo ignoro, porque vinieron más soldados, formaron tres filas en torno del cadáver é impidieron toda entrada como también las de las boca calles.»

«Puedo, sin embargo, afirmar que en todo el dia siguiente fueron conducidos carros de carbón y de leña, y que oí decir haber ardido el fuego durante todo el dia. Si se consumió el cadáver ó lo escondieron, lo ignoro; mas decíase de público que el fuego lo había perdonado, contándose entre los que así lo aseguraban los de la familia del arzobispo de Evora y del de Lacedemonia. Lo firme y cierto es no solo que el gobierno hizo todas las diligencias imaginables á fin de que permaneciera oculto todo lo acontecido en este auto, sino que también prohibió bajo pena capital hablar de cuanto había ocurrido, publicando un decreto tras otro con la añadidura de que cualquiera, que fuese hallado reo de tal crimen, sería ajustido allí mismo donde hubiera faltado.»

«La sentencia, impresa algunos dias después de la ejecución, fué recogida y retirada. Los fieles católicos, y buenos portugueses tuvieron

en vida por santo, y en la muerte por mártir al P. Malagrida; y los milagros en vida por él obrados, y los más raros y extraordinarios acontecimientos, acaecidos en el tiempo de su prisión y de su muerte, lo confirmaron en este pensar y en el buen concepto, que de su santidad tenían. Mas la malicia y atroz violencia, que al presente domina en este reino infeliz, no dejan lugar ni aun para lamentarse, y todos vivimos acechados, y en todos momentos con temor y zozobra.»

Así concluye el sencillo relato de Fr. Vicente. Para mayor abundamiento recogiendo los rumores, que por entonces circularon, debemos añadir que muchos afirmaban haber sido el cuerpo del mártir por fin pasto de las llamas, y que entre las cenizas, arrojadas después al mar, se había encontrado el corazón perfectamente intacto, y que una piadosa mujer lo había recogido y llevado á su casa como reliquia veneranda de precio incalculable. Tal fué la victoriosa muerte del incansable apóstol é insigne martir, el P. Gabriel Malagrida.

Contaba á la sazón setenta y dos años de edad, de los cuales había pasado cincuenta en su amada Compañía y consagrado casi cuarenta al bien de las almas y servicio de Portugal, así en el antiguo, como allende los mares en el nuevo mundo. Hé aquí el retrato, que de nuestro invicto Atleta nos hizo el P. Rodríguez, que le conoció personalmente.

«Malagrida, dice, era de estatura mediana; en su rostro se juntaba junto con noble dignidad una dulce modestia: sus mejillas, ordinariamente pálidas, se inflamaban fácilmente cuando hablaba de las cosas de Dios: en este caso sus ojos brillaban con vivo esplendor y parecían arrojar centellas: tenía la frente abultada, pero poco espaciosa, la nariz bien formada, los labios encarnados, los cabellos blondos y la barba larga, que por un cambio admirable encaneció antes que su cabeza. Todo su exterior respiraba santidad y no se podía mirar sin sentirse uno movido á respeto y veneración.»

La muerte afrentosa, lejos de amenguar la reputación y fama de su santidad, no hizo sino comunicarle nuevo brillo. Cuando la noticia de su horrendo suplicio se hubo esparcido hasta los confines de Europa, por todas partes se levantó un grito de indignación, condenando al autor de tamaño asesinato. En España, en todas las casas de la Compañía de Jesús, no solo se recibió la nueva de su fin ignominioso como la de glorioso triunfo, sino que también por espacio de algunos dias echáronse las campanas á vuelo para honrar alegremente su muerte, cual la de un santo. En Portugal mismo, á pesar de la saña y amenazas de la pena capital, lanzadas por el desapoderado ministro, se publicaba la ejecución de nuestro Apóstol, como el martirio de un confesor ilustre de la fe.

Habiéndose leido la parte más triste del proceso delante del virtuosísimo y venerando Padre Baltasar, conocido en todo Lusitania por su conversión estupenda y vida austerísima,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando duraban todavía las funestas impresiones del trágico suceso, preguntáronle con instancia: cuál era su sentimiento y parecer sobre lo acaecido? Y contestò: *Qué quièren, señores, que sienta yo sobre este proceso y sobre este reo? Digo solamente que á pruebas, como estas, Dios no sujeta jamás sino á sus más grandes siervos, cual era ciertamente el santo P. Malagrida.* Y, sin decir más, partiò silencioso y con triste semblante.

Pero donde con mayor entusiasmo se celebrò su glorioso triunfo, fuè en la capital del orbe cristiano. Cuando el soberano Pontífice Clemente XIII oyò referir los pormenores del ajusticiamiento del P. Gabriel, con sentidas lágrimas y acerbísimo dolor prorumpiò, delante de muchos, en estas palabras: *Gloria á Dios! Con un nuevo Mártir cuenta la Iglesia de Jesucristo! Por fin, quitada la máscara, ha aparecido Carvallo el tirano de Portugal.* Y, en su vista y con su permiso, se hizo grabar el retrato del mártir con una inscripción encomiástica de sus edificantes virtudes y apostólicos trabajos, que fielmente copiada dice así:

✠

APOSTOLICUS . E . S. J. VIR . NATIONE . ITALUS
VITAE . SANCTITATE . REBUS . GESTIS . MIRACULISQUE
CLARISSIMUS
DE . LUSITANIAE . REGNIS . DE . POPULIS
IMMORTALITER . MERITUS
OLIM . JOANNI . V . REGI . FIDELISSIMO . APPRIME
CARUS
MARIANNAE . AUSTRIACAE . REGINAE . IN . DIVINIS
REBUS . CONSULTISSIMUS
SUMMIS . INFIMISQUE . SEMPER . GRATUS . AC
VENERABILIS
SOLI . INVISUS . DAEMONI . EIUSQUE . FAUTORIBUS
ET . MINISTRIS . QUI
MARAGNONUM . BRASILIAMQUE . CUM . SACRO
MINISTERIO . PERAGRATUS
CHRISTI . AC . REGIS . IMPERIO . INTER . BARBAROS
PROPAGATO . PIETATE
INTER . CHISTIANOS . VEL . RESTITUTA . VEL . AUCTA
PUERORUM . SEMINARIIS . FEMINARUMQUE . COENOBIIS
PASSIM . ERECTIS
HISQUE . INTER . INFINITOS . LABORES
ET . MILLE . VITAE . DISCRIMINA . CONFECTIS . REBUS
EX . INDIA . REVOCATUS . IN . LUSITANIAM
DUM . CORRUPTOS . MORES . CORRIGERE . IMPENSIUS
STUDET
CONCUSSAM . TERRAE . MOTU . ULYSSIPONEM . METU
SALUTARI . CONCUTIENS
VELUTI . QUIETIS . PUBLICAE . PERTURBATOR . URBE
PULSUS . PRIMUM
MOX . IMPIE . CONTRA . REGEM . CONIURATIONIS
ARCESSITUS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POSTREMO . VIOLATAE . RELIGIONIS . LEGE
DAMNATUS
INTER . BONORUM . LACRYMAS . ET . PRAECONIA
PUBLICO . TAMEN . OMNIUM . IUDICIO . ABSOLUTUS
ILLATAM . INIUSTE . NECEM . PIE . FORTITERQUE
EXCEPIT
ULYSSIPONE . DIE . XXI
SEPTEMBRIS . ANNO . DOMINI . MDCCLXI
AETATIS : SUAE . LXXII
POST . AN
NOS . PROPE . XL . LUSITANIAE . SALUTI . UNICE
IMPENSOS.

También los jueces del P. Malagrida celebraron su muerte, pero de bien distinta manera. El primer inquisidor Nuño Alvarez dió el mismo dia un espléndido convite en el convento de los Dominicos, al cual, en señal de alegría por el triunfo obtenido del Sto. Oficio contra los enemigos de la fe y de la patria, asistieron, con la nobleza adicta, los diferentes miembros del tribunal de la Inquisición.

CAPÍTULO XIV.

Los perseguidores y los hermanos del P. Malagrida.

La sangre de la Víctima no aplacó la cólera del impío Pombal. Desgraciado el que se oponía á sus designios, ó manifestaba simpatizar con los caidos! Tomás Joaquín de Costa, colega del Marqués en el ministerio, acosado de los remordimientos por la parte, que había tomado en la muerte del inocente Jesuita, empezó á mostrar arrepentimiento y á murmurar públicamente de la sentencia injusta. Fuera de sí de pesar llevó á tal grado su candidez que no dudó manifestar al mismo Pombal la pena, que afligía su corazón. Pocos dias después el infeliz viejo iba escoltado al castillo de Seira con reputación de imbécil: y el pobre, después de algunos años, murió verdaderamente loco, dejando en la miseria numerosa familia.

Tomás Luis Osorio, coronel distinguido del Rio Grande, militar digno, encomiado por el mismo virey, fué acusado de que mantenía relaciones con los Jesuitas. El Nerón lusitano, sin más delito, mandóle prender y conducir á Lisboa. Encerrado en la cárcel, poco después fué condenado á morir en la horca. En vano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POSTREMO . VIOLATAE . RELIGIONIS . LEGE
DAMNATUS
INTER . BONORUM . LACRYMAS . ET . PRAECONIA
PUBLICO . TAMEN . OMNIUM . IUDICIO . ABSOLUTUS
ILLATAM . INIUSTE . NECEM . PIE . FORTITERQUE
EXCEPIT
ULYSSIPONE . DIE . XXI
SEPTEMBRIS . ANNO . DOMINI . MDCCLXI
AETATIS : SUAE . LXXII
POST . AN
NOS . PROPE . XL . LUSITANIAE . SALUTI . UNICE
IMPENSOS.

También los jueces del P. Malagrida celebraron su muerte, pero de bien distinta manera. El primer inquisidor Nuño Alvarez dió el mismo dia un espléndido convite en el convento de los Dominicos, al cual, en señal de alegría por el triunfo obtenido del Sto. Oficio contra los enemigos de la fe y de la patria, asistieron, con la nobleza adicta, los diferentes miembros del tribunal de la Inquisición.

CAPÍTULO XIV.

Los perseguidores y los hermanos del P. Malagrida.

La sangre de la Víctima no aplacó la cólera del impío Pombal. Desgraciado el que se oponía á sus designios, ó manifestaba simpatizar con los caidos! Tomás Joaquín de Costa, colega del Marqués en el ministerio, acosado de los remordimientos por la parte, que había tomado en la muerte del inocente Jesuita, empezó á mostrar arrepentimiento y á murmurar públicamente de la sentencia injusta. Fuera de sí de pesar llevó á tal grado su candidez que no dudó manifestar al mismo Pombal la pena, que afligía su corazón. Pocos dias después el infeliz viejo iba escoltado al castillo de Seira con reputación de imbécil: y el pobre, después de algunos años, murió verdaderamente loco, dejando en la miseria numerosa familia.

Tomás Luis Osorio, coronel distinguido del Rio Grande, militar digno, encomiado por el mismo virey, fué acusado de que mantenía relaciones con los Jesuitas. El Nerón lusitano, sin más delito, mandóle prender y conducir á Lisboa. Encerrado en la cárcel, poco después fué condenado á morir en la horca. En vano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pidió el infeliz se revisara el proceso y le permitiesen defenderse personalmente; rechazadas sus humildes súplicas por mandato del déspota, fué ahorcado, plenamente inocente, en la Cruz de los Cuatro Caminos.

Diez años habían trascurrido ya después del asesinato del esclarecido Mártir, y todavía el implacable verdugo, viéndose en la imposibilidad de abrumarle con nuevos tormentos y denuestos, perseguía su gloriosa é imperecedera fama por todos los medios imaginables. Como la obra del venerable Ajusticiado sobre las verdaderas causas de los temblores de tierra en 1755 se leyera con santa avidez por gran número de los moradores de Lisboa, este grato recuerdo de los hechos de nuestro Apóstol excitó en el ánimo de Pombal tal ira é indignación, que, no pudiendo llevarlo con paciencia, no paró hasta obtener del crédulo monarca un edicto, por el cual no solo se prohibía el opúsculo como contrario al bien común, sino que también se ordenaba que, para mayor execración, fuera públicamente quemado por mano del verdugo. Pero como la gloria del P. Gabriel tenía hondas raíces en los ánimos de los buenos portugueses, las industrias y extravagancias del cruel marqués, lejos de mancillar la honra de santo, de que gozaba el calumniado Mártir, contribuían á refrescar la memoria de sus apostólicas hazañas y acrecentar la admiración y entusiasmo por sus heróicas virtudes.

Arraigóse más este buen nombre con la venganza, que tomó el Señor, de los principales

enemigos del sentenciado Atleta. La sentencia que entregaba al Apóstol del Brasil y Marañón al brazo secular, cual si hubiera sido convicto de contumacia en la herejía, llevaba tres firmas: la de Pablo Carvallo de Mendoza, la de Juan Mansilla y la de Nuño Alvarez Pereira. Este último, después del memorable convite, con que celebraron la muerte de nuestro Héroe, vióse acometido de asquerosa y grave enfermedad, triste fruto de su desarreglada vida. Todo su cuerpo, cubierto de inmundos tumores y convertido en saco de corrupción, despedía de sí hedor tan intolerable, que ni amigos ni servidores se atrevían á acercarse á su lecho, temerosos de salir contagiados. Imitador de Herodes en sus desórdenes é injustas crueldades, recibió del Señor castigo semejante al del asesino del Bautista. Al parecer no podía llegar á más su providencial desgracia. Veíase el infeliz abandonado de propios y extraños, sin lograr tener á su lado sino la compañía de una mujer infame cómplice de sus criminales excesos y liviandades.

Sin embargo, como el mal empeoraba cada dia, y ponia muchas veces al doliente al borde del sepulcro, resolvieron los suyos alejar á la mala hembra de casa del enfermo, para que salvando por lo menos las apariencias, se le pudieran administrar los últimos auxilios de la Iglesia. Vanas tentativas! Porque el miserable, endurecido en su maldad, y arrebatado de la desesperación desde el principio de sus dolencias, no quiso oir hablar jamás de su confe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sión ni de sacramento ni de socorro ninguno espiritual, habiendo persistido en la impenitencia hasta exhalar su espíritu. Murió despedazado por los remordimientos, en medio de trasportes de rabia, presa de fundados y horribles temores de condenación, con claras señales y todos los caracteres de precito.

Juan Mansilla, que por las intrigas maquiavélicas de Pombal había sido nombrado provincial de los Dominicos, también experimentó en esta vida la divina venganza.

Conviene apuntar aquí alguna de estas intrigas para eterna infamia del valido. Reuniéronse en Oporto los priores de los conventos del Norte con el fin de salir juntos para Lisboa. Cuando se disponían á partir, presentóse un propio enviado por el marqués en nombre de S. M., el cual les mandó volver á sus conventos. El día señalado para la elección, mayo de 1774, recibió Fr. Mansilla, de la secretaría de estado, el nombramiento de provincial y de *reformador*. Confiriósele asimismo la dignidad de inquisidor; poco después el noble cargo de consejero real, y, lo que más escandalizó, la borla de doctor.

El provincial intruso empezó pronto sus desatinos, pues no contento de trasladar á su antojo los frailes, que se quejaban de sus violencias, llegó á suprimir los monasterios de Mancellos y Alcazobas, porque sus comunidades le eran hostiles. Qué ruindad! El infame secretario había escogido al religioso más disoluto de Santo Domingo pora reformar su orden y

al cisterniense más perverso para corregir á los bernardos!

Fray Juan, fundador y procurador de la Compañía mercantil de vinos, vivía exclaustrado, gastaba coche y lacayos y llevaba una vida completamente aseglarada. Mas luego que, por la muerte de José I, los buenos religiosos vieron rotas las cadenas, en que gemían, trataron de lavarse de aquella infamia.

Indigno de ocupar distinguido asiento en orden tan justamente esclarecida y benemérita de la Iglesia católica, no solo fué despojado de sus cargos y rentas, sino que también preso ignominiosamente, residenciado por una comisión escogida al efecto y convencido de crímenes de toda suerte, fué condenado al último suplicio. Pero la compasiva y piadosa reina, por atención y respeto á la sagrada orden del delincuente, la cual tantos sacrificios había hecho, y tan brillantes empresas había llevado á feliz remate para bien de la religión y de la patria, conmutó esta pena terrible por la de reclusión perpétua en el convento de Pedroga, sito á corta distancia de la capital. Dichoso él, si en aquel retiramiento con la ceguera y otras largas dolencias, de que adolecía, abrió los ojos á la divina gracia y expió sus abominables detracciones para juntarse en el cielo con el mártir de Jesucristo.

Pablo Carvallo, que, según queda dicho, había sido proclamado inquisidor presidente contra todos los cánones y leyes eclesiásticas, pretendía obtener el capelo cardenalicio por in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fluencia y obra de su agradecido hermano. Y, como quiera que éste, con vivas instancias y reiteradas súplicas, hubiese llegado á conseguir de Clemente XIV que expidiera las letras apostólicas, por las que se concedía al protegido la codiciada púrpura, con todo no pudo llevar á feliz término sus ambiciosos planes, porque antes de llegar el Breve á Lisboa, sorprendido Mendoza por súbita muerte, fué á recibir su merecido de aquella eterna Justicia, que no se dobla por cohechos, ni se soborna con lisonjas, ni respeta humanas atenciones.

Otro de los mayores enemigos del insigne Jesuita fué el impostor Norberto, triste aventurero, que acabó también con muerte desastrosa. De este desgraciado escribía el Ilmo. Señor Obispo de Sisterón en 24 de abril de 1745: «El capuchino Norberto es un rebelde, un sedicioso, ciego de orgullo y falto de razón; uno de esos hombres audaces, que nunca han tenido el espíritu de su vocación religiosa, un desvergonzado, descrédito de sus hermanos; un loco, al cual en cada instante ocurren nuevas extravagancias; un díscolo, que protesta formalmente no reconocer ningún superior ni eclesiástico ni secular; un corazón doble y falso, que no conoce honradez ni buena fe; un espíritu nocivo, sobre el cual conviene tener sin cesar los ojos avizores; en una palabra, un hombre capaz de todo lo malo.» Tal era la fotografía poco halagüeña, pero fiel, que del malhadado ex-capuchino dejó aquel celoso prelado. Su conducta no la desmintió jamás, antes

vino á añadir con el tiempo nuevas sombras, que hicieron resaltar más la pervesidad de aquel corazón impío.

Era hombre á maravilla, cortado para el conde de Oeiras, el cual después de haberle hecho venir de Londres con una pensión anual de millón y medio de reis, cansado de sus viles oficios iba á desterrarle. Pero el Apóstata se anticipó huyendo; y después de haber andado por largo tiempo errante de convento en convento, de provincia en provincia, acompañado en sus viajes de un harem de mujeres malas, que hacía pasar por sobrinas, murió miserablemente el año 1770 á los setenta de su edad, habiendo sido su muerte eco fiel de su vida desordenada.

Tal fué la misérrima suerte dispuesta por Dios á los perseguidores del P. Malagrida.

En cuanto á los hermanos en religión del invicto Atleta, que yacían aun encerrados en inmundos calabozos, preciso nos parece decir algunas palabras para no dejar incompleta esta relación. Con los rumores de guerra entre Portugal y España, todo se revolvía en aquel reino el año 1762, de lo que tuvieron que padecer paisanos y Jesuitas. Seguía Pombal fomentando todavía su comedia de conjuración de los hijos de S. Ignacio contra el monarca, y ofreciendo gruesos premios á los que le presentaran, vivo ó muerto, al famoso José Policarpo de Acebedo, cuando las tropas, que guardaban la frontera, cogieron preso á un pobre, que andaba por allí vagando por valles y montes. Cargá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ronle de cadenas, y haciéndole pasar por un Jesuita disfrazado, espía de España y seductor de pueblos, lo enviaron con buena escolta á Carvallo. Alegre el ministro por la presa encontró sendos testigos, que juraron por los santos Evangelios conocer al prisionero, que para ellos no era otro sino un Jesuita, profesor de la universidad de Ebora, llamado N. Mancava. Cuando el marqués, después de haber esparcido por todo Lisboa la interesante nueva, se disponía á hacer terrible escarmiento en el atrevido Jesuita, presentósele un Joyero, suegro del infeliz, que, pidiendo la libertad del procesado, probó con el testimonio de todos sus vecinos que el supuesto Jesuita no era otro sino su yerno, que habiendo enloquecido andaba fugitivo de su casa semanas hacía. Por diligencias, pues, del atribulado Joyero pasó el demente de la cárcel á la casa de orates, y no se volvió á hablar del Jesuita profesor de Ebora. Así lo contaba con gracejo la *Gaceta de Colonia* en el suplemento de 2 de agosto de 1762.

Si á sabiendas tal era el ánimo de Pombal con los Jesuitas supuestos, cómo se habría con los verdaderos? Temeroso de que algunos recobrasen la libertad por obra de las huestes españolas, trató de ponerlos en seguro, trasladándolos á otras cárceles menos expuestas á las correrías del enemigo. Con este objeto los compañeros del Mártir, que gemían todavía en las prisiones de Almeida, el 28 de enero de 1762 empezaron á salir escoltados como

malhechores, para ser conducidos á otros encerramientos, más lejanos de la frontera española.

Hasta entonces nada habían sabido del trágico fin del insigne Apóstol del Marañón, como nada sabían tampoco de su destino futuro. Después de quince días de pesado viaje llegaron por último al fuerte de Junqueira, al mismo tiempo que era allí encerrado el conde de S. Lorenzo, cuyo solo crimen consistía en haber sido constante admirador y amigo del Padre Gabriel aun en medio de sus duelos y persecuciones. De aquí fueron metidos en las lóbregas mazmorras de la torre de S. Julián; y tales eran las penas y privaciones, que en ellas tenían que apurar, que la más triste muerte les parecía envidiable vida. Este consuelo de morir, por todos tan codiciado en medio de la resignación más edificante, consiguieron los Padres Ernesto King inglés, y Antonio Torres de Coimbra. Durante diez y seis años había éste sido penitenciario en Roma; y vuelto á su pátria, después de haber ejercido primero el cargo de provincial y posteriormente el de superior de la casa profesa de S. Roque en Lisboa, mereció las iras de Pombal, acabando sus días perseguido por la justicia.

Los otros presos, á quienes la muerte no libertó de tan triste servitud, vivían todos bajo severísimas penas incomunicados; pero ni las terribles amenazas del cruel dictador, ni las injustas medidas tomadas contra inocentes indefensos, pudieron impedir que mútuamente

se trataran alguna vez ya por el mencionado telégrafo de golpes, ya también por medio de escritos. Dos niños, que les llevaban la comida, solían ser los correos de estas caritativas correspondencias, y cuando no tenían tinta para este objeto, lavaban con vinagre los palos pintados de alguna silla vieja, y servíanse de ella. Así era como se consolaban unos á otros en sus penas; así como se transmitían nuevas de mútuo provecho; así como se estrechaban más y más los lazos de amor, que los unía á todos. De esta suerte pudo escribir con toda verdad uno de los cautivos poetas:

Lusius, Hispanus, Germanus et Italus uno
Clauduntur quatuor carcere, corde pares.
Distinctum genus est illis disiunctaque tellus,
Unus sed quatuor quam bene iunxit amor.

Digno de mencionarse también es otro epigrama, compuesto sobre el auto de fe, por el cual fué el edificante P. Malagrida extrangulado, y quemados sus restos mortales. Es como sigue:

Actus si Fidei est insontes perdere flammis,
Actus perfidiæ, dicite, qualis erit?
Aut nihil, aut credi debebunt omnia; credi
Omnia non debent: creditur ergo nihil.
Si Fidei mundo tales ostenditis Actus,
Actum de vestra credimus esse Fide.

A los dichosos PP. Ernesto King y Antonio Torres, presto se juntó con santa muerte el

P. Vicente Sujas, como otros les habían gloriosamente precedido; y presto surgieron para los gloriosos encarcelados nuevos motivos de tristeza y amargura.

Animados los jansenistas franceses con el resultado próspero conseguido por el marqués lusitano, propusiéronse seguir sus huellas, y no desistieron de sus pretensiones hasta obtener del parlamento decreto de expulsión de los Jesuitas. En vano el Ilmo. Sr. Arzobispo de Beaumon, apoyado por gran parte del clero francés, intentó dos años antes conjurar la tempestad: ésta por fin estalló esparciendo por diferentes países á los miembros de la Compañía de Jesús, que fueron caritativamente acogidos por Italia, Austria, Baviera, Rusia y Polonia: hasta la protestante Inglaterra se apresuró a ofrecerles hospitalario asilo.

Qué corazón bien nacido lo pudiera rastrear? Esta generosidad, estas simpatías, con que los Jesuitas franceses fueron agasajados por la mayor parte de los estados europeos, en vez de mover á Pombal á reconocer sus vergonzosos atropellos y crueles injusticias, enconaron más vivamente su enemiga y saña contra los inofensivos prisioneros. Ni se encerró en estos lindes su encarnizamiento, sino que habiendo sabido que dos Jesuitas portugueses, por no caer en sus garras, habíanse refugiado en Génova, inmediatamente, por orden del apocado monarca, mandó declarar al senado genovés que, si querían conservar relaciones amistosas y mercantiles con el reino de Portugal, debían admi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tir la condición indispensable de arrojar de su territorio á los Jesuitas allí albergados, como traidores á la patria. A tal extremo y delirio llevaba su odio contra los hijos de S. Ignacio.

Su encono insaciable nunca se hartaba de víctimas. Por este mismo tiempo aportaron á Lisboa diez y nueve Padres, mandados traer de las diferentes provincias del Asia, sin contar otros dos, franceses de nación, que murieron en la penosa travesía, y á todos los mandó encerrar en los mismos calabozos de Junqueira. Con esto la llegada de los nuevos confesores de la fe católica, muchos de los cuales habían sufrido no pocos ni ligeros tormentos en defensa de la Religión, hizo más trabajosa é insoportable la morada de sus compañeros. Noventa y dos eran los cautivos hacinados en solas diez y ocho mazmorras de las dimensiones expresadas en su capítulo correspondiente.

Siete de estos esclavos de Jesús espiraron el año 1765. El último fué Francisco de Acuña, chino, estudiante todavía, que vino á morir en la cárcel en premio de los servicios prestados á favor de la Religión y de la patria. Por espacio de tres años había servido de guía á los misioneros en sus excursiones apostólicas; después había ejercido el cargo de intérprete del embajador portugués en la corte de Pekín, y, por remate, había trabajado como catequista distinguido del Ilmo. Sr. Obispo Nanquinense. Preso mas tarde con los Padres de Macao burló la vigilancia de los guardas y se escapó

disfrazado con los vestidos de un compatriota suyo: pero, descubierto nuevamente, fué conducido al colegio, donde lleno de conformidad y aun de santo júbilo volvió á vestir la sotana de la Compañía, resuelto á compartir hasta la muerte los sufrimientos de sus hermanos.

Su fin ofrece algunas circunstancias edificantes, que no deben sepultarse en el olvido. Ejercitado por más de diez meses con intensos dolores, sintió agravarse su enfermedad á mediados de enero, viéndose reducido á un estado tanto más aflictivo y alarmante, cuanto más duras eran las privaciones, á que le tenían sujeto en medio de una atmósfera, mal sana y corrompida, sin linaje alguno de humano socorro. Convencido el buen hermano de la gravedad de su mal se dispuso tranquilamente para el importantísimo viaje de la eternidad. Su resignación fué tan admirable como lo demuestra el hecho siguiente.

Prescribióle el cirujano del fuerte una sangría: mas otro recluso, observando por una parte la extrema debilidad del enfermo, y sabiendo por otra que este remedio le había puesto otras veces al hilo de la muerte, procuró persuadirle que era imprudencia y temeridad sujetarse á tan inhumana y disparatada medida. A estas caritativas observaciones respondió el H. Acuña que prefería someterse al dictamen del cirujano según las reglas de San Ignacio, y morir víctima de la obediencia, á vivir largos años con quebrantarlas por escuchar las sugestiones del amor propio. El Señor

aceptó su heróico sacrificio, pues no bien hubo recibido la mortal sangría, lleno de resignación santa entró en plácida y tranquila agonía, en la que duró apenas algunos minutos. En ella dió ejemplo de lo preciosa que es la muerte del justo, dado caso que al concluirse la recomendación del alma, que le rezaron al momento, durmió el sueño de los santos exhalando un ligero suspiro.

Con igual paz y edificación religiosa no pocos de los compañeros fenecieron bajo el peso de inhumanos padecimientos y en el más completo desamparo y carencia de todo terrenal alivio. Entre ellos debe mencionarse el P. Manuel de Sylva, que siguiendo las huellas de nuestro insigne Apóstol había recorrido las vastas provincias del Brasil, y en el espacio de diez y ocho años de laboriosas misiones había conquistado para el reino de Cristo numerosas almas. Nada empero de esto se tenía en cuenta sino para descargar sobre varones tan beneméritos el azote de mayor inquina y rabioso despecho.

El año 1766 se abrieron las catacumbas de S. Julián para volver á la libertad á tres misioneros franceses, reclamados por el embajador de su patria. Esta salida, y el número que libertaba el Señor con santa muerte, aliviaron la estrechez, en que vivían los presos, pero no ablandó en lo más mínimo la dureza del verdugo del P. Malagrida. No le movían á compasión ni los ruegos de personas influyentes, ni las instancias y lágrimas de próximos allegados, ni tanto género de penalidades, que agobiaban á pobres enfermizos y sin valimiento, ni la avanzada edad de los pacientes, de entre los cuales unos contaban noventa años, otros setenta, muchos sesenta. Tan amargo era el cáliz, con que se les abrevaba, que por su acerbidad y violencia estos perdían la vista, aquellos se volvían sordos, esos otros se cargaban de agudos y dolorosos reumas, y todos se lamentaban oprimidos de algún achaque ó malestar indecible. Tampoco faltó quien con la fuerza de los dolores, inhumanidades y malos tratamientos perdiera el juicio hasta el grado de volverse furioso; y sin embargo, por más que los compañeros suplicaran que se le pusiese en alguna pieza retirada, ó á parte, nunca lo pudieron recabar, teniendo que sufrir noche y dia, por el período de dos años, los violentos accesos del infortunado.

Así trataban á los inocentes los masones y filántropos del siglo! Por esto causó gran sorpresa y admiración y se atribuyó á singular consejo y benevolencia del Altísimo que el 10 de junio de 1767 enviara á Roma otra caravana de treinta y cinco Jesuitas, á cuya cabeza iba el R. P. Henríquez, en otro tiempo condenado á la hoguera por supuesta complicidad en el crimen de regicidio.

Su crueldad no tenía parecido, y á tal extremo había llegado, que á duras penas se tendría por creible, si no se conservara su memoria tan fresca y bien cimentada, y solo se hallara consignada en vetustos monumentos de histo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria. El Nerón portugués había mandado levantar numerosas horcas en diferentes puntos de la ciudad, y resuelto á limpiarla de vagos, rufianes y gente jesuítica, dió á los guardas y vigilantes orden expresa de que, si encontraran por las calles ó plazas algún ocioso ó mal entretenido, lo prendieran al instante, y sin conocimiento de causa, sin ulteriores inquisiciones, sin ninguna formalidad jurídica le colgaran de un patíbulo.

Y con tanta fidelidad y exactitud se cumplía esta crueldad selvática, llevada á cabo por los inspiradores de la civilización moderna, que en un solo dia, con horror de pacíficos ciudadanos, se veían pendientes de las horcas á muchos, de los cuales no pocos eran, no reos de haraganería, sino bien pobres infelices, que heridos por reveses de fortuna no sabían donde hallar medios de subsistencia, bien varones honrados, qué habían caido en desgracia del monstruo lusitano. Quién con esto se admirará de que, hollando todas las leyes divinas y humanas, cerrando el corazón á todo sentimiento de nobleza y de justicia, sacrificase á sus iras á cuantos rehusaran participar de su odio irreconciliable contra la Compañía de Jesús?

Ya en tiempo del terremoto, Pombal que, á juicio de un historiador, era el mayor ladrón de Lusitania, había dado orden de ahorcar á todos los ladrones y dejarlos suspensos en los patíbulos hasta que se consumieran; orden, sobre inhumana, evidentemente nociva, porque jun-

tando al hedor de los cadáveres insepultos, que yacían en las ruinas, la corrupción de doscientos ladrones ahorcados, aumentaba las probabilidades de la peste, que se temía. Cuán cierto es que muchas veces por la iniquidad de la justicia humana grandes ladrones, que merecían garrote vil, ó por lo menos llevar perpétuo grillete en presidio, gastan sin temor lucidos coches en las capitales, al paso que pobres ladronzuelos, los cuales apretados por la miseria hurtaron un cacho de pan, gimen lastimosamente toda la vida entre pesadas cadenas. Y habrá con esto quién niegue que haya otra vida, donde el Señor, infinitamente justo, dé á grandes y pequeños su merecido?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XV.

Expulsión de la Compañía de España; su extinción.

Acerbas eran, acerbísimas las calamidades, que afligían á los míseros encarcelados, pero todas ellas no acibaraban tanto sus corazones, cuanto las tristes noticias, que adrede hacían penetrar los alcaides y jueces en aquel encerramiento. Una de ellas, para tan buenos hijos de gran desconhorte, fué la nueva de haber sido extrañados los Jesuitas de todos los dominios españoles y, más tarde, del reino de Nápoles y del ducado de Parma. Carlos III, imbuido ó tal vez engañado por sus impíos y masónicos consejeros, amigos y cómplices de Carvallo, por decreto de 27 de febrero de 1767, intimado el 2 de abril á casi todas las doscientas cuarenta casas, que en España tenía la Compañía de Jesús, expulsó de sus estados, sin formarles causa, sin oirles, ni darles tiempo para defenderse, y á pesar de las protestas, ruegos y lágrimas de Clemente XIII, á más de cinco mil religiosos, que como mansos corderos partieron al destierro sin romper en la menor queja, y sobrellevando la tiránica expatriación con paciencia tal, que causaba edificación y asombro á sus propios enemigos.

Esta nueva tan amarga, como inesperada, llenó de hondo pesar el ánimo de los presos y de júbilo inexplicable el corazón de Pombal, que no cesaba de maquinar nuevos ingenios para la completa ruina de los Jesuitas. Increibles parecen los excesos de furor, á que le conducía su encono! Así que este primer verdugo se hubo apoderado de las casas de la Compañía, después que con aparato militar tomó posesión de la universidad de Coimbra, fundada por Juan III y regida con tanta fama y acierto por los hijos de S. Ignacio, no solo mandó borrar el dulcísimo nombre de Jesús, esculpido en el frontispicio, más aun, para llenar de oprobio orden tan gloriosa, habiendo reunido todas las obras de los Jesuitas, que en crecidísimo número adornaban y enriquecían la preciosa biblioteca del establecimiento, ordenó que sin distinción ninguna fueran todas arrojadas á las llamas y reducidas á cenizas. Entre ellas fueron quemados veinte y tres tomos en fólio, de que constaban las obras del P. Suarez, lumbrera de la Iglesia católica, gloria y prez de nuestra España, conocido con el renombre de *Doctor Eximio*, el cual por espacio de veinte años había enseñado, con universal reputación, en aquellas famosas escuelas.

Orgulloso con tan lamentables, mas para él halagüeños, resultados, auxiliado ya en sus depravados intentos nada menos que por el monarca y ministros españoles, proponíase por blanco de sus hazañas la total destrucción de la Compañía de Jesús. Uno de los mayores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obstáculos, la más fuerte valla, que en su despótico empuje encontraban todos ellos, era lá firmeza inquebrantable de Clemente XIII, padre amantísimo é impertérrito defensor de los perseguidos hermanos del P. Malagrida. Mas la divina Providencia, para prueba de sus escogidos y más apurar el oro de su paciencia, se encargó de allanarlo. La muerte de este celoso Pontífice, acaecida en 2 de febrero de 1769, fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, arrebató á los Jesuitas su más robusto apoyo, y colmó de gozo el ánimo de sus perseguidores.

El tirano Pombal manifestó su júbilo y contentamiento con nuevas vejaciones contra los afligidos hijos de la Compañía. Treinta y un Padres quedaban todavía presos en una quinta del duque de Aveiro, donde habían sucumbido ya otros veinte y tres; y como si allí los viera rodeados de excesivas comodidades y regalos exquisitos, mandó sacarlos de aquel encierro y meterlos en las estrechas mazmorras de S. Julián. Hallábase entre ellos el P. Szenlmantongui, húngaro, matemático célebre, enviado en 1753 á las Américas, comisionado por Juan V, para fijar los límites entre las posesiones portuguesas y españolas. Como en premio de su saber y de sus generosos servicios, el rey le había concedido volver á Europa á expensas del real tesoro luego que hubiese coronado felizmente sus trabajos; pero el marqués mandó prenderle junto con los demás, y en pago de los sudores, vertidos en pro de Portugal durante los siete años de su permanencia en América, sepultado con los demás prisioneros.

También acabó santamente sus dias en las cavernas de Junqueira el P. Juan Alejandro, injustamente tenido por cómplice de la conspiración regicida. En el tiempo, en que se supone haberse urdido la conjuración famosa, frisaba ya el Padre en los setenta años de edad, y, en extremo trabajado por agudísimo dolor de piedra, de que murió, apenas podía abandonar el lecho. No era ya por entonces aquel joven arrogante y valeroso, que trocando el Mondego y el Tajo, que le vieron nacer, por el Indo y el Ganges, supo con heróica constancia, por medio del conde de Ugnam, su fervoroso entusiasta, procurar á su patria dias de gloria á través de obstáculos extraordinarios; ni era tampoco aquel varón intrépido, que en las costas del Malabar con solos ocho compañeros Jesuitas defendió contra un grueso cuerpo de ejército del aguerrido Bonzúló una pequeña, pero importante fortaleza, y la conservó para honra y provecho de los dominios lusitanos. Anciano, encanecido en una vida verdaderamente apostólica de más de treinta años en las fatigosas y difíciles misiones del Maduré y del Malabar, después de haberse sacrificado en pro de aquella cristiandad y servicio aun temporal de su monarca, lleno de achaques y de méritos, se vió despojado de su libertad y enterrado en vida en las tumbas de S. Julián.

Contra estas lumbreras nacionales se ensañaba el pérfido ministro! Al leer tantas injus-

ticias y crueldades tan inauditas, se llena el alma no menos de amargura que de indignación santa, obligando el tedio á interrumpir tan lastimosa historia, y á buscar algún descanso para el ánimo fatigado. Pero preciso es continuar y correr al término de este viaje, prolongado ya en demasía.

La Santa Sede permaneció vacante tres meses, al cabo de los cuales, el 19 de mayo, el cónclave eligió al cardenal Ganganelli, religioso conventual, que tomó el nombre de Clemente XIV. Para saludar al reciente Pontífice, confirmado ya en su excelsa dignidad, pasó el Padre Ricci, juntamente con los demás generales de las órdenes religiosas, al palacio de S. Pedro; pero su acogida fué tan fría é indiferente, que apenas pudo cambiar con el Padre Santo una que otra palabra. No se escapó este despego á la observación de los circunstantes, puesto que el *Mercurio,* periódico madrileño, quiso con esta ocasión pretender que el Vicario de Jesucristo había de esta suerte querido manifestar sus inclinaciones poco favorables á los que hasta entonces habían sido reputados como la vanguardia del Pontificado. Como es fácil conjeturar, con esto consideraba ya Pombal colmados sus ardientes votos; pero ni para los justos ni para los malos hay sobre la tierra completa alegría.

Dos golpes terribles vinieron á herir su corazón. Por una parte su hermano Francisco Mendoza Hurtado, que con tanta actividad había coadyuvado en el Marañón á sus planes

destructivos, acababa de ser arrebatado con muerte repentina en noviembre de 1769; por otra, apenas cerrada la tumba del primero, túvose que abrir otra para el otro hermano Pablo Carvallo, inquisidor de la fe y autor ó copiador de la sentencia, por la cual se condenó á muerte al P. Malagrida. El cadáver de aquel se vió tan presto pasto de gusanos, que por el hedor, que despedía, ahuyentaba de su lado á todos sus familiares; y fué preciso enterrarlo á toda prisa. Con esto imaginaron algunos que tales desgracias pondrían en su acuerdo á Pombal y le harían temer los justos juicios de Dios; mas la prosperidad y el orgullo le tenían obcecado, y continuó en la cruel tiranía así contra las inocentes víctimas, como sobre el paciente pueblo portugués.

Con ocasión del advenimiento de Clemente XIV al solio pontificio concedióse jubileo universal para toda la Iglesia, por el cual se llenaron de justo y verdadero júbilo todos los verdaderos católicos. Desgraciadamente solo nuestros aprisionados se vieron exceptuados de esta común alegría, como si no fueran hijos de madre tan cariñosa, y sus jurados verdugos los obligaron á continuar en la misma, sino en mayor opresión. Por igual motivo, concluida la tirantez, que reinaba entre las cortes romana y portuguesa, volvieron á reanudarse las antiguas y cordiales relaciones, y el Sr. Inocente de Conti fué enviado al reino lusitano en calidad de nuncio de la Santa Sede. Tan pronto como recibió Pombal aviso de la llegada del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enviado del Papa, al instante despachó en su busca una magnífica carroza, tirada por seis briosos corceles, queriendo de esta suerte congraciarse con la Silla apostólica, cuya autoridad había tan descaradamente pisoteado, y prepararse á la vez para dar el golpe mortal y decisivo contra la Compañía.

Ayudábanle en esta diabólica tarea, las cortes de España y de Francia, que no dejaban de importunar con ruegos y amenazas al bondadoso Clemente XIV, sin dejarle nunca á sol ni á sombra, espiando propicia ocasión de consumar sus intentos criminales. Los pobres encarcelados, que por las desconsoladoras y fatídicas nuevas, que todos los dias penetraban en sus catacumbas, preveían el terrible desenlace del déspota lusitano, favorecido con los trabajos de tan influyentes amigos, ansiaban con vivos afanes la muerte antes que ser testigos de calamidad para ellos más aflictiva que cuantas pudieran sobrevenirles. Pero había llegado la hora y el poder de las tinieblas: al fin habían arribado al año 1773, en que los enemigos de los Jesuitas debían recoger el salario de sus desvelos incesantes.

El 15 de julio después de tormentosa y porfiada lucha el Vicario de Jesucristo para evitar mayores calamidades firmó el fatal Breve, inmolando la Compañía de Jesús al odio de sus perseguidores. Su promulgación retardóse todavía veinte y seis dias, y el 16 de agosto al anochecer se notificó á todas las casas de Jesuitas en Roma, y se mandó á todas las demás

del universo. El 9 de setiembre el terrible rayo, que estalló en la ciudad santa, derrumbando tan fuertes baluartes, fué á retumbar estrepitoso en los subterráneos de S. Julián. Los guardas, que por años tan prolijos habían ocultado á los hijos de S. Ignacio todas las noticias, que pudieran haber derramado en sus almas algunas gotitas de consuelo, y no abrían sus labios sino para comunicarles desastres ó anunciarles fatídicas mentiras, esta vuelta se presentaron con extraordinaria ostentación para dar pública lectura al Breve del Romano Pontífice.

Hallábase Pombal en su casa de campo de Oeiras al recibir el ambicionado documento, y desde allí, el 9 por la mañana, envió á S. Julián un auditor acompañado de notario. A la llegada de estos fueron todos los Padres extraidos de sus mazmorras y reunidos juntos en un corredor de la cárcel. Qué motivos habían determinado aquella congregación inesperada? Esto era lo que se preguntaban mútuamente los apesarados reclusos, cuando con desusado aparato entró el comisionado regio, el cual sacándoles de su encanto, les dió conocimiento del Breve con estas palabras: *S. M. fidelísima, Q. D. G. me envía para declarar á vuestras paternidades que el Padre Santo ha suprimido del orbe católico la orden de la Compañía de Jesús*, etc. A esta intimación tristísima, que bien que temida, les cogió aun de sorpresa á los hijos de S. Ignacio, estaban presentes todos los oficiales del fuerte y numerosos solda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos bajo las órdenes de un comandante. A aquellos embargaba el sobresalto, á estos henchía el orgullo. Por esto haciendo alarde de su poder, como si temieran alguna insubordinación de parte de aquellos mansos corderos, guardaban todas las salidas del lugar, donde se hallaban los presos congregados.

Difícil es, por no decir imposible, describir el dolor, lágrimas y suspiros, con que los encarcelados Jesuitas recibieron aquella para ellos desgarradora noticia; pero lo que sintieron más, lo que los sumió en un mar insondable de amargura, fué cuando después de la lectura del Breve se vieron con violencia despojados de las sotanas y demás distintivos de la Compañía de Jesús. Mil veces habrían hecho el sacrificio de sus vidas á trueque de librar de la muerte á su queridísima Madre y prolongar su existencia para que continuara repartiendo á los católicos é infieles los frutos de bendición, que abundantemente había siempre producido. Más el Todopoderoso exigía víctimas para aplacar su justo enojo, y ellos, sumisos, ofrecieron sus cuellos á la cuchilla.

A uno de los presos, que por razón de sus enfermedades, no pudo salir del calabozo, llevóle el gobernador la nueva lamentable; y como el doliente la recibiera con amargo llanto, tuvo la pena de verse acriminado por aquel hombre insensible, que con crueldad inhumana le vedó el consuelo de llorar la muerte de Madre tan querida. No llegó á tanto la severidad del romano Pontífice, el cual aunque prohibió tachar de injustas de palabra ó por escrito las medidas adoptadas contra los hijos de Loyola, dejóles, sin embargo, entera libertad de buscar algún alivio y desahogo en sus lágrimas.

Pombal en tanto, finchado por su triunfo, no podía contener en su interior el gozo, en que rebosaba su alma. Quiso, pues, que todos participasen de su cruel alegría y mandó hacer fiestas públicas, ordenando bajo pena de gruesas multas que todos los habitantes de Lisboa iluminasen sus casas durante tres dias consecutivos, y se cantara en todas las iglesias un solemne *Te Deum* por la destrucción de un Instituto, á su parecer, no ya inútil, sino extremada y tristemente pernicioso. Y sin embargo, este Instituto, arrancado de todas partes y herido de muerte, poco tiempo antes había dado evidentes muestras de su vital energía, reduciendo en Transilvania unos diez mil arrianos al gremio de la fe católica. Un consuelo alentaba á los atribulados prisioneros, y era estar íntimamente convencidos que el Vicario de Jesucristo había obrado más por instigaciones agenas que por voluntad soberana, mas por amor de la paz universal que por desafecto á la Compañía de Jesús.

En efecto, parece cosa cierta y averiguada que Clemente XIV, desde que puso la firma en el fatal escrito, no gozó de verdadera paz, sintiendo acabársele por momentos las fuerzas y consumirse lentamente con la violencia del pesar, que oprimía su alma por el recuerdo del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal efecto, que había causado su Breve entre los buenos católicos, y señaladamente entre los prelados franceses, que rehusaron su aceptación, pretestando que no estaba revestido de las solemnidades canónicas. El Papa murió acabado por el dolor á 22 de setiembre de 1774. Con tan infausta nueva la corte de Lisboa vistió de luto, justo tributo de veneración cristiana, pero que en Portugal nunca se había rendido con tal solemnidad á Pontifice ninguno, y que Carvallo quiso se tributase á Ganganelli por el singular aprecio, que de él tenía. Otras veces había manifestado ya su profunda estimación por el supremo Gerarca en tales términos, que en su palacio de Oeiras no se veía otro retrato sino el de este renombrado Pastor de la grey cristiana al lado del precioso regalo, que de él había recibido, consistente en un pequeño navío de marfil, primorosamente labrado.

Parece natural que la destrucción completa de la Compañía de Jesús debiera haber amansado las iras y sañas de sus enemigos, pero nos engañáramos, si así juzgáramos según los comunes eventos; porque el mismo año de la muerte del acongojado Clemente por arte de ellos salió á luz pública un libelo infamante bajo el epígrafe de *Conferencia en el imperio de los muertos entre el P. Angel, Jesuita, y el caballero Moncada, antiguo Templario.*

Por más que algunos autores, que pretenden pasar plaza de imparciales, consideren á estos caballeros limpios de los atroces crímenes, de que se les acusa, no obstante el parangón era evidentemente calumnioso á la Compañía de Jesús, pues nadie ignora la inmensa discrepancia, que media entre la condenación de los Templarios y la extinción de los Jesuitas. Aquella se hizo por un concilio ecuménico, donde se habían congregado más de cien obispos, gloria y esplendor de la Iglesia; esta se llevó á cabo por el Papa instigado por los enemigos jurados del catolicismo: aquella se verificó después de haber tomado las debidas declaraciones y permitido á los acusados libre defensa: ésta se llevó á termino sin ser escuchados los presuntos reos ni saber siquiera las causas, que motivaban su muerte. Por lo demás el mencionado libelo era un zurcido de calumnias y mentirosos relatos inventados por los jansenistas ó liberales de aquel tiempo.

A su vez quiso el despótico ministro hacer patente que el odio y la saña contra los Jesuitas anidaba aun en su pecho depravado: pues no solamente obligó por un decreto especial á todos los súbditos del reino lusitano, así religiosos como seculares, á que arrojasen al fuego todas las obras escritas por hijos de S. Ignacio, sino que también, con sacrílega é increible osadía, aspiró á borrar del catálogo de los Santos á los más preclaros Jesuitas, entre otros al glorioso S. Francisco de Borja, que por bula de Benedicto XIV había sido preconizado Patrono del reino de Portugal y de todas sus posesiones. Temeraria impiedad! Mas á pesar de todo, sin reparar en barras, no pudiendo esten-

der su deletéreo influjo sobre todo el orbe católico, por una parte mandó suprimir en el calendario del reino el nombre y la fiesta de dichos santos, y por otra, cual si fuera el papa lusitano, ingiriendo la hoz en mies vedada, prohibió á los clérigos seculares y religiosos rezar las lecciones propias de tan distinguidos Campeones de la Iglesia. Hasta tal extremo de fanatismo conducía y cegaba el odio al desapoderado marqués de Pombal.

CAPÍTULO XVI.

Nuevos atropellos de Pombal; su caida.

Después de una vacante de cuatro meses y veintitres dias, á 11 de febrero de 1775, fué elevado á la cátedra pontificia el cardenal Braschi, que, ordenado supremo Pastor de la grey católica, tomó el nombre de Pio VI. Apenas elegido para dignidad tan encumbrada, tomó el examen de la extinción de la Compañía con tanto mayor empeño, cuanto que en ello parecía conformarse con las intenciones, secretamente recibidas, de su predecesor. Y en verdad, según escribía el *Mercurio de Madrid*, entre los papeles del difunto Clemente XIV se encontró uno, en que recomendaba este negocio de reparación al sucesor, que le deparase la Providencia del Altísimo.

A pesar de tales rumores el ministro portugués proseguía obstinado en su tema, y añadió todavía otro de los extinguidos Jesuitas á los presos encerrados en la torre de S. Julián. Diez y seis años hacía que estaba recluso en un convento de Dominicos el P. Juan Moroña, de la ilustre familia de los condes de Arcos, al cual no se había permitido partir á Italia en compañía de los demás Jesuitas expatriados:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

der su deletéreo influjo sobre todo el orbe católico, por una parte mandó suprimir en el calendario del reino el nombre y la fiesta de dichos santos, y por otra, cual si fuera el papa lusitano, ingiriendo la hoz en mies vedada, prohibió á los clérigos seculares y religiosos rezar las lecciones propias de tan distinguidos Campeones de la Iglesia. Hasta tal extremo de fanatismo conducía y cegaba el odio al desapoderado marqués de Pombal.

CAPÍTULO XVI.

Nuevos atropellos de Pombal; su caida.

Después de una vacante de cuatro meses y veintitres dias, á 11 de febrero de 1775, fué elevado á la cátedra pontificia el cardenal Braschi, que, ordenado supremo Pastor de la grey católica, tomó el nombre de Pio VI. Apenas elegido para dignidad tan encumbrada, tomó el examen de la extinción de la Compañía con tanto mayor empeño, cuanto que en ello parecía conformarse con las intenciones, secretamente recibidas, de su predecesor. Y en verdad, según escribía el *Mercurio de Madrid*, entre los papeles del difunto Clemente XIV se encontró uno, en que recomendaba este negocio de reparación al sucesor, que le deparase la Providencia del Altísimo.

A pesar de tales rumores el ministro portugués proseguía obstinado en su tema, y añadió todavía otro de los extinguidos Jesuitas á los presos encerrados en la torre de S. Julián. Diez y seis años hacía que estaba recluso en un convento de Dominicos el P. Juan Moroña, de la ilustre familia de los condes de Arcos, al cual no se había permitido partir á Italia en compañía de los demás Jesuitas expatriados:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas habiéndose disminuido paulatinamente los hijos de Sto. Domingo, moradores de aquella casa, temeroso el prior de que el preso, observando el descuido de los guardas, intentara la fuga, descubrió sus inquietudes al marqués de Pombal, el cual, más inquieto aun, mandó encerrar al distinguido Jesuita con los demás encarcelados de Junqueira.

Un temor, presagio de tristes sucesos, embargaba el ánimo del despótico marqués, y era el heredero que debería sentarse, con el tiempo, en el trono de Portugal. Por esto, con el fin de poner digno remate á su tiranía y coronar á gusto su obra, entregando las riendas del estado en manos de un rey conforme á su corazón, hizo gran acopio de armas y mandó reunir en Lisboa las tropas de las provincias. Preguntábanse unos á otros qué significaban y á qué venían tales preparativos militares, estando el rey en completa paz, sin enemigos exteriores que amenazaran perturbar su reposo? Acertaban los que respondían que uno de los planes de Pombal para prolongar impunemente sus desafueros, plan por largo tiempo meditado y suavemente acariciado, era introducir en aquel reino la ley sálica, obligando á la princesa Doña María, única heredera de José I, á renunciar los derechos á la corona de Portugal. A este fin, en efecto, había desplegado tanto aparato de fuerza; pero vanamente y sin provecho, porque todos sus tiros se embotaron en la inflexible y regia entereza de Doña María, la cual desbarató todos los aéreos cas-

tillos, fantaseados por el ambicioso ministro, y le compelió á desistir de sus temerarios y subversivos intentos.

El sol de su fortuna iba á quedar eclipsado, ó mejor se iba á desvanecer como por ensalmo, corriendo como corría José I á su ocaso á marchas forzadas: pero antes había de bajar á la tumba otro personaje importante en esta lastimosa tragedia; antes había de desaparecer de la escena Saldaña, patriarca de Lisboa, el cual hacía ya tiempo que había perdido la gracia del ministro volteriano. El Cardenal, que por lo común tan fácil y complaciente se había portado con el marqués, osó en 1767, por vez primera, responder negativamente á una de sus exigencias temerarias é intempestivas, y al momento se vió conminado con la pena de destierro en nombre del rey, que lo ignoraba por completo. Escuchó el arrepentido Arzobispo, con noble y cristiano desprecio, las amenazas del tirano; mas sin demora tuvo que partir á su casa de campo, que le señaló por morada durante su condena: y aunque volvió á la ciudad á petición é instancias del monarca, que se quejaba de su ausencia, no volvió jamás á la amistad del perseguidor y verdugo del P. Malagrida.

Estos duelos y pesares, mucho más que los dolores de la enfermedad, ni el peso de los años, empujaron al patriarca con irresistible fuerza al sepulcro. Cohibido repetidas veces en el ejercicio de sus atribuciones, obligado á sufrir las iras de Pombal y sus ingerencias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el poder eclesiástico, lloraba en silencio los acerbos infortunios de la iglesia lusitana. *No, no;* decía un dia al cura de S. Julián, que se querellaba de los sacrílegos atropellos del secretario impío, *no, yo no soy ni cardenal, ni patriarca, ni arzobispo; todo lo es Pombal, todo lo tiene invadido.* Murió Saldaña, á principios de noviembre, aborrecido de los extraños y despreciado de los suyos, en especial de los que más le habían adulado, cuando la prosperidad le sonreía. Así fueron cayendo los enemigos del nombre de Jesús!

Una perla faltaba todavía que engastar en la corona de Don Sebastián José para asemejarse y aun sobresalir á Nerón, oprobio del linaje humano é incendiario de la ciudad eterna, y esta la ganó el 23 de febrero, un mes antes de que el monarca bajase á la tumba. En tanto que el rey, colaborador de las atrocidades pombalinas, se retorcía en la mullida cama, torturado de agudísimos dolores, meditaba su ministro en aquella noche un castigo estruendoso, un remate digno de su fama.

En la playa de Trafaria, donde vivían cinco mil personas, miembros de familias más pobres que acomodadas, dedicadas á la pesca, había un centenar de jóvenes, intrusos, cariñosamente acogidos por aquella gente laboriosa de mar, á la cual ayudaban á traer las redes. Eran hijos del pueblo, que huían; reclutas forzados, que rehusaban tomar las armas.

Era inminente la guerra entre Portugal y España: y mientras los nuestros se aprestaban

á subir por el Tajo, con grueso ejército y doce poderosos navíos como en otro tiempo con sus galeones el gran Felipe II, el marqués disponía solamente de cuarenta mil hombres y doce naves de línea con algunas fragatas. En estos angustiosos aprietos hízose una leva obligatoria y gran número de mozos, temerosos de las balas, habían escapado buscando refugio en Trafaria.

El marqués de Pombal andaba por entonces en los setenta y ocho años sin que en su corazón ferino hubiera dado cabida á ningún sentimiento generoso. Así, con la nueva de los desertores, sintiendo lacerado su pecho rencoroso y altivo, quería cebar su fiereza, y remozarse en la sangre de aquella raza, que á sus barbas, enfrente de su palacio, osara insultar su autoridad apelando á la fuga. Qué hacer en este lance? Prender á los prófugos y castigarlos, engancharlos violentamente á la milicia y ponerlos en la delantera del ejército con el pecho á los tiros del enemigo en batalla, pareciole pena muy suave é impropia de sus antecedentes. Resolvió, pues, quemarlos á todos en una hoguera, que abrasase á la vez cinco mil víctimas, entre las cuales se contaban mujeres, ancianos, niños, enfermos y desvalidos.

Llamó para ello á D. Diego Ignacio de Pina Manique, intendente de policía; dióle la orden salvaje, y puso á su disposición trescientos soldados con algunas docenas de hachas de viento. En aquella cruda noche de invierno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los vecinos de Trafaria dormían tranquilos, descansando de las fatigas del dia, cuando con sus trescientos hombres en faluas atravesaba Manique á la callada el Tajo. Al romper del alba Trafaria amaneció cercada por un cordón de tropa, de la cual á una señal convenida salieron varios soldados con hachas encendidas y pegaron fuego en diferentes puntos de la población.

Las casas eran de tabique, algunas no eran sino chozas de lona, de paja ó de madera. Así fué que, al estallar el incendio, prendió á un mismo tiempo en todas partes, penetrando en lo interior de las viviendas, reduciendo á cenizas grandes depósitos de víveres y los arreos de los pobres pescadores. Las llamas, atizadas por el viento, serpeaban pavorosas como en seco cañaveral de unas casas á otras. Con las descargas de los arcabuces y el estrepitoso chisporrotear de las maderas dispertaron aquellos cinco mil infortunados, envueltos en terrible humareda y cercados por el fuego de los soldados.

Unos, heridos, caían asfixados hechos pasto del incendio; otros, corrían desnudos por entre las llamas, quien abrazados con sus enfermos, quien cargados con sus viejos ó tiernos niños, y todos llenaban los aires de lamentos y gritos desgarradores ansiosos de salvar sus vidas. Mas, oh dolor! muchos de los que escapaban, rompiendo el asedio, del voraz elemento, caían exánimes á los filos de las bayonetas, si bien hemos de decir para honra de aquellos

soldados, que gran parte de los sitiadores, hollando las severas órdenes de Manique, dejaban compasivos paso libre á los que huían. Los que así se libertaban, no llevaban consigo sino la desnudez y el hambre, habiendo abandonado todos sus haberes á la voracidad del incendio. Qué extraño es que con estas hazañas fuera Pombal terrero constante del odio popular? Semejantes monstruos alientan solamente entre gentiles, ó entre herejes! Pero reanudemos el hilo de nuestra historia.

Todavía estaba el rey luchando con las ansias de la muerte, cuando el marqués fué despedido de palacio de una manera original. Salió el cardenal de Cuña al salón de entrada y le dijo: *Puede V. E. retirarse que aquí nada tiene ya que hacer. Esta es la orden suprema;* y, sin más, le puso en la calle. Martín de Mello y Castro, ex-colega y ex-amigo del caido, no habiendo podido conseguir que se le relevase del cargo con las expresiones honrosas de costumbre, por no poner estorbo á la justicia, llevóle, el dia 4, el decreto de destitución y sin rodeos le dijo: *La reina, mi Señora, se ha servido ordenarme que entregue á V. E. este real decreto, y le deje por escrito y de mi propia letra lo siguiente,* etc. Era la promesa de usar con él de benignidad y clemencia en la ejecución de la justicia.

Al cabo había llegado también para Carvallo la hora de las divinas venganzas. Su constante protector José I había sucumbido el 24 de febrero, habiendo los médicos ocultado al

marqués la gravedad del mal por encargo de la reina Doña María Ana Victoria. Murió el rey, sino con gozo y contentamiento de sus vasallos, á lo menos sin lágrimas ni muestras de quebranto; y no bien se había divulgado por la ciudad la triste nueva, cuando el pueblo saliendo fuera de sí, ébrio de furor contra el tirano, empezó á gritar á voz en cuello contra sus injusticias, y á pedir públicamente su cabeza.

En la plaza del Comercio levantábase una estátua ecuestre del monarca, magnífica y galanamente labrada, y solo porque en su base ostentaba un medallón con el retrato del ministro, llenáronlo con gran furia de piedras, de lodo, de inmundicias y de todo aquello, con que puede manifestar su despecho un pueblo, villanamente ultrajado. A tal punto había llegado el furor popular, que la habrían irremisiblemente derribado, sí la reina para calmar la plebe, no hubiera mandado arrancar en altas horas de la noche el medallón, objeto y blanco de inquina irreconciliable.

En Coimbra destruyó el pueblo una estátua, que el temor más bien que la admiración había levantado al déspota portugués. El mismo gobernador del fuerte de S. Julián, para sustraerse á las iras del pueblo irritado, tuvo que esconder un grande y precioso retrato, que del ex-ministro tenía, de suerte que fué para el caido Carvallo un favor singular verse por orden superior alejado de la corte y de los negocios públicos.

Afligíase Doña María por las señales de insensibilidad y despego, que daban los súbditos por la muerte del soberano; mas consoláronla los cortesanos diciendo que, más que despego é indiferencia por la muerte del rey, era placer y alegría por la caida del favorito. En efecto, con la muerte del monarca había fenecido también el tiránico imperio del marqués, y podían considerarse como rotas las cadenas de esclavitud, en que tantos yacían y lloraban, y concluido el ominoso mando, con que por espacio de 27 años prolijos había abusado de la mansedumbre de los fieles lusitanos.

Pasados unos cuantos dias, D. José Antonio Oliveira Machado escribió al gobernador del fuerte de S. Julián, pidiéndole los nombres de los religiosos allí encerrados, y las razones ó delitos, por que estaban detenidos. En contestación de sus preguntas mandóle el gobernador catálogo exacto de los ex-jesuitas presos, de los que habían salido y de los que habían muerto ya: mas en cuanto á las causas de su prisión confesó con ingenuidad que las ignoraba por completo. Diez y ocho años hacía que estaban encerrados aquellos ilustres confesores de la fe, cuando el 10 de marzo, no satisfecho Oliveira con los informes recibidos, presentóse á la cárcel en persona para enterarse por sí mismo del proceso, con lo cual plenamente convencido de la inocencia de los acusados, dióles á todos omnímoda libertad y cuanto necesitaban para salir decentemente vestidos. Ochenta eran los Jesuitas, que habían sobrevivido á tan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos sinsabores y calamidades. Esta fausta nueva circuló por todas partes con la velocidad del rayo resonando su grato eco hasta los últimos confines de la nación.

Con esto, de todos los pueblos vecinos corrían tropas de gentes á presenciar la salida de los prisioneros. Espectáculo tierno y conmovedor! Compitiendo todos en obsequiar á los pobres ex-jesuitas, no solo los abrazaban con la mayor ternura, al verlos escuálidos y cadavéricos salidos de aquellas tumbas, sino que también les suministraban lo necesario y les daban pruebas inequívocas de cuanto habían sentido la supresión de su santo Instituto. Dulcemente curiosos les hacían mil preguntas, deseando oir de sus labios la relación de sus indecibles padecimientos, y no se hartaban de tocar con sus manos las húmedas paredes de aquellas mazmorras, mudos testigos de su prolongado martirio.

El primero que les favoreció con sus liberalidades fué un protestante de Hamburgo: los carmelitas se distinguieron también con su acendrada caridad; pero quien más sobresalió en el caritativo recibimiento de los ex-carcelados fué el señor de Lebzerltern, embajador de Austria, el cual obligó á los Padres alemanes á comer en su mesa, donde les regaló como cariñoso padre. Como parecían requerirlo las circunstancias, las conversaciones de los comensales versaron sobre los padecimientos pasados de los ex-jesuitas, y en ellas confesó el buen alemán, lleno de estupor y conmiseración,

que cuanto había oido referir de lo terrible y duro de las cárceles de Junqueira era muy inferior á cuanto había por sí mismo presenciado.

Por lo demás la triste muerte de treinta y siete allí encerrados, y los treinta y uno que habían sucumbido en las prisiones de Azeitas, y otras muchas víctimas, que en ellas perecieron y cuyo número solo Dios conoce, evidencian bien claro lo molestos, mal sanos y aflictivos que debían ser aquellos calabozos. Es verdad que el inhumano marqués era parco, por lo menos visible y judicialmente, en condenar á pena capital; pero su crueldad era tanto más punible y execrable, cuanto con aparente indulgencia hacía más acerbo, lento y prolijo el martirio, á que sin duelo ni compasión los tenía sujetos. Y no fueron los Jesuitas solamente las víctimas de Pombal, que con su caida de él fueron arrancados de la muerte y vueltos á la libertad; *ochocientos varones,* distinguidos por su probidad é inocencia salieron de las cárceles del Estado, donde cargados de cadenas, en tinieblas horribles, y trabajados de toda clase de miserias, habían estado padeciendo por mero placer tiránico y odio más que tiránico del ex-ministro. Calcúlase que de los *nueve mil seiscientos cuarenta,* encarcelados y desterrados por los despóticos antojos del favorito, una cuarta parte tan solo escaparon con vida, habiendo las otras tres perecido á fuerza de tormentos ó de tristeza, ú oprimidos por tantas privaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por esto no bien se gozó de algún desahogo y justa libertad, apenas se levantó la válvula dando salida á las iras del pueblo, por tanto tiempo comprimidas, cuando estalló en todas partes un grito de indignación contra el tirano en términos, que al presentarse por primera vez D. Pedro ante sus vasallos, no salía de la muchedumbre otra voz sino el estruendo y clamor de *Viva el Rey!* y *Muera el marqués!...* Y tal era el furor del pueblo portugués contra los abominables abusos de Carvallo, que si lo hubieran podido haber á las manos, le habrían descuartizado vivo y lo hubiera arrastrado públicamente por las calles.

Esta saña se extendía también sobre toda su familia, de modo que el conde de Sampayo, esposo de una de las hijas de Pombal, como hubiese salido en coche cierto dia, vióse acometido por el pueblo y acosado con una lluvia de piedras, que le obligó á volver más que de paso á su casa con las ventanillas y cristales rotos. Sebastián mismo no podía menos de conocer el odio, de que era objeto, dado caso que un dia pasando por una callejuela de Oeiras, habiéndose visto á riesgo de sufrir una peligrosa caida, exclamó espontáneamente: *Qué placer habría tenido la plebe, si me hubiera visto derribado por estos suelos!* Y ciertamente no se gozaba poco en tener relegado al rincón de Pombal, al que parecían estrechas para sí las calles de Lisboa, por donde salía siempre escoltado por cuarenta guardias reales, rodeado de tropas, de ginetes, sentado en

su carroza tirada por briosos y encascabelados corceles.

Los anónimos y sarcásticos pasquines, esa arma de que tanto se había valido contra la indefensa Compañía de Jesús, se volvió contra el infeliz; y aparecieron carteles, romances y caricaturas contra el caido tirano en número harto mayor de lo que él había difundido contra los humildes y pacientes Jesuitas. Los propios habitantes de Oeiras parecían querer desquitarse de las atroces injusticias, con que los había vejado. Cosa es digna de especial memoria la invención, con que cierto sujeto quiso hacerle conocer la triste reputación, de que disfrutaba entre sus paisanos. Coleccionó todas las caricaturas, sátiras, pasquines, que contra él se habían publicado, y puestos en pliego cerrado, tomó un coche y se dirigió al castillo de Pombal.

No bien el ex-ministro lo hubo desde lejos visto venir, creido que era un correo enviado por el rey, que le llamaba á la corte, exclamó lleno de gozo inefable: *Ya lo había pensado yo... sin mí no pueden andar los negocios!!* Mientras tanto llegó el pretendido correo y presentándose al marqués, puso el pliego en sus manos, por lo cual habiendo recibido en albricias diez y seis florines de oro, partió á todo escape á su casa. Qué sentiría Pombal al verse tan bravamente retratado por los mismos que antes quemaban á sus plantas incienso de vil adulación? Vengóse corajudo con sus propios dependientes. Al médico porque ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía dejado de visitarle en el tiempo señalado, y al carnicero porque se negó á venderle carne fresca los mandó encarcelar, bien que por orden expresa de Doña María, los tuvo que soltar con mayor descrédito de su violencia. Acabó de perder completamente su reputación, cuando el P. Guzmán y el marqués de Alorna acudieron á la justicia, éste para defender á los magnates condenados por el marqués como reos de regicidio, y aquel, en otro tiempo asistente lusitano de la Compañía, para abogar por más de seiscientos ciudadanos, restos del extinguido Instituto, desterrados injustamente de su patria. Accedió gustosa la reina á los justos ruegos de uno y de otro, y escogió veinte jueces distinguidos y tres ministros reales, que entendieran en tan gravísima causa.

CAPÍTULO XVII.

Interrogatorio y sentencia de Pombal.

Aclamados soberanos de Portugal D. Pedro y Doña María I el 13 de mayo de 1777, una de las primeras medidas, que, según queda indicado, á voz en grito reclamaron sus fieles vasallos, fué la muerte del marqués de Pombal: mas los príncipes, bien que amantes de la justicia, rehusaron ensangrentar la primera página de la historia de su reinado con semejante suplicio. No era poco declararlo y reconocerle por autor y cómplice de atroces crímenes, ya que permitieron difundir por todos sus dominios la tan bella, como valiente alocución, que con aplauso universal les dirigió en presencia de toda la corte el Ilmo. Sr. D. Francisco Coello de Silva, dignísimo consejero de S. M. Vamos á copiar algunas líneas de este bellísimo documento, que nada deja que desear para formarse justa idea de Sebastián José de Carvallo. Decía así: «..... Sí, fidelísima Señora, la Providencia, de cuyos designios é infalibles decretos penden las revoluciones de los pueblos, y que parece mirar con especial particularidad por el reino lusitano, conducido no pocas veces al borde del precipicio, destinó desde la cuna á V. M. para Redentora de esta monarquía, comunicándole todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía dejado de visitarle en el tiempo señalado, y al carnicero porque se negó á venderle carne fresca los mandó encarcelar, bien que por orden expresa de Doña María, los tuvo que soltar con mayor descrédito de su violencia. Acabó de perder completamente su reputación, cuando el P. Guzmán y el marqués de Alorna acudieron á la justicia, éste para defender á los magnates condenados por el marqués como reos de regicidio, y aquel, en otro tiempo asistente lusitano de la Compañía, para abogar por más de seiscientos ciudadanos, restos del extinguido Instituto, desterrados injustamente de su patria. Accedió gustosa la reina á los justos ruegos de uno y de otro, y escogió veinte jueces distinguidos y tres ministros reales, que entendieran en tan gravísima causa.

CAPÍTULO XVII.

Interrogatorio y sentencia de Pombal.

Aclamados soberanos de Portugal D. Pedro y Doña María I el 13 de mayo de 1777, una de las primeras medidas, que, según queda indicado, á voz en grito reclamaron sus fieles vasallos, fué la muerte del marqués de Pombal: mas los príncipes, bien que amantes de la justicia, rehusaron ensangrentar la primera página de la historia de su reinado con semejante suplicio. No era poco declararlo y reconocerle por autor y cómplice de atroces crímenes, ya que permitieron difundir por todos sus dominios la tan bella, como valiente alocución, que con aplauso universal les dirigió en presencia de toda la corte el Ilmo. Sr. D. Francisco Coello de Silva, dignísimo consejero de S. M. Vamos á copiar algunas líneas de este bellísimo documento, que nada deja que desear para formarse justa idea de Sebastián José de Carvallo. Decía así: «..... Sí, fidelísima Señora, la Providencia, de cuyos designios é infalibles decretos penden las revoluciones de los pueblos, y que parece mirar con especial particularidad por el reino lusitano, conducido no pocas veces al borde del precipicio, destinó desde la cuna á V. M. para Redentora de esta monarquía, comunicándole todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dotes necesarios para grado tan distinguido. Chorrean todavía sangre las heridas, que abrió en el corazón de Portugal aquel despotismo ilimitado y ciego de Carvallo, que acabamos ahora de sufrir. Infeliz! Fué por sistema enemigo de la humanidad, de la Religión, de la libertad, del mérito y de la virtud. Pobló las cárceles y los presidios con la flor del reino, malversó el público erario y lo redujo á la miseria; perdió el respeto á la autoridad pontificia y episcopal, deprimió la nobleza, emponzoñó las costumbres, pervirtió la legislación, y gobernó el estado con cetro de hierro de la manera más vil y grosera, que jamás vieron los siglos.»

Tal era el sujeto, cuyo castigo demandaban los portugueses con vivas instancias; y aunque por de pronto no se accedió á todas sus reclamaciones, sin embargo para dar alguna satisfacción á su justo enojo, apresuráronse á por completo anular diferentes actos de su tiránico ministerio. Por reales decretos, dados de acuerdo con la autoridad eclesiástica, las lecciones de S. Ignacio volvieron á estamparse en el breviario lusitano, y S. Francisco de Borja fué de nuevo aclamado Patrón del reino, y su rito elevado por la Iglesia á doble de primera clase con octava. Muchos de los superiores religiosos, que, anticanónicamente elegidos, se habían distinguido por su desafecto á la Compañía de Jesús, fueron depuestos por el Nuncio apostólico, recientemente admitido en el libérrimo ejercicio de sus funciones.

En cuanto á los miembros dispersos del Ins-

tituto de S. Ignacio se sabe que por invitación de la misma augusta reina muchos ex-jesuitas volvieron á su patria, siendo en todas partes recibidos con indicios y pruebas inequívocas de singular benevolencia. Como los príncipes no ocultasen su acendrado aprecio por la Compañía de Jesús y descubriesen públicamente ardientes deseos de su restablecimiento á causa del inmenso vacío, que en la educación de la juventud habían dejado, alarmaron á los filósofos hasta el grado de hacerles romper en expresiones, que indicaban claramente cuán viva estaba aun su saña contra los extinguidos Jesuitas. Desgraciadamente razones de mundanal política impidieron á los fidelísimos monarcas el logro de sus regias aspiraciones.

No obstante, esto no fué parte ni motivo para que el P. Guzmán, último asistente, que había tenido la provincia lusitana, anciano de ochenta años de edad, dejara de presentar querella y demanda á fin de que se revisara la causa de los hijos de S. Ignacio, demanda y querella, que si bien al principio no pudieron ser atendidas según los deseos de la piadosa reina, con todo al reiterarse por el P. Oliveira con ocasión de otra súplica igual, presentada por el marqués de Alorna, fueron despachadas favorablemente.

En lo que dice á la causa de regicidio, de que acusaban á los magnates y á los Jesuitas, sus cómplices supuestos, por las diligentes investigaciones practicadas por los veinte jueces elegidos exprofeso, después de un examen de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenido de seis meses, se vino en conocimiento de la inocencia de los calumniados, y por sentencia de 8 de abril de 1781 se absolvió de todo crimen y sospecha de lesa majestad á todos los acusados, tanto á los que Carvallo había castigado con pena capital, como á los que por el mismo motivo había cargado de cadenas y sepultado en la cárcel. Sábese que al principio negaba rotundamente los atroces crímenes de que era interrogado; mas después plenamente convicto, empezó á maldecir y perjurar; y al último sin ponerle jamás á cuestión de tormento, no pudiendo resistir á la evidencia de las pruebas, á los numerosos testigos, á los muchísimos documentos, firmas y cartas escritas sin conocimiento ninguno del monarca, declaró innumerables calumnias, delitos, maleficios, traiciones y perfidias, y descubrió sin rodeos los homicidios, sacrilegios, crímenes ocultísimos, que había cometido.

Pero viniendo en particular á lo que á la Compañía pertenece, el infeliz ex-ministro obligado á responder al largo interrogatorio, propuesto por el P. Oliveira para rehabilitar en su honor á los calumniados Jesuitas, supo encontrar mil evasivas para eludir compromisos. A todas las preguntas su respuesta era invariable. *El rey lo quería*, contestaba á varias cuestiones. *Yo no hice más que ejecutar augustas órdenes. No eran estas canas*, decía á veces llevándose las manos á la cabeza, *no eran estas canas, las que llevaban real corona: mi deber era la obediencia.* Con todo, perdiendo algunas veces

los estribos, confesó que había obrado cediendo á las instancias é instigaciones de cortes extranjeras. Para no dejar en ayunas á nuestros lectores citaremos algunas, no todas por no alargarnos en demasía, algunas respuestas que dió Pombal al interrogatorio de sus jueces. Harémoslo con brevedad y solo en lo que hace á nuestro caso.

Y empezando por lo que toca al regicidio, del cual hacían cómplice y motor á nuestro Mártir insigne, consta que apenas la reina María tomó el gobernalle del estado por la muerte de José I, y procuró se demoliesen las cárceles edificadas por el ex-ministro, cuando salió de aquellas mazmorras el soldado venal, simulador de la tragedia parricida, el cual, súcio, pálido, amortecido y extenuado de suerte que con trabajo se podía tener en pié, pidió audiencia al monarca para presentar sus quejas y confesar su delito.

En presencia, pues, de Don Pedro III declaró: «que había sido inducido por Carvallo no solo á disparar su carabina, pero sin bala ninguna, sobre el coche del rey, mas aun á que después huyera de arte que ni rehusara mucho ser habido, ni preguntado en juicio dudase confesar que había sido comprado por los Jesuitas para perpetrar semejante parricidio. Con estas condiciones prometióle el ministro pronta libertad y en recompensa y pago dos ó tres mil cruzados. *Seducido con estas promesas*, dijo, *acepté el compromiso, lo cumplí con fidelidad, y en vez de libertad y paga metiéron-*

me en la cárcel, donde con excepción de pocos dias he sido siempre tratado malamente.»

Qué respondió á esto el artífice de todas estas indignas tramas? Hé aquí sus palabras dichas delante de los jueces y del mismo soldado: *No niego ser todo esto verdad; mas yo le prescribí tal ficción para hacer pública la conjuración secreta de los Jesuitas contra el rey y toda la real familia, conjuración, que tenía por cierta y averiguada. Ordené que el soldado fuera puesto en libertad y me respondieron que había muerto.*

Urgieron los jueces á que diera pruebas de la conjuración jesuítica para él tan cierta y averiguada, y á que dijera en qué tiempo y por quienes se había principiado. Respondió el reo que debía tomarse el origen de tan atrocísima conspiración desde el mismo dia, en que Juan V, que murió el 31 de julio de 1750, obtenida de Benedicto XIV la debida dispensa de unir á Doña María princesa del Brasil y al príncipe D. Pedro en cristiano matrimonio, como se verificó el dia 7 de junio de 1760, entregó este autógrafo á los Jesuitas para que en armario secreto lo guardasen con toda solicitud y cuidado. La conjuración se puede conjeturar por la siguiente escritura, que se encontró en el mismo armario.

«La conjuración debe llevarse á cima en este orden: Se ha de asesinar al rey José I: en su lugar ha de colocarse al príncipe D. Pedro; después, asesinado también Pedro III y toda la real familia, debe sentarse en el trono de Portugal uno de los Tavoras.»

Horrorizados los jueces de tales atrocidades, no acertaban á continuar; entonces uno de ellos, el vizconde Ponteliman, haciendo notar lo absurdo de la urdimbre pombalina contra los Padres Juan Henríquez, José Moreira, Timoteo Oliveira, Gabriel Malagrida y José Perdigao, tan amantes y amados de Juan V, así como de la real familia, preguntó al desatentado marqués: *si á nadie es permitido ni lícito juzgar mal de ningún hombre sin graves motivos, cómo podemos atribuir tan horrendo atentado á sacerdotes tan piadosos, venerables y bien quistos sin que se aduzcan hechos judiciales, que comprueben plenamente el delito? Dónde están, pues, estas actas, que no hemos podido encontrar?*

A lo que contestó Carvallo: *Por orden del rey yo mismo los quemé por mi propia mano.*

Y cuál de los presuntos reos, añadió el otro, *fué interrogado y examinado sobre tan horribles y criminales designios?*

Ni uno solo: confesó el calumniador.

Pero vengamos á la confesión más palmaria de quien tan acostumbrado tenía buscar subterfugios, tejer falacias, inventar embustes y embrollar la verdad. Después que le hubieron cogido en varias contradicciones y le tenían casi convicto y atortolado, le preguntaron:

Di ya sin ambajes, Carvallo, son autógrafas tuyas estas letras? Y le mostraron muchas cartas, unas escritas á la corte de Francia, otras á los ministros de España, algunas á Londres, centros de los masones en el pasado siglo. *En*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellas afirmas que has trabajado para persuadir paulatina é insensiblemente al rey fidelísimo esta conspiración jesuítica contra su vida, y que al fin y al cabo por este medio habías obtenido el decreto de expulsión de los Jesuitas, con lo cual cantabas victoria como por señalado triunfo?

A ello contestó Pombal con estas expresivas palabras: *Confieso que apreciè mucho á los Jesuitas, que siempre los tuve por varones doctos, pios y provechosos al reino, y que todo lo que hice para su daño y ruina, todo lo hice por imposición de ministros extranjeros y principalmente del duque de Choiseul, como consta por la carta, en que me avisaba de la muerte del Delfin.* Quién no descubre en esto las órdenes inhumanas de sociedades secretas?

Confesó, además, que le habían impulsado á la destrucción de la Compañía varios religiosos, señaladamente dos, de los cuales uno había escrito el famoso libelo infamatorio, y otro lo había traducido al español: ellos fueron los que fingiendo la firma y mandato del Padre Ricci, mandaron la carta de España á Roma procurando que fuese interceptada en el camino. Otros escritos semejantes divulgaron tambien otros religiosos, habiéndose hecho mal barato de crecidas sumas para la difusión de fábulas denigrantes. En cuanto al tumulto escitado adrede en España y atribuido á los Jesuitas con el objeto de que fueran prontamente arrojados por Carlos III, fué obra de algunos seglares, habiéndose distinguido tres, sobre todos.

Declaró, además, que para la extinción de la Compañía, arrancada de Clemente XIV, habían coadyuvado poderosamente seis varones de los más distinguidos de la Iglesia, y otros muchos de menor fuste y categoría, pero de gran influencia en Roma. Al indicar Carvallo esta diabólica trama tegida para la destrucción del Instituto de S. Ignacio, á unos citaba con sus propios nombres y á otros describía con con tales pinceladas y colores, que todos los podían distinguir y señalar con el dedo.

Decía por último que para dicha abolición se habían derrochado del erario portugués tres millones de cruzados, de los cuales se encontraba recibo en la secretaría cajón décimo tercero. Hay que advertir que cuando le sacaron el legajo de cartas, que habían mediado entre Lisboa y Londres, y de Londres á Lisboa, aquel mismo ex-ministro, que antes con sus miradas imponía terror á sus víctimas, empezó á palidecer, temblar, encandilar los ojos, perder el mundo de vista y caer desfallecido y como muerto en su silla. Qué contenían las epístolas anglicanas, salidas de aquel foco masónico, que así afectaran á Carvallo? Lo indicó Francisco Coello de Silva en su discurso á la Reina Doña María: los ofrecimientos de los masones ingleses para impedir el advenimiento de Don Pedro al trono lusitano en paga de la destrucción de los Jesuitas. Quien quiera que desee más pormenores sobre estas materias, lea los últimos capítulos de la disertación *De tribus in lusitanos Jesu socios publicis iudi-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciis. Para nosotros basta lo indicado por no traspasar los límites prescritos, y no hacernos pesados en demasía.

Con estos datos y otros muchos documentos declararon los jueces competentes é imparciales con sentencia definitiva y solemne la inocencia de todas las personas, así muertas como vivas, encarceladas ó ejecutadas por fallo del 12 de enero de 1752. Esta sentencia fué recibida por todos los buenos con aplauso é indescriptible entusiasmo; y la misma Reina fidelísima, llena de gozo, escribió al Sumo Pontífice protestando estar íntimamente convencida de la inocencia de los Jesuitas. No quedaba con estas manifestaciones de justa estimación satisfecho su real ánimo, sino que despreciando las apelaciones del procurador general, rémora de la administración de justicia, publicó la condenación fulminada contra Pombal sentenciándole á destierro perpétuo de la corte y de Lisboa. Hé aquí la sustancia:

Yo la Reina

«..... Habiendo hecho interrogar al marqués de Pombal sobre diferentes capítulos de acusación formulados contra él, hallamos que lejos de haberse justificado en todas sus respuestas y diferentes informaciones, á que ellas dieron lugar, no hizo sino complicarse más y más y poner en evidencia sus crímenes. En consecuencia ordenamos á una junta de jueces de nuestra confianza examinara este negocio con todo el detenimiento, que su gravedad requería, y después de madura deliberación unánimemente juzgaron que el *marqués de Pombal era reo y digno de ejemplar castigo*. Sin embargo atendiendo á la avanzada edad del delincuente y á sus graves dolencias, hemos creido humano dispensarle de la pena merecida. Consultando, pues, nuestra clemencia más que nuestra justicia, nos dejamos vencer por las súplicas del reo, que nos pidió perdón detestando su temeridad, sus excesos y atentados, y le hicimos gracia de todas las penas corporales, imponiéndole solamente la de estar hasta nueva orden á veinte leguas apartado de la corte; sin que por este decreto intentemos derogar ningún derecho, que en las fortunas y bienes del marqués de Pombal, sea vivo, sea muerto, probare alguno tener, etc.

Queluz 12 de agosto de 1781.»

No sin motivo daba la reina obción á los ofendidos de vindicar los derechos usurpados, puesto que confinado Carvallo en sus propias posesiones fué repetidas veces citado á los tribunales y condenado á restituciones respetables por daños causados á súbditos indefensos. Al gremio de los mercaderes de seda tuvo que devolver veinte mil cruzados, ciento cincuenta mil á los públicos curadores de las lagunas, al real fisco doscientos mil, y muchos miles á los Padres del Oratorio, de los cuales habiéndolos tomado prestados en nombre del rey, los había invertido en su propio provecho.

Quién se admirará de estos fraudes, si pone los ojos de su consideración en el inaudito sacrilegio, que se le descubrió en 1778? Poco tiem-

po después de su destierro llegó á Lisboa un barco, cuyo capitán declaró que, procedente de Goa, traía un cargamento de diez y nueve cajas consignadas al ex-ministro. Examináronse los bultos y se encontraron llenos de oro, plata y piedras preciosas, ornamentos sagrados, de que había sido despojado el sepulcro de San Francisco Javier, erigido en la iglesia de San Pablo, donde se conservaba fresco é incorrupto el venerando cadáver hacía ya más de dos siglos. El osado ministro, no pudiendo encruelecerse contra los muertos, profanaba sus restos mortales, poniendo mano sacrílega en el monumento más precioso de las Indias orientales, respetado en todos tiempos hasta de los herejes y bárbaros idólatras de aquellas regiones.

Examinado el marqués sobre este nefando y criminal despojo, justificó su atentado diciendo que había mandado traer á Portugal aquellas preciosidades para sustraerlas de las profanaciones y rapiña de gente descreida. Empero la piadosa y fidelísima reina, convencida de que la gente descreida más bien anidaba en Portugal que en las Indias, añadiendo nuevos y riquísimos dones á las liberalidades de sus antepasados y á los testimonios auténticos de generosa piedad así de ricos portugueses como de potentados del Asia, mandó restituir las alhajas al sepulcro y santuario, de donde en mala hora habían sido sacrílegamente arrebatadas. Y baste de desafueros y crímenes.

CAPÍTULO XVIII.

Muerte de Pombal.

Temeroso Carvallo de ser condenado al último suplicio, como merecían sus horrendos crímenes y maldades, buscó remedio en sus cómplices y auxiliares, que los tenía de gran influencia y valimiento en todas las naciones de Europa. Es evidente que contaba en la corte con grandes protectores, que dando largas y pretestos, embarazaban la administración de justicia, y entre ellos se distinguía Fr. Ignacio de S. Cayetano, hechura del marqués y confesor de la reina. Además, no bien supieron los jansenistas, ateos y masones el inminente riesgo, en que corría Pombal, recelando ser ignominiosamente descubiertos y quedar en descrédito por sus inícuas tramas, no dejaron piedra por mover ni cejaron un punto en su empeño hasta conseguir de la reina misericordia y en cierto modo indulto de la pena capital. Pero no hay plazo, que no se cumpla, ni deuda, que no se pague. Había para el infeliz llegado su hora; y ante el supremo Juez no hay valedores que rindan, ni empeños que valgan.

Cuentan algunos que á pesar de tan patentes delitos, con que el marqués había mancha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po después de su destierro llegó á Lisboa un barco, cuyo capitán declaró que, procedente de Goa, traía un cargamento de diez y nueve cajas consignadas al ex-ministro. Examináronse los bultos y se encontraron llenos de oro, plata y piedras preciosas, ornamentos sagrados, de que había sido despojado el sepulcro de San Francisco Javier, erigido en la iglesia de San Pablo, donde se conservaba fresco é incorrupto el venerando cadáver hacía ya más de dos siglos. El osado ministro, no pudiendo encruelecerse contra los muertos, profanaba sus restos mortales, poniendo mano sacrílega en el monumento más precioso de las Indias orientales, respetado en todos tiempos hasta de los herejes y bárbaros idólatras de aquellas regiones.

Examinado el marqués sobre este nefando y criminal despojo, justificó su atentado diciendo que había mandado traer á Portugal aquellas preciosidades para sustraerlas de las profanaciones y rapiña de gente descreida. Empero la piadosa y fidelísima reina, convencida de que la gente descreida más bien anidaba en Portugal que en las Indias, añadiendo nuevos y riquísimos dones á las liberalidades de sus antepasados y á los testimonios auténticos de generosa piedad así de ricos portugueses como de potentados del Asia, mandó restituir las alhajas al sepulcro y santuario, de donde en mala hora habían sido sacrílegamente arrebatadas. Y baste de desafueros y crímenes.

CAPÍTULO XVIII.

Muerte de Pombal.

Temeroso Carvallo de ser condenado al último suplicio, como merecían sus horrendos crímenes y maldades, buscó remedio en sus cómplices y auxiliares, que los tenía de gran influencia y valimiento en todas las naciones de Europa. Es evidente que contaba en la corte con grandes protectores, que dando largas y pretestos, embarazaban la administración de justicia, y entre ellos se distinguía Fr. Ignacio de S. Cayetano, hechura del marqués y confesor de la reina. Además, no bien supieron los jansenistas, ateos y masones el inminente riesgo, en que corría Pombal, recelando ser ignominiosamente descubiertos y quedar en descrédito por sus inícuas tramas, no dejaron piedra por mover ni cejaron un punto en su empeño hasta conseguir de la reina misericordia y en cierto modo indulto de la pena capital. Pero no hay plazo, que no se cumpla, ni deuda, que no se pague. Había para el infeliz llegado su hora; y ante el supremo Juez no hay valedores que rindan, ni empeños que valgan.

Cuentan algunos que á pesar de tan patentes delitos, con que el marqués había mancha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do su vida, á pesar de los nefandos robos y peculados, con cuyos productos había pagado la guerra hecha contra los Jesuitas, gloriábase no solo de tener la conciencia limpia y tranquila, sino también, lo que es más espantoso y horrible, de lo mismo gloriábase poco antes de comparecer en el tribunal divino. Entonces, según dicen, horror! protestó solemnemente de la rectitud de sus intenciones, diciendo que nunca jamás había hecho cosa alguna sino después de las insinuaciones y órdenes del monarca, y lo que sobrepasa toda ponderación é infunde pavor, es que echando sobre sí terribles imprecaciones, declaró renunciar en el divino juicio á toda misericordia, si una vez siquiera en su vida hubiera obrado por espíritu de odio ó de aversión contra sus semejantes.

Esta hipócrita protesta, hecha al borde de la eternidad, á nadie habría engañado: y si por una rara excepción en hombres, que hayan tenido fe, Pombal hubiera muerto sin remordimientos, preciso sería ver en ello uno de los más terribles castigos de la divina Justicia y cumplida con tremenda exactitud aquella sentencia de la sagrada Escritura: *Impius cum in profundum venerit, contemnit.=El impío una vez cae en lo profundo de la maldad, todo lo desprecia.* Con todo, puede asegurarse con toda verdad, que en Carvallo la muerte fué también eco fiel de su vida impía.

Largo tiempo antes de morir sintió el miserable su cuerpo emponzoñado de tan repug-

nante y asquerosa lepra, que nadie osaba acercarse á su lado. Estas dolencias y amarguras, que á otros de cristianos sentimientos habrían convidado á profundas y serias reflexiones sobre la vanidad de las grandezas terrestres, ninguna moción de pesar ni de penitencia excitaron en su alma, obstinada y endurecida. Su piadosa consorte, la condesa de Daun, observando con amargura que empeorando de dia en dia el estado de su esposo, no trataba por sí mismo de reconciliarse con Dios, ni confortar su alma con los últimos Sacramentos, después de haber ella recurrido fervorosamente al cielo por medio de numerosos sacrificios, largas limosnas y triduos piadosos, procuró solícita que le visitaran celosos regulares y sacerdotes de espíritu á fin de prepararle dulce y paulatinamente á muerte cristiana. Pero todo fué inútil.

En vano le ponían á la vista la suma importancia de salvarse, en vano trataban de reducirlo á pensar con seriedad sobre su próxima muerte y terrible paso de la eternidad. Todo fué infructuoso de forma, que penetrando el infeliz marqués que aquella santa premura, manifestada por los edificantes religiosos y pios sacerdotes para su conversión y salud eterna, más que de ellos mismos, era efecto de la afanosa solicitud y ejemplar empeño de su esposa, volviéndose una vez á uno de los que le asistían y exhortaban á disponerse á la tremebunda cuenta, le dijo con la mayor frialdad y desenvoltura: *Se puede decir que en mi vida he*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho todo cuanto he querido: solo una cosa no he podido conseguir jamás á pesar de todos mis esfuerzos, y es puntualmente la de meter un poco de seso en la mollera de la marquesa, mi esposa. Qué se podía esperar de hombre de tales sentimientos?

De aquel punto en adelante, aunque el enfermo conservó su cabal juicio hasta el último suspiro, por más que sostuviera con despejo cualquier discurso, que se entablara, nunca quiso hablar de sacramentos ni de auxilios de la Iglesia. Con estas tristes disposiciones, fuera porque en hecho de verdad advirtiera él la proximidad de su tránsito antes que nadie, fuera porque tomase á zumba lo que con caridad le decían, exclamó: *Yo me muero sin remedio; porque yo veo la muerte en la figura de un pollo.* Estas fueron las postreras palabras del Excmo. Sr. D. Sebastián José de Carvallo y Melo, conde de Oeiras y marqués de Pombal. Si en aquel brevísimo intervalo le fué administrada la santa unción, no se sabe: lo que consta es que aunque fué asistido por varios ministros del Señor, murió á los 83 años de su edad sin confesión ni Viático ni señal alguna de arrepentimiento el 8 de mayo de 1782.

La nueva de su muerte se extendió al instante por todo el reino; y como las circunstancias de su vida y su fétida enfermedad en nada favorecían la fama póstuma del ex-ministro portugués, el pueblo, prevenido ya con los pasados desafueros, escándalos vergonzosos y atrocidades del difunto, empezó á publicar que

había muerto impenitente y desesperado, y por tanto que ardía ya entre los réprobos; y tales eran las acriminaciones y culpas, que del marqués se decían, que muchos fieles se resistían á frecuentar la iglesia de los religiosos reformados de S. Francisco en Pombal, donde se había puesto en depósito el cadáver embalsamado. Los diarios de aquel tiempo contaban que habiendo faltado las limosnas á los pobres Franciscanos con motivo de haberse retirado los devotos de su templo, hicieron instancia al cura del lugar para que recibiera aquellos despojos en la parroquia; pero así el buen pastor, como sus ovejas, se opusieron con tenacidad, proclamando no sufrirían jamás que un excomulgado manchara con sus cenizas la casa del Señor.

Sus parientes y amigos pretendían trasportarlo á Lisboa para hacer su enterramiento en fastuosa tumba, abierta para su familia en Nuestra Señora de las Mercedes; pero el vizconde de Villanova, ministro y secretario de estado, no lo consintió jamás por las mismas razones, por las cuales Pombal había precisamente negado al ministro de Doña María I el permiso de dar honrosa sepultura á su padre, que había espirado en la cárcel, víctima de las iras de Carvallo.

Por último, el obispo de Coimbra, Francisco de Lemos, favorito de Pombal, á quien debía la mitra, habiéndose encargado de ordenar unos funerales dignos de su agradecimiento, los dispuso con tanta magnificencia y solemni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, que gastó en ellos más de 5,000 florines. La oración fúnebre ó funesta en alabanza del finado estuvo á cargo de un religioso de San Francisco. Estos cultos celebrados en obsequio del impenitente engendraron en el pueblo triste escándalo, por lo cual obispo y predicador recibieron por su obra el premio merecido: el primero llamado á Lisboa fué por su temeridad ágriamente reprendido en presencia de los cortesanos, y el orador fúnebre enviado á las islas Gorgodas tuvo que sufrir un año de reclusión en el convento del lugar, donde pudo meditar las virtudes de su protagonista. Otros dicen que el orador fué el Doctor Joaquín de Sta. Clara, benedictino, el cual, lejos de haber sido desterrado, mereció de la reina le confiase el panegírico del sacratísimo Corazón de Jesús.

Y á Carvallo, á este hombre tan execrable y aborrecido de todos los buenos portugueses, á este hombre, juzgado por el laborioso y distinguido Menendez Pelayo en su preciosísima obra de los Heterodoxos españoles, como *hombre de estrecho entendimiento, de terca é imperatoria voluntad, de pasiones mal domeñadas, aunque otra cosa aparentase, de odios y rencores vivísimos, incapaz de olvido ni misericordia, en sus venganzas insaciable, como quien hacia vil aprecio de la sangre de sus semejantes, empeñado en derramar á viva fuerza y por los eficaces medios de la cuchilla y de la hoguera la* ILUSTRACIÓN *y* LA TOLERANCIA FRANCESAS, *reformador ingerto en déspota;* á este hombre pu-

sieron en las nubes los enciclopedistas, y ensalzaron los jansenistas y masones y encomian los demócratas lusitanos, como á uno de los que más enaltecieron el reino de Portugal.

Nadie como él, dicen, embelleció la corte, reedificando la parte baja de la ciudad arruinada por el terremoto de 1755; nadie como él fomentó la prosperidad material por la reforma de la junta de comercio, la institución de la compañía general de las viñas del alto Duero; nadie como él difundió la educación literaria fundando el real colegio de nobles, la escuela de comercio y muchas cátedras de humanidades; nadie como él, finalmente, contribuyó á suavizar las costumbres, aboliendo la esclavitud en los dominios lusitanos. Estas y otras parecidas son las glorias, que de Carvallo cantan sus entusiastas admiradores. Pero dejando aparte el embellecimiento de Lisboa, que cualquiera hubiera emprendido, al levantar la capital de en medio de los escombros, qué eran sus progresos mercantiles, por los que tanto se le encomia, sino monopolios injustos para cebar su insaciable codicia y contentar á sus paniaguados?

Estaba prohibido que cada cual vendiera á su arbitrio el cacao, el azúcar, el café, el vino y otros géneros monopolizados, con lo cual así dueños, como pequeños mercaderes, se veían en la precisión de entregarlos á los socios de Pombal al vil precio, por él establecido. Consta que solamente de la compañía de viñas del alto Duero recogía Carvallo tres cruzados por car-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ga de vino, siendo así que no bajaban de cuarenta mil las cargas, que todos los años negociaban sus asociados. Solo Juan Mansilla, inspector de las bodegas, aquel, que acusó á los Jesuitas de contrabandistas y traficantes, se hallaba tan adinerado, cuando el Nuncio pontificio D. Bernardino Muri le quiso meter en la cárcel, que disponía á su placer de más de cien mil cruzados.

Y en cuanto á colegios y estudios de humanidades, encomendados á gente impía, cómo podrán parangonarse jamás con tantos colegios de Jesuitas destruidos, que tanta gloria habían granjeado á la monarquía portuguesa? Qué protección podía tributar á las letras el que persiguió con saña neroniana y dejó morir en un calabozo al Horacio portugués, Pedro Correa Garzao, el poeta más distinguido, que por aquel entonces floreció en toda la península Ibérica? Y las ciencias, qué adelantos hicieron bajo su mortífera sombra? Para la reconstrucción de la ciudad arruinada viéronse compelidos á llamar el auxilio de arquitectos extranjeros.

Por lo que toca á la emancipación de los esclavos poco tuvieron estos que agradecerle á Carvallo y mucho de que lamentarse. A instancias de los Jesuitas expidió Benedicto XIV el Breve *Inmensa Pastorum Principis*, prohibiendo y condenando el tráfico inhumano, que de la libertad de los indios hacían lusitanos y españoles. Juan V, haciendo que se cumpliera la voluntad del Papa en impedir el infame co-

mercio, no apresuró la promulgación de las letras apostólicas: mas Pombal aprovechando este descuido, difirió la publicación de las leyes pontificias por espacio de siete años, durante los cuales sostuvo en nombre del rey abuso tan abominable, vendiendo á los indígenas por esclavos sin restituir un céntimo, cuando en 1757, publicado el decreto, tuvieron los compradores que manumitir á sus siervos.

Alábanle algunos por haber dejado en las arcas del Tesoro 75 millones de cruzados; otros dicen que no dejó sino cuarenta. Mas lo admirable y digno de censura es que no dejara muchos más, porque además de la confiscación de los bienes pertenecientes á la Compañía de Jesús, y que no eran cortos mayormente allende los mares, aplicaban al erario los haberes de los hidalgos muertos, presos, ó desterrados, las rentas de las encomiendas vacantes, la enorme capitación sobre los esclavos del Brasil, y otras muchas fuentes de riqueza pública, que sería prolijo enumerar y de que abusaban escandalosamente.

Solamente al desembargador Juan Fernández de Oliveira por sus negocios americanos le impuso una indemnización de *once millones* de cruzados. Del Rio y de Bahía trajeron en 1764 para el tesoro público 15,5 millones de cruzados, 220 arrobas de oro en polvo y en hojitas, 437 arrobas en barras, 48 arrobas labrado, 8,871 marcos de plata sin contar muchísimos y aquilatados diamantes, dejando con esto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empobrecidas aquellas colonias. Y á este hombre ensalzan cual inimitable hacendista? Pobres ciegos! no ven que fué el ministro más funesto para la nación. Bajo su desastrado gobierno quedó Portugal convertido en factoria inglesa, y su ejército, antes tan glorioso, supeditado á jefes traidos de Inglaterra.

Por fin, aun supuestas todas estas glorias efímeras del marqués, qué pesan todas ellas juntas para contrabalancear el inmenso cúmulo de males, que produjo su gobierno así en las costumbres y creencias, como en la vida peculiar del pueblo lusitano? Contra toda la gloriosa historia del pueblo fidelísimo quiso á viva fuerza implantar en Portugal las innovaciones racionalistas, haciendo pesar su horrenda tiranía sobre todos cuantos no asentían á sus planes descabellados, fueran nobles ó plebeyos, fueran eclesiásticos ó seglares. Por esto apenas los portugueses con el advenimiento de Doña María al trono viéronse libres de su despótico yugo, levantaron contra Carvallo clamores de indignación, que duraron hasta la muerte del tirano, de cuyo providencial castigo se alegraban. Su cadáver quedó por largos años insepulto.

El dia 13 de agosto de 1829 los hijos de la Compañía, ya restablecida gloriosamente, volvían á entrar en Lisboa conforme lo había predicho el mártir P. Malagrida, y hospedáronse mes y medio entre los caritavos hijos de S. Vicente de Paul. Tan presto, como les fué posible, emprendieron sus apostólicas tareas y excursiones; y en todas partes eran recibidos con trasportes extraordinarios de entusiasmo y con muestras señaladas de regocijo y de triunfo. Los Rdos. Curas salían á recibirlos con la cruz enhiesta hasta los lindes de sus parroquias, y los pueblos quedaban desiertos para correr á su encuentro. Repiques de campanas, enramadas y arcos de triunfo, fuegos artificiales, músicas, diversiones públicas, todo se ponía en juego para festejar á los Jesuitas resucitados.

En una de las evangélicas correrías llegaron estos hasta Pombal, antigua residencia del exsecretario de estado. Los restos del marqués yacían todavía insepultos, colocados en un féretro, recubierto de paño negro, y puestos en una capilla bajo la custodia de los Padres Franciscanos. Los amigos y deudos del difunto: del cual á pesar de los millones, invertidos para destrucción de los Jesuitas y á pesar de las cuantiosas restituciones, á que había sido condenado por la justicia, heredaron considerables y pingües rentas, ya que no habían podido trasportar los restos mortales á Lisboa, habían tratado de levantar suntuoso mausoleo en sus posesiones de Oeiras; pero jamás pudieron recabar ni del ministro ni de la reina fidelísima autorización competente.

Debe, sin embargo, reconocerse una especial Providencia, en que con posterioridad, cuando los ánimos se habían ya suavizado y enfriado los resentimientos, nadie tratase de darle sepultura hasta la vuelta de los Jesuitas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí pudieron admirar los entusiastas y los enemigos del P. Malagrida el pago que el mundo y el infierno preparan á sus más adictos esclavos. Qué otra suerte habrían tenido, cuánto más honradas habían sido las cenizas del Mártir de Jesucristo, si sus verdugos no las hubieran arrebatado á la piedad de los fieles!

El P. Pedro Delveaux, superior de aquellas expediciones y representante en Portugal de toda la Compañía de Jesús, olvidado por un momento de las espléndidas ovaciones, de que en todas partes era objeto, corrió á visitar aquellos despojos, rezando en la capilla una misa de *Requiem* por el eterno descanso del principal verdugo de su querida madre la Compañía. Así pagan los dignos sucesores del Padre Gabriel Malagrida á sus rabiosos enemigos! Así los herederos del espíritu, que animaba la primera Víctima, sacrificada á las iras de sus capitales adversarios, trataron á su primero y más encarnizado Verdugo!

Dios haya perdonado sus crímenes y estravíos y junte para siempre al lobo y al manso cordero para cantar en eternas armonías las divinas alabanzas!

A. M. D. G.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

